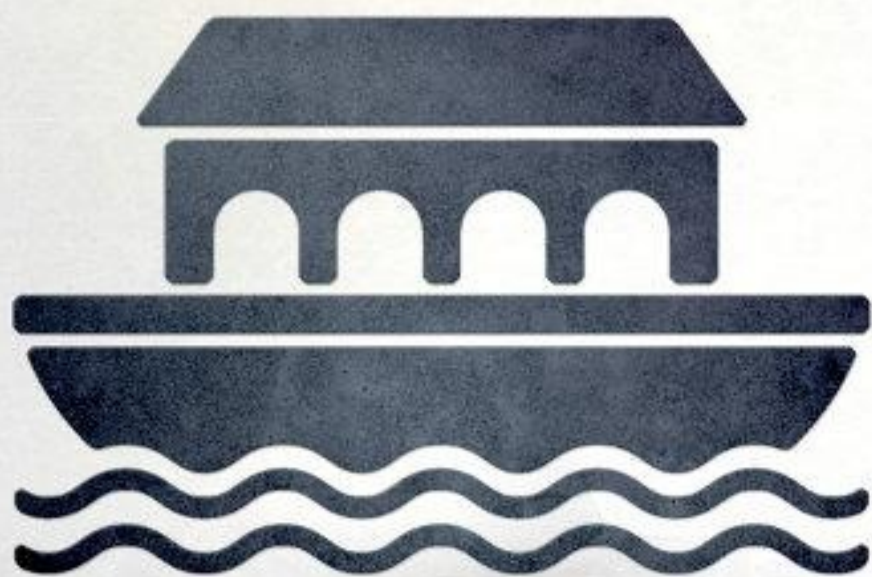


«El nuevo éxito internacional
del maestro de la narrativa árabe.»

KHALED AL KHAMISSI



EL ARCA DE NOÉ

سفينه نوح

Khaled Al Khamissi vuelve a deslumbrar al lector, como lo hizo en su célebre *Taxi*, con su capacidad para indagar en los entresijos de la sociedad egipcia. Un libro crítico, pero escrito desde el hondo amor a una tierra milenaria.

Lectulandia

Narra la absorbente peripecia de doce personajes, hombres y mujeres de las más diversas clases sociales, cuyos destinos se cruzarán antes o después de abandonar Egipto —legal o ilegalmente— en busca de un futuro mejor... o, simplemente, para huir de la adversidad. A través de sus historias —teñidas de amistad, amor, odio, codicia...—, se dibuja el retrato veraz de una sociedad infectada por la plaga de la corrupción, la represión política y la discriminación religiosa o étnica. Escrita al calor de los recientes acontecimientos surgidos en Egipto y el mundo islámico en general —la llamada Primavera Árabe—, esta obra depara una visión tan emocionante como reflexiva de la emigración como fenómeno de nuestro tiempo.

Lectulandia

Khaled Al Khamissi

El arca de Noé

ePub r1.2

Samarcanda 21.12.2014

Título original: *Safinat Nuh*
Khaled Al Khamissi, 2009
Traducción: Alberto Canto García y Álvaro Abella

Editor digital: Samarcanda
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ahmad ezz el Din

ABU HAMID es un joven precioso, atractivo, bien proporcionado, con una mirada profunda que surge de dos ojos tan grandes como el océano y tan negros como el tizón. Con la piel clara como la luna llena, parece una estrella de cine, a medias entre Adel Imam, Mohamed Hanady y el difunto Alaa Wali El Din. Al nacer fue bendecido con un alma candorosa. En lo más profundo de su ser vive una auténtica joya de naturaleza y de sentimientos puros. En 2003 se licenció en la Facultad de Derecho de la Universidad de El Cairo. Escogió esa carrera por deseo de su difunto padre, pero al poco de matricularse descubrió que le apasionaba, salvo las asignaturas de economía y de finanzas, que se le atragantaban como espinas y no había forma de pasarlas.

Durante los años que pasó en la facultad soñó con hacer carrera como fiscal, y en los espejismos de sus sueños se veía a sí mismo como un fiscal exitoso y valedor de la justicia. Como decidió hacer de su sueño su objetivo, estudió hasta sobresalir, y esto provocó la envidia de sus compañeros, por lo que tuvo que hacer oídos sordos a todo lo que le decían. Cuando miraba al cielo y la luna le sonreía, le aseguraba a su padre que pronto lo vería convertido en fiscal, tal y como era su deseo.

Los hombres de la familia de Ahmad Ezz El Din no viven mucho: su padre murió cuando él tenía trece años, y luego falleció su tío, que había sido como un padre para él después de que el suyo muriera. Su tía permaneció tan apegada a él y a su hermana como siempre, pues había sido incapaz de concebir mientras duró su matrimonio; por su parte, él siguió con su madre y su hermana como un pavo real, siempre cubierto de toda clase de atenciones. Entre que no tenía ningún tío y que sus abuelos habían dejado este mundo antes de que él naciera, solía decir que si las mujeres gobernaran el mundo, este sería un lugar mucho más bonito para vivir. Pero luego caía en la cuenta y corregía: «¡Imposible, las mujeres no se parecen ni de lejos a Condoleezza Rice!».

Se licenció con matrícula y, con la insolencia de la juventud, se lanzó a cumplir su sueño de entrar en la fiscalía. En ese momento no era consciente de que, al haberse licenciado en la universidad, había abandonado instantáneamente la vida de estudiante para saltar a la de adulto: abandonó su condición de estudiante, gracias a la cual solo tenía que ir a clase, soñar y enamorarse, para abrazar la mayoría de edad y, en calidad de adulto, descifrar los misterios de la vida, esos enrevesados logaritmos que conforman la trenza de la sociedad, con su pelo africano egipcio, áspero y rizado, una trenza que no puede deshacerse salvo recurriendo a la corrupción y a la hipocresía. No obstante, con la sucesión de los golpes del tiempo cairota, cada ondulación se deshacía por su propia sal y algo del ácido de su inocencia que seguro había heredado del código genético de su madre, herencia que también incluía esos ojos misteriosos. Un día se despertó con la llamada a la oración, se levantó, se vistió y bajó a la mezquita que estaba junto a su casa. Al terminar de rezar se dio cuenta de

que había perdido su inocencia; se le había caído al salir medio dormido del destartado edificio en el que vivía. Había perdido la virginidad de su infancia para adentrarse en un mundo que desconocía, un mundo en el que tenía que abrir los horizontes de sus sentidos para escudriñar. Exactamente a las cinco y cincuenta y siete minutos de la madrugada, estando sentado sobre la estera que había junto a la columna derecha de la pequeña mezquita en la que rezaba, cayó en la cuenta de que necesitaría setenta mil libras para pagar el soborno que hiciera realidad su sueño. Por fin comenzó a mirar con los ojos y a ver lo que había obviado durante los años que había pasado en la facultad, a pesar de los consejos de todos sus amigos. La verdad se le había materializado en forma de visión, después de que las vertiginosas olas del tiempo le hubieran aclarado la mente y hubiera entendido con total nitidez las claves para descifrar los misterios de la vida:

«Chaval, no vas ni a pisar las puertas de la Fiscalía General. Eres un don nadie. Hazte a la idea de que los sueños son para la cama».

Volvió a su casa después de la oración y por primera vez se quedó profundamente dormido, tranquilo, sin sueños que le turbaran.

* * *

A nosotros, los jóvenes, después de mucho probar, intentar, pensar y estudiar, no nos queda otra que plantearnos emigrar. Estamos perdidos en medio de un estado de confusión, caos y corrupción y somos incapaces de dar un paso hacia delante. Para empezar, no vemos la luz al final del túnel. No hacemos más que ordeñar las piedras de los faraones, extraídas de granito de la mejor calidad, y al mismo tiempo vemos la vida que lleva la gente fuera: un trabajo de mañana y los fines de semana viajes y escapadas... Fantástico, eso implica además salir, tener vida y manejar dinero. Luego nos fijamos en la vida que llevamos aquí, en Egipto, y trabajo no hay, dinero tampoco, ni salidas ni diversión de verdad. Con tanta parabólica y tanto internet nos hemos saturado de cómo viven allí. Queremos vivir como ellos y romper el techo que nos oprime y nos ahoga cada vez que intentamos respirar. Allí hay aire, y chicas y chicos, y amor y libertad. Incluso la espiritualidad es más real allí que la que vivimos nosotros hoy en día. Todas las tradiciones y costumbres de nuestro país se desmoronan ante lo que vemos y lo que vivimos. No me apetece hablar, pero por fuera nos gusta aparentar y luego por dentro estamos vacíos. Yo, que como egipcio que soy adoro mi país y la calle en la que me he criado, veo que si emigro estoy haciéndole un favor a Egipto: para empezar el país no me quiere, es incapaz de proporcionarme trabajo y siento que soy una carga. No hay oportunidades suficientes para todos. Y el gobierno no hace más que repetir que hemos aumentado mucho y que no saben qué hacer con nosotros. En todas las calles ves carteles en los que pone «si tenemos cabeza, comeremos todos»; bueno, pues de boca en boca se ha convertido en «si tenemos cabeza, emigraremos todos».

Si consigo asentarme fuera y vivir bien, seguro que seré uno de ellos: viviré una vida nueva y el país al que vaya se convertirá en mi patria. ¿Volvería otra vez a Egipto si hoy mismo me marchara para pasar una larga temporada fuera? No sé muy bien qué decirte. Quiero decir: si tuviera hijos en el extranjero, ¿volvería a Egipto para que se educaran aquí?

Ni de coña. Como mucho vendría de visita, pero no más.

* * *

Ahmad se levantó por la tarde. Tanto su tía como su madre habían entrado varias veces a lo largo del día, pero tenía la respiración profunda y los músculos de la cara relajados. Las dos le acariciaron la frente y su madre le secó el sudor que le caía con un pañuelo rosa aromatizado. Cuando salió al salón no dio crédito a la hora que indicaban las manecillas de su reloj. Las dos mujeres se encontraban sentadas una frente a la otra en un sofá de estilo turco, absortas en las cartas. «¿Soplarán aires frescos o podridos? ¿Nos dará la espalda la suerte o se pondrá de nuestro lado esta vez?».

Saludó con la cara justo cuando le iban a echar las cartas para leerle el futuro. Su tía le miró y le dijo: «Hijo, eres más bonito que la luna. ¡Menuda siesta, ya son las diez de la noche!». Se sentó a su lado y se enganchó con la televisión; estaban poniendo una serie norteamericana en uno de los canales de la parabólica. Su madre se levantó para prepararle lo que sería el desayuno, la comida y la cena, todo en uno, pero Ahmad se excusó para salir corriendo, pues había quedado a las ocho con su vecino y amigo Yaser.

Se reunieron, como de costumbre, en el café que estaba junto a su casa, en la calle Nahia. Yaser estaba esperándolo colocando en la mesa las fichas del dominó. A Yaser era imposible ganarle jugando al dominó, era un genio de las matemáticas. Se había licenciado en la Facultad de Ingeniería, en el Departamento de Electricidad. Sus estudios le habían servido para una cosa y nada más: se había aprendido todos los números del juego, que era su pasión, así como todas las cartas que había en el planeta. Era como si tuviera una de esas gafas con las que sueñan todos los adolescentes egipcios, que te permiten ver a todas las mujeres desnudas. Pero ese día fue generoso y dejó que Ahmad ganara, alegrándose al ver desaparecer el velo que le cubría los ojos y que tanto deseaba arrancar. Así Ahmad pudo ver el camino que debe recorrer cada uno a tientas hasta alcanzar la luz, momento en el que las repugnantes verdades se revelan de la misma forma que la luna se presenta en medio del desierto.

Al segundo día del plenilunio, Ahmad depositó cuidadosamente sus sueños en el cubo de la basura y empezó a buscar en serio un despacho de abogados en el que trabajar. Después de dos meses de idas y venidas se dio cuenta de que el número de egipcios licenciados en Derecho superaba con creces al de todos los criminales del mundo juntos. Anduvo por caminos sin pavimentar, cubiertos de una espesa niebla,

hasta que un día, mientras esperaba en una calle que antaño conociera las farolas, encontró una oferta para trabajar como cajero en un café. El dueño buscaba a alguien de confianza que se encargara de la caja durante las ocho horas del turno de mañana, en el que él no trabajaba. Ahmad aceptó el trabajo de inmediato, pero a los pocos días vio que el sueldo de trescientas libras volaba cual paloma debido a los autobuses que tenía que tomar para ir desde su casa, en la calle Nahia, hasta Madinat Naser. Al final, sin embargo, le cayó un regalo del cielo.

* * *

Finalmente, llegué a un acuerdo con el señor Gomaa Abdel Salam para hacer prácticas con él. Era todo un señor, en el sentido literal de la palabra, además de un abogado del que aprender mucho. En realidad, su grandeza residía en que su despacho no estaba demasiado lejos de nuestra casa, porque el sueldo de ciento cincuenta libras mensuales se me iba en pagar el transporte hasta el juzgado. Si además tuviera que pagar de nuestro bolsillo el dinero para ir de casa al despacho, estaría haciendo el tonto y eso es ya lo que le faltaba a mi madre. Esos días no hacía más que quejarse de lo que ocurría en el país. «Esto es lo nunca visto», repetía. Siempre ha sido una mujer optimista. Yo antes tenía la ilusión de que cuando me licenciara podría ayudar en los gastos de la casa; ahora mi ilusión es reducir lo que le pido prestado... Después del fracaso de la fiscalía me convencí de que la abogacía era lo mío, y mientras me afeitaba frente al espejo por las mañanas tarareaba su himno:

«La abogacía, caballero, es un gran oficio: defender a los oprimidos en una sociedad injusta. Su papel será el de devolver los derechos a quienes los hayan perdido. ¿Acaso hay alguien en este mundo que pueda decirme qué es más importante que esto?».

* * *

A los pocos meses la vida le enseñó a voces qué era más importante que entrar en un despacho de abogados. Cuando el inquilino rubio dejó el apartamento que les había alquilado en Zamalek fueron incapaces de encontrar a un nuevo arrendatario, por lo que los ahorros que tenían en el cajón del tocador de la habitación de su madre empezaron a evaporarse lentamente en medio de un calor infernal. El piso de Zamalek era la única herencia que le había dejado su padre, además del único terreno sobre el que se sustentaba ahora su familia. Tras la muerte de su marido, la madre de Ahmad cogió papel y lápiz, hizo números y vio que la pensión de su difunto esposo no iba a permitirle llevar una vida decente; ni indecente tampoco. Además, como estaba convencida de que no iba a poder pedir ayuda a ninguna de sus cuñadas, quienes en primer lugar se habían opuesto a que su hermano se casara con una chica «vulgar», optó por tomar la difícil decisión de alquilar el piso a un periodista español

a cambio de una cantidad considerable, y mudarse a un piso alquilado en Bulaq Al Dacrór, donde se estableció y sacó adelante a su hijo. Quitó a Ahmad del Liceo de Zamalek y lo cambió a un colegio público, ubicado junto a su nueva casa en Bulaq. En su momento la decisión fue dura para el hijo, pero al mismo tiempo fue lo mejor para la familia, ya que el alquiler que cobraban por el piso de Zamalek subía anualmente, a veces de forma más que exponencial o superando incluso la inflación. De esa forma fue capaz de tomar el timón y gobernar con seguridad el barco de su vida en unas aguas calmas y templadas. Claro que también se volvían a veces turbias y sacudían los costados del barco, amenazándoles con hundirlo. Luego la casa permaneció más de un mes sin alquilarse, pero como había sido previsor se las ingenió para que sus pocos ahorros sirvieran para mantenerles durante esos días críticos. Su situación se estabilizó cuando un sueco ya mayor y enamorado de Egipto alquiló el piso por un periodo indefinido. Sin embargo, en los últimos años el endemoniado encarecimiento había engullido con diabólico apetito los incrementos anuales del alquiler y temía pedir al inquilino un nuevo aumento. Cuando Ahmad le preguntó sobre la posibilidad de separar setenta mil libras como soborno para entrar en la Fiscalía General, por un momento se planteó vender la gallina de los huevos de oro. Pero como era precavida por naturaleza, consideró que vender el piso sería como suicidarse, además de un paso en la dirección errónea.

¿Y quién le aseguraba a ella que esa cantidad garantizara que su hijo entrara realmente en la Fiscalía como decía?

Sin embargo, llegaría el momento en el que la suerte les diera la espalda.

* * *

Cuando ocurre una catástrofe, vienen todas juntas. Las cancioncillas que se obstinaba en tararear antes y después del desayuno siempre concluían de la misma forma:

«¡Caray con la profesión de abogado!».

Al final resultó que no valía para esto. Para poder hacer mi trabajo cada día tengo que dejar de lado tanto mi conciencia como todo lo aprendido en la Facultad de Derecho. Este es un oficio que choca con todo lo que me han enseñado a lo largo de mi vida, desde lo que ocurre en el juzgado hasta lo que pasa en la fiscalía. Mejor sería que contrataran a asesinos para que trabajasen como abogados. El primer problema que tuve con el señor Gomaa fue cuando obtuvo una sentencia de un tribunal que teníamos que ejecutar. Salí a coger lo necesario para cumplirla, es decir, el acta y los policías, tal y como me había pedido. Cuando fui donde el oficial, este me dijo que volviera mañana. Y de mañana en mañana estuve yendo sin saber qué hacer. El abogado se puso hecho un basilisco conmigo y me dijo que si les había preguntado cuánto querían a cambio de ejecutar la sentencia. Vamos, que el abogado tiene que llegar a un acuerdo con ellos sobre la cantidad a pagar para que la hagan cumplir. Y esta cantidad varía en función del caso y de lo espabilado que se sea. El caso es que le

contesté que yo no podía decirle eso, y el hombre se cerró en banda y me gritó: «¡Eres un inútil!». Mandó a otro abogado, que terminó el papeleo en un suspiro. Una semana después me tocó una sentencia para entregar un piso. El apartamento, que era pequeño y estaba en Malik Faysal, pertenecía a un pobre hombre con el que tuve que pelearme para fijar el precio en tres mil libras. El señor Gomaa las consideró excesivas y me aseguró que para un apartamento como ese bastaba con mil quinientas. «La verdad, Ahmad, es que no vas a aprender nada conmigo. Mejor sería que te buscaras a otro abogado. Puedo hablar con Husayn Qawra».

Salí de su despacho hecho una mierda.

* * *

Ahmad me contó que abandonó el edificio donde estaba el despacho del señor Gomaa, en la calle Sudán, sintiéndose un anciano vejstorio. Salió a la calle y, al inhalar el dióxido de carbono concentrado, empezó a toser. Entre la desilusión y la opresión que sentía en el pecho por la falta de aire se vio forzado a sentarse en la acera.

Como de costumbre, a las siete de la tarde la calle parecía una sala de espera en el infierno: un ir y venir constante de demonios del asfalto, porteros y buscavidas sentados en la acera, algunos fumando en pipa, haciendo las veces de recepcionistas en el Despacho Internacional del Infierno. Todo ello en medio de un griterío incesante e ininteligible, con autobuses empujando a los microbuses y estos a su vez aplastando a los coches... una jungla de metal, hierro y cemento en la que solo sobrevive el más grande, el más animal y el más violento. El puente de Bulaq no estaba a más de cien metros de distancia respecto de la piedra caliza blanquecina rectangular sobre la que estaba sentado Ahmad, pero el salto a la madurez le había pillado tan desprevenido que se veía incapaz de salvar de forma alguna esa distancia. Los gritos de los niños y los pitidos de las bocinas de los coches, sumados a las broncas de los conductores, el estrépito de los motores y el estruendo de los tubos de escape expulsando dióxido de manganeso, le golpeaban de forma tan inhumana en los tímpanos que a punto estuvieron de reventar. Hizo un esfuerzo ímprobo por bloquear sus sentidos tapándose la cabeza con los brazos, como hace un águila con las alas. De repente, lo único que oía era el runrún de sus pulmones inspirando y espirando aire contaminado. Cerró los ojos y poco a poco se abrió paso hasta su interior. Se acordó de una escena de una película de kárate en la que el protagonista bloqueaba también los sentidos para concentrarse en el siguiente golpe. Su problema residía en que no sabía a quién debía dirigir ese golpe, ni si con sus años sería capaz siquiera de golpear.

* * *

Mi madre es la mejor madre del mundo entero. Siempre me ha transmitido energía y

esperanza. Ese día volví a casa a las ocho de la tarde, aunque normalmente no solía llegar antes de las diez de la noche. Había vuelto arrastrando las piernas y sentía como si cada brazo me pesara cien toneladas. Nada más entrar y mirarme mi madre a los ojos, sentí como si se me hubiera consumido el alma entera. Se da cuenta de todo con solo una mirada; ¿cómo lo hará? Con una voz dulce, me animó: «No te preocupes, cariño; Dios ayuda a quien está con él».

Me acarició la cabeza un rato y luego me dio un beso:

«Ahmad, el mundo está en constante movimiento, igual que un escanciador. No sabes qué puedes encontrarte a la vuelta de la esquina. ¿Qué puede ofrecer el escanciador, salvo agua? Y el agua siempre es buena. No te preocupes por ese poco de barro que ensucia el agua, hijo mío; yo me encargo de quitártelo».

Aquella noche la pasamos viendo la película *Si Omar*; le encanta Naguib Al Rihani. Al final de la peli mi madre acabó por convencerme de que bien está lo que bien acaba. Pasé toda una semana en casa sin querer moverme, contento de estar con ella, sintiéndome seguro. Después de todo un mes buscando trabajo al final decidí cortar con Hagar, y razones no me faltaban.

* * *

Hagar fue su primera historia de amor, y la última. «La historia del siglo», como dicen sus amigos de la facultad. Sus ojos tropezaron con los de ella por primera vez el 1 de enero de 2000, exactamente a las once y cincuenta y nueve minutos y cincuenta y nueve segundos. Cuando sus miradas se cruzaron por vez primera, el reloj dio las doce del mediodía, para indicar que ya habían pasado doce horas del nuevo siglo y que había comenzado su apasionada historia de amor. Él estaba en la cafetería celebrando con sus amigos su dieciocho cumpleaños, a base de bocadillos de hígado con pimiento picante. Ella andaba con una caravana de chicas en misión de reconocimiento para descubrir todos los recovecos de la universidad y ver qué pinta tenían los alumnos. Hacía apenas unos meses que las chicas se habían matriculado en la Universidad de El Cairo y Hagar no era ni la más guapa ni la más alta ni la más baja, ni siquiera de las más cercanas a él. Pero Ahmad no tenía ojos más que para ella, ni en ese momento ni en los que vendrían después. Por lo que a él respecta, era el más guapo y tenía unos rasgos que denotaban grandeza, como si la hubiera heredado de reyes pasados que hubieran gobernado reinos lejanos. La caravana de las chicas, por su parte, tampoco tenía ojos más que para él, y la envidia que sentían hacia Hagar destrozó los corazones de muchas de sus compañeras durante los años de facultad.

A las doce del mediodía y dos segundos, obsequió a Hagar con una sonrisa que le desajustó todo el sistema circulatorio: el corazón bombeó el doble de sangre al carrillo derecho y a la oreja izquierda, de tal forma que la sangre apenas le llegaba a las piernas, por lo que la rodilla izquierda le flaqueó y dio un traspies. Eso fue todo lo

que hizo Ahmad: sonreír; a partir de ese día, Hagar se encargó del resto. Había empezado la historia de amor del siglo, que duraría años con el patrocinio especial de Eros y alguna ayuda de Homero. Él era tranquilo, refinado, y Hagar era esclava de su amor, segura como estaba de que Dios la había recompensado a ella, una campesina hija del limo del Nilo, con el príncipe de los príncipes. Cuando se licenciaron fue con su familia tan cortante como el filo de una espada, y les dijo que esperaría cuanto fuera necesario hasta que el tiempo le sonriera a Ahmad y pudiera pedirle la mano, incluso si eso significaba esperar los mismos años que aguardó el genio de la lámpara la llegada de Aladino para que lo liberara de su prisión. Su familia sabía que con ese asunto Hagar no bromeaba, y cuando su padre habló con ella sobre algunos detalles acerca del piso, la dote y el regalo de compromiso, le contestó con su tradicional resolución que bastaba con que Ahmad moviera un dedo para que ella se pusiera a sus pies. Por eso advirtió a su padre que se anduviera con cuidado: Hagar era capaz de romper cualquier relación que se interpusiera entre los dos.

* * *

La decisión de dejar a Hagar no fue para nada fácil. No pienses que era una relación como la que podían tener cualquiera otros dos en la facultad, que se terminaba cuando se licenciaban. No. Y no pienses que yo estaba con ella por sexo. A ella me unían los ángeles, no los demonios. La llevo en las venas, como la sangre, a ella y a mi madre; quiero decir, a mi madre y a ella. A lo que me refiero es que las dos son mi patria, mi tierra y mi cielo. ¿Qué otra cosa debía o podía hacer? No veía ninguna otra salida.

Cuando terminamos la carrera tenía muchas esperanzas de entrar en la fiscalía y me obsesioné con eso. Luego me obsesioné con la toga de abogado. Pero todo eso no eran más que excusas para intentar olvidar el tema de la emigración. Mi madre por un lado y Hagar por el otro, entre las dos me convencieron de que esperara un poco aquí. Estaba dispuesto a agarrarme a un clavo ardiendo, pero todos los caminos distintos que había recorrido me habían llevado al mismo destino: a salir de Egipto lo más rápido posible.

Hagar conocía perfectamente la situación y no ponía ningún impedimento a que yo viajara; ella me seguiría después. Mis amigos y yo nos pasamos años sin hablar de otra cosa; nos aprendimos todas las formas de viajar y estudiamos cualquier idea que le hubiera salido bien a alguien. Cada vía de escape tiene su precio, y la más barata es internet. Ese mes lo pasé entero yendo por las noches a un club tecnológico que tenemos al lado, una suerte de local rectangular lleno por todos lados de ordenadores conectados a internet. Cuando al fin pude conocer a una estadounidense a través del chat, decidí cortar la relación con Hagar porque mi conciencia no me permitía engañarla ni por un segundo. ¿A quién iba a engañar? ¿A mi alma?

* * *

El día 1 de enero de 2000, exactamente a las once y cincuenta y cinco minutos, Ahmad estaba sentado en su despacho en el Ministerio y pidió que no le molestara nadie, por lo que salieron todos y le dejaron a solas. El que se recostaba en la silla no era nuestro Ahmad, sino Ahmad Nazif, Ministro de Telecomunicaciones e Información. Exactamente a las once y cincuenta y nueve minutos y cincuenta y ocho segundos espantó una mosca que se había posado en el cristal de las gafas, y miró por la ventana contemplando el horizonte dorado. A las doce en punto, y como si le hubiera venido la inspiración celestial, se le ocurrió el proyecto de los clubes tecnológicos. La satisfacción que le produjo se reflejó en su rostro en forma de sonrisa. Exactamente en el mismo instante en que a Hagar le temblaron las piernas se le ocurrió el tema del discurso que dirigiría a los estudiantes de la Universidad de El Cairo, para que fueran partícipes de sus sueños. El lunes 17 de enero de 2000, el Dr. Ahmad Nazif fue a la Universidad de El Cairo y durante un discurso que pronunció sobre Egipto y el nuevo milenio frente a Ahmad, Hagar y los chicos de la universidad, explicó que a lo largo de febrero se anunciaría un programa intensivo para que los recién licenciados se formaran en el campo de las nuevas tecnologías. Dentro de ese programa, el ministerio adoptaría diferentes proyectos que pudieran beneficiar a los jóvenes, entre ellos la creación de un registro estadístico digital, así como una red sobre empleo con información referente a las ofertas y los puestos de trabajo disponibles en los organismos públicos y privados, para ayudar a quienes buscaran trabajo.

El Dr. Ahmad Nazif volvió de la universidad pensando que con la apertura de los clubes tecnológicos a lo largo y ancho de Egipto, con ordenadores e internet de alta velocidad a precios simbólicos, permitirá al pueblo egipcio entrar en la era de la información, lo que sin duda abrirá nuevos horizontes, en particular en cuanto a la exportación se refiere; así el producto egipcio por fin podrá llegar a los mercados internacionales.

El 2 de noviembre de 2000 se inauguró en Guiza uno de esos clubes, con una base de datos en la que incluir a los recién licenciados. Corrió a cargo del Dr. Atef Ebeid, Primer Ministro de Egipto, acompañado por el Ministro de Telecomunicaciones, Nazif, el Ministro de Educación Superior y Estatal para la Investigación Científica, Mufid Shehab, el Ministro de Educación, Husayn Kamel Baha El Din, el Ministro de Desarrollo Local, el General Mustafá Abdel Qader, D. Gamal Mubarak, Presidente de la asociación *La Generación del Futuro* y Mahmud Abu El Leyl, Gobernador de la provincia de Guiza. El Dr. Ahmad Nazif anunció el plan del ministerio para desarrollar los recursos humanos en el ámbito de las tecnologías de la información, asegurando que en el marco de este programa de desarrollo de las telecomunicaciones y la información ya se había puesto en marcha

la primera fase para crear treinta y seis clubes en seis provincias, a saber: El Cairo, Guiza, Minya, Beni Suayf, Garbiya y Alejandría.

* * *

La primera vez que oí hablar de estos clubes de internet fue cuando estaba en primero de carrera. Oímos que uno de la facultad que nos sacaba dos años había estado enganchado a internet hasta que conoció a una alemana a través del chat que le ayudó a emigrar, y Dios le recompensó con la suerte de poder ir a Alemania. Le quedaban tres meses para los exámenes finales de la carrera y, claro, el consulado alemán no pensaba que fuera a dejar la facultad y no regresar, por lo que le dieron un visado para dos semanas. Él las convirtió en dos siglos, y desde entonces todavía sigue allí. Nosotros soñábamos con algo así y solíamos decir que con el tiempo acabaría por tocarnos a alguno, aunque de momento tuviéramos que conformarnos con esperar nuestro turno. La primera vez que fui a un club tecnológico fue durante el verano siguiente, con Salah y Peter, amigos de la facultad. Allí supimos de más de uno que había tenido suerte y había emigrado gracias a internet. El último de ellos, Ibrahim, uno de mi promoción al que conocía bien, no hacía ni seis meses que se había marchado.

* * *

Ibrahim viajó acompañado de su tía, que residía en Inglaterra desde hacía unos veinticinco años y ya tenía la nacionalidad. Había conseguido no sin pocas dificultades un visado de turismo gracias al apoyo sin precedentes de su tía y su marido. Se marchó a vivir con ellos a Hook, una ciudad pequeña de Hampshire, a una hora en tren más o menos desde Londres. Ibrahim se pensaba que el Capitán Hook había nacido en esa ciudad. Él se consideraba a sí mismo uno de los protagonistas de la novela de James Barrie, y se veía como un pirata que hubiera ido a Hook a hacerse con su riqueza y apoderarse de su oro. Como obviamente no tenía la más mínima intención de volver a Egipto, a los dos días de llegar empezó a trabajar en una granja regentada por un viejo inglés. Pero no siempre sopla el viento a favor de los piratas. Su padre falleció repentinamente e Ibrahim se vio obligado a volver, pues era el único hijo varón y tenía que hacerse cargo de ciertas obligaciones sagradas. Cuando decidió volver lo hizo con la certeza de que podría regresar más adelante. «Pero salir siempre es más fácil que entrar». Después de haber excedido el tiempo de estancia del primero, le fue imposible volver a obtener un visado de turismo. La única ventana que tenía ante sí para acercarse al mundo real era la de internet. Pasó frente a la pantalla cerca de seis meses, día y noche, y durante ese tiempo conoció a multitud de chicas, pero ninguna le servía para lo que él quería. Pasado el medio año conoció a una mujer de la misma ciudad, de Hook, unos veinte años mayor que él, y tras otros seis meses más la convenció de que fuera a El Cairo a expensas de él, para casarse. Y

efectivamente fue a El Cairo e Ibrahim le demostró su caballerosidad, su hombría, su dulzura y la pasión que sentía por ella, de forma que terminaron casándose. No obstante, a pesar de haber contraído matrimonio, fue incapaz de conseguir el visado en el consulado británico en El Cairo, por lo que su mujer tuvo que volver a Hook y presentar un recurso ante los tribunales en el que exigió poder ejercer su derecho a reagrupar a su marido. Y parece ser que cuando el juez la vio en el juzgado y se percató de que era imposible que fuera a encontrar otro hombre, se apiadó de ella. Cuatro meses después consiguió la resolución por la cual se obligaba al consulado a otorgar a Ibrahim un visado para viajar a Inglaterra.

* * *

Si hubiera sido un tribunal egipcio, Ibrahim también habría viajado, pero después de jubilarse, para cambiarse la dentadura... soy abogado, y sé cómo funcionan las cosas. Pero gracias a Dios era un tribunal británico y salió airoso del embrollo. Nosotros también tenemos que pensar cómo salir de este círculo vicioso. Llamé a Hagar y le pedí que se reuniera conmigo en el parque del Orman. Es un parque que me encanta, y he recorrido cada uno de los más de doce kilómetros cuadrados que ocupa. Acordamos vernos el 1 de enero de 2005 a las doce del mediodía, en el quinto aniversario de nuestro primer cruce de miradas y en el sitio en el que habíamos pasado nuestros mejores momentos. Este sitio guarda toda nuestra historia: nuestro primer «te quiero», la primera vez que nos dimos la mano, el primer abrazo, el primer beso... ¡Me encantas entera, Hagar! Incluso la cicatriz que tienes bajo la barbilla. Antes de salir por la mañana recelé: «¿se lo digo a mi madre o no?». Al final no se lo conté. Era mi cumpleaños y estaba súper contenta, llenándome de besos y contándome cómo era la tarta que quería preparar. Ojeando el periódico encontré una noticia la mar de extraña: habían muerto decenas de miles personas a causa de un tsunami, pero los animales se salvaron todos. Había sido en Sri Lanka, en un sitio en concreto en donde se concentra el mayor número de animales salvajes. A pesar de que habían muerto veintidós mil esrilanqueses no habían encontrado el cadáver de un solo animal. Ni siquiera un elefante o una jirafa. «Creo que los animales son capaces de presentir las catástrofes; tienen un sexto sentido. Saben cuándo va a ocurrir algo» había asegurado un experto.

Si hubiera en Egipto tantos animales como en Sri Lanka, todos habrían escapado huyendo de la catástrofe que está a punto de ocurrir. Lo que da asco es que a ellos sí les habrían dado visado. Si es que los europeos y los americanos prefieren a los animales antes que a las personas que viven como nosotros. Bajé de casa, cogí el microbús y me pasé todo el viaje hasta el parque del Orman buscando un perro o un gato. ¡Ni uno encontré! Pensé que se habían llevado a los perros y nos habían dejado a nosotros.

Llegué una hora antes de nuestra cita y me senté bajo el árbol cuyo tronco, cuyas

ramas y cuyas hojas habían presenciado los momentos más bonitos de nuestro amor. Permanecí infundiéndome ánimos y mirando al cielo en busca de ayuda y fuerza para ser capaz de decir lo que tenía en el corazón. Bueno, lo que tenía en la cabeza. Pero ¿cómo va a ayudarme el cielo siendo como era testigo de la promesa que nos habíamos hecho? Dicha promesa consistía en que ese mismo cielo que nos cubría sería testigo de nuestra boda, para que también mi padre pudiera alegrarse al verme desde arriba adentrarme en un mundo nuevo. Ese día acordamos que nuestra boda la celebraríamos en un lugar abierto, para que el cielo pudiera vernos. Y de repente, al caer en la cuenta de que esta podría ser la última vez en mi vida que la viera, empecé a temblar. «¿Qué puedo ofrecerle yo, aparte de un poco de aire sucio, contaminado y mortífero?». En vez de venirme una fuerza capaz de mover montañas, me entró tal flojera que me puse a llorar como una magdalena.

* * *

El lugar estaba a rebosar. En el parque del Orman había miles y miles de personas, pero yo solo veía a dos.

Como si la brisa que soplaba en el parque les hiciera abrazarse. Seguro que él le susurraba que la quería.

Y seguro que ella también le susurraba un «te quiero» similar. Eran dos enamorados que estaban por encima de las mentiras.

El lugar estaba a rebosar. En el parque del Orman había miles y miles de personas, pero yo solo veía a dos.

Y de repente el chico rompió a llorar, con lágrimas tan grandes como espejos.

Dos, haciéndose añicos, con una tristeza mayor que la fuerza de ambos, dejando a los perros la oportunidad de decidir sobre su futuro.

Dos, llorando, habiendo perdido la capacidad de oír nada que no fuera el llanto del otro. Después, muy lentamente, como dos cuerpos sumisos, se separaron, rompiéndose en mil pedazos. Gritaban por el temor a la separación y volvían a fundirse en un abrazo, como una llama, para separarse de nuevo aunque siguieran unidos en las lágrimas. Y mientras ocurría esto se alejaban el uno del otro, exprimiendo la despedida, faltos de palabras.

Una mano dubitativa se repliega y, sin mirar atrás, Ahmad desaparece engullido por la vida.

La vida no regalaba nada a nadie. Hagar permanece fija en su sitio, boquiabierta y con el corazón sangrando: acaba de morir. Sin palabras, sin gritos. Se sabe muerta.

Se desploma sobre el suelo, acariciando la tierra con la mano, y así se queda toda una eternidad. Ahora, a la sombra del mediodía, sigue dando vueltas sobre sí misma, convencida de que seguirá así hasta el infinito, porque hoy no ha perdido solo a su amado, sino también el amor; se siente débil, antes de que la vendan a otro, pero yo no puedo ofrecerle nada más que una despedida antes de que la engulla la

humanidad^[1].

* * *

Ahmad es incapaz de recordar cómo llegó desde el parque del Orman hasta su cama. Intentaba rescatar algún momento, alguna imagen, una situación, pero todo estaba cubierto por la sombra. Ni siquiera sabía si había ido a pie, si había cogido un taxi o si había montado en las alas de un grifo. De repente estaba con la cabeza bajo la almohada, negándose a respirar. Cuando un fino rayo de luz se coló a hurtadillas por el rabillo del ojo derecho, lo cerró bruscamente en busca de la oscuridad, rogando que lo acompañara hasta el final. En última instancia tuvo que abrir los pulmones para que entrara el aire, y tras una larga obstinación sacó la cabeza de debajo de la almohada, abrió los ojos e inspiró tan profundamente que se llevó el oxígeno de todo El Cairo. Observó su habitación, repleta de gruesos libros de derecho amontonados uno sobre otro, con los lomos medio partidos apoyados contra la pared.

Abrió un armario que tenía un espejo vertical en una de las puertas. Al mirarse el ojo derecho, que mandaba señales al cerebro de estar sufriendo un dolor intenso, vio que tenía un derrame, pero no le prestó mayor atención.

Cogió un antiguo casete, que estaba en el mismo sitio de siempre, sobre su querido escritorio, y tras poner una cinta de Umm Kulzum comenzó a deambular miserablemente por la habitación, como un león enjaulado.

¿Olvidarte? Habladurías.

¿Olvidarte? No podría.

Sacó del armario que estaba abierto la camisa negra que Hagar le había regalado hacía dos meses y se quedó embobado contemplándola. Cerró el armario, regresó a la cama, suspiró profundamente y volvió a hundirse bajo la almohada.

* * *

El plan se basaba en que se suponía que yo era como una piedra, pero al final me entró el miedo porque estaba colado hasta los huesos por Hagar. A pesar de todo estaba completamente convencido de que esto era lo mejor para los dos: yo podría emigrar y ella se las apañaría. Cuando se lo conté a mi madre no daba crédito. Se enfadó muchísimo y me dijo que me había equivocado de pe a pa, que había jugado con sus sentimientos y que no había excusa en el mundo que pudiera disculpar lo que le había hecho a la pobrecilla, con lo que me quería, y que si mi padre hubiera estado vivo me habría obligado a casarme con ella. Terminó por decirme que no me merecía ninguna tarta de cumpleaños por insensible e ingrato.

Unos días después me llamó Hagar por teléfono y me pidió que olvidáramos todo lo que había sucedido y que hiciéramos como si no hubiera ocurrido nada. Pero yo seguí en mis trece, me agarré a mi decisión como si fuera un equilibrista sobre la

cuerda pero sin barra.

El caso es que desde ese día dejé de sentir remordimientos cuando hablaba con Elissa por Internet, que entonces para mí era lo más importante. Decidí que tenía que trabajar en lo que fuera y como fuera, para así poder salir del país de la mano de Elissa.

* * *

El plan de Ahmad, Yaser, Salah, Peter y el resto de sus compañeros se basa en ir a diario a uno de los clubes tecnológicos. Empiezan por chatear desenfrenadamente con cualquier chica que esté en Messenger, Yahoo, Skype o AOL. Suelen estar de ocho a doce de la noche, según el huso horario de Europa occidental o de los Estados Unidos. Buscan a una mujer madura de una edad comprendida entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, es decir, más o menos unos quince años mayores que ellos.

Suelen mentir en lo que respecta a la edad que tienen y se hacen pasar por casi treintañeros. Prefieren que la mujer sea normalita, tirando a guapa aunque lo importante es que haya vivido una historia de amor larga que haya terminado en fracaso hace más de un año. Es preferible que dicha relación haya dado como fruto uno o más hijos, de forma que las posibilidades de que empiece una nueva relación sentimental en su país sean limitadas. Con un poco de suerte estará desesperada por mantener relaciones sexuales con cualquier hombre. Conjuguar todas estas características parece complicadísimo pero no lo es, ya que el porcentaje de divorcios que se producen en Europa se sitúa entre el 40 y el 50%. Además muchas de esas relaciones empiezan a temprana edad, nada más abandonar el hogar familiar, y terminan con niños que viven sin uno de los progenitores. Como resultado de condicionantes sociales complicados, muchas de las divorciadas se sienten extremadamente solas.

Cada uno de los chicos tiene su propio plan a seguir. Los que las prefieren calientes, como Marilyn Monroe, juegan con los sentimientos y dicen añorar el amor verdadero porque viven en un país horroroso y que ansían experimentar el amor auténtico con una mujer europea plena... entre otros muchos ejemplos sacados de discos repetitivos con canciones de amor, aderezados con las especias y la originalidad de cada joven. Por otro lado están los que las prefieren frías como el hielo: busco una oportunidad para emigrar, casémonos durante un tiempo, hasta que consiga la nacionalidad; podemos llegar a un acuerdo que nos satisfaga a los dos, que puede ser económico, sexual o humanitario.

* * *

A mí lo que me pasa es que soy incapaz de conjuguar mi educación y mis principios con este mundo en el que vivo; por más que lo intento no puedo. Cuando me

despierto me levanto sintiéndome perfectamente capaz de sobornar, mentir y hacer toda clase de perrerías, pero luego no puedo. No se trata solo de tener intenciones, sino de saber ser un sinvergüenza y un corrupto... es una mierda. Es mi conciencia quien me guía y no puedo remediarlo. Ayer estaba sentado al lado de uno que estaba chateando con una tía y no paraba de preguntarme palabras en inglés para decirle que la ama, que la adora y que ya no aguanta más... que se muere de ganas por zumbársela y está dispuesto a firmar que se acostará con ella dos veces al día durante dos años, a cambio de que ella se case con él y después le dé la nacionalidad alemana. Me daba ya hasta asco, tampoco hay que pasarse; eso es prostitución en toda regla. Yo a Elissa le expliqué mi situación con toda sinceridad, excepto mi historia con Hagar. Salvo eso, sabe todo de mí, incluido que quiero emigrar porque en mi país no hay ni una oportunidad de trabajo, y ella lo entiende perfectamente. Incluso me dijo que ellos son la causa de nuestro atraso y que se siente responsable de la situación a la que hemos llegado. «La colonización de antes era menos dañina que lo que nos hacen hoy día los norteamericanos», dice. Se extrañó mucho al enterarse que soy abogado y que mi situación es tan desesperada. Elissa vive en Nueva York y trabaja formando a modelos en una agencia, con un sueldo de novecientos dólares a la semana. Es una artista, delicada, muy culta y lo que es más importante: simpática y bromista.

* * *

Cuando Ahmad le contó a su madre un chiste que le había enviado Elissa por internet, no le hizo ninguna gracia, principalmente porque no le hace ninguna gracia cualquier cosa que esté relacionada con la idea de que su hijo viaje. De hecho cree que es algo tristísimo. Él ha intentado explicarle muchas veces que no puede seguir allí y que no hay nada que pueda hacer en una tierra estéril. Pero su madre, a pesar de las dificultades económicas por las que pasa y a pesar de que su hijo no haya encontrado trabajo, nunca ha podido digerir la idea de irse. *La protegida*^[2] lo seguirá siendo hasta el fin de los días y mejor país que Egipto no hay; aparece mencionado incluso en El Corán. Aquí hay tanta honradez, educación y espíritu que si se amontonaran llegarían hasta el cielo. Lleva toda la vida cantando *con abrazos, mi querido, mi dulce país, con abrazos... quien se ausenta de ti no soporta la lejanía... y vuelve para abrazarte*. Ha vivido victorias y derrotas, y ha participado en manifestaciones. Nunca ha conseguido entender que su hijo, desde que naciera en enero de 1982, no hubiera participado nunca en una manifestación. Y se pregunta si realmente ha habido manifestaciones de verdad desde ese año. Fawziya se licenció en el Departamento de Psicología, en la Facultad de Letras, en 1972. Empezó la facultad después de la Guerra de los Seis Días, cuando la universidad parecía estar en ebullición y los alumnos en revolución. Todavía recuerda las manifestaciones de 1972 como si hubieran tenido lugar ayer, y cómo gritó tanto a favor de la guerra que

se quedó sin voz y el médico le prohibió hablar durante una semana. ¿Qué es lo que ha pasado? Ahmad le responde que, desde que nació, el único dato que ha dado el Estado es que Egipto es un país para el que no hay solución, y que subsiste gracias a la ayuda de los norteamericanos, que son los que nos dan trigo y dinero, que ellos tienen las llaves y que nosotros solo tenemos puertas que se nos cierran en las narices.

Su historia preferida cuando era pequeño narraba que solo hay una puerta que no podemos abrir, mientras que el resto están todas a nuestra disposición. Que para él estuvieran todas las puertas cerradas era algo que no concebía. «Mamá, no hay ni vida política, ni económica ni social; lo único que hay es un esqueleto hambriento habitado por espíritus malvados». Ahmad le habló sobre una película que había visto en un canal saudí, *El Show de Truman*, con Jim Carrey, en la que el protagonista cree vivir una vida normal hasta que descubre, y nosotros con él, que toda su vida era una mentira prefabricada y que todo lo que le rodea no es más que un escenario de madera para grabar; incluso el mar, con el poderío de las olas, era una fotografía para que un programa televisivo produjera beneficios. Nosotros vivimos una vida similar y los americanos nos miran y se ríen.

* * *

Mamá, Elissa me quiere y yo estoy enamorado.

La semana que viene es su cumpleaños, el cinco de marzo, y quiero ver con ella cómo puede echarme una mano para salir de aquí.

* * *

Ahmad se había quedado prendado de los flecos de la esperanza, pero debido a su ingenuidad y a su bondad, volvió a hacer oídos sordos a los consejos que todos le daban. Se había enamorado de Elissa, que tenía su misma edad, era preciosa y todavía no se había estropeado a base de operaciones. Sus amigos le repetían que estaba persiguiendo de nuevo el sueño ilusorio de la fiscalía: Elissa no encajaba con las descripciones y medidas que figuraban en el manual que manejaban. Le dijeron que para poder salir tendría que prostituirse. No hizo caso a nadie, pero los días demostraron que ellos tenían razón. Los flecos de las promesas de Elissa eran tan delicados que se deshilaron en un santiamén. Cuando sintió que se había prendado de ella más de lo permisible, cambió de táctica. Desapareció durante una semana entera, tiempo que Ahmed pasó pesaroso, algo a lo que contribuyó que tuviera apagado el móvil cada vez que la llamaba. Al octavo día entró en internet y, al ver que estaba *online*, el corazón le dio un vuelco de felicidad; sin embargo, las palabras que le llegaron desde el otro lado del Atlántico eran las de la madre de Elissa, para darle el pésame: había fallecido hacía una semana en un accidente de tráfico, mientras celebraba su cumpleaños con unos amigos.

Hagar Mustafa

Yo nací el 22 de noviembre de 1981 y fallecí en el parque del Orman el 1 de enero de 2005, exactamente a las doce del mediodía. Ahora mismo estoy muerta.

* * *

Hagar llegó al parque del Orman diez minutos antes de la hora. Estaba resplandeciente, y la felicidad que irradiaba coloreaba sus mejillas. No hacía más que pensar en si le gustaría el regalo de cumpleaños. Había estado dando muchas vueltas a qué comprarle. Desde que comenzara el siglo y hasta ese mismo día le había regalado todo lo que se le puede regalar a un chico: un llavero, una cartera, una camisa, un cinturón e incluso, cuando por fin se atrevió, un pijama. Mientras estuvo buscando el regalo pensaba que encontrar uno para una chica es facilísimo, pero que para un chico costaba lo suyo. Cuando por fin lo encontró se alegró tanto que soltó un «¡eureka!» igual que Arquímedes. Lo tiene en el bolso, envuelto en papel dorado y con un lazo blanco. Al cruzar la puerta y dirigirse al árbol de siempre...

«Ahí está mi amor, iluminando el cielo con el fulgor de su luz».

* * *

Al apagar la luz, Ahmad me dejó sola en el parque del Orman, envejeciendo por momentos. Intenté llamarlo para que por lo menos se llevara su regalo de cumpleaños, pero no me salió la voz. Se alejó y se alejó hasta que no era más que un puntito de luz al final del túnel. Yo me quedé en mi sitio sintiendo cómo mi alma envejecía. Cada minuto que pasaba envejecía un año, así hasta noventa. Al intentar levantarme por primera vez, no pude, ni tampoco a la segunda, ni siquiera a la tercera; necesitaba un médico. Cuando ya me harté de morir por fin pude moverme; era como si me hubiera vuelto más ligera después de que el alma me hubiera abandonado el cuerpo. Me subí al metro para irme a casa sintiéndome una extraña dentro de mí misma.

* * *

Durante los años que duró la relación, Hagar nunca se había imaginado el futuro sin que Ahmad estuviera a su lado. De cada fantasía, cada sueño, cada idea, era Ahmad el protagonista. Si Ahmad entendiera el significado del vacío comprendería cómo se sentía Hagar ahora. Hasta entonces solo oía campanillas y veía la vida de color de rosa. Hagar se consideraba muy a menudo afortunada: cuando iba a la feria siempre ganaba la tómbola; cuando jugaba al chaquete con su padre los dados obedecían sus órdenes; si jugaba a las cartas con Zaynab, su hermana pequeña, siempre le tocaban

los reyes. Zaynab le tomaba el pelo a veces preguntándole si no le bastaba ya con uno, que quería los otros tres. Hagar nunca había creído en el refrán que dice «afortunado en el juego, desafortunado en amores»... no hasta el 1 de enero de 2005.

Su padre, por el contrario, estaba convencido de que su relación con Ahmad no era más que algo pasajero. Por eso, aunque ella estuviera locamente enamorada, le estaba buscando un pretendiente. Sabía que era una cuestión de tiempo, que solo tenía que esperar, y esperar se había convertido en su oficio ahora que se había jubilado.

El Dr. Ahmad se había jubilado hacía un año y medio. Había sido profesor en el Dpto. de Fotografía de la Facultad de Artes Aplicadas. Tenía más de cuarenta años cuando contrajo matrimonio con Suad Abdallah, licenciada en la misma facultad, pero en el Dpto. de Comunicación. Ella, sin embargo, no llegó a ejercer ni un solo día, algo de lo que estuvo arrepintiéndose toda la vida. Siempre que se le presentaba una oportunidad le reprochaba enfadada a su marido que le hubiera echado a perder su futuro profesional. Dios les había bendecido con dos niñas y a pesar de provenir los dos de la misma ciudad, se conocieron cuando ella ingresó en la facultad. Él era profesor y ella una estudiante de primero. Cuando hubo averiguado hasta la talla que calzaba Suad, le pidió a su padre la mano de su hija de forma oficial y sin que ella supiera nada. Él siguió enseñando fotografía toda su vida, y a pesar de que nunca fotografió nada digno de mención, nunca tuvo ninguna sensación de fracaso; de hecho era completamente feliz y estaba satisfecho de lo que había conseguido en la vida.

La sensación de ser un hombre al que Dios le había premiado con su amor se acrecentó cuando el 1 de enero de 2005, exactamente a las doce del mediodía, se cruzó frente al parque del Ormán con Ayman Sobhi, un antiguo alumno suyo, que salía de la Facultad de Artes Aplicadas. Apenas había llegado a la estatua de Ahmad Shawqi cuando se le acercó a saludarle efusivamente:

—Dr. Mustafa, buenos días. ¡Feliz Año Nuevo! ¿Se acuerda de mí? Soy Ayman Sobhi... un antiguo alumno suyo, el que le compró en Londres una cámara.

—Hola, Ayman. Claro que me acuerdo de ti. ¡Feliz año! Creía que te habías marchado del país.

—Sí, es cierto, me marché a los Estados Unidos hace unos diez años.

—¡Qué deprisa pasa el tiempo! ¿Y a qué te dedicas allí? ¿Estás de visita?

—La soledad es dura, y lo cierto es que he venido a buscar una novia para casarme.

El Dr. Mustafa observó por primera vez a Ayman con detenimiento, escudriñándolo. De mediana estatura, con una cara cuadrada como la de un boxeador y los ojos de un tono aguamarina insulso, tenía las cejas rubias y densamente pobladas. Su mirada era mustia, tirando hacia la estupidez más que a otra cosa. Aun así era el pretendiente ideal para su hija, y a pesar de que cuando se le ocurrió esa idea el corazón le dio un vuelco de alegría, mantuvo la calma y no dejó que se le notara.

—¿Y ya te han dado la nacionalidad, Ayman?

—Sí, ya la tengo.

—Bien, bueno, pues tienes que venir a vernos. Hemos oído muchas cosas sobre los Estados Unidos y quiero que me digas qué es cierto y qué son fantasías. Espero que tengas tiempo para tu viejo profesor.

—¡Claro que sí, será un placer!

El Dr. Ayman le escribió en un papel la dirección y no se marchó hasta haber concretado la cita: el martes día 4 de enero a las siete de la tarde.

* * *

Ayman se fue a los Estados Unidos el año 1996, con un visado de turismo normal. Lo había conseguido cuando puso en escena una original obra de teatro durante la entrevista con el cónsul. Para demostrarle que respetaba y toleraba otras culturas, se puso la kipá. Tenía esperanzas de que surtiera efecto, y aunque así fue, ni él ni el cónsul dejaron entrever esto durante la entrevista.

Llegó a Nueva Jersey con ochenta mil libras, los ahorros de toda su vida: durante los años de facultad había sido contrabandista profesional, especializado en componentes de cámaras fotográficas.

La historia de su éxodo de El Cairo comenzó cuando el verano, después de terminar el instituto, empezó a trabajar en una empresa de turismo como acompañante de pequeños grupos. En uno de ellos conoció a un judío de origen británico, George, un comerciante del Soho especializado en la venta de componentes de cámaras fotográficas usadas y reparadas. George tenía ojo clínico para los negocios y, una tarde, mientras daba un paseo con Ayman, vio los componentes que había en El Cairo y lo que costaban. Inmediatamente comprendió que tenía ante sí un mercado ideal para vender su mercancía. Ayman se mostró más que dispuesto a aprender el oficio y a vender el excedente en Egipto. Ahí fue cuando la vida de Ayman dio un giro de ciento ochenta grados. A pesar de no haber tocado una cámara en su vida, se apuntó al Departamento de Fotografía de la Facultad de Artes Aplicadas:

«Ahí segurísimo que encontraré clientes... Haré negocio al tiempo que estudio y mataré dos pájaros de un tiro».

Después envió una larga misiva a George en la que le avisaba de que se había apuntado al Departamento de Fotografía y que había mucha demanda para sus productos. George, por su parte, le envió una invitación para que fuera a Londres para enseñarle toda la mercancía y el precio, y para darle alguna lección sobre el mundo de los negocios. Acordaron que el billete lo pagarían a medias pero que el alojamiento sería en casa de George. Durante los años que pasó en la facultad no tuvo que hacer el más mínimo esfuerzo para vender toda clase de máquinas y componentes, tanto a profesionales como a aficionados. Al principio tenía que

desmontarlas para poder pasarlas de contrabando por la aduana egipcia. De este modo podía vender algunas cámaras que, por ser el último modelo, escaseaban en Egipto. A base de sobornos acabó conchabándose con los agentes de la aduana, por lo que ya no tenía que desmontarlas; además, solo introducía una cámara cada vez. Nunca confesó a nadie que vendía las usadas como nuevas, para así obtener el mayor beneficio posible. Efectivamente, durante los cuatro años de carrera obtuvo un gran éxito haciendo diversos favores al profesorado, lo que le permitió ahorrar el suficiente dinero como para emigrar a los Estados Unidos.

* * *

Después de que el Dr. Mustafa se marchara, Ayman permaneció pensativo frente a la estatua de Ahmad Shawqi:

«Si se ha mostrado tan interesado en que vaya a verle es por algo. No tiene sentido que quiera comprarme una cámara; lo más probable es que esta vez sea yo quien le compre algo... ¡Una novia! ¿Será una de sus hijas o una nieta?, ¿o quizá una de las primas? Llevo vistas dieciocho chicas en cuatro días y ninguna me convence, entre la vulgar, la fea, la que parece retrasada... La última era repugnante, porque aunque estaba buenísima no paraba de repetir “mi trabajo es lo más importante, yo, yo, yo...”. Por eso me he puesto las gafas de culo de botella. ¡Ay, Dios, ojalá encontrara una que fuera guapa, velada, con un cuerpo aceptable y con estudios! En cualquier caso todavía me quedan cinco días y mañana he quedado con cuatro familias más; que sea lo que Dios quiera».

* * *

A través de un amigo que iba de visita a El Cairo, Ayman le había mandado una carta a su madre en la que le pedía que le buscara una novia apta. Se le estaba pasando el arroz y tenía que darse prisa, pero al otro lado del mundo no había novia alguna que cumpliera los requisitos. Le gustaba la idea de ser padre y temía no poder cumplir su sueño. Le indicó a su madre que la visita a El Cairo duraría diez días. En el aeropuerto, su madre le entregó una hoja amarilla con una lista escrita con tinta azul:

—Cariño, aquí te he puesto los días y las horas para que entrevistes a las pretendientes.

No podía creer que su madre le hubiera fijado citas con más de treinta familias. ¡Se lo estaban rifando! La clave fue: «mi hijo Ayman es norteamericano, vive en Nueva York y se la va a llevar para darle la nacionalidad».

Esta contraseña le abrió todas las puertas, y resultó ser más eficaz que «ábrete, sésamo». La cueva de Alí Babá ya no tenía tesoros, y los cuarenta ladrones hacía tiempo que la habían abandonado. Ahora gobiernan ese nuevo y lejano país.

* * *

No me llega el aire, necesito oxígeno para poder respirar, tengo los pulmones chafados. Como cuando te bebes un brik pequeño de zumo de naranja y luego lo aprietas con todas tus fuerzas, que se queda así todo estrujado... pues yo tengo el pecho igual. No puedo vivir, estoy muerta.

He pensado llamar a Ahmad y decirle que no tengo inconveniente en que se case con la Elissa esa, o Condoleezza o como sea, que le den la nacionalidad y que después se divorcie y nos casemos. Puedo esperarle el tiempo que haga falta, no tengo prisa. Y si me dice que no, al menos oiré su voz y podré respirar un poco de oxígeno de la botella principal; si me contesta su madre, pues de la de reserva.

—¿Hola?

—¿Hagar? ¡Hola, cariño!

Nada más tomar los pulmones un poco de oxígeno, las lágrimas comienzan a resbalarle lentamente. «¿Qué tendrán que ver los pulmones con los ojos?», piensa. No lo sabe.

—No puedo más.

—Te juro que no entiendo nada, Hagar.

—Eh... el...

Y rompe a llorar, sin poder hablar. Al intentar hacerlo la pobre suelta un mugido.

—No te lo tomes así, Hagar.

Hagar, incapaz de pronunciar palabra, cuelga el auricular.

* * *

El lunes día 3 de enero, exactamente a las tres de la tarde, el Dr. Mustafa se acercó a su esposa con una amplia sonrisa y le plantó un sonoro beso, mientras escuchaba los detalles de la separación que tanto había anhelado. No podía creer que el cielo estuviera de su parte hasta tal extremo. La cita con el pretendiente norteamericano era mañana, y hoy se había confirmado que la ruptura era definitiva.

—Cuéntamelo otra vez, Suad.

—Eres un sádico. Tu hija está destrozada y tú actúas como un capullo.

—Para que lo sepas, bobá, me preocupo por el bien de mi hija. Ahmad es un buen chaval y le tengo mucho aprecio. Que se haga a sí mismo. Dentro de diez años será el pretendiente ideal para una niña que acabe de terminar la carrera... eso es tener los pies en la tierra. Seguro que el chaval lo hace para labrarse un futuro. Eso es pensar con la cabeza. Así me ha demostrado que tiene la cabeza fría. A las mujeres os falta cerebro y religión.

—Aun dejándoos a vosotros pensar con la cabeza, ¿de qué seríais capaces sin nosotras?

—¿Sin vosotras? Seguro que nos hundiríamos. Venga, explícame con calma qué ha pasado.

—Ya está bien, Mustafa, ya te lo he contado. Le ha dicho que se va a casar con la

americana.

—Entonces a nosotros nos toca convencerla de que se case con el pretendiente que viene mañana.

—Debería darte vergüenza. ¿No te he dicho que tiene los ojos como un tomate de tanto llorar? Entra y habla con ella.

—Ahora es el momento ideal, el momento de la venganza.

* * *

Esa noche, el Dr. Mustafa acompañó a Hagar al casino de Qasr Al Nil. Había estado lloviendo hasta hacía poco y las calles se habían transformado en estanques de barro, en islas negras en medio de una pequeña alberca. De hecho tuvieron que saltar como conejillos varias veces antes de llegar al casino. Como de costumbre, había un vendedor de libros junto a la puerta controlando, con no poco descaro, quién entraba y quién salía; había cubierto los libros que estaban expuestos en el suelo con un plástico grande, por si volvía a llover. Le hizo un gesto a Hagar con la cabeza; ¿sería porque estaba invitándola a ver la mercancía, o porque creía conocerla? Tenía un rostro típicamente egipcio, de esos que abundan en El Cairo. Ni ella le prestó atención ni el padre se dio cuenta, ensimismado como estaba en cavilar cómo sacarle el tema a su hija. Una corriente de aire gélido les abofeteó mientras descendían los escalones que llevan al Nilo y Hagar tiritó a causa del frío, que había hecho crecer aún más la bola de nieve que llevaba en sus adentros desde que su padre le había pedido que lo acompañara, pues no tenía por costumbre invitarla, y mucho menos en una noche tan fría como aquella, de las que solo se dan en El Cairo una o dos veces al año. Después de sentarse en una mesa pegada al Nilo, Hagar miró el mantel roído que la cubría y se cerró más el abrigo, para protegerse del frío que la corroía por dentro. Se les acercó un viejo camarero y el padre pidió un pastel. Permanecieron en silencio un rato, contemplando las ruidosas barcazas nocturnas, cuyos pasajeros habían escogido cuidadosamente una selección de las peores canciones árabes para ponerlas a todo volumen a través de altavoces gigantescos, oxidados por la humedad del río. La voz que salía de los bafles recordaba a un grito irritante rompiéndose en mil pedazos, lo que no hizo sino aumentar aún más la tristeza que desolaba a Hagar. De hecho se estaba planteando si no sería mejor lanzarse a ese río mágico y acabar con todo. Así al menos le ahorraría a su padre un quebradero de cabeza, y ella se convertiría en la novia del Nilo. Una barcaza se acercó tanto que a punto estuvo de chocar con el muro del Casino, y luego la siguió otra en la que un cincuentón bailaba alocadamente, igual que Suad Sagir. Del asco que producía a Hagar, esta esbozó una tímida sonrisa. El Dr. Mustafa aprovechó la oportunidad de ese atisbo de sonrisa que iluminaba el rostro de su hija con una luz grisácea y se encomendó a Dios: empezó preguntándole qué pensaba de los Estados Unidos, de Nueva York y de Nueva Jersey. Hagar estaba despistada y no entendía a qué se refería.

¿Sabrá acaso que Elissa vive en Nueva York?

¿Habrá adivinado en qué está pensando?

Daba igual.

El caso es que a las doce de la noche acabó aceptando inicialmente la propuesta, hasta que conociera al siguiente día al pretendiente.

* * *

Dicen que pegar a los muertos es pecado.

Pues yo no entiendo por qué.

Si ya está muerto, ¿qué más da?

* * *

El de Ayman fue amor a primera vista. Hagar reunía todas las cualidades y requisitos que había puesto por escrito a su madre en la carta fechada el 22 de noviembre de 2004. Cuando su madre se enteró de que ese día era el cumpleaños de Hagar, se le saltaron las lágrimas: «¡Es el destino!», gritó. Estaba sentado con su antiguo profesor en el salón de este cuando apareció por primera vez, portando la bandeja con café. Se fijó en la cara, en el color del velo, incluso en la talla de los zapatos. Era perfecta: frágil, tranquila, con una voz suave, licenciada en Derecho, con una piel que ni era demasiado negra ni demasiado blanca, y ni en las manos ni en la cara tenía granos. También se fijó en las uñas, para ver si era aseada. Llevaba un velo sencillo pero alegre; a los americanos les gustan las cosas alegres. Él buscaba a una chica de estatura normal y que no fuera demasiado guapa, para no tener que preocuparse por que tanta belleza le causara problemas; a una recién licenciada que no hubiera trabajado y que no le agobiara con su futuro profesional... Era perfecta.

Salió de la casa sin haberle propuesto nada al Dr. Mustafa, pero nada más bajar a la calle decidió posponer el regreso hasta haber concretado la boda que tanto ansiaba. A continuación prosiguió con las visitas según el orden prefijado para las futuras esposas.

Con cada visita aumentaba su autoestima y su orgullo por ser ciudadano norteamericano. Le encantaba ver en cada visita la esperanza reflejada en los rostros de sus posibles futuros suegros, o de uno de los dos si el otro ya no estaba en la familia, cómo se arreglaban las pretendientes, el esfuerzo que ponían en cada uno de los detalles que vestían, hablar sobre lo que había logrado en los Estados Unidos y cómo había empezado un negocio fructífero, el piso tan amplio que había comprado... y finalmente la estima tan alta en que lo tenía cada una de las familias a las que visitaba.

Sus amigos se mofaron de él la última noche del maratón de las novias. Había quedado con ellos después de la última visita fijada en la lista de su madre y había escogido el lugar en función de dónde vivía la última familia de la lista. Se sentaron

en un café francés de Madinat Naser, y después de los abrazos, los besos y demás saludos le lanzaron un torrente de preguntas. Estaban enfadados por su estúpido comportamiento: «¿Cómo puedes escoger a tu mujer tras una reunión que no dura ni media hora? ¿Cómo puedes basarte solo en datos? ¿Te comprarías un coche si supieras solo la capacidad del motor y cuántos caballos o airbags tiene? ¿Con los años que tenemos y pensamos solo en el exterior, no en el interior? ¿Eres tonto o te lo haces?».».

* * *

La voz de Ayman pidiendo la mano de Hagar era para el Dr. Mustafa como la de Abdel Gani Al Sayed en la canción *Tú, el de las manzanas*. Cuando colgó el auricular estaba pletórico, e inmediatamente convocó una reunión familiar que Hagar abandonó una hora después para encerrarse en su habitación y hablar con Ahmad. Cuando salió parecía un limón recién exprimido.

Cuando llegaron Ayman y su madre, la señora Amal, les sirvieron unas bebidas en el salón de invitados, cuyos muebles habían sido fabricados en Damietta hacía casi veinte años expresamente para ese fin. Hagar se sentó al lado de Ayman, con la mirada perdida.

Intentaba infructuosamente concentrarse en el gradiente del naranja del tapete que tenía ante sí. Siempre le había extrañado que el agua fuera inodora, incolora e insípida. ¿Cómo podía haber en el mundo algo que no oliera a nada? Hete aquí que acababa de descubrir que el mundo, con tantas cosas como tiene, es inodoro, incoloro e insípido.

El día siguiente empezaron directamente las negociaciones secretas entre los dos hombres. Tras dos sesiones convinieron todos los detalles relativos a la dote, el regalo de compromiso y demás, pero no se pusieron de acuerdo sobre la segunda parte de la dote, la que le correspondería a Hagar en caso de divorcio, por lo que las negociaciones bilaterales se alargaron otra semana. Al final pactaron una decisión salomónica y esa porción ascendería a setenta y cinco mil libras egipcias. Todavía no había olvidado las lecciones sobre compraventa que le había impartido su amigo, así que Ayman calculó que tras las negociaciones, que le habían sido favorables, los gastos de la boda ascenderían a cuarenta mil libras, incluyendo la dote, el regalo de compromiso y el viaje. Por su parte, el Dr. Mustafa había insistido en pagarle a Ayman un dormitorio nuevo, con la condición de que lo comprara justo antes de llegar Hagar. Igualmente se empeñó en pagarle en dólares que él mismo compró a Ayman, además de empeñarse en correr con los gastos desorbitantes del vestido de la novia.

* * *

Hagar jamás había pensado en el vestido de novia, a pesar de haber planeado con

Ahmad hasta el más mínimo detalle de su boda, incluyendo el tipo y el color de flores que pondrían. Siempre había imaginado que se pondría lo primero que viera al abrir el armario, y que, gracias a la luz del sol, se convertiría en un traje esplendoroso.

Me recordó al personaje de Vasilikiya, cuya novela leí hace mucho tiempo, por el parecido tan asombroso que mantenía con Hagar. A pesar de que Vasilikiya había llegado a este mundo un siglo antes que Hagar, eran semejantes en el aspecto, en la situación en la que se encontraban y en el color de las pupilas, así como en su manera de percibir las cosas y en cómo la frase «te quiero» provocaba que la sangre afluyera hacia la oreja izquierda. Se diferenciaban, sin embargo, en lo relativo al vestido de novia. Si mal no recuerdo, Vasilikiya empezó a tejer su vestido de novia la noche de invierno en que la primera gota de sangre le manchó el camisón, una noche fría y lluviosa como pocas. Entonces decidió que fuera un vestido diferente, un vestido que portara el alma que entregaría a su amado cuando se juntaran sus dos estrellas. Vasilikiya era hija de un marinero del pueblo de Elounda, en la costa norte de Creta. Su madre la dio a luz el primer día del siglo veinte. Las contracciones comenzaron el treinta y uno de diciembre de 1899 y no pararon hasta que escuchó repicar las campanas de la iglesia anunciando la llegada del siglo veinte, momento en que el bebé asomó la cabeza para valorar el mundo y sopesar si se quedaba dentro o salía. Al final la madre empujó una última vez y expulsó a su hija a las garras de un temible monstruo.

El pueblo de Elounda estaba en un lugar de paso para barcos cargados con leprosos que iban camino de su propia colonia, en la isla de Spinalonga. Su padre trabajaba trasladándolos desde Elounda a esa isla.

Cuando Vasilikiya cumplió catorce años estalló la Primera Guerra Mundial, y en ese mismo instante se levantaron fuertes vientos del norte que moldearon su feminidad y tornearon su cuerpo. Su corazón recibió el flechazo de los ojos de Errikos, que era unos cuatro años mayor que ella. A pesar de que era hijo de Afrodita, diosa del amor y de la belleza, y de Poseidón, el poderoso dios del mar, marchó, igual que otros, a la devastadora guerra. Y también al igual que hicieron muchos otros antes y después que él, Errikos no regresó. Vasilikiya lo esperó durante mucho tiempo, segura de que Poseidón no abandonaría a su hijo; también esperaron las otras chicas a que sus respectivos amados llamaran a sus puertas. Pero ¿cómo iban a regresar los hombres si la guerra había sesgado todas y cada una de sus almas? Los que se quedaron huyeron a lejanos países, por lo que los padres se reunieron para encontrar una solución y salvar a sus hijas de quedarse solteras. El padre de Vasilikiya propuso que se casaran con los leprosos, pues ya no quedaban más hombres que ellos. Mientras se carcajaban ante semejante propuesta, arribó a Elounda un hombre llamado Paros, que llevaba en su zurrón la solución ideal.

Su aparición ante los progenitores fue como la de Ayman para el de Hagar, frente a la estatua de Ahmad Shawqi, el príncipe de los poetas.

Paros había traído consigo fotografías de chicos en la flor de la edad que vivían

en los Estados Unidos. En su mayoría trabajaban en granjas de extensión inabarcable y buscaban a esposas griegas cristianas y creyentes. Dijo que los futuros maridos se harían cargo del viaje a través del Atlántico. Al final, como si fuera un actor en una obra de teatro, sacó unos papeles y anunció a viva voz: «En estos poderes que me han otorgado me autorizan a que celebre el matrimonio en su nombre, antes de que vuestras hijas abandonen esta isla». Y avisó que regresaría pasada una semana, para que tuvieran tiempo de reflexionar.

Una noche lluviosa la gente se reunió con el párroco Dorian frente a la iglesia. Tras largas deliberaciones acordaron aceptar la oferta, pues en realidad era la única forma que tenían antes de casar a sus hijas, pero pusieron la condición de que las acompañara un hombre. El elegido fue el padre de Vasilikiya.

A falta de pocos minutos para embarcar, Vasilikiya seguía convencida de que Errikos aparecería montado en un barco brillante que Poseidón habría fabricado expresamente para él. Infatigable, oteó el horizonte, pero como no veía surgir ningún rayo que atravesara las sombras, lanzó una última mirada al cielo y embarcó.

Al barco subieron cientos de muchachas que navegarían hacia lo desconocido. Fue en medio del Atlántico, un océano que se les antojaba extrañísimo, donde Vasilikiya perdió de vista a su padre. Le dijeron que había caído al agua durante la tormenta.

Nadie supo nunca qué le ocurrió. Y así, rumbo a lo desconocido, seguiría Hagar los pasos de Vasilikiya, con la salvedad de que no ha estallado la Tercera Guerra Mundial, de momento.

Paros hizo una oferta difícil de rechazar, semejante a la que el padre de Hagar planteó a Ayman: tendría que enviarle un poder legalizado por el consulado egipcio para celebrar el matrimonio en El Cairo en el plazo de un mes, después del cual la novia se pondría el vestido y se marcharía a los Estados Unidos a festejar la feliz unión.

* * *

La pesada de la madre de Ayman no está bien de la cabeza. Desde que se marchó su hijo, me llama cinco veces al día por teléfono; debe pensarse que voy a huir con la dote y el regalo de compromiso. Si no fuera porque está gorda como una vacaburra, cada dos por tres la tendríamos en casa. Y no hace más que meterse en detalles y más detalles... ¡tenía que haberle dicho que los muertos, tía loca, no se preocupan por esos detalles! A los muertos solo les preocupa que el cementerio esté bien orientado para que el aire ventile el agobio que sufrieron cuando los mataron.

Ayer, entre llamada y llamada, me pidió hablar con mi madre. Cuando colgó con ella me echó un broncazo enorme: «¡¿Qué es eso de que no vas a viajar con el vestido de novia?!», me preguntó. Me dijo que me lo llevara como equipaje de mano y me lo pusiera nada más aterrizar.

¿Pero cómo voy a aguantar quince horas con un vestido tan pesado y tan grande? ¡Menuda tortura! A mi madre se le ha metido entre ceja y ceja que salga con él de casa para que me vea todo el barrio. Y quiere colgar bombillas por todo el edificio y en la calle como si fuera una feria, y montar un fiestón. Y que cuando vuelva tenga ya un bombo, aunque no sepan todos que me he casado.

¡Qué inocente es! ¿Qué se cree la pobrecilla? ¿Que ha hecho algo como para que nos planteemos volver?

* * *

El 4 de marzo de 2005, a las ocho de la tarde, Hagar llamó a Ahmad y escuchó su voz.

Respiró oxígeno puro, que almacenó en su pulmón izquierdo, y después colgó.

El 5 de marzo de 2005, a las siete y cuarto de la mañana, la novia salió de su casa, en Hadayek El Obba, con la cubertería que su padre le había comprado en Port Said cuando tenía dos años, así como con la heladera que su madre le había comprado en una feria cuando tenía cinco. Lo que ya no pudo llevar fue la vajilla china que llevaba esperando ese momento histórico desde hacía dos décadas.

Se recogió la cola del vestido mientras bajaba lentamente los escalones, temiendo resbalar y caerse de morros. Era un vestido blanco, lleno de lentejuelas en la espalda. Como la novia tendría que pasar mucho tiempo sentada, para que estuviera cómoda lo escogieron sin hierros que pudieran molestarla al sentarse.

Su padre no bajó con ella y ni siquiera la acompañó al aeropuerto; se había enfadado por negarse en rotundo a festejar la boda antes de viajar.

—Mi hija se ha casado y la muy perra ni siquiera ha preparado una fiesta para invitar a la familia.

Ella se mantuvo firme y obstinada en su decisión, por lo que su padre acabó por decirle que ya no se preocuparía por ella y que, por lo que a él respectaba, ya no era su hija.

Un Hyundai Accent decorado con cintas de colores la esperaba a la salida, con su primo Islam al volante. Una albórbola resonó en el aire, y al instante le siguieron otras tantas. Jadiya, una de las vecinas, abrió la contraventana del primer piso y tuvo que cerrar los ojos por el brillo, a pesar de que aún no era de día. Lanzó otra albórbola, esta vez seguida de una petición:

«¡Hagar, a ver si nos consigues una invitación para Magdy!».

Hagar miró a su vecina, que nunca le había caído bien, justo cuando montaba en el coche y sintió hacia ella una extraña simpatía; fue la última cara que vio antes de dejar su barrio.

El avión de EgyptAir con destino al aeropuerto de JFK despegó tal y como estaba previsto a las diez y diez de la mañana. Aterrizó en Nueva York a las tres y cuarto de la tarde, hora local.

Era la primera vez que Hagar cogía un avión y se sintió extraña, a pesar de que había soñado muchas veces que volaba por el cielo o surcaba los mares. Miles de veces se había imaginado sentada en un avión, con Ahmad a su lado, viajando hasta Suecia, o hasta el infinito. No sabía por qué había escogido Suecia como su futura patria. Probablemente hubiera escuchado que allí se suicidan por puro aburrimiento de lo bien que viven; ella estaba aburrída de la vida porque ya no le parecía real. Pero lo que más le extrañó fue que hubiera azafatos, pues en todas las películas que había visto y en todas las que se había imaginado siempre eran azafatas, preciosas, el sùmmum de la elegancia y la esbeltez. Sin embargo, las pocas que había a bordo de la nave distaban mucho de ser guapas o esbeltas.

Hagar se sentó en un asiento comodísimo junto a la ventana, en primera clase, después de que su marido, gracias a las relaciones que había forjado traficando con las máquinas fotográficas, hubiese conseguido que la subieran de turista a primera.

Al despegar se le taponaron los oídos y se mareó un poco; se preguntó si sería por miedo, o porque lo que prefería era morir. Fue incapaz de averiguar con certeza cuál era la respuesta correcta.

El despegue la estaba molestando, así que decidió pensar en cualquier cosa para distraerse. Se acordó entonces del correo electrónico que le había imprimido Zaynab, su hermana, que se suponía no debía leer antes de despegar. Sacó la hoja y comenzó a leerla:

Zis is your cabten Haridi welcoming bassengers on board of Egybt Air.

Discúlpennos por este retraso debido a condiciones meteorológicas adversas. Gracias a Dios, solo ha sido de una semana.

Zis is flight 717 to J. F. Kennedy Airbort.

No podemos asegurarles que vayamos a aterrizar; lo que sí podemos asegurarles es que acabaremos en algún lugar del planeta.

Egybt Ai has an excellent safety_record.

Estamos orgullosos de comunicarles que el año pasado batimos un nuevo récord, ya que más del treinta por ciento de nuestros pasajeros llegaron a su destino sanos y salvos.

We regret to inform you, zat todays in_flight movie will not be shown as we forgot to record it from z television.

Pero los señores pasajeros que estén sentados en el lado izquierdo del avión podrán ver la película de las líneas aéreas somalíes, que nos acompañarán durante nuestro vuelo.

Sanking you vry much for choosing Egybt Ai to fly for z first and last time.

He olvidado indicarles que aquellos pasajeros que no tengan cinturón de seguridad en el asiento deberán atarse con su propio cinturón al reposabrazos.

I wish you a nice trib,

Cabten Haridi.

A pesar del mareo que sentía y del dolor de oídos, se rio de corazón y miró por la

ventanilla del lado derecho, en busca de la película de las líneas aéreas somalíes.

* * *

Aunque el Dr. Mustafa le pagó a Ayman el dinero para comprar un dormitorio, pues su futuro yerno le había asegurado que no tenía ninguna foto en la que apareciera, Ayman nunca llegó a comprarlo. Le había enseñado el álbum varias veces, para que se quedara tranquilo. Lo que sí hizo fue comprar sábanas nuevas. ¿Deberíamos entonces deducir que era un rácano? En absoluto; él era práctico: habiéndose asegurado del buen estado de la madera del dormitorio, concluyó que era absurdo comprar otro. Además, en los Estados Unidos es más barato tirar el dormitorio a la calle —sin que le vean a uno— que transportarlo para revenderlo. Sí se había encargado, no obstante, de hacer algo más importante: había pintado toda la casa de un pistacho claro. Había pedido a Tifo —el apodo de Abdel Latif, un amigo suyo—, que lo ayudara a pintarla, sin pararse a comparar lo que le iba a costar la pintura y la cantidad que le había dado su suegro. Ayman había alquilado un salón de bodas pequeño en la calle Jersey y había invitado a sus conocidos y a los conocidos de estos, lo que hacía un total de algo menos de cuarenta invitados para su boda. Musa, el sudanés, se había encargado de llevar las invitaciones a casa de los invitados.

Ayman cuidó hasta el más mínimo detalle en los preparativos de aquella noche, que tanto tiempo llevaba esperando... y admitió que estaba pletórico de felicidad por haber conseguido al fin casarse. Su último recado fue el de la floristería que se encargaría de decorar el salón. El señor Howardson, el dueño del local, le pidió mil dólares. Esa cantidad le pilló desprevenido, pero acabó pagándolos.

Después de haberse asegurado de haber ultimado los detalles relativos a la celebración y de haber dispuesto todo para ir a recibir a Hagar en el aeropuerto, sintió una gran excitación sexual. Ayman se había abstenido de mantener relaciones sexuales durante todo el tiempo que llevaba en los Estados Unidos. Para él las prostitutas eran algo desagradable y le superaban. Como también estaba el miedo que tenía a que le contagiaran el sida, se conformaba con ir asiduamente a los locales en los que las camareras sirven desnudas la comida, para ver cómo subían y bajaban los pechos y cómo se balanceaban a un lado y a otro mientras andaban por el local. Luego regresaba apresuradamente a casa para desahogarse. El observar las distintas formas y variedades de pechos era algo que le alegraba enormemente, y se enorgullecía de afirmar que era el mayor experto del mundo en *pechología*. Conforme fue pasando el tiempo, fue convenciéndose a sí mismo de que se abstenía de mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio porque eran pecado, y él era un hombre temeroso de Dios. Esto último implicaba que su piedad religiosa aumentara al mismo ritmo que lo hacía su frustración sexual. Por eso no nos resultará complicado entender su excitación mientras esperaba la llegada de su mujer, con la mente calenturienta que tenía de haber visto tantas películas porno antes de dormir.

Mira, yo he trabajado muy duro toda mi vida y me he labrado mi propio camino. He sudado cada céntimo que he ganado, y nunca me he aprovechado del esfuerzo de nadie. Todos los que vienen aquí lo hacen porque necesitan vivir, porque su situación es insostenible, y tenemos que encontrar una forma de convivir todos juntos. Siempre he creído en el «vive y deja vivir», y me parece que después de lo que he pasado merezco poder casarme con una chica buena y de buena familia. Llevo siete años queriendo casarme, pero siempre que lo he intentado me ha salido el tiro por la culata. Y es que no es fácil. Cada vez que voy a Egipto para buscarme una pretendiente, acabo viendo a cientos de ellas y todas quieren venir a América. ¿Cuál escoger? ¡Ni idea!

Siempre, después de ver a la última de la lista, sé que el viaje de vuelta es al día siguiente. ¿Cómo se supone que puedo conocer así a alguien? Me he comprometido en más de una ocasión, pero cada intentona resultaba peor que la anterior. La última vez que me comprometí la tía me la jugó pero a base de bien. Lo que pasó es que, literalmente, me utilizó, ni más ni menos. Me dijo que me quería y que estaba ansiosa por casarse; me pidió una dote de veinticinco mil libras. Después de la fiesta de compromiso y de todo eso me dijo que no podía casarse antes de ir con su madre —el padre había muerto— y ver cómo se vivía en los Estados Unidos. La pasé canutas para conseguirle el visado, y además tuve que costearles a las dos el billete y la estancia: dos semanas de turismo, comida y atenciones. La gracia esa me salió por unas veinte mil libras. Al final me dijo que sí, que quería casarse pero en América, para poder venir con otro visado de turismo, y que después de casarnos ya arreglaríamos lo de la residencia; a mí me pareció que era buena idea, así nos casábamos aquí y no había que pagar otro billete a Egipto. A lo que iba: compré un dormitorio nuevo que me salió por un ojo de la cara, le pagué el billete desde El Cairo a Nueva York y le hice una reserva en un hotel de primera para que se alojara hasta que nos casáramos. Cuando al segundo día me acerqué al hotel para verla, ya no estaba. Se había esfumado, había desaparecido literalmente de la faz de la tierra. Seis meses después me enteré de que estaba trabajando en Houston, así que le hice una visita sorpresa. Me recibió como si nada; me miró con ojos venenosos y me soltó que el dinero lo recuperaría íntegramente, pero que en ese momento no podía devolverme nada. Y me soltó además que yo no tenía ningún papel donde figurara lo que le había pagado.

Lo que pasa es que soy tonto. Intenté chulearme delante de ella y en el fondo estaba desesperado. Cuando conocí a Hagar pensé que Dios me había recompensado por no haber hecho nunca jamás nada que pudiera disgustarle. El padre de Hagar había sido mi profesor, lo conocía perfectamente y sabía que era de buena familia. Por un lado no quería cometer el mismo error y comprometerme de nuevo, pero por otro, no iba a poder venir otra vez a Egipto. Con cada viaje me arruino, entre regalos

e historias. Además, el país se ha puesto carísimo; hasta comer es más caro aquí que en los Estados Unidos... Y encima va la otra hija de... ¡cómo me engañó! Bueno, que me enrolló: el padre de Hagar estaba conforme con todo. ¡No podía creer que finalmente fuera a casarme!

* * *

Por mucho que lo intentara, Hagar fue incapaz de conciliar el sueño en el avión. Abrió varias veces la mochila para asegurarse de que llevaba las pastillas. Cada vez que cogía la caja hacía por una pastilla, pero al final lo dejaba para más tarde. En la reunión que celebró en su casa la semana anterior con Rim y Nermin, sus dos mejores amigas, echaron a Zaynab y cerraron la puerta y las contraventanas a cal y canto. Se sentaron en la cama, se taparon con la manta —que pesaba más que las tres juntas— y empezaron a hablar sobre un asunto vital al que pusieron el nombre de «la nueva cuestión de Oriente Medio». Dicha cuestión ocupaba el primer y único punto del orden del día de la reunión, a saber: ¿cómo iba a hacer el amor Hagar con su marido?

No entraron en detalles sobre los sentimientos de Hagar hacia nadie que no fuera Ahmad, pues las tres estaban al corriente. A continuación Rim planteó una pregunta: «¿cómo folla una prostituta?», ante lo cual Hagar le pegó con un cojín que tenía en la mano: «¡yo no soy una prostituta!». Rim le clavó la mirada y Hagar confesó: «bueno, he aceptado casarme con un desconocido estando enamorada de otro. Desde esa perspectiva sí se me puede considerar una prostituta». Rim la felicitó por su valor: «entonces, ¿cómo folla una prostituta con un tío cualquiera?». Siguieron con ese diálogo de besugos hasta que a Rim se le ocurrió una idea:

—Ya sé cuál es la solución: el *whisky*. Las putas beben hasta casi perder el conocimiento; así, estando borrachas, pueden acostarse con cualquiera.

—No es mala idea, pero el problema es que este tío, si mal no recuerdo, es súper religioso, y para mí que no voy a encontrar nada de alcohol en su casa; y mucho menos voy a pedirle que me compre una botella de algo.

—Hagar, no hagas ni caso a las tonterías que te dice Rim. La solución pasa por que hagas funcionar la cabeza. ¿En qué se resume todo? ¿No es una cuestión o bien de cabeza o bien de sentimiento? Pues no habiendo sentimiento, habrá que usar la cabeza. Ahora tienes un objetivo concreto: dejar el país. Perfecto. Y para poder hacerlo, ¿qué hace falta? Hace falta que seas fuerte y que aguantes. El tema del sexo no es para tanto, no le des más importancia de la que tiene. Más del noventa por ciento de las mujeres del planeta están como tú, y la vida sigue adelante y todos los días dan a luz. No vas a descubrir nada nuevo.

—El problema es que no va a descubrir nada nuevo ni nada viejo. Aquí se han juntado el hambre con las ganas de comer. Nosotras tres no hemos pasado de unos cuantos besos y unos cuantos abrazos; teníamos que habernos lanzado más durante la universidad, en vez de estar como estamos ahora.

—Pues para que lo sepas, chavala, yo sí llegué un poco más lejos con Ahmad.

—¡Anda, vete por ahí!

—Tenemos que encontrar una solución, ¡que me marchó ya!

—Pues preguntemos a un médico.

—¿Y cómo se supone que vamos a poder explicarle lo que pasa?

—Da igual. ¿Quién conoce a un médico?

—Mi primo Huseyn es médico.

—¡Estás loca! ¿Cómo se lo vas a decir a Huseyn? ¡Se lo podría contar a Ahmad!

Pero si es una cotorra, es incapaz de guardar un secreto. En la facultad yo me enteraba de todo lo que hacías con Ahmad gracias a él.

—Ya me las apañaré.

Efectivamente, Nermin se las apañó: fueron a ver a su primo, que se hizo cargo de la situación y les dio una receta. Les avisó de que a ese medicamento, como a las cantantes, se le conocía en la calle con otro nombre: «las píldoras de la felicidad». Era un medicamento antidepresivo que producía una sensación de relajación y felicidad, cuyos efectos eran de larga duración. Le dijo que se lo tomara solamente para lo que se lo había indicado porque era peligroso y podía producir adicción. Se lo había recetado únicamente para facilitarle el paso a la vida conyugal. Al acabar no pudo contenerse y le resumió su experiencia vital: «Hagar, quiero que sepas que las bodas de salones son las que funcionan, y tú tienes que hacer que tu matrimonio funcione como sea. No olvides que Dios no ve con buenos ojos el divorcio».

Hagar volvió a coger la caja de pastillas por enésima vez desde que había embarcado, y por enésima vez volvió a dudar entre tomarse entonces una píldora de la falsa felicidad o esperar. Lo que más la cohibía era el temor a que le afectara demasiado y que la policía del aeropuerto se percatara. Todos los que sabían que iba a viajar a los Estados Unidos le habían infundido un miedo cerval a los guardianes de las puertas del paraíso, que eran muy diferentes de Radwan^[3] y más listos que un zorro. Finalmente, Hagar decidió tomar la píldora nada más atravesar las puertas del infierno.

Mientras esto ocurría, otro temor reconcomía el corazón de su padre. Desde que su hija había montado en el avión no había parado de dar vueltas en su habitación, incapaz de sentarse siquiera un segundo. Sacó el número del teléfono móvil de Ayman y lo llamó:

—¿Ayman? ¿Dónde estás?

—Estoy ya de camino al aeropuerto.

—¿Cómo es posible que todavía no haya llegado, Ayman?

—Todavía queda media hora de vuelo. Para entonces yo ya habré llegado.

—Te lo ruego, Ayman, entiende que es una niña, que está empezando una nueva etapa, y que es la primera vez en su vida que viaja. Seguro que tiene miedo y está aterrorizada. Cuídala, Ayman.

—No se preocupe. Le he preparado una fiesta preciosa y he comprado todas las

flores de América, y hasta las de Canadá. Hagar solo hay una.

—Que Dios te bendiga, hijo. Llámame en cuanto estéis juntos; quiero hablar con ella.

De los ojos le brotaron las dos lágrimas que llevaba casi una hora intentando retener. Miró al cielo, rogando que cuidara de su querida hijita.

* * *

Hagar estaba esperando en una cola interminable dentro del aeropuerto JFK, contemplando los carteles gigantes que la rodeaban por todas partes y en los que se advertía contra mofarse o reírse de las preguntas de los guardianes del paraíso, «los nuevos *cowboys*».

Todos los egipcios que estaban esperando la felicitaban por el matrimonio, ante el asombro del resto de viajeros, que la miraban. Por fin le llegó el turno de acercarse hasta el control de pasaportes:

—¿Motivo de la visita?

—He contraído matrimonio con un egipcio nacionalizado estadounidense y he venido para vivir con él.

—¿Cómo se llama su marido?

—Ayman Sobhi.

Hagar se fijó en la cara del oficial. Era un chico joven y atractivo, de ojos azules como el océano y una nariz como la de Elizabeth Taylor.

—¿Es su primera visita a los Estados Unidos?

—Sí.

—¿Tiene en su poder armas o explosivos?

A duras penas consiguió contener la risa: tan guapo y tan tonto.

—No.

—¿Tiene en su poder alimentos? —Hagar negó con la cabeza—. ¿Ha traído algún regalo?

—No.

—¿Cuánto dinero en efectivo tiene?

—Ochocientos dólares, más o menos.

—¿Más o menos? ¿Podríamos decir que no tiene en su poder más de mil dólares en efectivo?

—Sí.

—¿Cuál es la dirección donde se alojará durante su estancia en los Estados Unidos?

—Esta es la dirección; está escrita en esta hoja.

—¿A qué se dedica su esposo?

—Es un hombre de negocios.

—¿Y a qué negocio se dedica en concreto?

—Posee una pizzería en Paterson, en Nueva Jersey.

—Por favor, diríjase hacia la izquierda; allí le recibirá un oficial.

Hagar mira a uno de los pasajeros y le pide ayuda: «no entiendo nada; ¿ya he acabado?». Le responde: «¿Qué vas a haber acabado! ¡No has hecho más que empezar! ¿Ves esos asientos tan bien alineados al final del pasillo? Dale el pasaporte a la negra gordinflona y siéntate a esperar tu turno. Te van a preguntar hasta la hora en que naciste».

Las dos horas que Hagar estuvo sentada esperando las pasó aterrorizada. Estuvo repasando toda su vida, preguntándose si en algún momento habría hecho algo malo. ¿Le preguntarían por el examen de jurisprudencia islámica en el que copió porque si no, no aprobaba? ¿La cachearían y se darían cuenta de que le había mentado al policía y que sí tenía medicamentos? Estuvo buscando y rebuscando cualquier punto débil que pudiera encontrar en su pasado.

Al repasar meticulosamente todo lo que había puesto en la mochila se acordó de que tenía el regalo de cumpleaños de Ahmad. No había podido desprenderse de él, y soñaba con la ilusión de verlo algún día en los Estados Unidos y dárselo. Pero le había dicho al policía que no había traído regalos, por lo que empezó a pensar cómo podría justificarse.

Mientras esperaba que le llegara el turno le sorprendió que muchos de los pilotos y miembros de la tripulación estuvieran esperando su turno para someterse al interrogatorio. Llevaba un buen rato observando los rostros exhaustos después de un viaje que había durado más de once horas cuando la despertó de su ensimismamiento una voz que repetía un nombre que se asemejaba ligeramente al suyo: «*Aga Musrafa, Aga Musrafa*». Se levantó señalándose a sí misma para preguntar si se trataba de ella. El oficial asintió.

—¿*Aga Musrafa*?

Hagar tuvo que mirar en su pasaporte para asegurarse de que se refería a ella. El oficial se centró en escribir en el ordenador, a pesar de que ella todavía no hubiera abierto la boca.

—¿Lugar de nacimiento?

(Menos mal que no ha empezado por mi bisabuelo).

—Nací en la ciudad de Tala, en la provincia de Minufiya, Egipto.

—¿Ha recibido formación militar?

(¿Pero es que no ve las tetas que tengo, ni que voy vestida de novia? ¿Cree que soy un tío o qué?).

—No.

—¿Ha utilizado un arma con anterioridad?

(¿El cuchillo para cortar la bamia se considera un arma?).

—No.

—¿Pertenece a una organización terrorista integrista?

(Antes quería montar una organización terrorista para raptar a Ahmad).

—No.

—¿Conoce a alguien en los Estados Unidos que pertenezca a una organización terrorista integrista?

(Sí. Tú, guapito).

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que visitó los Estados Unidos?

(Lo que daría por verte en Minufiya... te iban a poner las pilas pero bien).

—Esta es la primera vez.

—¿Tiene la intención de cometer actos terroristas o sabotajes en los Estados Unidos?

(Lo que quiero es buscar a Ahmad como sea).

—No.

Mientras avanzaba para que inspeccionaran su equipaje, Hagar no era consciente de que hoy, 5 de enero, era el cumpleaños de Elissa, y también el día de su muerte, como le habían dicho a Ahmad. Además de ser el día en que su primera intentona de salir de Egipto se vio frustrada, también era el día en que ella, Hagar, hija de Mustafa, se había convertido en la principal responsable de conseguir que don Ahmad Ezz El Din emigrara.

Antes de recoger el equipaje, Hagar tomó una de las pastillas y luego se dirigió hacia la puerta de salida, rebuscando entre los papeles de su memoria qué aspecto tenía Ayman, algún rasgo característico de la cara, el color del pelo, de los ojos, si era alto o bajo... Nada, no recordaba nada en absoluto.

¿Cómo iba a reconocerlo?

¿Y cuándo ha conocido una prostituta la cara de su asesino?

Abdel Latif Awad

A TIFO le llaman «chico para todo». Le pusieron ese apodo después de los casi tres años que pasó en Paterson, Nueva Jersey, tiempo durante el cual demostró haberse ganado a pulso el apelativo. Era el jefe de cocina del local que poseía Ayman: «Pizzería *Aladín*». Trabajaba al mismo tiempo como pintor, y su último logro había sido pintar la casa de Ayman de un verde pistacho que sedujera a Hagar, la princesa prometida. Después de dar el último brochazo al dormitorio de Ayman, el piso parecía una dama de honor que se emperifollara mientras esperaba a la novia de verdad. En otras ocasiones Tifo trabaja como fontanero o electricista, o incluso mecánico, oficio en el cual se le consideraba un maestro después de que hubiera arreglado la Honda de su buen amigo y compañero Musa, el repartidor de *pizzas*; desmontó el motor y volvió a montarlo con tal arte que parecía el mismísimo Honda. Pero la característica más destacable de Tifo salía a relucir cuando se soltaba y su dulce voz animaba a los oyentes.

Hoy el chico para todo tenía una nueva misión que añadir a su pluriempleo: Ayman Sobhi le había pedido que revendiera las flores que había comprado para decorar el bendito salón de bodas «porque no puede ser, Tifo, amigo mío, que derrochemos mil dólares en un salón que ni nos va ni nos viene. Sería absurdo».

Todos los trabajadores de la pizzería hicieron un esfuerzo sobrehumano durante todo el día para que la celebración estuviera a la altura de su suntuoso restaurante, especialmente teniendo en cuenta que todos los invitados eran clientes del local. El novio había designado a Tifo como coordinador general del evento, y ahí estaba, con su traje negro dos tallas grandes que Ayman le había regalado a cambio de pintarle el piso. Miraba su nuevo reloj Casio, esperando a que los novios hicieran su entrada en el salón de bodas de Nueva Jersey.

Cuando las agujas marcaron las siete de la tarde, el novio entró en la sala cogido de la mano de la novia. Llevaba puesto un traje negro y una pajarita que había comprado hacía seis años, durante su primera tentativa de boda. Ella, por su parte, todavía llevaba el vestido blanco que se había puesto veinte horas antes.

Hagar entró en la sala forzando los labios para que esbozaran una sonrisa, mientras miraba el techo bajo contemplando los chupones de la lámpara de cristal. El ominoso silencio lo rompieron los aplausos de los invitados, a los que siguió una preciosa albórbola de una de las invitadas que provocó las risas del resto. Musa, quien hacía las veces de DJ, puso la música, que empezó con una canción mítica de Farid Al Atrash para acompañar la entrada de los novios: *ya suenan los tamboriles, ¡venid todos!*

Se sentaron en dos grandes sillones dispuestos en primer término. La invitada de antes se animó y volvió a lanzar una albórbola, pero esta vez más tímida.

Luego de tranquilizarse el ambiente, Abdel Latif se puso a contar por segunda vez

y con vista de lince los ramilletes de flores que había en las mesas. Se le iban los ojos hacia el gran centro de flores multicolores que había detrás de los novios. Tifo se acercó para comprobar que el soporte seguía bien, pues de lo contrario le costaría venderlo. Como viera que todos lo estaban mirando extrañados, se acercó hacia los novios para saludarles, siempre sin perder de vista el soporte. Ayman lo abrazó y le dio un beso y Hagar se puso de pie y le dio la mano, que estaba enfundada en un guante de encaje. Tifo vio por primera vez la cara de la novia y le llamó la atención la tensión de los labios, que hacía que el rostro pareciera haber sido moldeado en cera. No le devolvió la sonrisa porque estaba ocupado pensando en cómo hacer que la fiesta terminara pronto para poder revender las flores lo antes posible. Le vino a la cabeza una idea que se le antojó genial, pues podría matar dos pájaros de un tiro: ofrecería la cena una hora antes de lo previsto. En ese momento pudo sonreír de vuelta a la novia, que tenía cara de idiota con esa sonrisa permanente. A continuación se dirigió con pasos firmes a la cocina para comprobar cómo le había quedado el pato.

* * *

Dios debe de estar muy satisfecho de mí, pues desde que era un crío siempre he trabajado; hay gente como yo, que tenemos suerte en la vida. Por ejemplo: desde que era pequeño he comido carne todos los días. ¿Hay alguien que pueda tomar carne a diario? Pero todo tiene una explicación, verá usted: después de que mi padre se marchara a Iraq, de donde nunca regresaría, mi madre, que estaba embarazada de mí, acordó con sus tres hermanos pequeños, Hasan, Husein y Hasanein, formar una piña en vez de morir apiñados. Uno esperaba en la carretera, junto al lago Qarun, mientras otro se situaba a doscientos metros y el tercero hacía lo propio a un kilómetro. Así se ponían a gritar «¡visite la isla!, ¡visite la isla!» y cuando se paraba un coche, iban corriendo hasta él y empezaban a discutir, bueno, a pelearse, de forma que el cliente creyera que podía escoger el precio que más le conviniese, pero claro, el que escogía era el que ellos habían acordado desde un principio. Así, el cliente se marchaba del Fayum contento, creyendo que había conseguido una ganga. Y desde que nací esta dinámica ha seguido igual, porque todos estamos en este viaje por la isla, que ni es isla ni es nada. El lago de Qarun, según tengo entendido —solo acabé primaria— tiene nada más que dos islas, pero nadie va porque están llenas de escorpiones. Nosotros llevamos a la gente a una lengua de tierra donde tenemos una cabañita de paja. Les montamos en una pequeña faluca desvencijada y les llevamos al otro lado del lago, a la lengua de tierra que le digo. Allí echan el día y comen; la especialidad del Fayum es el lenguado y el pato, acompañados de arroz, ensalada y una fuente de patatas al horno. ¡Y que aproveche! Evidentemente, nadie se termina toda la comida, y es cuando nos llega el turno a nosotros: con las sobras nos ponemos hasta arriba. ¿No le parece que vivía bien? Pero si hasta los profesores me tenían envidia y me

pedían que les llevara comida de mi madre, que Dios la bendiga.

* * *

Sus tíos se casaron y después vinieron los niños; también se casó su madre, después de que diera por muerto al padre de Abdel Latif, y también ella trajo a más hijos. La vida empezó a complicarse cuando disminuyó el número de clientes que venían, la competencia aumentó y empezaron las discusiones, los viajes interminables... En realidad las dificultades de esa familia de Sanoras, en la provincia del Fayum, empezaron en 1998, cuando aparecieron los primeros síntomas de una crisis económica que afectó a todo Egipto. A causa de dicha crisis, Hasanein, uno de los tíos de Abdel Latif, se unió a un grupo de jóvenes que pertenecían a una corriente islámica radical cuyo objetivo principal era asesinar al Dr. Yusef Wali, del distrito de Ibsheaway en el Fayum. Lo acusaban de trabajar para Israel y de asesinar a egipcios con productos cancerígenos. Un día, los cielos se abrieron sobre el lago Qarun y surgió tal infierno que parecía el fin de los tiempos, y Hasanein, que era quien más hacía por la isla, desapareció. Pasaron los días, los meses y los años y la presión económica aumentó hasta el punto de que no todos podían comer pan a diario. El mundo se estaba preparando para recibir al siglo veintiuno, el siglo de Bush, que fue votado presidente el 18 de diciembre de 2000, cuarenta y seis días después de que el Dr. Atef Ebeid y el Dr. Ahmad Nazif inauguraran en Guiza un club tecnológico para inscribir a los recién licenciados, y cuarenta y seis días después de que Abdel Latif entrara ilegalmente en territorio estadounidense a través de la frontera con México.

Abdel Latif, que nació el 29 de febrero de 1982 y nunca supo que su cumpleaños era cada cuatro años porque nunca lo celebró, decidió que después de haber vivido de maravilla y estar ahora pasando hambre, no permitiría que este nuevo siglo le pillara en esa tierra dejada de la mano de Dios llamada Sanoras, pues no había forma de ganarse la vida ni en el Fayum ni en los alrededores. Su primer contacto con los profesionales de la inmigración ilegal fue cuando tenía quince años. Lo primero que pensó fue en ir a Iraq para buscar a su padre, al tiempo que buscaba trabajo; Abdel Latif estaba absolutamente convencido de que su padre seguía vivo y de que tarde o temprano lo vería. Desde los cinco trabajaba con su madre como pinche de cocina, y luego ayudaba a sus tías a limpiar el local después de que se marcharan los clientes.

Cuando el proyecto de la isla se vino abajo, Abdel Latif empezó a trabajar primero como aprendiz de mecánico y luego como aprendiz de electricista. Después de un penoso día de trabajo solía sentarse enfrente de su casa a desmontar y montar cualquier cosa que cayera en sus manos: un enchufe, un ladrón, teléfonos antiguos, transistores deshechos... Esa era su única distracción aparte de buscar a alguien que le sacara del Fayum.

* * *

«Me presento: soy Abdel Latif y soy el cantante que ha contratado aquí Tom Cruise para amenizar esta fiesta que nos ha reunido hoy a todos: la boda de Ayman Sobhi y la preciosa e inigualable Hagar. La verdad es que se suponía que iba a venir esta noche Britney Spears, pero se ha resfriado y tiene la nariz taponada. Por eso ha pedido a Cruise que se las apañe para convencerme de que actúe. ¡Qué suerte tenéis de que sea Tifo el que esté con vosotros hoy aquí!

Voy a empezar con una canción que todavía ni se ha escrito ni se ha cantado. Se la voy a dedicar a Hagar y espero que le guste».

Al empezar la música, la voz de Abdel Latif hizo temblar el local.

Todos los invitados cantan y aplauden al ritmo de su voz, y Ayman se levanta y empieza a bailar como un histérico. Cuando saca a Hagar a bailar, esta se excusa, por lo que prosigue con su baile, rodeado de sus amigos; de repente uno de ellos se lo pone a hombros y Ayman, moviéndose como un loco, acaba dándose un cabezazo con la lámpara que cuelga del techo, se cae al suelo y con eso termina la fiesta. Tifo mira tan contento las flores y piensa: «No hay mal que por bien no venga».

* * *

Este Tifo es un regalo del cielo. Sabe hacer de todo y nunca te dice que no a un trabajo que le mandes. Desde que llegó, el local marcha viento en popa, y prepara una comida que madre mía, ¡qué sabor tan rico tiene! Cuando alquilé el local le puse *Aladín* para que fuera medio árabe y medio americano. Fue en agosto de 2001, apenas unos días antes del atentado contra las Torres Gemelas del 11 de septiembre. Después de ese día me deprimí y pensé que el local me iba a traer mala suerte, por lo que mejor sería venderlo. Además, poner un nombre árabe en ese momento no era buena idea; probablemente dijeran que servía comida terrorista con salsa de dinamita.

Acababa de pagar trescientos mil dólares, los ahorros de toda una vida de los tres socios que habíamos pedido un crédito al banco. Un cacaó de puta madre. El alquiler del local son dos mil quinientos dólares al mes; antes de cogerlo, en el local ganaban diez mil a la semana, con lo que no había que hacer muchas cuentas: el que quiere comprarlo tiene que pagar, por cada mil dólares, los ingresos de una semana, es decir: si diez por treinta son trescientos, pues treinta mil dólares por adelantado... esa es la cantidad que pagamos. Aquí no hay eso del regateo. Lo pagamos para registrar el nombre, nombre que yo cambié, por cierto. Así es como funcionan las cosas aquí; yo no puedo cambiar el sistema. En los Estados Unidos lo llaman *register cash*.

Lo que pasó es que, después de adquirirlo, en tres meses pasamos de ingresar diez mil dólares semanales a seis, y si lo hubiera vendido en ese momento habría salido perdiendo. Hoy, gracias a Tifo y alguno más, ganamos veintidós mil dólares a la semana. Han convertido una pizzería en un restaurante con un menú fantástico y súper variado. Tifo es un artista con el pato; dice que le queda mejor que a los franceses.

* * *

En la pizzería *Aladín* trabajan nueve personas: Abdel Latif y Husein en la cocina; Magdy y Al Sherbini son los encargados del horno; Maya atiende el teléfono; George y Nasim son camareros y Musa e Ishaq repartidores a domicilio. Todos son egipcios salvo Maya, que es mejicana, y Musa, que es sudanés. Musa es el mayor de todos y aún hoy sigue sin reconocer la resolución por la que se dividió el país el 19 de diciembre de 1955. Dice que era una conspiración norteamericana llevada a cabo por Gamal Abdel Naser e Ismail Al Azhari. Él defiende que será egipcio-sudanés hasta que muera, y que Maya es la única extranjera en el *Aladín*. Maya, por su parte, asegura que tampoco es extranjera; se siente nieta de los faraones e hija de las pirámides de México.

El local está en una calle comercial de Paterson, en el estado de Nueva Jersey. Cuando uno pasea un poco por esa zona tiene la sensación de estar en un país árabe: los carteles de las tiendas están escritos en árabe, con una carnicería que vende carne sacrificada según el rito musulmán, un ultramarinos donde se vende comida oriental... Hasta los periódicos tirados por el suelo están en árabe. Tifo no podía dar crédito a sus ojos cuando llegó y pensaba que un barco lo había transportado como un rayo al corazón del Mundo Antiguo, a nuestra lejana tierra. Por su parte, Hagar pasó semanas sin creer que estuviera en los Estados Unidos: en casa tenía canales árabes, las cintas de música que escuchaba su marido eran de canciones egipcias e incluso la tiendecita a la que iba a comprar la regentaba un egipcio.

Abdel Latif vive con Husein, Magdy y Al Sherbini en un piso que tiene un solo dormitorio y un salón pequeño. El piso está a unos dos kilómetros de distancia de la pizzería, a menos de media hora de camino a pie.

Esos cuatro abarcan todo el mapa de Egipto, de norte a sur y de este a oeste. Husein es de Beheira, al norte; Magdy de Suez, al este; Abdel Latif del Fayum, en pleno centro de Egipto, y Al Sherbini de Qena, al sur. Al Sherbini, como es costumbre en los hombres del sur, era el más sincero y franco de ellos, y siempre le repetían la frase «Señor, líbranos de la pesadez de Al Sherbini».

Como todos tenían formas de ser diferentes, instauraron un sistema férreo que rigiera la vida en común. Hasta la fecha había sido todo un éxito, pues estaban convencidos de que si respetaban el régimen que habían establecido y se ceñían a él, las aguas nunca se saldrían de su cauce. Obviamente también influía el que pasaran casi todo el día en el restaurante, al que llamaban *la vieja*. «*La vieja* dice que hoy le toca fregar los platos a Al Sherbini». Las órdenes de *la vieja* eran vinculantes y abarcaban incluso aquello que no era de su competencia.

* * *

Doy gracias a Dios porque, desde que llegué, no he hecho nada que pueda enfadarle.

Siempre he sido honrado y en mi vida he engañado a nadie. Salvo con el tema del dinero que reuní para pagárselo a Abdel Nabi para que me cruzara ilegalmente a Iraq, aunque al final me dijo que si quería ir a Bagdad tendría que apañármelas solo, pues él trabajaba ahora en otro frente. Nada más oír «los Estados Unidos» se me metió entre ceja y ceja que tenía que viajar allí. Me pedía cinco mil libras para el billete más tres mil dólares para sacarme del país, además de lo que pudiera necesitar allí para mis gastos. ¿De dónde se suponía que iba a sacar ese dinero si nunca había trabajado en nada ilegal, y a Dios pongo por testigo de que es un mundo que no me gusta? Busqué trabajo hasta debajo de las piedras porque había jurado por mi honor que saldría del país antes del año 2000... pero no pude reunir el dinero. Un buen día conocí al cabrón del macarra de Rashid, el electricista. El 1 de enero de 2000, mientras me tomaba un café por la tarde, ya que no tenía otra cosa mejor que hacer, se me acercó. Me preguntó si no me interesaba más ganarme unas perras en vez de perder el tiempo tomando café. Le dije que sí, porque aunque sabía perfectamente que sería un trabajo sucio, necesitaba el dinero para marcharme. Como era presumible no era un trabajo sucio, era inmundo: tenía una banda que se dedicaba a robar coches en El Cairo y se los traían al Fayum. Yo me encargaba de desmontarlos pieza a pieza para venderlas a las tiendas de repuestos. Pedí consejo al cielo, me encomendé a Dios y decidí ayunar más como expiación. Trabajé con ellos siete meses desmontando toda clase de coches hasta que reuní la cantidad que necesitaba.

* * *

Abdel Latif miró el reloj y vio que eran las diez de la mañana. Llamó a la puerta y esperó un poco. Le abrió Hagar, quien le invitó a entrar. Llevaba una bata holgada que le cubría todo el cuerpo; era evidente que se había puesto el velo a toda prisa, pues le asomaban muchos pelos por debajo del pañuelo. Le extrañó no verla con la sonrisa forzada a la que le tenía acostumbrado.

Ayman estaba de viaje de negocios en Texas, y Hagar le había llamado la tarde anterior para avisarle de una avería en la fontanería del piso: el desagüe rebosaba agua. Ayman llamó a Abdel Latif y este quedó en ir al día siguiente por la mañana. Tifo entró en el piso con el pie derecho, después de una rápida oración inaudible, una costumbre adquirida en su época de electricista en El Fayum.

—¿A vosotros también os pasan estas cosas? Yo creía que solo ocurría con los desagües fabricados en Egipto.

—Ellos, ellos, di ellos; yo todavía no tengo la nacionalidad, pero sí la *Green Card*. Y claro que ocurren aquí estas cosas; y peores.

—A propósito de la *Green Card*, yo he recibido una provisional. ¿Cuándo crees que me mandarán la definitiva?

—Como al año y medio te citan para hacerte la *interview*. Después ya te dan la definitiva.

—¿Y qué validez tiene?

—Diez años, pero en cuanto te la den se te habrán acabado los problemas.

—¿Y la nacionalidad?

—A los tres años.

—O sea, que me queda un año y medio para que me den la *Green Card* permanente.

—Más o menos.

—¿Cuánto crees que tardarás en arreglar las cañerías?

—Año y medio también.

Se rio por lo bajo, pero como a Hagar no le había hecho ninguna gracia optó por callarse.

La fontanería no es mi especialidad, pero que sea lo que Dios quiera. Me pongo en sus manos y que Él me guíe.

* * *

Abdel Latif salió de casa de Ayman oliéndose una traición y así se lo comentó a Al Sherbini: «Hagar le va a dar una puñalada traperera a Ayman. Arrasaré como una plaga y acabará quedándose con el cincuenta por ciento de sus bienes... y corremos el riesgo de que todo el esfuerzo que hemos invertido en *Aladín* haya sido en vano. Hay que avisarle».

Todos estaban acostumbrados a los entresijos del matrimonio blanco y todos sin excepción se habían casado con norteamericanas para conseguir la residencia y la *Green Card*.

Peter Anastasi era el especialista en cuestiones sobre la residencia para el equipo del *Aladín*. Era un joven estadounidense de unos treinta años, de origen italiano y especializado en los trámites legales necesarios ante los organismos encargados de gestionar la inmigración y la nacionalidad. También era un experto en utilizar subterfugios con dichos organismos. La sangre italiana que corría por sus venas hacía que a los malditos funcionarios les resultara difícil pillarle. Todo el matrimonio de Abdel Latif, incluyendo los trámites, el porcentaje que cobró su mujer y las costas del abogado ascendió a once mil dólares, de los cuales la mujer se quedó con ocho mil y Peter con tres mil. Después de haber ultimado los papeles del matrimonio, Peter se encargó de empadronarlos en la misma dirección... pero solo de cara al padrón, claro. Tenía suficientes relaciones en Inmigración como para saber si iban a enviar a un inspector para comprobar que vivían juntos, un aspecto con el que se pusieron especialmente pesados después del 11 de septiembre. Cuando iban a mandar a alguien le avisaban de la fecha, para que estuvieran a la hora indicada en el apartamento conyugal.

Sin embargo, todos desprecian tener que recurrir a la excusa de una farsa amorosa para conseguir un matrimonio por conveniencia. Desde ese punto de vista, era

preferible lidiar con el asunto como si de un negocio se tratara. Esa es, por lo menos, la base de la prostitución... El oficio más rentable del siglo veintiuno.

* * *

Aunque me hubieran jurado por Dios que el viaje hasta aquí iba a ser tan complicado, no me lo hubiera creído. Igual que dar a luz es difícil, y la madre grita hasta que sale el bebé, yo volví a nacer y también tuve que gritar y dar voces para llegar hasta aquí. Así es la vida.

La travesía duró más de dos meses. Salí el domingo día 27 de agosto de 2000, a las cuatro de la madrugada, y entré en el estado de Texas el jueves 2 de noviembre a las ocho de la mañana. En esos dos meses y seis días vi lo que nunca nadie ha visto. Me pasó lo que no está en los escritos.

* * *

Abdel Latif embarcó en el arca de Noé después de que se le acabaran los medios de subsistencia en El Fayum. Viajó de la misma forma que lo habían hecho algunos de sus parientes antes, y como lo harán después de él todos los jóvenes de Sanoras. Abdel Latif partió en medio de las alboradas de alegría de su madre, las felicitaciones de los tíos y primos y los besos de los amigos. Le habría gustado despedirse de su tío Hasanein, que era a quien reservaba un lugar especial en su corazón, pero nadie conocía con certeza en qué agujero lo habrían tirado.

Tomó con Abdel Nabi un microbús que les llevó desde El Fayum hasta El Cairo; Abdel Nabi le había indicado que llevara lo mínimo: mudas de ropa interior, una camisa de repuesto y varios bocadillos para aguantar al menos cuatro días. El trayecto sería largo, por lo que era deseable que el equipaje fuera ligero. Le explicó con todo lujo de detalles y paso por paso cómo sería el viaje y le hizo memorizar el número del móvil de Pedro, para que le llamase nada más aterrizar en el aeropuerto de Quito. El último consejo que le dio consistió en que fuera sensato con las provisiones y no las malgastara, sino que las racionara: cada equis horas podría comer equis bocadillos, o de lo contrario se vería obligado a comprarlos en los aeropuertos a un precio desorbitado. Se bajaron en Midan Al Rimaya, en Guiza. Abdel Latif se quedó petrificado de la cantidad de gente que había allí y de los hoteles de cinco estrellas que rodeaban la plaza, como el Forte Grand a la derecha, el Sofitel a la izquierda y el Jolie Ville un poco más allá. Después posó la vista en las pirámides de Guiza, que le despedían majestuosas.

Esa era la primera vez que pisaba la ciudad mágica de El Cairo, y permaneció un rato inmóvil, incapaz de apartar la vista de la pirámide de Kefrén. Luego montaron en un microbús que les llevó a Midan Al Guiza y después a Midan Al Tahrir. Se tomaron un *koshari* en un sitio de lujo de Bab El Luq, el de Abdel Latif con extra de salsa de tomate, cebolla y garbanzos por ser esa la primera y última vez que Abdel Nabi

invitaba. Se subieron a un autobús para ir al aeropuerto y llegaron cinco horas antes de que saliera el vuelo. Abdel Nabi le entregó a Abdel Latif el billete y le dijo que le había costado cuatro mil cuatrocientas libras. Como le había adelantado cinco mil, las seiscientas de diferencia, junto con los cien dólares que le había cobrado dos días antes, serían su comisión por las gestiones.

Abdel Nabi se despidió de Tifo: «Yo vivo de las comisiones... alguna ventaja tenía que tener. ¡Hasta la vista!».

El avión de KLM despegó del aeropuerto de El Cairo a las cuatro de la madrugada con dirección a Ámsterdam, en donde Abdel Latif aterrizó a las siete y treinta y cinco minutos, hora local. En el aeropuerto le esperaba una escala de dieciséis horas antes de tomar el avión a Quito.

* * *

En el avión dormí como un ceporro, pero todo el tiempo que estuve esperando en el aeropuerto fui incapaz de dar ni una cabezada. Y todo por culpa de tanta tía como había. Lo que vi allí me dejó de piedra. Había oído hablar a muchos de los chavales del Fayum que trabajaban en Hurgada o en Sharm El Sheij sobre cómo visten las europeas, y lo que hacen cuando están con un hombre. También había visto pelis porno en un cibercafé; pero ver con tus propios ojos cómo se besan o se meten mano, así a plena luz del día, es otra cosa totalmente distinta. Tuve mucha suerte, pues enfrente de mí se sentó un grupo de seis, tres chicos y tres chicas, esperando como yo el avión. Estuvieron todo el rato morreándose, hasta con lengua, y una de ellas se abrió completamente de piernas. Me quedé mirando como un pachá, y encima gratis. Cuando se marcharon me entretuve fijándome cómo vestían las chicas: una con las tetas fuera, a la otra se le transparentaba la ropa interior... Unas desvergonzadas. Al rato fui al baño y me quedé boquiabierto de lo brillante que estaba todo y de cómo relucía el suelo... En mi vida había visto yo un sitio tan limpio como ese baño. Cada poco iba a lavarme la cara y volvía, hasta que una de las veces me encontré a dos que estaban follando, con perdón de la expresión. Al salir corriendo me crucé con un policía que entraba. «La que se va a liar, ¡se los va a cargar!», pensé; esperé fuera para ver en qué terminaba la cosa, pero salió tan tranquilo.

La policía de allí me aterrorizaba, pues me habían dicho que te la pueden liar mientras estás esperando el avión, por lo que debía tener listos el pasaporte y el billete. Tuve mucha suerte porque no se me acercó nadie.

Fueron, en definitiva, dieciséis horas perdidas... aunque se me pasaron volando. Al final monté en el avión y despegamos.

* * *

El avión de KLM despegó del aeropuerto de Schipol exactamente a las once y treinta y

cinco minutos de la mañana. Abdel Latif durmió un sueño reparador durante casi todo el trayecto, aunque le despertaron para ver la maravillosa ciudad de Quito desde arriba. La capital ecuatoriana se erige a una altura de dos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, en un valle verde, y la única forma de ver ese jardín de vivos colores es desde arriba. Tifo aterrizó a las ocho de la mañana, hora local, en el aeropuerto internacional Mariscal Sucre, en Quito, la capital de la república bananera —así es como la llaman— y de la agitación político-económica. El nuevo siglo había empezado con violentas manifestaciones por todo el país para pedir la dimisión del presidente de la República de Ecuador, el doctor Jamil Mahuad, de origen libanés. El origen de las manifestaciones estaba en el deterioro que había sufrido la economía: el índice de inflación anual era del 40,7%, el precio de la electricidad y la energía se habían encarecido más de un 41% en solo un año, y el tipo de cambio del dólar estadounidense frente al sucre ecuatoriano se había situado en 1999 en un 197%. Así las cosas, el 6 de enero de 2000 decretaron el estado de emergencia.

Por fortuna, esas revueltas políticas no habían afectado a los visados para los egipcios. Ecuador es de los pocos países del mundo que otorgan a los egipcios el visado en el aeropuerto, de forma automática y con una duración de tres meses. Si bien la embajada egipcia en Quito se considera la única representación diplomática árabe acreditada ante ellos, aparte del consulado libanés, los ciudadanos de los países del Consejo de Cooperación del Golfo no necesitan ningún tipo de visado para entrar.

Gracias a las oraciones que sus padres habían rezado por él, Abdel Latif pudo llamar a Pedro y soltarle algunas palabras árabes con una pronunciación que él consideraba inglesa, y que bastaron para que Pedro entendiera el mensaje.

Las dos horas que esperó Abdel Latif en el aeropuerto concluyeron felizmente con la llegada de Mazen, un joven jordano que lo agarró de la mano y se lo llevó afuera.

* * *

Salí de ahí como si me hubieran dado una paliza. Y encima de estar empapado me costaba tanto respirar que tuve que pararme a descansar; creí que me había llegado la hora. Mazen me dijo que no me preocupara, que ese día había más humedad que de costumbre. ¿Ese día solo? Siguió igual todo el tiempo que estuve allí. ¡Qué humedad! ¡En mi vida había visto una cosa así! A los cinco minutos ya estaba mareado, supuse que de la falta de oxígeno y del agua que no hacía más que metérseme en los pulmones. Al verme sujetarme la cabeza con las manos Mazen se rio de mí, y me contó que la sensación de mareo era por la altura: estábamos a unos tres mil metros sobre el nivel del mar. Le contesté que yo venía del Fayum, y que el canalla de nuestro profesor, al que solía llevarle pato cocinado por mi madre para que me aprobara, siempre decía que nuestra ciudad estaba a cuarenta metros por debajo del nivel del mar... y luego me miraba y me decía: «Por eso tú siempre estarás por

debajo de la media».

Al grano: Mazen me subió a un coche viejo y me tiré todo el camino viendo la pinta de la gente. Eran muy raros, con unos sombreros grandísimos y ropa anchísima.

—¿Y dentro de esa ropa qué hay?

—Son indios; en torno al treinta por ciento de la población es india.

Cuando por fin llegamos, nos metimos en una chabola enorme hecha con planchas de metal, dentro de la cual habían dispuesto unas mantas en el suelo y mesitas bajitas. Nos sentamos y me dijo que había otro grupo que iría conmigo, pero que se había retrasado, así que íbamos a esperar a que fuéramos treinta para salir todos juntos hacia Estados Unidos.

* * *

Abdel Latif esperó en esa chabola tres semanas hasta que sumaron los treinta. Pedro, que fue a visitarle en más de una ocasión, pertenecía a una de esas legiones de jóvenes que se dedican a saquear y a robar. Con sus compañeros de penurias de Colombia y México había creado una red internacional para pasar ilegalmente trabajadores a los Estados Unidos, que era la principal encargada de recoger toda la desesperación y la penuria local para envasarlas en botellines atractivos. Esto venía a raíz de que el nuevo presidente de Ecuador, Gustavo Noboa, hubiera sido incapaz de hacer lo que se esperaba de él. Su única obsesión había sido construir un nuevo oleoducto a cualquier precio, sin prestar la debida atención al aumento de la pobreza, que afectaba ya al 70% de la población ecuatoriana.

Abdel Latif se había pasado toda la vida esperando. En el Fayum siempre le tocaba esperar en el microbús hasta que se hubieran ocupado todos los asientos, antes de que el chófer se pusiera en marcha. Incluso acostumbraba a esperar a la nada, aguardando que surgiera algo por sí mismo. El siguiente día, la manta contigua la ocupó un chico con aspecto de maníaco, un nigeriano que se llamaba Kalu con el que Tifo no pudo hacerse entender de ninguna de las maneras.

Conforme pasaron los días fueron uniéndoseles chicos de distintas nacionalidades, la mayoría de ellos de países africanos como Sierra Leona, El Congo o Guinea. A Abdel Latif volvió a sonreírle la suerte —le gustaba presumir de tener buena suerte— cuando se le acercó Said, un marroquí unos quince años mayor que él.

Tras completarse el aforo, cada uno pagó dos mil quinientos dólares estadounidenses, lo que arrojaba un total de setenta y cinco mil dólares. Al día siguiente de efectuar el pago la caravana se puso en marcha en un autocar destartado. Salieron de Quito y tendrían que cruzar los Andes y la selva del Amazonas, para llegar a la frontera con Colombia.

Atrás dejaron muchas comunidades campesinas e indígenas que vivían en condiciones deplorables, sin agua corriente ni electricidad. A lo largo del camino vieron también montones de tierra mezclada con residuos negros, derramados por

culpa de fugas de los oleoductos. El 96,6% del crudo que produce Ecuador proviene del Amazonas, y para abrirse camino habían talado hasta unos mil kilómetros selva adentro, arrasando a su paso miles de hectáreas. La lluvia había transformado esos terrenos en vastos lodazales sin que ninguna autoridad hubiera mostrado el más mínimo interés por el medioambiente, por los nativos o por los residuos de los productos químicos utilizados durante las perforaciones de los pozos. Todo eso había desembocado en la propagación de diferentes enfermedades, especialmente el cáncer.

El autocar se detuvo pocos kilómetros antes de llegar a la frontera con Colombia. Les hicieron apearse en una zona inhóspita, con tantos árboles como granos de arena tiene el desierto.

Desde ahí continuaron a pie durante todo un día, atravesando la selva para cruzar la frontera, sin pasar por ningún puesto de control. Cada uno cargaba con veinte litros de agua de reserva, por si surgía algún imprevisto que pudiera retrasar la llegada a la siguiente etapa. Cruzaron sin problemas la frontera con Colombia, y en el primer pueblo al que llegaron les esperaba otro autocar aún más ruinoso que el primero.

Al comienzo del viaje por territorio colombiano, Said, que estaba sentado al lado de Abdel Latif, empezó a mostrarse preocupado. Cada vez que el vehículo aminoraba se asustaba y daba un respingo para mirar por la ventana de Tifo; después leía alguna azora del Corán para tranquilizarse. Abdel Latif, que por entonces desconocía el nombre del país que estaban atravesando, se contagió gradualmente del pánico. Said, que era licenciado en Educación y contaba con una experiencia de diez años como profesor en distintas escuelas marroquíes, era plenamente consciente del peligro que corrían y sabía que la muerte era una posibilidad muy real; pero creía que morir intentándolo era preferible a la lenta agonía del día a día en Marruecos.

* * *

Tres días después de que el avión de Abdel Latif aterrizara en Quito, el 30 de agosto para ser más exactos, mientras comía en la chabola el pan que había comprado en la panadería de Al Kawter, en el Fayum, el presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, aterrizaba en Colombia para lanzar el «Proyecto Colombia». En virtud de este plan se haría entrega al gobierno colombiano de la primera parte de los mil trescientos millones de dólares prometidos, en su mayoría ayuda militar que el gobierno de Andrés Pastrana usaría, teóricamente, para luchar contra el tráfico de drogas y para acabar con las «plantaciones ilegales» en las que se fabrica la droga. Sin embargo, el objetivo real de dicha ayuda era combatir a los rebeldes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, al Ejército de Liberación Nacional y al Ejército Popular de Liberación de Colombia; también implicaba poder usar esta donación fuera de Colombia e influir en el tortuoso discurrir de la política de América Latina, especialmente en los países colindantes, como Ecuador. Numerosos expertos y organizaciones no gubernamentales consideraban que este «proyecto» no

tenía otro fin que el de alimentar la guerra, congelar las negociaciones con los rebeldes y dar rienda suelta tanto a las fuerzas paramilitares como al ejército, todo ello siempre a favor de los intereses estadounidenses. El mes de agosto de 2000 tuvo el honor de presenciar la llegada de Abdel Latif Al Fayumi a las Américas y fue testigo también del comienzo de unas nuevas relaciones entre EEUU y América Latina. Esas nuevas relaciones estarían consagradas a la injerencia militar norteamericana directa y a la presencia de sus fuerzas militares en territorio colombiano.

* * *

—¡Tifo, ya está bien de cháchara! Ven a ganarte el sueldo, no vaya a tener que echarte del *Aladín* y te quedes pasando hambre y pensando que podías estar mejor.

—Ni se te ocurra; aunque buscaras por todo el planeta no encontrarías a otro como yo.

—Eso seguro... pero los pedidos no paran de entrar y tienes que despabilarte; déjate de hablar tanto por teléfono.

—No es una llamada personal, es por lo del pedido de pato que te comenté. ¡Estamos que nos salimos!

—¡Venga, Magdy!

—¡Estoy con ello!

—¡Musa, ven aquí, personaje! Coge esas cinco *pizzas* y llévalas a esta dirección.

—¡Voy volando!

—¡Qué honor, el mismísimo Akram *Basha*^[4] en persona! Si hubiera sabido que venía habría pintado el restaurante.

—No seas pelota. Hoy vengo para llenar la nevera hasta arriba con los manjares de Tifo. Mi hijo Farid viene de Londres dentro de unos días para pasar un par de semanas y estoy que no quepo en mí de alegría.

—Ojalá Dios le otorgue siempre tantas alegrías. Decidido: vamos a comprar una nevera solo para usted y a llenarla hasta arriba, para que vea cuánto le apreciamos.

* * *

A pesar de lo mucho que se esforzaba Ayman para hacer feliz a su esposa, Hagar vivía en su propia burbuja. Parecía que estuviera dentro de una incubadora de laboratorio esperando a salir a la vida. Era un estado de negación crónico para el que Ayman no veía solución. Cuando supo que estaba embarazada voló de felicidad, el tiempo se detuvo y él se derritió en ese instante atemporal; incluso rezó una oración de agradecimiento en la consulta del doctor. Cuando bajó otra vez al mundo terrenal lo único que se encontró frente a sí fue un iceberg y la misma sonrisa desgana en los labios. Hagar debía de estar en su enigmático mundo interior, pues tenía la mirada completamente perdida.

A pesar también de la actitud incomprensible de su mujer, quien se asemejaba más a un robot que a un ser humano, Ayman se empeñaba en rechazar categóricamente la advertencia de Abdel Latif y de Al Sherbini: «Hagar se ha casado por interés y pronto llegará el momento en que te dé el golpe de gracia. No obstante, eso no ocurrirá antes de que haya obtenido la *Green Card*, por lo que tienes que intentar por todos los medios que la tramitación se retrase lo máximo posible». Después de esta advertencia Ayman comenzó a preguntar a su círculo de amigos, a quienes les suponía un entendimiento profundo de la vida, cómo veían a su esposa.

«Ayman, las personas son como las camisas: las hay de todos los tejidos y de todos los colores: gabardina, crepé, lana, satén, algodón, tafetán, gasa, encaje, lino; naranja, índigo, cerúleo, citrino, púrpura... A veces un hilo de seda es irrompible, otras no te cuesta nada romperlo, y otras casi se deshace solo. No la juzgues como si estuviera hecha del mismo tejido que tú o como si tuviera tu mismo color. Esa es su forma de ser y tienes que aceptarla tal y como es».

A Ayman le encantaba esta explicación y recurría a ella cuando le asaltaban las dudas cada vez que ella lo apuñalaba con esa mirada mortecina, cruel, interminable. Pero al final el aviso seguía estando ahí, y conocía suficientes casos de matrimonios de conveniencia como para tener razones para preocuparse.

—Esto no puede estar pasando.

—¿Qué es lo que no puede estar pasando, Ayman?

—No se preocupe, Akram *Basha*. Son cuatro bobadas que me preocupan un poco.

* * *

Akram Al Mungi es un hombre de negocios entrado en los cincuenta que salió de Egipto con un visado de residencia perfectamente legal otorgado por el consulado de los Estados Unidos en El Cairo. Salió de la capital egipcia después de ciertas dificultades para saldar sus deudas, de transferir dieciocho millones de dólares al extranjero y de dejar sus negocios en Egipto hipotecados con varios bancos. Su mujer había fallecido por culpa de un cáncer de mama, unos seis meses antes de que él abandonara Egipto. Tiene una hija que está casada con un norteamericano y viven en Florida, y un hijo menor que estudia economía en Londres.

Nada más llegar a los Estados Unidos, Akram decidió que se había jubilado, que no volvería a trabajar en su vida y que con su dinero ni apostaría, ni jugaría en la bolsa ni lo invertiría en ningún proyecto que no fuera seguro.

Akram volvió a las dos horas al restaurante *Aladín*. Como no estaba Ayman, llamó a Abdel Latif y lo invitó a salir fuera con la excusa de respirar aire puro.

—¿Cuánto cobras aquí, Tifo?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Venga, dímelo, ¿qué te cuesta?

—Cobro cuatrocientos dólares a la semana, además de unos ciento veinte de otros

trabajillos. En total saco al mes unos dos mil doscientos ochenta dólares.

—¿Y tienes que pagarte el piso?

—Sí.

—¿Y el agua y la luz?

—También las pago yo. Pero ¿por qué me pregunta todo esto?

—Abdel Latif, ¿qué te parecería trabajar para mí? El trabajo sería muchísimo más relajado que aquí. Te pagaría dos mil dólares al mes, además de una habitación con televisión con todos los canales árabes. Así, el piso, el agua y la luz correrían de mi cuenta, incluida la comida, claro. Vamos, que podrías ahorrar los dos mil, si quisieras. ¿Qué dices?

—La verdad es que me siento muy a gusto aquí: la gente es majísima y Ayman me trata muy bien.

—Echa cuentas, Abdel Latif. Haz números y calcula.

—Lo pensaré.

—Te voy a decir una cosa que te ayudará a pensarlo. Hay un término absurdo del que se habla mucho en Egipto: la seguridad social. En tu caso y en vista de lo bien que cocinas, te la aplicaría en forma de alojamiento, comida, ropa y calzado; así no tendrás que comprar nada. Haz números, Tifo. Pero date prisa porque necesito a alguien ya. Mi hijo viene dentro de una semana.

* * *

Tal y como esperaba Said, Colombia no les recibió precisamente con los brazos abiertos. La tensión entre el gobierno colombiano y las Fuerzas Revolucionarias Armadas de Colombia había alcanzado en ese momento su punto álgido. Había patrullas armadas por todas partes y vieron soldados, mercenarios, bandas y demás barbaridades que aterraban a Said. Incluso oyeron disparos muy cerca de donde estaban. El autobús se detuvo y se agazaparon tal cual estaban, quietos, sin moverse ni respirar.

Al siguiente día tenían que pasar por una zona en la que abundaban bandas de las que trafican con cocaína, por lo que se vieron obligados a abandonar el vehículo y proseguir su viaje a pie durante dos días. Por fin llegaron a un pueblo en el que les dieron cuatro decenas de burros con los que viajaron durante tres días más. Abdel Latif se encariñó del suyo desde el primer momento, y estuvieron intercambiando bromas y chascarrillos durante el camino. Fue una pena que tuviera que separarse de él.

Cuando Kalu, el nigeriano, se enteró de que cerca había traficantes, les pidió ir a comprar cocaína; ya llevaba varios días causándoles muchos problemas desde que se le había acabado la que llevaba. Al final Pedro acabó sacando la pistola y se lo cargó. Se desplomó todo lo grande que era contra Abdel Latif y los dos se fueron al suelo. Kalu había recorrido miles de kilómetros desde su pueblo natal, en la meseta de

Obudu, al sur de Nigeria, para acabar sus días en un campo de cocaína de los Andes, enterrado por una bandada de pájaros que emigraban al norte. Excavaron una fosa profunda y después de que Said leyera algunas azoras del Corán, lo tiraron dentro, lo taparon y reemprendieron el viaje.

La caravana continuó, a veces en autobús, otras en pie, otras en burro y otras en lanchas. Estas últimas las usaron para cruzar la frontera entre Colombia y Panamá, en el Océano Pacífico. Nada más poner pie en territorio panameño, a Said le entró una risa histérica; de alguna forma tenía que expulsar la tensión que había acumulado dentro durante el horror colombiano.

La expedición prosiguió su ruta cruzando Panamá, luego Costa Rica y después Nicaragua y Honduras. Miles de kilómetros a través de sendas, valles, laberintos, montañas y océanos. Un camino que durante los últimos veinte años habían recorrido miles de personas para pasar a territorio norteamericano, sobre todo a raíz de las guerras tan cruentas que habían assolado Centroamérica durante las décadas de los setenta y los ochenta. Cuando por fin llegaron a El Salvador el viaje empezó a tomar otro cariz: los subieron en tráileres congeladores de los que transportan fruta.

El viaje en los congeladores comenzó al cruzar la frontera entre El Salvador y Guatemala y siguió a través de territorio guatemalteco hasta llegar a la frontera sur de México. Allí se bajaron todos y continuaron a pie durante otro día hasta que llegaron a un río que cruzaron a nado, tras lo cual llegaron a México. Una vez allí volvieron a cargarlos en los remolques congeladores. El conductor tenía que encender los congeladores media hora antes de pasar cada puesto de control, para que la temperatura de los remolques alcanzara el punto de congelación; después de cruzar el control, los apagaba.

* * *

Todos éramos africanos y nunca habíamos visto un día de auténtico frío. No sabíamos ni lo que era tiritar de frío... pero es que en los congeladores no tiritábamos, crujíamos. Era como si nos estuviéramos muriendo, cada convulsión que nos entraba creíamos que era la última. Un dolor indescriptible nos penetraba en las articulaciones hasta tal punto que no sentíamos nada si nos mordíamos las manos; las teníamos muertas. Después, paulatinamente, empezamos a dejar de sentir el tronco. La sangre parecía habérsenos congelado en las venas. Conforme pasaba cada segundo sentíamos cómo la muerte se acercaba; Azrael estaba sentado junto al conductor, esperando un momento de flaqueza de cualquiera de nosotros para llevarse su alma. Yo llegué a verle la cara, pero cerré rápido los ojos para que se alejara de mí.

Al final, y tal y como nos había prometido Pedro, llegamos sanos y salvos al norte de México. Nos bajamos frente a la frontera con Texas y allí empezó lo duro.

El momento de la verdad.

* * *

La frontera de México con los Estados Unidos tiene 3360 kilómetros. Se extiende desde las aguas del Océano Pacífico, al oeste, en San Diego, en el estado de California, hasta Brownsville, en el estado de Texas, al este. De hecho, los estados sudoccidentales de los Estados Unidos formaban parte del territorio mexicano hasta que fueron invadidos durante las constantes guerras a lo largo del siglo XVII. Esa frontera es la más famosa en lo que a inmigración ilegal se refiere. Hoy en día residen más de ocho millones de mejicanos en los Estados Unidos, la mayoría de ellos de forma ilegal. El número de personas que mueren cada año intentando cruzar ilegalmente esa frontera supera las cuatrocientas.

A los mejicanos que entran ilegalmente las autoridades estadounidenses los deportan a las veinticuatro horas de detenerles, pero los que no son mejicanos pasan por un proceso diferente.

Los centros de detención de inmigrantes ilegales llevan décadas sufriendo de falta de espacio suficiente para acoger a los inmigrantes que detienen en la frontera y no son de nacionalidad mexicana. Por eso a la mayoría los sueltan en territorio norteamericano. Para cada uno de ellos se fija un día en el que ha de presentarse ante un juez, pero la realidad es que rara vez acude alguien.

Eso es exactamente lo que le pasó a Abdel Latif: mientras estaban cruzando la frontera de noche, se produjo un intercambio de disparos entre la policía de fronteras y la banda de Pedro. Tanto un chico de Sierra Leona como Said murieron a causa de una bala perdida que les impactó en la cabeza. La banda, compuesta por ecuatorianos, colombianos y mejicanos, huyó dejando a los restantes veintisiete en manos de la policía norteamericana.

* * *

Nos cogieron en la frontera con Texas. En ese momento me daba todo igual, lo único que me importaba era Said. Era por la noche, hacía un frío helador y las balas pasaban silbando por encima de nosotros. Nos chocábamos unos con otros y al final nos acorralaron como a ratones; el roce de los cuerpos de los otros nos daba seguridad. De repente oí un grito justo antes de que la bala le acertara entre ojo y ojo, como si su corazón hubiera sentido que la muerte se acercaba inexorablemente. Lo abracé y tenía el cuerpo aún caliente, a pesar del frío tan horroroso que hacía.

Cuando nos cogieron, lo único en lo que pensaba era en enterrar a Said. ¿Quién rezaría por él? ¿Lo enterrarían igual que a los extranjeros? Tenía el corazón encogido. Said era ya mi hermano, era sangre mía. Aún hoy sueño con él... Sueño con él más que con mi madre.

Me condenaron a un mes y medio de cárcel. Después me soltaron y me dijeron

que tendría que acudir a no sé qué juzgado tal día a tal hora por haber cruzado ilegalmente la frontera. Entonces no comprendía por qué me habían soltado, pero acabé enterándome de que ya no tenían sitio en las cárceles, estaban a tope, completo vamos. Parece que tienen más de dos millones de personas en las cárceles norteamericanas... Es un país de ladrones y de asesinos. Al final me vino bien. Cuando salí, miré arriba y vi el cielo azul; me crucé de casualidad con unos árabes que me explicaron que no tenía nada que hacer en el juicio y que me marchara inmediatamente a otro estado. Me explicaron que al final me acabarían condenando a ser deportado y que lo único que iba a ganar era una deuda con mi abogado, pues el veredicto ya se sabía de antemano: expulsión inmediata.

Hice de tripas corazón y me vine aquí.

He aprendido a ahorrar bastante, y cada tres meses puedo enviar a mi madre, Dios mediante, seiscientos dólares, porque con lo que ganan allí no les alcanza.

* * *

Abdel Latif echó cuentas, hizo sus cálculos y se convenció de que si dejaba el trabajo con Ayman e iba a trabajar a casa de Akram Al Mungi, saldría ganando. Cobijarse bajo la sombra de una persona adinerada y con contactos le daría la seguridad que no sentía desde que había desaparecido su tío Hasanein. Era curioso, pero veía cierto parecido entre Akram y su tío, sobre todo en la frente. Y en cuanto al restaurante *Aladín*, llevaba tiempo preocupado por las ausencias constantes de Ayman por cuestiones familiares. Tanto era así que ya tenían problemas de abastecimiento, que era responsabilidad directa de Ayman. Pero la razón principal era que estaba seguro de que la perfidia golpearía a Ayman con todas sus fuerzas, convencido como estaba de que Hagar le pediría el divorcio después de que hubiera legalizado su situación. Las mujeres tienen mil formas de salirse con la suya, y había dado ya el primer paso al quedarse embarazada, pues la ley de los Estados Unidos está diseñada para que las mujeres desleales puedan desplumar a los hombres. En el caso de que haya un divorcio, ella se quedará con la mitad del negocio. ¡Quién sabe cómo acabaría afectando a Abdel Latif este terremoto laboral! Por último, y a pesar de que nunca pensaba en ello, siempre estaba el temor a la posibilidad de que lo detuvieran en cualquier momento y lo deportaran, pues seguro había sido este el veredicto que habían alcanzado en el juicio contra él en Texas. Akram Bek^[5] estaba bien conectado y le tendería la mano si fuera necesario. La pesadilla de la extradición lo visitaba ya fuera de día o de noche.

* * *

Dos tíos como dos armarios con gorras añiles y ojos zarcos, vestidos con monos azul fosforito que brillan a la luz de la luna. En la mano derecha, una pistola amarilla. En

la mano izquierda, una porra azul brillante como el neón. Entran en la habitación de Abdel Latif y se le tiran encima mientras duerme. Uno de ellos grita como un animal mientras se ensaña con la porra en la frente, justo en el mismo punto que escogió la bala para alojarse de por vida en el cráneo de Said. Cuando Abdel Latif se levanta aterrorizado con la franela ensangrentada, el otro hombre dispara la bala que pone fin a su vida.

Farid Al Mungi

ODIO AMÉRICA. Odio a los americanos. Tienen el gusto en el culo con esas camisas a cuadros. En la universidad hay chavales a los que no trago, y esto está lleno de tíos así. No sé cómo papá puede vivir aquí. Encima me dice que si es gente majísima, que si es el pueblo más amable del mundo... ¿quién querría dejar Europa y vivir en un país como este, sin ningún estilo, todo lleno de *highways*, calles, calles y más calles? Por todos lados hay *big malls*... en mi vida he visto un sitio con menos personalidad. ¡Qué asco me da este país! Menos mal que solo me quedo unos días y después *ciao bambino*. Lo único bueno de aquí es el chico este, Tifo; ¡qué voz tiene! Ayer cantó «Por cuenta del amor de mi corazón», y lo hizo impresionante. A mí me también me encantan las canciones orientales, pero solo sé cantar las occidentales. ¡Menuda mierda!

* * *

En Farid Al Mungi cohabitan todas las contradicciones posibles del mundo. Es un chico cariñoso pero cruel, toca la guitarra y practica boxeo; es un ladrón pérfido, pero también bondadoso. Miente pero es sincero. ¿Cómo conviven tantas contradicciones en un crío que no tiene ni veintiún años? Sencillamente porque es producto de la sociedad cairota. Llegó a los Estados Unidos anteayer, el 22 de agosto de 2005, desde el aeropuerto de Heathrow. Pasará casi dos semanas con su padre antes de volver para el comienzo del curso en la Universidad Americana Richmond, en Londres.

Al siguiente día de llegar, Abdel Latif lo despertó a la una de la tarde, cuando llamó a la puerta. Había llegado a un acuerdo con Akram *Bek* para que este le subiera a dos mil trescientos dólares al mes, teniendo en cuenta que se encargaría de todas las tareas domésticas, incluyendo carpintería, fontanería, mecánica del coche y lo que surgiera.

—Buenos días, señor. Soy Abdel Latif, el nuevo cocinero.

—¿Es que había uno antes? Entra, entra. Papá me dijo que vendrías hoy. Esa es tu habitación. Deja las maletas y ven, que te enseñe la casa.

Farid le llevó hasta una habitación pequeña junto a la cocina y le esperó junto a la puerta para que dejara las maletas.

—Akram *Bek* me dijo que tenían un cocinero.

—Sí, una filipina enana que no medía ni medio metro, pero se marchó. Y si no podía cocinar era por una sencilla razón: no llegaba al fuego. Eso sí, lo que se le daba muy bien era abrir las latas de atún. Papá me ha dicho que cocinas de maravilla. Estoy muerto de hambre; llevamos años comiendo en restaurantes y nos apetece comida casera.

—Por eso no se preocupen. Únicamente tengan cuidado al chuparse los dedos, ¡de eso no me responsabilizo!

—¿Tifo, verdad? Me ha dicho papá que te llaman Tifo.

—Sí, así es.

—Dime, Tifo: ¿sabes dónde conseguir hachís?

—Es que yo no fumo.

—Pues pregúntales a tus amigos. Enróllate, Tifo, alégame el día y sé *cool*.

* * *

Farid se marchó a Londres sin ni siquiera haber cumplido los dieciséis años. Se subió al barco igual que hizo Ingy, su única hermana, cuando terminó la carrera y se casó con un profesor suyo de la Universidad Americana de El Cairo especializado en historia moderna de Medio Oriente. Poco después su madre desistió de su lucha contra el monstruo insaciable que se había esparcido por todo el cuerpo y le había devorado con crueldad el alma, a pesar de haber recorrido todo el planeta en busca de algo con que aplacarle y salvarla. Unos meses después de fallecer ella, Akram Al Mungi echó números e hizo sus cuentas, tal y como le había aconsejado a Abdel Latif. Llegó a la conclusión de que si arreglaba las cuentas de sus negocios no podría llevarse la cantidad que consideraba justa tras tantos años trabajando en el mundo de las finanzas y los negocios, una cantidad que le garantizara llevar una vida digna hasta que muriera. No tuvo que pensarlo mucho: tomó la decisión y diseñó un plan de trabajo de cuatro meses durante los cuales vendería todas sus posesiones e inmuebles en Egipto y transferiría todo lo que pudiera a cuentas en el extranjero. Este proyecto, que había sido cuidadosamente diseñado, implicaba, obviamente, que acabara emigrando para siempre.

* * *

—Soy el padre más feliz del mundo. ¡Por fin nos hemos reunido todos! ¿Sabéis, hijos, que llevamos más de tres años sin estar todos juntos? Cuando Ingy va a Egipto, Farid se queda en Inglaterra; cuando Farid viene aquí, yo estoy en no sé dónde. Incluso cuando murió mamá tú llegaste el mismo día en que Farid se marchó.

—Es que tú siempre vienes a Londres, papá. Ingy siempre está que si «mi marido tiene clase en no sé dónde», que si «a mi marido le pica la cabeza en no sé dónde», que si «mi marido se está rascando el cogote». ¡Qué esposa tan sumisa!

—No tienes ni idea, chaval. Además, desde que vinimos Kevin no para de trabajar: tiene clases en la universidad, el libro que está escribiendo sobre Hezbollah y la situación en El Líbano desde 2003, y cada poco le invitan a dar conferencias sobre la situación en Medio Oriente. Si ni siquiera yo tengo tiempo de venir a visitar a papá, y vivimos al lado.

—Yo no lo entiendo. Kevin está muy ocupado, vale. ¿Y tú? ¿Por qué lo utilizas como excusa para no venir?

—Déjame, Farid. Llevo toda la vida diciéndote, desde que eras pequeño, la

misma frase: «¡eres un burro!».

—Ingy, eso no está bien. Farid no es un burro, es un borrico.

—¿Qué pasa, que estáis todos contra mí?

—Disfrutemos hoy que estamos todos juntos. Le he pedido a Tifo que para la cena prepare pato con trigo y leche, arroz con fideos y una fuente de bamia con rabo de búfalo. Os he preparado un menú que ni en vuestros sueños.

* * *

Ingy Akram Al Mungy había llegado un día después de que Tifo empezara a trabajar. Había traído consigo a sus tres hijos: Joseph (Yusef), Maya (Mai) y Alan (Alaa), además de un millón de zapatos para combinar con su estado de ánimo. Aunque había decidido no visitar nunca a su padre, echaba tanto de menos a Farid que había roto la promesa.

Miraba con cariño a su hermano: «Farid, no entiendo cómo puedes estar tan orgulloso de papá. Yo es que no puedo ni soportar la idea de que nuestro padre sea un ladrón. Robó dinero a los bancos y se marchó: más claro, agua. Da igual lo bonito que quiera pintarlo papá, el pintalabios y la mascarilla que le ponga o la colonia con que lo perfume. ¿Cómo puedes creerte eso de que tuvo problemas para pagar las deudas y los imprevistos que le surgieron? Desde que se instaló no lo he visitado ni una vez. No hago más que repetir las mismas tonterías, y probablemente ya se me vea el plumero: “Es que Kevin tiene mucho trabajo, papá”... “Kevin está escribiendo un libro”... y cuando él se ofrece a venir a visitarnos, le suelto que nos vamos de viaje, a una conferencia o a donde sea. Kevin no quiere ni hablar del tema, y si lo hace me suelta una de sus clases magistrales en plan académico y llena de estadísticas sobre las posturas intermedias. Él nunca tiene en cuenta los sentimientos.

»No puedo soportar la idea de que mi padre sea un ladrón... Da igual, no puedo seguir más, Farid, estoy agotada».

A pesar de ser tan inteligente, Ingy era incapaz de ver más allá de la capa superficial del alma de su hermano. Probablemente nunca hubiera hecho por ver, y seguramente cada vez que él se hubiera encontrado en un aprieto ella hubiera estado demasiado ocupada con sus quehaceres, sus sentimientos y sus nuevos amigos. El resultado era que ella no lo conocía mejor que cualquier desconocido que pasara de repente a dar los buenos días.

* * *

Varias semanas antes, mientras fumaban hachís en casa del padre de uno de sus amigos británicos, un compañero español en el que Farid no se había fijado antes le preguntó: «¿Cuál es el recuerdo más antiguo que puedes rescatar de lo más recóndito de tu mente?».

Farid quería dar una respuesta rápida, pero la belleza del humo azul lanzó su

imaginación a nadar en el agua eterna del proceloso océano de su inconsciencia.

Estaba sentado junto con otros tres niños en el arenero del parque infantil del club El Gezira, en Zamalek. Mientras jugaban, se intercambiaban entre empujones, golpes y gritos el rastrillo, la pala, el cubo y el cedazo de plástico. Volvió a cerrar los ojos, inspiró profundamente y oyó la voz punzante de su madre gritándole mientras lo sacaba del arenero en el que estaba jugando con los demás niños. Cuando levantó la vista vio cómo, enfadada, se giraba y se encaraba con una de las madres: «¡Tu hijo ha cogido uno de los juguetes de Farid! ¡Que se lo devuelva inmediatamente! ¡Y a ver si les compráis a vuestros hijos sus propios juguetes, para que no tengan que robar los de los otros niños!».

La otra madre respondió sorprendida a Siha:

—¡Pero déjales que jueguen solos!

—¡Yo quiero que mi hijo juegue con su juguete él solo!

—¡Pero si es normal que todos jueguen con los de los demás!

—¡Pues no me da la gana que nadie toque los juguetes de mi hijo! ¡Y ya está!, ¡punto!

—Pero deja al crío aprender a defenderse solo... dentro de unos años empezará el colegio y entonces no te tendrá al lado para que lo defiendas.

—¡Como alguien moleste a mi hijo en el colegio, le construiré el suyo propio!
¿Cómo podía acordarse de eso?

De nuevo inspiró profundamente, para sumergirse otra vez en su memoria.

Su madre lo cogió y se lo llevó a otro arenero en el que no había niños... y ahí se quedó, quieto, sin moverse.

Abrió los ojos y le respondió a su compañero que el recuerdo más antiguo que tenía era justo ese: estar ahí sentados unos enfrente de otros.

Sintió que los ojos le ardían, si bien no sabía si era por el humo tan denso, por el miedo a su madre o por el terror que le infundió cuando se puso a chillar en el arenero del club. Lo que en ese momento entendió Farid era que había cometido un gravísimo error, y como castigo había sido separado de los otros niños, para sentarse solo a reflexionar sobre en qué se había equivocado.

Ese instante, que había quedado grabado a fuego en lo más recóndito de la memoria de Farid, le había transmitido la percepción de que era diferente, de que era más rico y de mejor clase que sus compañeros. Lo apuntaron a un colegio de Zamalek que seguía el sistema americano, y desde luego no le construyeron uno ex profeso para él, tal y como le había prometido su madre en más de una ocasión. Allí, con las interminables broncas con todos sus compañeros, fue donde se dio cuenta de que no era ni el más rico ni el más fuerte ni el mejor estudiante, ni siquiera el más corrupto de los chicos de su clase, y eso supuso un *shock* del que nunca pudo sobreponerse. La única cosa en la que destacaba frente al resto de compañeros era en cómo tocaba la guitarra.

Como de costumbre, todo empezó por amor.

Estando en segundo de instituto, Mariam apareció en clase como un lucero. Ella lo deslumbró desde un primer momento y en cuanto la vio se quedó sin respiración. Se había enamorado. ¿Qué podía hacer? Inmediatamente decidió que le compondría una canción y se la dedicaría a ella, al amor, a la belleza, a sus ojos y a su pelo castaño. Una canción que la hiciera enamorarse de él en cuanto la escuchara. Era inusual que un chico pensara así, pero todo tiene su explicación. En este caso la explicación era *uncle* Aziz, de quien, la noche antes de que surgiera la que sería su luna, escuchó una nueva melodía para un poema de Bayram Al Tunki:

*París dice que acertaron el faldón... acortémoslo.
Si cambia y dice que lo estiraron... alarguémoslo.
Si en invierno lucen escote... luzcámoslo.
Si en verano se abrochan el albornoz... abrochémoslo.
Ciegos y encima quieren embaucarnos.
Si nos toca sufrir, disfrutamos.
A nuestras mujeres, por conocernos, encantamos.*

Farid estaba sentado junto a su tío Aziz Al Mungi, como de costumbre, en un salón amplio rodeado por todas partes de altos ventanales de madera que daban a un jardín interior. Cada uno se sentaba en un almohadón mullido en el suelo y él, recostado además sobre una alfombra persa, se imaginó que era un león mítico, con alas teñidas de un seductor naranja. Farid aspiraba la melodía de su tío, que se mezclaba con el polvo acumulado en la casa desde hacía más de un siglo. Aziz tocaba el piano y él cantaba, acompañado por el compás del latir de su corazón. Cada vez que iba a la casa de Hadayek Al Obba se transportaba a un mundo paralelo al suyo... Viajaba de galaxia en galaxia. Salía de sí mismo, de su tristeza, de su memoria y se transportaba al universo de la música y las melodías.

El chico memorizó gracias a su tío innumerables canciones que nadie de su clase conocía, lo que le hizo sentirse por primera vez especial ante sus compañeros. Cuando apareció Maryam, se le antojó regalarle algo de esa galaxia desconocida para todos salvo para él.

* * *

Aziz Al Mungi es el primo de Akram Al Mungi, pero como Akram era hijo único, Aziz era para él como un hermano, a pesar de los infinitos cielos y océanos que los separaban. Aziz vive solo en la casa de los Mungi, en el barrio de Hadayek Al Obba. Es un chalé rodeado por un pequeño jardín cuyos anteriores inquilinos ya no viven o se mudaron hace mucho tiempo. Aziz, que es soltero, decidió seguir viviendo en soledad en la casa de la familia.

Durante muchos años ejerció de profesor en la universidad, pero fue incapaz de

adaptarse a los nuevos tiempos y decidió retirarse a la tranquilidad y refugiarse en su piano, el último placer que le quedaba.

Cuando Farid le pidió a su tío que le diera clases de solfeo, Aziz se alegró tanto que ese mismo día le compró un piano nuevo. Tras su primera clase Farid hizo sus primeros intentos de escribir poesía en inglés, pero acabó fracasando por tres razones:

Primera: fue incapaz de aprender a tocar el piano. Era más complicado de lo que imaginaba y nunca en la vida se había esforzado de verdad por nada. Lo único que aprendió fue a tocar medianamente bien la guitarra.

Segunda: fue incapaz de escribir poesía. Esos primeros versos parecían más bien tartamudeos.

Tercera: Mariam acabó enamorándose de Karim, la estrella del equipo de balonmano del club El Gezira, quien además había heredado de su madre, inglesa, esa melena rubia que le caía por la frente. Farid estaba convencido de que su pelo negro, corto y rizado era su peor enemigo, y el causante de que hubiera perdido la luz que guiaba su vida.

* * *

El viento trae tu amor... lo trae por cuenta suya.

Deambulo errante con las manos vacías...

Farid estaba tocando con la guitarra una canción de Balig Hamdi, uno de los favoritos de su tío. Cerró los ojos para aspirar el polvo que residía bajo las anaranjadas alas de los leones recostados en el gran salón, que mostraban una obediencia ciega hacia su tío. También se empapó de la voz egipcia de Abdel Latif, que insuflaba tristeza y olía a limo del Nilo. Una vez que hubo llenado el pecho de nostalgia abrió los ojos y se encontró a su hermana dormida en el sofá y a Akram Bek fumando con la mirada perdida.

No cabe duda: él es de otro mundo distinto de aquel en el que viven su hermana y su padre. Pertenece a otra galaxia, y su único hermano en este mundo de camisetas americanas es Tifo.

Le miró rogándole que volviera a cantar y Tifo aceptó, pues era algo que le apasionaba.

* * *

A duras penas y gracias a la ayuda de Al Sherbini, Abdel Latif consiguió comprar una piedra de hachís afgano. Lo que abundaba en el mercado eran la marihuana y la heroína, pero el hachís o bien no tenía demasiados adeptos por esa zona o bien era un mercado tan desconocido para Al Sherbini como lo era para Tifo. Abdel Latif intentó escaquearse del favor que le había pedido Farid, para lo cual le explicó que pedir a alguien como él que comprara droga era como pedirle que supiera dónde comprar un

helicóptero. Cada dólar que empleaba en comprar algo de lo que no entendía acababa malgastado, y las drogas no eran una excepción. Pero Farid insistió y se empeñó tanto que acabó consiguiendo lo que quería.

—Tifo, así sí que eres *cool*. Hoy tenía que ponerme a punto. Si no, no habría habido forma de aguantar esta noche.

—Ya sé dónde conseguir más, Farid *Bek*. Cuando quiera más, no tiene más que pedirlo.

—En Londres hay un nigeriano que se llama Kalu; le llamas por teléfono y te lleva *ipso facto* tema de la mejor calidad.

—¿Es que todos los nigerianos se llaman Kalu o qué? Que Dios se apiade de él.

—¿Qué pasa? ¿Kalu ha muerto?

—Que descanse en paz.

—Sería una desgracia que el Kalu mío muriera... No puedo vivir sin hachís.

* * *

A las once y cuarto de la noche del viernes 31 de diciembre de 1999, mientras se dirigía a una fiesta de fin de año para celebrar la llegada del nuevo siglo, Farid fumó su primer porro de hachís; tenía catorce años y once meses. Ese día coincidía con el 23 de ramadán, y todos habían acordado no beber alcohol esa noche. Pero en lo que a fumar hachís durante el ramadán se refería, creían que la ofensa cometida sería menor que si bebieran *whisky*, «así que mejor ir sobre seguro». El camello que se les había acercado esa mañana a la salida del colegio fue el que les lio los porros, pues ellos le confesaron que eran unos novatos y no sabían. Cada uno de ellos se llevó veinte canutos. Farid sacó uno tras otro en medio de todo el gentío de la fiesta, que se celebraba en un club a orillas del Nilo, en Guiza. La sala estaba tan abarrotada que ni veía dónde pisaba. Se quedó atrapado, presa de cuerpos y más cuerpos que bailaban dando vueltas, ocupando toda la sala. Por efecto del hachís, la cabeza también le daba vueltas y así sigue desde entonces, en ese círculo pernicioso, dando tumbos sin parar.

Cuando el reloj anunció la llegada del nuevo siglo, los labios de su imaginación besaron la boca de su amada. Estaba ansioso por verla. A las cinco y media de la mañana salió del bar y se fue al hotel Jolie Ville, donde había quedado con todos su amigos para celebrar el cambio de milenio.

Mientras conducía por la calle de las pirámides repasaba la frase que había preparado para dar el pésame a su amada por el fallecimiento de toda la familia de su tío. Habían mantenido todavía algo de esperanza hasta que ese mismo 31 de diciembre de 1999 los periódicos publicaron que Jim Hall, el presidente del Consejo Nacional para la Seguridad en el Transporte, había anunciado la suspensión de las tareas de búsqueda de los restos del Boeing 767 de Egyptair que se había estrellado el mes pasado en la costa de los Estados Unidos, mientras hacía el trayecto Nueva York-El Cairo.

Todos dieron el pésame mientras estaban sentados para romper el ayuno. Mariam lloraba sin cesar y Farid comentó que lo ocurrido era un gravísimo error por parte del gobierno egipcio, por haber puesto en un mismo avión a todo un grupo de pilotos militares de alto rango. Era absurdo haber colocado todos los huevos en una sola cesta, mejor habría sido repartirlos. Fawziya, su mejor amiga, le dijo que había oído que en ese mismo sitio ya se habían estrellado más aviones. Mariam, por su parte, les contó que su prima Mahitab se le había aparecido el día anterior en sueños y había dejado en la habitación el olor al perfume que siempre se ponía.

Ya de mediodía, Farid notó en Mariam ademanes de querer marcharse. El humo del hachís, que bailoteaba en el ventrículo izquierdo del hemisferio derecho de su cerebro, le provocó efectos contrarios: por un lado, el corazón le latía a duras penas por la tristeza del recuerdo de Mahitab y Riyad, dos de las víctimas de ese desgraciado accidente; por otro, se le derretía lentamente al contemplar a Mariam.

Se despidió de todos apresuradamente, se adelantó a Mariam y se metió en su Golf para esperar frente al hotel a que saliera. La vio asomarse y quedarse frente a la recepción, esperando a que llegara su chófer. No quería marcharse sin antes saciarse del brillo que irradiaba, pero vio a dos chicos que se estaban acercando a Mariam y tuvo que correr hasta ella para que los otros se marcharan. Se quedó a su lado y esperaron unos minutos. Luego le ofreció acercarla a su casa.

—No sé por qué se está retrasando tanto el chófer. Le dije a las once y media y el muy idiota tiene el móvil apagado. ¿Para qué se lo hemos comprado entonces?

—No puedes quedarte aquí sola, los niños esos te van a acosar.

—Seguro que el chófer llega ya en cualquier momento.

—Cuando llegue y no te vea seguro que te llama al móvil. Ven, no pienso dejarte aquí sola.

Nada más arrancar el coche Farid saca el iPod y le pone la canción sobre todo lo que le gustaría decirle pero es incapaz de poner por escrito, o siquiera de insinuárselo.

—Te voy a poner la canción *All I want is you*, de Bryan Adams. ¡Me encanta!

Esa canción fue el pistoletazo de salida para que Farid se marchara de Egipto.

* * *

Entre tragos y caladas Akram, rodeado de su familia en el salón de su casa de Nueva Jersey, comenzó a narrar cómo había pasado la fiesta del milenio. Estaban sentados alrededor de una mesa rectangular y frente a ellos Abdel Latif había servido unos dulces que él mismo había preparado. Se reclinó para contemplar cómo el humo ascendía hasta el techo, chocaba, se dividía en dos y cada mitad seguía su propio camino:

«¡Qué momento tan esperado! En solo unos minutos terminaría uno de los siglos más grandiosos de todos los tiempos. Vuestra madre y yo esperamos el cambio de milenio con las manos entrelazadas, rodeados de las personas más importantes del

país, con el presidente Hosni Mubarak y la primera dama Suzzane Mubarak a la cabeza. Presenciamos el cambio de siglo frente a las pirámides de Guiza, una de las maravillas de la Historia. Fue una fiesta sin parangón a la que asistieron unas cincuenta mil personas, entre extranjeros y egipcios, la mayoría de ellos atónitos ante semejante espectáculo. Esa noche tocó Jean Michel Jarre. Recuerdo como si hubiera sido ayer el colofón de la fiesta de bienvenida para el nuevo milenio. Terminó tal y como empezó: con un mosaico de luces y fuegos artificiales que atravesaron la densa niebla que cubría la meseta de las pirámides. Todos los presentes se quedaron estupefactos ante semejante acontecimiento, que costó nada menos que nueve millones y medio de dólares. ¡Cómo le gustaba a vuestra madre Jean Michel Jarre y su inimitable forma de tocar!».

Ingy cogió el turno y empezó a narrar cómo había pasado ella el cambio de milenio. Esa noche había agarrado un enfriamiento y no pudo levantarse de la cama. La llamó su amiga Mayson, destrozada porque había cortado con su prometido después de cinco años de llevar ese horrible anillo de oro. Ingy la invitó a ir y pasaron toda la noche llorando juntas por el amor, por los fracasos, por la tristeza y la nostalgia, hasta que se durmieron sin darse cuenta. Fue también un recibimiento épico para el nuevo siglo.

Farid probó un trozo de la *basbusa*: «Tifo, lo has bordado», le agradeció mientras saboreaba el dulce.

Abdel Latif se había sentado junto a la puerta de los críos de Ingy. Hablaban entre sí en el idioma de los niños, pues él apenas chapurreaba algo de inglés y ellos no hablaban árabe; sin embargo, era una lengua de comunicación que no se basaba en las letras sino en la competencia de quienes todavía no han cumplido los diez años y Tifo, en su fuero interno, seguía siendo un niño de cuatro. Las voces y las carcajadas llegaban hasta Ingy, que estaba sentada fuera, y también ella se reía al oírlas.

—A saber la de palabras que les estará enseñando y que yo ni siquiera conozco.

—Lo importante es que aprendas de él a cocinar algún plato.

—Lo importante de verdad es que por fin voy a poder salir un poco por la noche sin preocuparme por los niños.

—Desde que has convertido a Tifo en *baby sitter* no quieres más que llamar y salir e ir y venir... ¡No paras quieta!

—Es verdad, Abdel Latif es genial. Papá, ¿es cierto que le pagas dos mil dólares al mes? Nunca he visto a nadie que cobre eso; si contrataras a una filipina te cobraría una cuarta parte.

—Mi vida, lo he contratado únicamente para vosotros, para que comáis comida egipcia hecha en casa como la de antes, para que flote en el ambiente ese olor a frito. Hoy nos va a preparar *mulujiya*, y no hay ninguna filipina que sepa cocinar *mulujiya*.

—No me aclaro: ¿no lo vas a mantener?

—Por supuesto que no. Un par de meses y después lo despido.

Ingy se hizo la firme promesa en ese mismo instante de que no volvería a ver

nunca jamás a su padre, y que tendría que aguantar el dolor de la distancia. En cualquier caso eso era menor que el odio y el asco que sentía en ese momento hacia él.

Esa noche no salió a dar una vuelta tal y como había planeado. Era incapaz de encargarse a Abdel Latif que cuidara de los pequeños sabiendo que le estaba engañando. Al siguiente día dijo que le habían surgido unos imprevistos de última hora y se marchó con los niños. Farid también se marchó después de ella y regresó a Londres, dejando así a Akram otra vez solo y sin compañía.

El 2 de enero fui al colegio como si nada. Llegué a las ocho menos diez de la mañana; me llevó Ibrahim, el chófer que me llevaba todos los días. Al llegar ya estaban esperándome Karim y parte del equipo de balonmano, además de otro grupo de amigos suyos. Aún no me había bajado del todo cuando vino Karim gritándome como un loco: «¡Pero cómo te atreves a llevar en tu coche a Mariam, hijo de la gran puta...!», a lo que yo le contesté: «¿Preferías que la hubiera dejado sola en la calle para que los niños le metieran mano?». Nada más gritarme «¡y encima le pones *All I want is you* cuando sabes que *she is mine!*» me soltó tal puñetazo que me metió dentro del coche. Ibrahim salió quemando rueda y me sacó de allí.

Le hice jurar que no le diría nada a mis padres. Yo no podía volver, así que envié unos sms a mi gente para contarles lo que había pasado y me monté en el Golf, para darme una vuelta. Cuando me entró hambre saqué el dinero que tenía: setecientas libras. Perfecto, desayuno en el McDonald's y después ya veré qué hago hasta que sea la hora de volver del colegio. Justo después, al pasar por el *Thomas* de Zamalek, vi a Karim y algunos de los suyos en el Cherokee de Ismail frente a la gasolinera, en la acera de enfrente. Ellos también me vieron. Nos insultamos y salí en dirección a la fábrica de mi padre en Sitta October y que pasara lo que pasara. Confiaba en que mi coche, un Golf de 2400 cc, fuera más rápido. Subí al puente y me dirigí a la circunvalación. Me seguían de cerca sin poder quitármelos de encima. Ese día conduje haciendo todos los zigzags que pude y aunque ellos me imitaban no me alcanzaron, como había previsto. Entré en la fábrica y avisé a los de seguridad para que no dejaran pasar a un Cherokee con chavales de mi edad.

* * *

Como su padre no estaba en la fábrica, le contó lo ocurrido al director, el señor Taha, que mandó a tres trabajadores enormes que lo acompañaran en el coche para que pudiera llegar a casa sin percances. En realidad, con uno habría bastado para tragarse el colegio entero.

Farid pasó toda la tarde llamando uno por uno a su cuadrilla para saber quién estaría de su parte en la pelea del día siguiente. Antes de irse a dormir ya había organizado a su ejército y tenía listo el plan de ataque.

* * *

Farid despegó de Nueva York en dirección a Londres el sábado 3 de septiembre de 2005, para llegar a tiempo al inicio del curso en la Universidad Richmond de Londres, que comenzaba sus clases el lunes siguiente. En el aeropuerto estaba esperándole Julia, su novia, que era de Rumanía. Había ido a recogerle en el Jaguar de él. Ambos vivían internos en la residencia de la universidad, que tenía cabida para ciento catorce alumnos e incluía servicio de comedor con tres comidas calientes al día, una biblioteca, una sala con cincuenta y un ordenadores con conexión de alta velocidad a internet, una sala de billar, salones y una sala de cine con películas en *dvd* gratis.

La universidad abarcaba una superficie amplísima y el campus incluía numerosos edificios, desde castillos antiguos hasta campos de deporte, pasando por aularios y otros donde estaban las habitaciones de la residencia. Los alumnos de esta universidad provienen de más de setenta países diferentes. Por eso siempre hay grupos de unos contra otros. Estaban los árabes, que no aguantaban a los americanos. Los turcos estaban siempre enfrentados con los árabes, pero si surgía cualquier discusión entre un árabe y un americano, se ponían automáticamente de parte de los árabes. Estaba la comunidad hispana, que incluía a todos los hispanohablantes, como también la facción de los chicos contra las chicas.

Farid era el único egipcio de la universidad; el resto de países árabes estaban representados al menos por dos alumnos, si bien los kuwaitíes y los emiratíes eran los predominantes. El año pasado Farid compartió habitación con un compañero afgano, mientras que Julia lo hizo con una chica ecuatoriana. Después de que Farid y Julia se declararan amor mutuo, decidieron que conseguirían fuera como fuera que el afgano se enamorara de la ecuatoriana para que se fueran a vivir juntos, y así poder compartir ellos la habitación.

Tras varios intentos fallidos, una cuidada planificación, misivas falsificadas que transmitían suspiros no exhalados y una convincente descripción de cómo el afgano soñaba con darle un beso rápido a su amada ecuatoriana, consiguieron que ellos también se enamoraran el uno del otro y los cuatro intercambiaron las habitaciones sin que se enterase la administración.

* * *

¿Te acuerdas del Dream Team, el equipo de baloncesto norteamericano? Cuando participaron por primera vez en el mundial dijeron que ganarían a cualquier equipo marcando más de cien puntos. Y lo hicieron, los tíos. Bueno, pues Julia es como el Dream Team, es la chica perfecta con la que cualquiera soñaría: una chica deportista que corre todos los días cinco kilómetros, se cuida la salud y el cuerpo, no fuma y estudia cuatro horas todos los días. Pero si hasta se enfada conmigo si yo no estudio

lo suficiente. Además de prepararme resúmenes de los libros, es simpática, buena persona, me quiere, me es fiel y la tía más puntual que puede haber. Su madre es alemana, y me jugaría el cuello a que su padre, aunque es rumano, en realidad se apellida Hitler. ¿Cómo si no habría salido tan estricta?

Pero ahí se acaba lo bueno. Julia es gélida, es fría como el hielo. Al periodo se le llama menstruación porque viene cada mes... pues a ella le viene cada seis meses; vamos, que en su caso se podría llamar «semestruación». Y si hace muchísimo frío, puede incluso retrasarse más. No entiendo por qué le ocurre eso. Siempre que intento acostarme con ella pasa algo: cuando no está estudiando, está leyendo; cuando no está preparando un trabajo en el ordenador, quiere ver una película o acostarse pronto porque quiere estar despierta en la clase de mañana por la mañana... Cuando por fin llega el momento y llevo yo las riendas, justo cuando estoy súper excitado, casi llegando al clímax, todo concentrado y creyéndome Antar Ben Shaddad... a punto de correrme va la tía y me pregunta todo serio: «¿Mañana a qué hora tienes clase? Es para ver cuándo te despierto». ¡Le he explicado mil veces que soy egipcio y tengo una frustración sexual acumulada de miles de años! Y que esa frustración la llevamos en los genes y que no va a desaparecer, que somos una clase de hombres que necesitamos realizarnos sexualmente, o si no perdemos la confianza en nosotros mismos y suspendemos en los exámenes... Pero nada, no hay nada que hacer. Es como Björn Borg en estado puro. Es un iceberg rumano.

Lo peor de todo es que yo soy justo lo contrario de todo ese rigor: soy un cabrón, un sinvergüenza, y me paso el día entero fumando porros.

* * *

En una película que vio en los Estados Unidos había una escena en la que la protagonista rubia se acostaba con su amante. Ella era una chica súper caliente y no paraba de gritar y de gemir. Fue en ese momento en el que decidió cortar la relación con Julia; no podía continuar con ese bloque de belleza gélida. Pero al mismo tiempo tampoco quería herir sus sentimientos, por lo que durante largo tiempo su única preocupación fue encontrar la forma ideal de dejarla plantada. Dos semanas después de regresar a Londres le vino la inspiración y empezó a preparar el plan que había urdido.

* * *

Yo adoro a Farid: tiene un toque de artista, es simpático, inteligente, tiene una voz preciosa, el pelo rizado, la tez morena y un cuerpo atlético. ¿Qué más podría pedirse? Pero a pesar de haber hecho lo humanamente posible por intentar entender algunos de sus comportamientos, al final me he dado por vencida. Nunca he podido comprender por qué se piensa que es más listo que los demás. ¿Por qué trata al resto de la humanidad como si fuera un genio? ¿Por qué se piensa que es el más astuto? ¿Por

qué siempre se deja en evidencia intentando engañar a los demás? ¿No ve que acaba siendo objeto de mofa de todo el mundo? ¿Te puedes creer que ayer le compró al *cockney* mercancía robada para vendérsela a sus compañeros de la universidad con la excusa de estar recaudando fondos para un acto benéfico? ¿Falta de dinero? Imposible: incluso el más pobre de los alumnos de esta universidad es millonario. ¿De dónde, si no, habría sacado el Jaguar que tiene? Al margen de los gastos de matrícula y de la habitación, de los viajes a los Estados Unidos y de todo lo que me regala. Si no está necesitado de dinero, ¿cómo es capaz de engañar y mentir para convencer a sus compañeros de que participen en un acto benéfico que solo beneficia a su bolsillo, creyéndose al mismo tiempo que es un juego y que él gana por ser el más espabilado? Ayer me crucé con la profesora de economía y me dijo que le encantaba el bolso de piel de cocodrilo que le había regalado Farid, pero que fuera consciente de que ese regalo no le iba a subir ni medio punto en la nota. ¿Quién se cree que es?, ¿un traficante de armas que tiene que sobornar a unos funcionarios corruptos? ¿Es posible que no sea consciente de que no es más que un estudiante en una universidad y que el objetivo es que aprenda, no que soborne? Antes de empezar con él, Margot, una amiga, me dijo que Farid había hecho creer a una camarera de una pizzería de Wellington que la quería; después de llevársela a la cama le soltó la grosería de que no valía nada y que solo había jugado con sus sentimientos para acostarse con ella. La pobrecilla intentó suicidarse cortándose las venas.

Yo me negué en rotundo a creerme esa historia, pero hoy, tras un año de relación y por triste que parezca, me la creo. No porque sea un mal tío, sino porque él lo ve como una victoria a su favor en una lucha completamente normal entre un chico y una chica. Lo triste es que no ve que eso es una ignominia, sino que se piensa que es una picardía. Colar a los estudiantes lo que vende es un negocio, y como tal requiere un cierto embellecimiento comercial. Si no, ¿con qué moral podríamos juzgar la publicidad? Y por supuesto los regalos a los profesores, quieran o no, influirán en la nota final. Por lo que respecta a las chicas, no es más que el instinto de caza innato de todo hombre.

¿De dónde ha heredado Farid toda esa mezcla de valores hechos fosfatina? Melanie, la profesora ayudante de psicología, cuando le pregunté sobre esto, me dijo que qué podíamos esperar de un chico inteligente del que su familia se desentendió cuando tenía quince años, apartándolo de su vida y mintiéndose a sí mismos creyendo que sus estimados profesores occidentales serían para él la familia que nunca había tenido. ¿Qué clase de vida interior puede tener este chico después de ver cómo sus padres rehuían de sus responsabilidades para con su educación?

* * *

El 3 de enero fui al colegio y, como ya me los conozco, me llevé una navaja, para que no me pillaran desprevenido; me la había traído papá de Estados Unidos. Me escondí

en el aula de quinto de primaria hasta que se hubieron marchado todos y luego me fui a la mía. No vi a Karim, pero sí a Mariam, que estaba a por uvas. Me fijé en que varios de los amigos de Karim sacaron el móvil por debajo de las mesas, seguro que para avisarle por sms de que estaba en la clase. No sé cómo consiguió entrar al patio, porque la puerta estaba cerrada. Yo, por si acaso, había acordado con mi gente que se quedaran conmigo. Cuando me atacó e intentó darme un puñetazo, uno le hizo la zancadilla, se cayó al suelo y entonces me lancé sobre él, saqué la navaja y se la clavé en la rodilla. Ismail, que no sé de dónde apareció, me pegó una patada en la cara. Karim se levantó, sacó también una navaja y justo en ese momento aparecieron los profesores de educación física; dos de ellos eran como armarios y en un segundo ya nos las habían quitado. Ismail fue a pegarle a uno de los profes y le dieron tal puñetazo que lo tumbaron y se quedó ahí roncando.

Avisaron a nuestras familias, se reunieron y todo acabó expulsándonos a cuatro, yo entre ellos, claro. A Ismail no pudieron hacerle nada porque su padre conocía a mucha gente.

* * *

—¿Te has llevado una navaja a clase, Farid? ¡Mi hijo es un macarra! ¿Y ahora qué hago contigo?

—¿Que qué haces con él? Pues podías consolarle en vez de echarle la bronca. No ha hecho nada malo, se comportó como un caballero y acercó a la chica a su casa, en vez de dejarla en la calle.

—¡¿Pero cómo que un caballero?! Si hasta el chófer ha confesado que Farid le dio quinientas libras para que apagara el móvil y dijera que la rueda se había deshinchado. Pero vamos, que eso no es lo importante; lo preocupante es que el niño se ha llevado al colegio una navaja. ¿Qué se cree? ¿Qué está en una película americana y tiene a una banda de mejicanos para defenderse?

—¿Es que también quieres que no se defiendan? El otro niño también sacó un cuchillo. ¿Quieres que los otros chicos le peguen y él se quede de brazos cruzados? Suficiente que tú no hayas sido capaz de defenderlo. Pero yo soy su madre y sí voy a defenderlo.

—Tú cállate la boca. En cuanto a ti, Farid, voy a mandarte al extranjero para que acabes allí los estudios. He conseguido convencer a la escuela de que me den un traspaso de expediente con todas tus notas y en el que no figure nada de la expulsión... para la fecha del traslado podemos poner antes de Navidad.

—En Egipto también hay escuelas americanas buenísimas. Y los profesores son nativos.

—Cállate, Siha. Hay familias que se la han jurado; algunos tienen muy buenas influencias y no quieren que esto acabe así. Farid, he pensado enviarte a Inglaterra, aunque también sopeso colegios en Suiza, Canadá y los Estados Unidos.

—Yo prefiero Inglaterra, papá.

—Que te calles, macarra, que eres un macarra. Tú harás lo que yo te diga. De momento estoy buscando un colegio americano en Londres que te permita incorporarte a mitad de curso. Menos mal que el segundo semestre comienza después de las vacaciones de Navidad y de Año Nuevo.

—¿Pero voy a viajar tan pronto?

—Pues claro. De todas formas, eso es lo mejor, pues ya tenía pensado que el año que viene estudiaras fuera, para que aprendas en un buen país y no tengas problemas para entrar en la universidad allí. Así no acusarás tanto el salto a la universidad.

En cualquier caso, en este país no se puede hacer nada. Se está yendo al garete. Tienes que vivir fuera, y cuanto antes lo hagas, mejor. Al final ha sido para bien.

* * *

Farid se metió en su habitación sin saber muy bien qué sentía. «¿Tengo que dejar mi colegio, mis amigos, mi club, mi mundo, mi familia, mi hermana? ¿Se supone que tengo que empezar a vivir yo solo, de repente? ¿Y cómo espera mi padre que le obedezca y no diga a ninguno de mis amigos a qué país voy a ir?».

No sabía si sentir miedo, tristeza, felicidad, si estar de acuerdo, si oponerse... Se tiró en la cama y lloró como un niño pequeño, sin tener la más remota idea de por qué lo hacía. Al momento descubrió que lo más sentía era miedo. Aterrado, decidió que al día siguiente iría a ver a su tío Aziz para intentar convencerlo de que le defendiera delante de todos para que no lo mandaran fuera.

A Siha, la idea de mandar a su hijo a estudiar fuera no la angustiaba. La mayoría de sus amigas habían enviado fuera a sus hijos después de que terminaran la secundaria: Aytén había mandado a su hijo a que cursara segundo de secundaria en un colegio internado en Suiza, y Shahd, su alma gemela, había mandado al suyo a un internado de Canadá. Después de la consabida reunión en el Rotary, se sentó con sus amigas y les contó lo que le había ocurrido a Farid, para saber qué opinaban y aclararse las ideas.

—Siha, da gracias de que esto haya pasado. Se le van a abrir muchas puertas y le estaréis haciendo un favor.

—Pero también estoy preocupada... No es más que un crío.

—Eso era antes. Acuérdate de cómo veías tú el mundo cuando tenías quince años y cómo lo veía Ingy con la misma edad. No se puede comparar, son otra generación. Ahora nuestros hijos saben mucho más que nosotros a su edad.

—Es verdad que la sociedad de la información ha avanzado a pasos agigantados y ha influido asimismo en la cantidad de información que reciben ahora estos niños. Ya apenas si son niños. El mundo, con internet y las parabólicas, los convierte en unos viejos mientras todavía están tomando el biberón.

—Con la historia esta de la educación se puede hacer una crónica de Egipto. En el

siglo pasado, hasta 1990, enviábamos fuera a nuestros hijos para que completaran los estudios después de que acabaran la universidad; después, cuando la universidad se fue al garete, mandábamos a los críos nada más terminar la secundaria... sobre todo a Canadá. Con este nuevo siglo, ahora muchos mandamos a nuestros hijos a estudiar fuera después de la secundaria, a colegios internados, especialmente a Suiza. Y si esto sigue así, en diez años los enviaremos nada más nacer y punto.

—Tienes razón, Emad. Podrías escribir un libro sobre esto: *Crónica de la educación de nuestros hijos en Egipto y en el extranjero*. No es ninguna tontería.

—Yo he inscrito a mi hija en el bachillerato internacional. Lo único que tengo que pagar son los billetes de avión, y puede ir a cualquier colegio del mundo; ahora está en uno de Hong Kong.

—¡Qué buena idea!

—Mi mujer está que da saltos de alegría porque piensa que así la hemos salvado de tener que educarse aquí.

—¿Ves, Siha? Estás haciendo lo mejor para Farid.

* * *

¿Cómo puedo salvarte, Farid? ¿Recuerdas las palabras de Mahmud El Meligy en la película *Aleandría... ¿por qué?*, que transcurre durante la Segunda Guerra Mundial? Egipto se encontraba al final de una fase y a punto de entrar en una nueva. El Meligy tranquilizaba a Ahmad Zaky diciéndole que era imposible que ganara su caso, y empezaba a enumerar los problemas económicos y sociales por los que atravesaba el país. Siempre acababa la frase repitiendo: «¡Y quiere que lo gane!», en alusión al caso del país. Tu tío es como Mahmud El Meligy, derrotado e incapaz de enfrentarse a una sociedad a la que no había sabido adaptarse. ¿Acaso esperas de mí que gane tu caso? Lo más probable es que Akram falsifique el certificado del colegio y que no se enfrente con ningún padre, pues podrían tener mejores influencias que él y eso afectaría a su entramado de negocios. La solución más lógica es mandarte fuera para que vivas solo ahora, mientras estés a tiempo, para que puedas formarte allí. Es totalmente normal que, estando en primero de secundaria, o como lo digan los americanos, te cueste horrores escribir tu nombre en árabe... pues ¿para qué te va a servir este idioma? Como también es normalísimo que conozcas la dilatada historia de los Estados Unidos de América, pero no sepas nada de Ahmad Orabi. ¿Y quieres que lo gane?

* * *

Como era de esperar, Aziz no ganó el caso de Farid, a pesar de que lo defendió ante el tribunal que se convocó en el salón de Akram, contraviniendo el acuerdo del ocho de marzo que había alcanzado consigo mismo el Día Internacional de la Mujer. El primer y único punto de dicho acuerdo estipulaba que no saldría de Hadayek Al Obba

«mientras esté viviendo por encima de este mundo». Aziz volvió decepcionado, tal y como había imaginado, y volvió a firmar consigo mismo una nueva copia del acuerdo para no salir de su barrio.

Farid viajó a Londres vía Ginebra, para despistar más. El billete era solo de ida a Ginebra, donde pernoctó dos noches en un hotel fantástico con vistas al lago Lemán, que tiene forma de cuarto creciente. Reservó un billete de tren hasta París y desde allí uno de avión hasta Londres. El sentido de la conspiración de Akram estaba muy desarrollado. Cuando por fin llegó a Londres, un familiar de su padre lo estaba esperando en el aeropuerto para llevarlo al colegio internado en el que lo habían matriculado.

* * *

Echando un vistazo al calendario con las asignaturas de este año, me sorprendió ver que entre los profesores figuraba el nombre del Dr. Murtada Al Barudi. Hice mis pesquisas y averigüé que era egipcio. ¡Por fin!, ¡ya no era el único egipcio en la universidad! Lo busqué para saludarle y presentarme. Resultó ser un hombre muy académico, que vestía un traje clásico y hablaba pausadamente; me dio la bienvenida pero sin ninguna clase de recibimiento. Al salir de su despacho fui a ver al grupo de los árabes para hablarles sobre el Dr. Murtada y aparentar un poco, demostrarles que yo también tenía influencias en la universidad. Había un emiratí en el Consejo de Administración, y todos sus paisanos me daban por saco constantemente con eso. También había un kuwaití que era un pesado. Opté por chulearme y decirles a los kuwaitís que ellos tendrían mucho dinero, pero nosotros teníamos la sabiduría. Perdona, esto no viene al caso, era una anécdota; lo que quería era reunir al *Arabic Team* para planear con ellos cómo poner en práctica lo que había maquinado para deshacerme de Julia. El plan era sencillo: quedar todas las noches en mi habitación, cantando canciones árabes hasta que no aguantase más.

* * *

El plan se puso en práctica a la perfección. Pasaba por Londres una borrasca con lluvias muy intensas, y dadas esas condiciones meteorológicas que no invitaban a salir, tuvieron vía libre para celebrar veladas de hachís y canto, con Farid tocando la guitarra y Faysal, un chico saudí con una voz preciosa, cantando. En la décima noche Miad, un joven yemení, propuso cambiar el hachís por el *qat* y cantar él canciones de El Yemen; pasaron una noche yemení maravillosa y el carrillo izquierdo de Farid se le adormeció por completo. La duodécima noche, mientras Farid cantaba las últimas canciones de Hakim, Julia decidió cortar la relación, después de que la falta de sueño le hubiera destrozado los nervios.

* * *

Hace dos años que corté con Farid. Casi hemos acabado la carrera y mi cielo, el pobre, sigue perdido sin encontrar su sitio.

Murtada Al Barudi

ANTES profesor de filosofía en la Universidad de Ayn Shams, y ahora de metodología en la Universidad Richmond, es uno de los profesores egipcios más brillantes en su campo. Toda una vida cosechando éxitos académicos. Se labró su propio camino en el corazón del pétreo granito egipcio, convirtiéndose en un caudaloso torrente de conocimiento y sabiduría. Sus estudiantes lo tienen en gran estima pues no solo es profesor, sino también padre y amigo. Sus orígenes rurales llegan hasta las raíces de su alma; su rostro esculpido en roca y su acento septentrional, junto con su corpulencia y su palma áspera, grande y arrugada, así como su extrema sencillez son todas características que heredó de su padre, el alcalde de Itay Al Barud, en la provincia de Beheira, quien a su vez las heredó de un dilatado linaje de alcaldes que se remontaba a la prehistoria. Cuando terminó la escuela de profesorado de Damanhur se matriculó en la Facultad de Letras de la Universidad de Alejandría, donde comenzó una brillante carrera de superación académica resultado de una voluntad inquebrantable. Murtada nació el uno de julio de 1950, por lo que siempre se ha creído predestinado a la moderación; no en vano había llegado al mundo a mitad de año y a mitad de siglo. Era sin duda una señal de Dios para que se mantuviera ecuánime en todas sus posturas.

Escogió la balanza como su símbolo y la puso en el despacho de su casa. Nunca se preocupó de problemas generales, ya fueran políticos o culturales, sino que centró toda su atención en sus preocupaciones académicas. Por eso rechazó tajantemente unirse a la Organización Vanguardista Secreta durante la carrera, o a cualquier otra corriente política a lo largo del constante vaivén de la vida.

* * *

Es extraño: nunca en mi vida me he ocupado lo más mínimo por el interés general, salvo cuando llegué a Inglaterra. Debería haber participado en los problemas generales cuando estaba en mi país, pero siempre me decía que debía centrarme mejor en un aspecto en concreto. En mi caso era el académico, dentro de una organización como la Universidad; hacerlo bien era lo máximo a lo que podía aspirar. Siempre he pensado que hay que empezar por lo pequeño para arreglar lo grande, y en mi caso eso significaba preparar a las generaciones futuras para que supieran lidiar con sus responsabilidades. La participación en las cuestiones generales del país era para la política y los dueños de los medios de comunicación, manteniéndome yo lógicamente lo más alejado posible de cualquiera de esos dos grupos. Simplificar las cuestiones —algo vergonzoso e indecoroso la mayoría de las veces— para llegar a la gente, y luego hacer grandes concesiones con tal de subirse a hombros de un gigante deforme llamado poder, no estaba dentro de mis planes. Lo que más me echaba para atrás eran los pactos con el diablo que firmaban ambas partes tanto al ofrecer al vulgo

cuestiones insulsas, evitando así tratar asuntos realmente importantes, como al difundir valores que no comparto, valores que sirven a sus intereses económicos y políticos. Eso es algo con lo que no me identifico en absoluto.

A pesar de haber escrito más de cien artículos académicos, publicados en revistas especializadas, nunca he escrito nada para una revista de divulgación. Me he pasado toda la vida disimulando el profundo asco que le tengo a la profesión periodística, que no es otra cosa que vender ilusiones al servicio de los poderosos. Incluso quien critica hasta más no poder esta profesión está jugando, sin que quepa la menor duda, un papel perfilado con anterioridad para servir a los intereses económicos de quienes se sientan en el mezquino trono de oro. Confirmé mi teoría el día después de mi llegada a Inglaterra, pues quiso la casualidad que viera una serie de documentales producidos por la BBC titulados *El poder de las pesadillas*. El productor de la serie, Adam Curtis, demostraba eso de lo que yo había estado convencido toda la vida: que el poder y los medios de comunicación se limitan a retransmitir patrañas, mentiras e ilusiones al pueblo, de modo que al final se convierten en liquidez que va a parar a las arcas de los primeros. En la serie contaba que Al Qaeda, incluyendo su infernal entramado de organizaciones y el peligro del terrorismo islámico que supone para el mundo occidental, no es más que una ilusión creada por los políticos y contada por los medios de comunicación, gracias a la cual los pozos de petróleo se han convertido en brillantes lingotes de oro para los palacios de los líderes mundiales.

El haber pasado dos años seguidos aquí ha cambiado mi actitud, y por primera vez he empezado a participar en los asuntos de interés público. Hoy voy a participar en un foro de la universidad.

* * *

Pocos meses después de llegar, en enero de 2006 para ser más precisos, el Dr. Murtada se encontraba sentado en su solemne despacho de la universidad incapaz de dar crédito a los detalles de la nueva fetua que había emitido el Dr. Rashad Hasan Jalil, el anterior decano de la Facultad de Jurisprudencia Islámica y Derecho de la Universidad de Al Azhar. En ella invalidaba los matrimonios en los que los cónyuges se quedaran totalmente desnudos al mantener relaciones sexuales. Justo en ese momento entró Farid Al Mungi para informarle de que el gobierno de estudiantes de la universidad había anunciado por una unanimidad nunca vista convocar una huelga para que los alumnos no asistieran a las clases del lunes 13 de enero, como rápida respuesta a las decisiones que había adoptado la administración de la universidad en detrimento de los intereses de los estudiantes. Y de paso le invitaba a cenar el domingo previo a la huelga.

El Dr. Murtafa declinó la invitación a cenar pero se interesó mucho por el gobierno de estudiantes, del que no había oído hablar antes. Corrió un tupido velo frente a la fetua del Dr. Rashad y comenzó a leer la constitución de ese gobierno.

* * *

La expresión que más repetía cuando vine a esta universidad era «comedíos, pues la gracia no es eterna». Obviamente no me refería a mi viaje, pues la marcha de Egipto vino como resultado de un castigo. A lo que me refería era a acostumbrarse al lujo en todos los sentidos, desde el aspecto de mi despacho o de los edificios de la universidad hasta la clase o la biblioteca pública, pasando por el olor a frescor que había en el ambiente o las facilidades dadas para investigar. Comparar todo eso con la Universidad de Ayn Shams era un sufrimiento. Sin embargo, me llevé una sorpresa aún mayor al leer la constitución del gobierno de los estudiantes y al observar el seguimiento de la huelga, que terminó con la aceptación por parte de la administración de la universidad de todas sus demandas. Puede usted decir lo que quiera de la democracia y acusarla de ser un juego de marionetas, pero desde ese día empecé a sentir la necesidad de ser partícipe de los problemas de mi país.

* * *

El tío este está de la olla. El otro día acabé discutiendo con él porque le dije que no quería volver a ir a Egipto. Mi padre y mi hermana estaban en los Estados Unidos y mi madre había muerto, y la familia Al Mungi se estaba extinguiendo. ¿A quién iría a visitar en Egipto? Lo que pasó es que al rato me calenté y le dije que quién querría pisar una alcantarilla en vez de vivir en una playa rodeado de toda clase de chicas. ¡Menuda lección me dio ese día sobre el amor a la patria! Me preguntó incluso por Saad Zaglul, del que lo único que sabía era que había dicho «No hay nada que hacer». Incluso eso me dijo que no era de Saad Zaglul. Y volvió a repetirme que Egipto corre por nuestras venas, y que si tuviera un accidente, sangraría agua del Nilo en vez de sangre. Dos días después me enteré de que el sábado se iba a casar con Deborah. Lo que me descolocó era que la tal Deborah —¡cómo sería para que cuando entrábamos en su despacho cerráramos los ojos para no verla!— era inglesa y tenía un cuerpo así como cuadrado, parecía una bota. Menuda paranoia la esquizofrenia que sufre este hombre. Después del rollo ese... ¿¡va y se casa con una inglesa!?

¿Y cómo se supone que va a discutir con ella con el inglés mal hablado que chapurrea? Me quedé con las ganas de preguntarle cómo la insultaría en inglés, si entre letra y letra tiene que coger aire, pero al final no me atreví. Me da miedo ese tío. Luego me animé y convencí a varios de mis amigos de que nos había invitado a su boda para presentarnos por sorpresa y echarnos unas risas.

* * *

El que la sigue la consigue,

*y el que la persigue
se va de boda el sábado 25 de febrero de 2006.
Quien no se lo crea
hasta que no lo vea,
que se pase por casa sin espera.
Y el que se lo crea del tirón
puede seguir los detalles del fiestón
en la BBC de la televisión.*

El que diseñó, escribió y repartió las invitaciones de la boda fue Richard, el hermano de Deborah, artista plástico y diseñador gráfico excelente. Richard estaba todavía más desesperado que Deborah por que su hermana pudiera contraer matrimonio algún día. Toda su ilusión era que ella pudiera casarse, ya que él no podría hacerlo. Tan contento estaba que él mismo repartió en moto una a una las invitaciones de la boda.

Deborah vivía con sus padres en el número 62 de la Acacia Avenue, en una de esas casas con dos plantas que se llaman *terraced house*; son casitas adosadas de la misma altura con dos jardines, uno pequeño que da a la calle y otro más grande detrás. La historia de esta casa se remonta al año 1892 y desde entonces ha respirado con adoración el aire de cada uno de los miembros de la familia. Ahora parece más bien un almacén que una casa. Con el paso de los años se han acumulado mesas, ceniceros, butacas, alfombras y cuadros.

* * *

Nunca había pensado que tras haber alcanzado la edad de la desesperación acabaría casándome. Tanto mi familia y mis amigos como mis conocidos intentaron casarme durante veinte años, y yo también lo intenté, pero Afrodita no había sido benévola conmigo. ¡Qué suerte poder casarme al final! ¡Cuántas noches había tomado la determinación de casarme con el primero que llamara a la puerta, dispuesta a aceptar cualquier condición! La idea del matrimonio me había obsesionado y me estaba afectando ya a la cabeza. Mis amigos se burlaban muchas veces de mi gordura y decían que olía tanto a jabón que los tíos preferían acostarse con una lavadora antes que conmigo. Yo, como una tonta, también me reía. Cumplidos los cuarenta y abandonada ya toda esperanza, apareció en mi vida Murtada, como un bálsamo reparador para mis heridas. No pensaba que Dios fuera a recompensar mi espera con semejante regalo. Murtada es un hombre con mayúsculas; me enamoré de él nada más entrar en el despacho, a pesar de que no es atractivo y de que me saca quince años. La noche de bodas me lo voy a comer vivo. ¡Qué ganas tengo de que llegue ese momento!

* * *

El día de la boda, para poder transformar el primer piso de la casa en un salón apropiado para unas nupcias, la familia tuvo que subir al piso de arriba muchos de los muebles que sobraban. Los llevaron desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde. A las siete menos cuarto pudieron sentarse juntos a recuperar el aliento, después del ímprobo esfuerzo que habían realizado todos.

El padre se puso el traje negro que llevaba a los funerales de sus amigos y a los conciertos de música que se celebraban en la iglesia del barrio. La madre había adelgazado tanto desde que se había jubilado que, por primera vez desde que se casó, pudo volver a ponerse su vestido de novia, que no había podido utilizar desde hacía más de cuarenta años. Estaba segura de que sería un buen augurio para el matrimonio de su hija.

Los novios se sentaron en el *loveseat*, el típico sofá de dos plazas. Murtada, para dar un toque folclórico, se puso una chilaba blanca impresionante que había comprado en La Meca cuando realizó la peregrinación, junto con un par de sandalias de piel de cocodrilo que había comprado en Jartum. Deborah se puso un traje fascinante adornado con flores naranjas que resaltaban los encantos de su abultado pecho; la cara le brillaba con un tono rojizo, consecuencia de la copas de *brandy* que había tomado para relajarse. Las rodillas de Deborah llevaban tantos años esperando esa noche que, desde por la mañana, no hacían más que temblar del asombro. El *brandy* surtió efecto y detuvo ese temblor.

Murtada barajó más de una vez invitar a su familia a la boda, pero entre las dificultades que ponen los consulados y las barbaridades que exigen para conceder el visado, al final decidió que celebraría una boda egipcia en su pueblo a mediados de año.

A las siete de la tarde los invitados empezaron a llegar. El primero fue el Dr. Ikram Raj, un profesor de economía de nacionalidad india. Los lazos de la amistad les habían unido desde la llegada del Dr. Murtada a Londres. Ikram, entrado ya en los sesenta, era de estatura media, delgadísimo, de tez morena y extraordinariamente inteligente. Raj había animado en numerosas ocasiones a Murtada a que diera ese paso.

Todo el mundo le dispensó un gran recibimiento nada más llegar. Vestía un traje blanco con una camisa del mismo color sobre cuya pechera había un bordado y un corbatín de satén negro, todo ello acompañado de unos brillantes zapatos negros; era el prototipo de la contradicción británica. Richard lo acaparó nada más llegar, pues lo consideraba uno de sus mejores amigos y siempre era quien diseñaba las cubiertas de sus libros.

—¡Bravo, Ikram! Eres un hombre de palabra.

—Murtada es un buen hombre, de sentimientos profundos, honrado. Y aún así

sois vosotros quienes le hacéis un regalo a él, no él a vosotros.

—¡Vaya exageración! No digo que Deborah sea la mujer perfecta, pero a mí lo que me importa es que se haya casado.

—¿Y qué dicen al final tus padres, después de esa primera reacción racista de la que me hablaste?

—Mi madre fue a la iglesia a preguntarle al cura si Deborah iría al infierno por casarse con un musulmán. Eso era lo que le habían asegurado sus amigos. Pero el cura, que conoce perfectamente a Deborah, fue suficientemente inteligente como para tranquilizarla diciéndole que la fe de Deborah y sus buenos actos seguro le abrirían las puertas del cielo. En cuanto a mi padre... la verdad es que le aterroriza que se case con un egipcio, y el pobre todavía no lo tiene asumido; de vez en cuando suelta algún comentario racista, pero no olvides que pertenece a otra generación y que además nunca ha viajado fuera de Inglaterra. Pero lo importante es que se alegran por Debbie.

Deborah se excusó momentáneamente de su marido y Murtada se quedó indeciso sin saber qué hacer. Cuando al final se acercó a la madre de Deborah, esta salió corriendo en la otra dirección nada más verlo acercarse. Murtada se fue hacia donde estaban Richard e Ikram y saludó a su amigo con una palmada en el hombro.

—¿Es cierto que han detenido a tu amigo?

—Sí, al final al pobre lo ha detenido la policía en Nueva Delhi, después de que la revista *Senior India*, cuyo consejo de redacción preside, volviera a publicar las caricaturas contra el profeta Mahoma.

—¿Y qué pretendía hacer volviendo a publicarlas?

—La policía lo acusa de querer agitar a la opinión pública. Y de hecho ayer viernes, después de la oración, surgieron manifestaciones muy violentas en varias ciudades de la India, con pancartas en contra de los europeos y de los cristianos.

—Desde pequeños nos han enseñado que el respeto a las religiones es un deber sagrado. Nos cuesta mucho tratar con esa insolencia en contra de uno de los profetas de Dios.

—La verdad es que vuestra situación es lamentable. Un periódico que apenas nadie lee en un país enano en el que viven un puñado de personas publica unas caricaturas a miles de kilómetros de distancia de vosotros, y cuando han pasado ya varias semanas los musulmanes armáis un jaleo de mucho cuidado. Pero no mostráis la misma reacción ante peligros de verdad que os acechan en vuestro propio territorio, o ante los saqueos de vuestras riquezas por parte de los Estados Unidos y nuestros respetables gobiernos. Da que pensar. ¿Seréis una nación adormecida, como decía Churchill?

—¿Y cuál de los peligros que nos acechan es peor que atacar a nuestra religión y a nuestros valores espirituales? Son la base de nuestra existencia. En cuanto a los otros ataques, son los gobiernos quienes deben responder en primer lugar, no los pueblos.

—Ya de por sí tu respuesta es lamentable, pero no te voy a contestar hoy, no vaya a ser que venga Deborah y me mate. Mírala, no te quita ojo. Aun así y para terminar esta discusión enfermiza, ahí va una cita de Churchill sobre los pueblos de tez morena:

«Intentad ser libres y moriréis de hambre».

Richard dirigió la mirada de Murtada a Deborah mientras proseguía su explicación:

—Mi querido amigo, el significado es evidente: haz enfadar a Deborah y no te cocinará. Así que acércate a ella, dale un beso y así podrás disfrutar siempre de una opípara cena.

Los invitados siguieron llegando: profesores de la universidad y amigos de Deborah del colegio y de la facultad, así como compañeros de trabajo de la biblioteca. Después llegó todo un regimiento compuesto por las tías de Deborah con sus correspondientes primos, que se juntaron todos en una esquina y empezaron a escudriñar a Murtada, pues con la chilaba blanca y esas sandalias blancas parecía venido de otro planeta. Todos rezumaban la felicidad sincera que sentían por Deborah, cuyas risas no se habían detenido desde que empezara la fiesta y después de que el *brandy* le animara el espíritu.

Murtada, por su parte, y a pesar de la felicidad que le transmitían las risas de los asistentes, ansiaba oír alguna palabra en su idioma. Cerró los ojos y empezó a oír la canción «ojos bonitos», pero con la voz de Suad, no la de Muhammad Al Ezby.

* * *

Murtada miró a Suad mientras sujetaba el micrófono y se perdió en sus ojos. Eran cautivadores. Las palabras se evaporaban entre el retumbar de los acelerados latidos de su corazón y lo único que oía Murtada era «te quiero», que no hacía más que tararear para sí mientras nadaba en la pupila de esos ojos tristes. El salón de celebraciones de las Fuerzas del Aire estaba a rebosar de invitados: el lado derecho de la sala lo ocupaba la familia de Itay Al Barud, mientras que el izquierdo lo ocupaban los de Damieta. Murtada y Suad se detuvieron en el centro de la sala y alrededor de ellos los familiares y amigos de uno y otro formaron un círculo de aplausos mientras Suad cantaba con su dulce voz y los invitados repetían «¡mueve los ojos, chiquilla!». Entre canción y canción, Murtada no quitaba ojo a la mesa junto al sofá que ocupaban los padres de los novios, intentando comprobar que lo que cuchicheaban era lo que había acordado con su padre acerca de fijar la fecha de celebración de la boda, con la condición de que no pasase más de medio año desde la celebración del compromiso. En ese momento Suad entrega el micrófono a Murtada e insiste en que le cante una canción, a lo que él se opone esgrimiendo que tiene un oído de plástico reforzado y que no puede cantar ni en la ducha. Ante la insistencia de Suad y los ánimos de los invitados, se decide a cantarle «Te amo y quisiera...». Al

instante le arrebatan el micrófono para evitar que los asistentes se desmayen, pues ya había tres que habían perdido el conocimiento nada más con la primera palabra. Suad le contesta «El día que te conocí por casualidad fue cosa del azar». De inmediato se ve rodeada de primas que corean el estribillo: «¡Tómame, alma risueña!».

«¡Bravo, bravo!» —grita un invitado. «Por cierto, Mamun Al Shenawi es familiar mío».

* * *

Por todos es sabido que un minuto puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Sin embargo, nunca pensamos que podemos encontrarnos con esos terroríficos sesenta segundos a la vuelta de una esquina oscura en algún callejón de nuestra vida. En los días posteriores al compromiso, mi vida dio un vuelco y se convirtió en muerte. La noche en que nos comprometimos fue la más feliz de todas las que he vivido.

Fue como un sueño.

Y como un relámpago, terminó.

Y mi querida, mi adorada Suad desapareció al despertar... pero se quedó prendada en mi alma.

Todos los días, cuando rezo, me parece aspirar su aroma.

Celebramos la fiesta el primero de enero de 2000. Escogimos esa fecha para que nuestra relación fuera un nuevo comienzo para la Historia. El comienzo del que sería el año más racional y más sensato.

Suad y yo escogimos ese día para que nuestro amor fuera una página nueva con la que despedir al siglo más sangriento de la Historia, el siglo en el que se habían luchado más de doscientas cincuenta grandes guerras a causa de las cuales habían muerto ciento diez millones de personas. Ese siglo que se había negado a despedirse sin antes asesinar solo en la última década a más de dos millones de niños, mutilar a más de seis y exiliar a otros veinte.

No queríamos relacionar nuestra historia con ese siglo tenebroso del que los literatos y poetas habían dicho podría abrir una nueva puerta para el intelecto humano, una era del raciocinio.

Yo ya rondaba los cincuenta, pero nunca antes había pensado en casarme hasta que conocí a Suad. Siempre había estado convencido de que me había casado con la ciencia, y que para enseñarla había que consagrarse a ella; si no, ¿por qué en Europa la historia de la enseñanza estaba ligada a los monjes? ¿Y por qué en el pasado las profesoras no se casaban y consagraban su vida a la enseñanza?

Todas mis teorías se hicieron añicos y se derritieron bajo el sol de la realidad con que brillaba Suad, pletórica.

La conocí en un viaje que había organizado la Asociación del Legado Cultural Copto a unos monasterios en las provincias de Minia y Asiut. Durante los cinco días

que duró visitamos cinco ciudades con sendos monasterios, subimos un monte, anduvimos por valles y descubrí que mi amor por Suad duraría lo que durase la eternidad.

Fue en Qusiya donde me di cuenta de que no estaba bien, comportándome como un adolescente en su primera excursión de la universidad. Cuando admití que estaba irremediabilmente enamorado fue dentro del Monasterio de la Virgen María, mientras uno de los monjes nos explicaba por qué se le llamaba «el monasterio ardiente». La zona que lo rodea es rica en esparto y yesca; de ahí el nombre. En el momento en que pronunció la palabra *ardiente*, Suad me miró y el corazón se me fundió en el pecho. Cuando me hube recuperado le confesé mis sentimientos, y entonces la historia y la filosofía fueron uno.

* * *

Toda historia tiene un comienzo, un primer momento, ese preciso instante en que la pluma roza el papel antes de escribir uno de los capítulos de la vida. La historia de cómo el Dr. Murtada salió de Egipto empezó en el momento en que abandonó el edificio de las Fuerzas Aéreas la noche en que se comprometió con Suad Shahin. Murtada, elegantísimo, vestía un traje azul marino hecho de seda india con una corbata francesa y una camisa italiana en los que se había gastado el sueldo completo de un mes. Salió cogido de la mano de Suad, un ángel adornado con un traje que era la elegancia en estado puro, ejemplo del buen gusto que tenía. Salieron juntos rodeados de familiares y amigos, y la despidió con un beso que posó en las manos de ella. Suad subió al coche con su padre y desapareció de su vista.

La Dra. Suad Shahin, doctorada por la universidad francesa de Aix-en-Provence, enseña historia contemporánea en Tanta, en un instituto perteneciente al Ministerio de Enseñanza Superior. Vive en Banha con su padre, el *hag*^[6] Shahin, que es comerciante de muebles y proviene de una familia de Damietta que trabaja en lo mismo desde hace siglos.

A pesar de haber tenido hasta tres esposas, no tuvo más hijos que Suad. Cuando por fin aceptó el destino, se divorció de su segunda y tercera esposas y se trasladó a Banha; la competitividad en Damietta había aumentado y los beneficios habían disminuido. Allí abrió un gran local de venta de muebles y la familia se instaló en el lado oriental de la urbe, cerca de la histórica ciudad de Atribis.

A Suad le gustaba pronunciar Banha con el nombre egipcio antiguo *Ba In Naht*, que significa «la ciudad del sicamoro». Aprendió que su padre era un hombre rácano, pero que en lo que se refería a ella estaba más que dispuesto a ofrecer su alma en una bandeja de plata con tal de complacerla. Es por eso que no reparó en gastos para la fiesta de compromiso, en contra de lo que esperaba todo el mundo: sacrificó cuatro terneros y los repartió entre los pobres, además de hacerse cargo de todos los gastos del festejo.

* * *

Nunca podría haber imaginado que me convertiría en la primera víctima del estado en que se encuentra la educación en nuestro país. ¿Cómo imaginarme que me traicionaría después de haber consagrado mi vida a su servicio? Era plenamente consciente del infierno en que se había sumido la universidad egipcia como institución, pero aun así intentaba convivir con ello, pues no tenía otra opción. Pero que hubiera llegado hasta el punto de que Suad fuera asesinada con un puñal curvo a consecuencia de este deterioro de la educación, era algo que no podía soportar. A pesar de haberme dejado los ojos leyendo libros y libros de filosofía, mi corazón nunca se había desmoronado con la sapiencia de los sabios.

Estaba sentado en casa, solo, preguntándome dónde estaban ahora los amigos y los familiares que me habían arropado hacía solo dos días en la fiesta de compromiso, mientras yo estaba aquí sin nadie que me acompañase, esperando oír el cañonazo que nos permitiera romper el ayuno. Y encima con la opresión mortal de la soledad. Cogí el periódico *Al-Ahram*, algo que apenas hago pues se ha convertido en un panfleto que no vale nada. En la primera página leo que el presidente norteamericano, Bill Clinton, en su discurso radiofónico semanal, ha afirmado que los Estados Unidos están totalmente preparados para liderar al mundo en el siglo veintiuno y que el siglo veinte, que algunos han calificado como el siglo americano, no solo continúa sino que se prolongará durante largo tiempo. Las palabras de Bill, que Dios les haga fracasar a él y a los de su calaña, me tenían absorto cuando sonó el teléfono y escuché una voz de ultratumba:

—Murtada, ven rápido. Le han pegado una cuchillada en el estómago a Suad cuando volvía a casa; la han trasladado al hospital de Banha.

—¿Pero por qué?!

—No lo sé. Ven rápido.

* * *

Nada más colgar el teléfono, Murtada obtuvo la respuesta a su pregunta. En el instituto en que trabajaba, Suad había destapado varias irregularidades por culpa de la corrupción que se había extendido por cada metro cuadrado del edificio. Una de esas irregularidades era que había estudiantes matriculados que no habían obtenido el título de secundaria y que, obviamente, no habían pasado por la oficina de registro para matricularse. Algunos de ellos habían llegado a cuarto curso y estaban a punto de terminar.

—¿Y qué vas a hacer, Suad?

—¿Pero qué clase de pregunta es esa, Murtada? ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

—Suad, esos matones son como la corrupción, se han convertido en parte de

nuestra sociedad. Esos chavales, que han sobornado a quien sea para entrar en el instituto, no se van a quedar de brazos cruzados. Y además, en unos meses ya se habrán licenciado.

—¡Lo que me faltaba! ¿Quieres que tenga miedo de unos cuantos niños? ¿Quieres que me quede callada ante un delito? ¿Y cómo voy a dormir por las noches? Yo haré lo que me dicte la conciencia.

—Lo único que te digo es que no nos precipitemos, que lo pensemos y valoremos todos los pasos que podemos dar y sus posibles consecuencias. A mí ayer, por ejemplo, me vino un alumno que prepara un estudio para el que necesita investigar en el Ministerio de los Asuntos Religiosos, para lo cual necesita un permiso de Seguridad del Estado que no le quieren dar... y me pregunta que qué puede hacer. Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

—Son cosas totalmente distintas. Estos son alumnos que han sobornado, han falsificado y han mentido para hacerse con las plazas de otros estudiantes y conseguir títulos que no se merecen.

—Pero si es el Estado el que acepta los sobornos y las falsificaciones, quien los alienta e incluso selecciona cuidadosamente a la gente capaz de aceptarlos para colocarlos y ascenderles, impidiendo así a los alumnos hacer sus estudios con la excusa de permisos de Seguridad del Estado y de Seguridad Nacional. Y además, los títulos por los que tanto te preocupas, ¿crees que hoy en día sirven para conseguir un puesto? Si como mucho les sirven para casarse, que se den con un canto en los dientes. Yo opino igual que tú, que esto es un crimen, pero pensemos antes; no perdemos nada por meditarlo.

—Murtada, no puedo quedarme callada. Me muero si lo hago.

* * *

Para cuando Murtada llegó al hospital ya había fallecido. Ni siquiera pudo verla. Ni despedirse de ella. Tampoco le preguntó si había leído el periódico de hoy. Ni le contó que Clinton tenía razón y que ellos estaban equivocados: el nuevo siglo era una prolongación natural del feliz siglo americano. El fulgor del amor les había cegado y no habían visto la realidad.

Dudaba: ¿debía darle el pésame a lo que quedaba del padre de Suad, o debía dárselo al mundo?

Era incapaz de volver a El Cairo por miedo a la soledad, por lo que se refugió en su pueblo; pero allí también sentía un desamparo aterrador. Su padre se había marchado para cumplir con los preceptos de la peregrinación al día siguiente del compromiso, después de haber retrasado el viaje a tierra santa por la insistencia de su hijo por celebrar la fiesta el día 1 de enero.

Nunca se había imaginado lo mucho que un hombre de su edad podría llegar a necesitar a su padre; era como si se hubiera convertido otra vez en niño y estuviera

pidiendo a su padre apoyo y ánimos. Estuvo esperando a que regresara después de la fiesta de la Ruptura del Ayuno igual que un pecador esperaría al Redentor. Estaba arropado por amigos y familiares que intentaban consolarlo, pero se encontraba en un túnel tan oscuro que no podía verlos.

Yasin era el primo al que más cercano se sentía, a pesar de la diferencia de edad. Fue él quien consiguió entrar en ese túnel y encender una vela, débil pero suficiente para calentarle la sangre y que su corazón pudiera seguir latiendo, ya que se le había helado a causa del horror.

Yasin acompañó a Murtada todo el tiempo que pasó en su pueblo, y cuando llegó la fiesta de la Ruptura del Ayuno, insistió en que probara unos dulces, pues ¿cómo podría pasar las fiestas sin probar siquiera un trozo? Murtada se negó en rotundo, considerando que comer dulces era una gran ofensa contra Suad, pues implicaba celebrar el festejo. Nadie celebra la muerte de su amada, salvo los locos.

Entró en su habitación, se puso un pijama de franela a rayas verticales y decidió encerrarse allí hasta nuevo aviso. Sacó una fotografía de Suad, la abrazó y la empapó con lágrimas, preguntándose cómo era posible que hubiera llegado el *aid* después de que ella hubiera fallecido.

Y durante incontables horas permaneció sentado, hablando con ella.

* * *

Farid llegó a la fiesta con un grupo de estudiantes árabes. Deborah los miró extrañada, pues Murtada no le había dicho que los hubiera invitado. Por su parte Murtada la miró agradeciéndole esa misma invitación; ¡qué detallista y atenta era!

—¡Teníamos que venir y felicitarle!

—¡Enhorabuena, profesor!

—¡Qué ilusión que hayáis venido! ¡Qué ganas tenía de escuchar árabe!

—Usted ha sido el que ha elegido casarse con una inglesa.

—Farid, es el destino. Incluso las frases absurdas como esta resultan ser ciertas. Es evidente que el hombre propone y Dios dispone: me he pasado la vida pensando en el significado de la aleya «*Pero vosotros no lo querréis, a menos que quiera Dios, Señor del Universo*^[7]», y ahora ya la entiendo.

Se acerca el padre de Deborah y, escuchando atentamente, les pregunta:

—¿Estáis hablando en árabe?

Farid va hacia él, pone cuidadosamente la mano sobre el hombro y murmura al Sr. Johnson:

—Sí, y si lo desea puedo darle clases privadas de árabe a domicilio y a un precio módico.

—¿Y de qué me serviría, si ya hablo inglés?

Farid se ríe:

—¡Qué gracia tiene! Sí, señor, tiene usted toda la razón.

El grupo de árabes se entremezcló con la familia de Deborah fingiendo no hablar bien inglés, hasta el punto de que uno de ellos entabló una conversación en árabe con una de las tías de Debbie. Luego se marchó Miad y volvió con un laúd yemení, tras lo cual Farid fue al centro del salón, se subió a una silla y anunció en voz alta que iban a dar su regalo a los novios: una canción folclórica árabe cantada por uno de los alumnos del Dr. Murtada.

Miad cogió el laúd y empezó a cantar ante el asombro de todos.

* * *

Deborah era tan femenina e inteligente que, cuando se percató de que Murtada creía que era ella quien había invitado a los alumnos, ni lo afirmó ni lo negó, simplemente le dejó que lo creyera.

Todo esto se desarrollaba alrededor de la mesa redonda que usaban para desayunar.

El sol había salido y estaba resplandeciente, para variar, y sus rayos bañaban de dorado el mantel y las bandejas de color plata, así como las rayas blancas del pijama de franela que había llevado durante los cuatro días que se encerró en su pueblo para llorar a Suad. Deborah, por su parte, llevaba puesto un camisón transparente que dejaba entrever el cuerpo, especialmente los pechos. La primera vez que lo vio en el escaparate le resultó feísimo, pero Helen le había asegurado que comprar un camisón transparente era una costumbre sagrada para que el matrimonio tuviera éxito. ¿Qué importaba que el marido fuera árabe? Las tradiciones sagradas son de obligado cumplimiento.

El desayuno era el típico desayuno inglés, compuesto de huevos, beicon frito, mantequilla y mermelada. Habían acordado que Murtada dejaría su apartamento y se mudarían a una nueva casa. Escogieron una casa pequeña pero apañada en una perpendicular de King's Road, en Chelsea, Londres, cerca del *Peter Jones*, donde Deborah había comprado el camisón para la noche de bodas.

* * *

Ayer nos reunimos todos en el cortijo del *hag* con ocasión de la boda de su hijo. Ellos ya celebraron su boda en Londres y tocaba hacer otra en Itay Al Barud. Estábamos todos exultantes de felicidad y no nos lo podíamos creer. Yo mismo estaba que no cabía en mí de contento. Siempre ha estado muy pendiente de mí, repitiéndome que era como el hermano que Dios no había tenido a bien darle.

¡Por fin Murtada se ha casado! ¡Menos mal! ¡Ya iba siendo hora de que le salieran bien las cosas!

Así es la suerte: espera, espera y de repente te toca.

Encima va y se casa con una inglesa. ¡Qué braguetazo! Los extranjeros esos, incluso los mendigos, son millonarios. Ismail, el hijo de Abdel Salam, nos ha dicho

que así le van a dar la nacionalidad británica; vamos, que va a ser inglés. ¡A ver cuándo nos toca a nosotros! El *hag* nos ha avisado de que la gran boda se va a celebrar en el pueblo al final del verano.

Antes de irme le pedí al padre de Murtada que me diera el número de teléfono para llamarle después de la luna de miel.

* * *

—¡Enhorabuena, Murtada, primo! ¡Ya te has casado! Soy Yasin, tu primo; te llamo desde el pueblo.

—¡Yasin! ¡Qué alegría! ¡Dame tu número y te llamo ahora mismo!

—Ahora te la mando por mensaje. Bueno, ¿qué tal estás?

—Bien, todo bien, gracias a Dios. Por fin me he casado. Ya sabes lo que dicen: o te casan o te embalsaman. Es una chica estupenda y aguanta mis rarezas.

—A cada cual lo que se merece.

—No olvides darme tu número para llamarte, ¡que si no te va a costar un riñón!

—Tal y como están aquí las cosas, me va a costar dos, no uno.

* * *

Murtada recibió la llamada de Yasin mientras Deborah lo llevaba en su coche, un Austin antiguo, a un coloquio en el que participaban seis profesores de distintas nacionalidades. Cada uno hablaría sobre su país desde la perspectiva que quisiera. Deborah estaba nerviosa y conducía temerariamente en medio de un atasco londinense; había retrasado a Murtada diez minutos porque había engordado cuatro kilos y la ropa le apretaba. «Debería haber pedido un taxi, en vez de depender de ti y de tu coche», le espetó Murtada. Deborah estaba desazonada por miedo a que no fueran a llegar a tiempo. Él no había dicho ni una palabra desde que se había montado en el auto, pero después de la llamada se relajó y se alegró tanto que empezó a hablarle sobre Yasin y sobre su pueblo.

La distensión de Murtada surtió un efecto similar en el tráfico y pudieron llegar a tiempo. La sala era pequeña y el aforo limitado, pero aun así Murtada estaba nervioso, a pesar de estar acostumbrado a dar conferencias casi todos los días. Deborah no entendía su preocupación, pero así y todo le dio un beso rápido para infundirle ánimos mientras escuchaban el discurso de apertura. Ikram comenzó con una intervención acerca de la economía india, a la que siguió la de Murtada sobre los cambios que habían afectado a los valores de la clase media egipcia desde la revolución de 1952 hasta ahora.

En su disertación, Murtada lanzó un violento ataque contra el gobierno egipcio. Era impensable que se hubiera atrevido a hacer algo semejante en El Cairo. No era un hombre de política, por lo que tenía un miedo cerval al poder y la influencia del gobierno. ¿Acaso su matrimonio con Deborah le había insuflado mayor confianza en

el futuro? ¿O se debería a que estaba seguro de que el gobierno había decidido hacía tiempo dejar que los perros ladraran como quisieran, siempre y cuando esos ladridos no llegaran ni influyeran en un pueblo al que el hambre había ensordecido? Al contrario: los ladridos de los perros mansos eran bien recibidos dentro del jardín de la Casa Blanca; los presidentes norteamericanos adoran a los perros.

Lo único cierto es que Murtada, después de volver con Deborah del coloquio, se encontraba en un estado de excitación al que no estaba acostumbrado, e hizo el amor a su mujer durante horas como si fuera un chaval de veinte años. Fueron tales el ímpetu y la intensidad que demostró que esa tarde sería recordada durante años. Deborah sentía por Murtada un amor verdadero, y se sentía tan feliz y satisfecha que durmió sonriente toda la noche.

Durante varios días después del coloquio, estuvo exudando por todos los poros de su cuerpo sudor mezclado con el limo del Nilo.

* * *

Estábamos en un mullido sofá de color marrón que había comprado la semana pasada. Él estaba sentado como solía hacer, con los pies entrelazados por debajo, como los faquires. La primera vez que lo vi así pensé que estaba practicando yoga; luego supe que era su postura preferida. Cuando se sienta así me entran ganas de apoyar la cabeza en los muslos y mirarle desde abajo, fijándome sobre todo en el lunar de la barbilla. Me gusta mirarlo desde cerca, porque así aparecen esos rasgos tan bellos que tiene pero que siempre intenta ocultar para ofrecer una cara de profesor respetable. Me estiré en el sofá, apoyé los pies en el reposabrazos y la cabeza en su regazo. Comenzó a acariciarme el pelo; le encantaba que fuera rubia. Llevaba mucho tiempo queriendo hacerle una pregunta y ese día me animé:

—¿Por qué dejaste tu país y viniste aquí?

—Para encontrarte a ti.

—Eso fue decisión del Señor. ¿Por qué diste ese paso, si siempre dices que estás enamorado de Egipto?

—Desde fuera, el clima político de Egipto parece estable, pero esa estabilidad es aparente. En realidad los volcanes están activos bajo la tierra. Por las noches se oye el bullir de la lava hirviendo, emitiendo temibles sonidos, preparándose para entrar en erupción. Esta sensación general de miedo por la revolución de los volcanes ha sacado al hombre egipcio de una fase de pensamiento lógico para hacerle vivir un estado de caos social e intelectual. Yo, como cualquier egipcio, sentía una seguridad y una estabilidad económico-social que eran producto de la casualidad. Pero las casualidades, como sabes, no duran. Y te aseguro que esa sensación de que «todo marcha casualmente bien» es lo que más asusta a una persona. No podía aguantar más ese estado de depresión generalizada.

—Murtada, soy tu mujer, no una de tus estudiantes de filosofía. Tiene que haber

una historia que explique tu marcha, no una teoría social. Esperaba oír que conociste a alguien, que te desengañaste y que por eso decidiste marcharte. Si no me lo quieres contar, estás en tu derecho.

—Y precisamente porque eres mi mujer y te quiero, te digo que prefiero que cambiemos de tema. ¿Te parece que te hable sobre mi familia?

—¡Genial!

* * *

La voz cálida de Suad resonaba en los oídos de Murtada. Su memoria le había transportado a cuando habían discutido sobre los volcanes y los terremotos políticos, ese día en que Suad le había contestado cantándole una canción:

*El tacón de una gazela, mi pobre, es de color escarlata.
Veo a la tierra vacilar bajo mis ajorcas.
Deja de caminar alicaído
y pisa bizarro.*

Y a continuación sonrió como solo ella sabía hacer, y lo que le dijo después lo enunció con tal sensualidad que cayó postrado a sus pies:

—Los volcanes, Murtada, agitan la tierra cuando desfilo delante de ti solo con mis ajorcas.

También le dijo que cuando los volcanes prendieran su corazón en llamas se tomaría sus palabras como un piropo. Después se inclinó y le susurró con dulzura:

—En Egipto, mi vida, no hay volcanes; solo alguna tormenta de arena.

—Suad, ¿y qué diferencia hay entre una tormenta de arena que arrase con el sembrado y un volcán que agite la tierra y destruya también el sembrado?

Antes de responderle le acarició la mata de pelo que tenía:

—La tormenta de arena, cariño, no es más que un vendaval pasajero que va y viene. Los volcanes son parte de la tierra, pero lo único que Egipto esconde en sus entrañas son semillas y limo.

* * *

Esos recuerdos se le antojaban antiquísimos mientras escuchaba con Deborah *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi, bajo la dirección de Herbert Von Karajan.

Murtada acariciaba la melena rubia y lisa de Deborah, contemplando sus azulados ojos mientras se decía a sí mismo que bajo ningún concepto le hablaría de la mariposa que le había desgarrado la vida, pues era algo que no le incumbía a nadie más que a él.

Murtada había intentado enterrar el suceso en lo más recóndito de su memoria.

Un año después de la muerte de Suad llegó a la facultad el comandante Salah Abdel Nabi para trabajar en el despacho de seguridad de la planta baja del edificio. Siempre sonriente, era afectuoso con todos los profesores. En poco tiempo se ganó la confianza del decano y del vicedecano de estudiantes. Murtada era el director del departamento, y se trataban únicamente cuando por sus respectivos cargos se veían obligados a ello.

Un buen día, por la mañana, el comandante Salah llamó a la puerta de su despacho:

—Buenos días, doctor.

—Hola, buenos días.

—Me he enterado de que esta mañana le han quitado el carné de conducir.

—Pero ¿cómo?! Pero si no hace ni una hora que me lo han quitado. ¿Cómo se ha enterado usted?

—Ya sabe, doctor, nosotros acabamos enterándonos de todo lo que pasa en este país. Pero no se preocupe, usted deme el recibo, que hago que se lo traigan ahora mismo. Así se ahorra el viaje a Tráfico.

—No hace falta que se moleste.

—¿Y para qué estamos aquí, si no? A mí me han escogido para estar al servicio de los profesores.

—Muchas gracias. Tenga usted el recibo.

Este comandante es distinto del resto de oficiales que pululan a lo ancho y largo de Egipto; ellos torturan, violan, asesinan, queman y destrozan a quienes osan acercarse a su círculo de influencia política, económica o financiera. Salah es un oficial de alto rango, muy culto, y sabe perfectamente cuál es el papel que debe jugar en la universidad: sabe que la seguridad empieza y acaba con información, la precisión de esta y la forma de recopilarla y analizarla. Parte de la información que debe recabar consiste en obtener cualquier dato que incrimine a los profesores que no cooperen con el equipo de seguridad, de forma que si surge la necesidad, sea por la causa que sea y cuando sea, pueda abrir el cajón de su despacho y quitárselo de en medio. Y luego está el papel de reclutamiento de los nuevos alumnos, que es una misión fácil porque la mayoría se ofrecen voluntarios para prestar sus servicios.

Aproximadamente un mes después de devolverle el carné de conducir, volvió a entrar en el despacho de Murtada con su acostumbrada sonrisa.

—No puede ser que todavía no se haya sacado el carné de identidad, doctor; dese cuenta de que vamos a retirar el carné antiguo. ¿Me permite que se lo tramite yo?

Antes de llegar a la facultad, ya sabía que Murtada no cooperaría con ellos, pues era un hombre que iba a lo suyo. Pero no podía reprimir los sentimientos de odio hacia ese profesor, para los que desconocía un origen concreto.

—Verá usted, desde el respeto y el aprecio, vengo a hablarle sobre un asunto.

—Usted dirá.

—Nos han llegado al decano, al vicedecano y a mí quejas por escrito presentadas

por más de un alumno contra usted. En ellas se dice que en una de sus últimas clases usted habló sobre la lengua, sobre que el siglo veinte era el siglo de la filosofía de la lengua y dijo: «si percibimos el mundo a través de la lengua, ¿cómo podemos reflexionar sobre él sin antes hacerlo sobre la lengua?». Y luego empezó a hablar sobre el origen de la lengua, su evolución y empezó a hablar como Darwin, pero sobre el idioma. Los estudiantes están perplejos y se preguntan por qué no ha mencionado ni una vez al Corán en un asunto tan importante.

—No entiendo. ¿Cuál es ese asunto tan importante?

—Los estudiantes están revolucionados porque como bien sabe usted, el origen de la lengua fue un soplo de inspiración divina, alabado sea el Altísimo. ¿Cómo explica, si no, la siguiente aleya?: «Enseñó a Adán los nombres de todos los seres^[8]». Y en otra queja le acusan, Dios me proteja, de que en vez de rezar la oración de los viernes se dedica a dar clases a los alumnos de postgrado.

Los músculos de la cara del Dr. Murtada cambiaron instantáneamente y en la frente, antes lisa, se le marcaron unas gruesas líneas azules.

—Le ruego que no me malinterprete. He venido *motu proprio*, en calidad de amigo, para comentarle unas quejas que he recibido. Y sepa usted que llevan presentándolas varios años, pero esta vez los estudiantes están siendo más insistentes. Además, también han mandado un cd con su voz grabada, en el que se le oye decir eso. Han hecho un montaje de la clase y me han dado un disco con lo que usted dijo.

—No piense que voy a ponerme a la defensiva.

—Pero se ha puesto usted nervioso, y eso era lo que me temía. Simplemente le estoy hablando de un asunto sin importancia.

—Y si el asunto no tiene importancia, ¿por qué me lo cuenta? ¿Y por qué pierde su tiempo y me hace perder el mío? Eso que ha dicho ahora es terrorismo de ideas.

—¿Terrorismo? El terrorismo es para Bin Laden. Venga, le voy a contar un chiste para que se relaje: «va uno y le dice a otro: “tu mujer anda con el electricista del barrio”. Y el otro le contesta: “¿ese?, qué va, ¿ese no es electricista!”».

Murtada volvió a casa totalmente afligido e insultado. Fue al dormitorio, se puso el pijama de franela, se miró en el espejo y el reflejo que vio era el de un octogenario.

Llamó a su padre preocupado y le preguntó qué sentido tenía la vida si un profesor no podía confiar en sus alumnos.

Le había impactado el que hubieran grabado sus clases, hubieran hecho un montaje y después lo hubieran enviado a la Seguridad.

¿Tenía que defenderse? ¿Estaba obligado a decirle que ya rezaba las cinco oraciones preceptivas antes de que él naciera? ¿Acaso tenía que grabarse a sí mismo mientras rezaba los viernes y enviar la grabación al despacho del ministro del Interior?

Salah Abdel Nabi intentó recabar cualquier dato que manchara la reputación del Dr. Murtada, pero no había nada de lo que pudiera echar mano. Empezó investigando sus cuentas, pero le dijeron que no pertenecía a ningún centro privado de

investigación dentro de la universidad, por lo que ni recibía ninguna financiación por parte de nadie ni tenía presupuesto para proyecto de investigación alguno. Prosiguió sus indagaciones durante mucho tiempo, pero sin éxito, por lo que acabó enfadándose consigo mismo, acusándose de haber descuidado sus labores de vigilancia.

«No hay duda: este tío ha de tener algún trapo sucio».

Un día decidió investigar cómo vendía sus libros a los alumnos, con la esperanza de encontrar algo fuera de lo normal; por pequeño que fuera le bastaría. La idea surgió a raíz de una reunión con otros compañeros. Le habían contado la anécdota de un profesor que vendía los libros que había publicado en una editorial estatal, cuyo precio en el mercado era de cuatro libras, a veinticinco libras; además hizo que un alumno preparara una lista con quienes los habían comprado, ¡y pobre de aquel que se atreviera a no hacerlo! Lo curioso de esa historia es que los libros sí podían adquirirse legalmente en el mercado. Generalmente los profesores de universidad venden sus libros al precio que quieren, todo ello rodeado de una atmósfera de auténtica mafia, pero al menos esos libros no se venden en el mercado. Por lo que respectaba al Dr. Murtada, el pobre vendía los libros a precio de coste. El último intento por parte de Salah consistió en acudir, ya desesperado, a su amigo Shaker, un oficial de la Policía de Moralidad Pública:

—Shaker, ¿qué opinas de un profesor soltero de más de cincuenta años?

—Que es maricón o se va de putas. ¿Te está molestando?

—Es un ateo hijo de la gran puta. Hace dos días lo vi bebiendo cerveza en West El Balad.

—¡Menudo notición! Yo también bebo cerveza.

—Bueno, tú también eres un hijo puta. La diferencia es que él forma a las generaciones futuras.

—¿Y qué? ¿Va a convertir en ateos a los chavales?

—No sé, no acabo de verlo claro. Ni colabora con nosotros ni cae bien a nadie, nuestros chicos lo odian... y a mí personalmente hay algo que no me transmite seguridad... Vamos, que si desapareciera nadie lo iba a echar de menos.

—¿Qué quieres que le haga?

—Vosotros, los de la Policía de Moralidad Pública, le podíais dar una lección de las buenas. Ya te digo: hay algo que no acaba de gustarme.

Se produjo un largo silencio durante el cual Shaker se lio un porro de hachís.

—Es cierto, Shaker: el terrorismo nos acecha hoy en día por todos lados. Amenaza el orden público y los valores de nuestro país. Y el profesor este... con sus clases de filosofía y las ideas tan peligrosas que les transmite a los estudiantes podría suponer una amenaza para el orden público... y nuestro papel es parar los pies a los que son como él.

* * *

Una mañana me desperté y no vi a Murtada a mi lado. Era la primera vez que ocurría algo así desde que nos casamos. Oí su voz en la cocina. Parecía estar contando los minutos que faltaban para que despegara el vuelo de British Airways con dirección a El Cairo. Yo también esperaba ansiosa ese viaje. Quedaban exactamente siete días y cinco horas para el despegue.

Como no he viajado nunca a ningún país fuera de la Unión Europea, la mayor parte del tiempo la paso en la biblioteca, leyendo libros sobre Egipto y el mundo árabe. Me encantan Amosis, Tutmosis III, Seti I, pero no aguanto ni a Ajenatón ni a Ramsés II. Estos dos son tal para cual, el primero queriendo unificar todos los dioses en uno solo, él, y el segundo queriendo ser el rey de reyes. ¡Qué pocas luces tenían! Murtada no lo ve tan raro. Ahora sé más que él de la civilización del antiguo Egipto; me sorprende que ni siquiera haya visitado el templo de Karnak, el más maravilloso del mundo. Lo que me preocupan son la temperatura y los insectos. Murtada también está preocupado y se pregunta qué habrá cambiado en los últimos dos años, al margen de que su primo Yasin le ha dicho que el estado de salud de su padre es delicado. Ha pasado los dos últimos días preparando la lista de invitados para nuestra segunda boda en su pueblo; también ha incluido a Farid, para animarle a que visite Egipto. Le ha prometido que lo intentará.

Unos días después me encontré en la biblioteca a Melanie, la profesora ayudante de la asignatura de psicología, y le conté que habíamos invitado a Farid, a lo que me respondió que dudaba mucho que fuera a ir. Me contó una historia que me dejó de piedra: poco antes de marcharse, Farid vio a su madre entrar en una casa acompañada de un desconocido. Anduvo preguntando y acabó averiguando que su madre estaba engañando a su padre, a él y a toda la familia; por eso a sus ojos cualquier egipcio representaba alguien que podría haberse acostado con su madre. Mi amiga Melanie me dijo que Farid le había asegurado que nunca jamás volvería a Egipto. Pobre chico.

Sin embargo, hay una sorpresa de última hora: ¡mi hermano Richard ha decidido acompañarnos! ¡Qué contenta estoy! ¡Cuánto necesito que esté a mi lado durante mi primera visita al país de mi esposo!

* * *

La víspera de su viaje a Egipto, la universidad le renovó el contrato al Dr. Murtada durante otros dos años. Las semanas previas no le había contado nada a su esposa por miedo a que no le renovaran, aunque como Deborah también estaba atareada con los preparativos del viaje, no se percató del deterioro anímico que había estado sufriendo la semana antes de viajar. Habiéndose reunido con su familia política la noche previa al vuelo, y después de que Richard llegase tarde, Deborah soltó el notición:

«Esta tarde he ido al médico: ¡estoy embarazada!».

Richard lloró de la alegría, Murtada se quedó helado por la sorpresa y la madre de Deborah gritó como una histérica de emoción. El padre recibió la noticia tal y como

corresponde a un británico: con una sonrisa casi imperceptible mientras encendía un cigarrillo. Deborah abrazó a su marido y lo cubrió de besos entre risas y llantos.

Murtada no pensó ni en su hijo, ni en sí mismo, ni siquiera en Deborah, sino en su padre: ¿debía esperar a mañana para contárselo, o debía llamarlo ahora? Tenía miedo de que el destino no le permitiera aguantar hasta mañana, pero finalmente decidió esperar hasta verlo en persona y anunciarle que iba a tener un nieto. Y para sus adentros rezó para que, en honor a su padre, fuera un niño.

* * *

Shaker y Salah se reunieron y el primero puso al segundo al día: ni es maricón ni tiene relación alguna con ninguna puta, por lo que no cabe la menor duda de que ha optado por la tercera vía, que no es otra que masturbarse, pero muy a su pesar esa práctica no está penada por la ley y es muy difícil conseguir pruebas gráficas o demostrarla.

Al día siguiente Salah entró en el despacho del Dr. Murtada con la elegancia de una cobra, sintiéndose superior y seguro de su capacidad para matar sibilinamente.

—No sé qué decirle, doctor. Esos alumnos se han puesto pesados y el asunto ha llegado a oídos del decano y del rector de la universidad. Pero como le considero un buen amigo, he preferido ponerle sobre aviso.

—¿Qué quiere ahora?

—En la clase de ayer dijo algunas cosas sobre filosofía que son un poco preocupantes. La única parte que recuerdo del informe dice: «la suerte es la versión laica del destino».

—El que pronunció esas palabras fue Marcel Achard, un famoso escritor francés que ocupó la cátedra número veintiuno de la Academia Francesa. Era una cita suya.

—Pero esa es una afirmación peligrosísima. ¿No conoce acaso la tradición profética en la que Gabriel, sobre él sea la paz, se presentó ante Mahoma, Dios le bendiga y salve, y le preguntó cuáles eran los seis pilares de la fe? ¿Cuáles son esos seis pilares, profesor? «Crear en Dios, en sus ángeles, en su Libro, en sus profetas, en la resurrección después de la muerte y en el destino». O sea, que creer en el destino es uno de los pilares de la fe. Y usted en su clase se burla del destino y habla de la suerte y del laicismo.

—Para empezar no sé quién te crees que eres para dirigirte a mí de esta forma. No eres más que un guardia de seguridad. ¿Por qué te pones a dar lecciones sobre religión? ¿Pero acaso sabes en qué consiste la asignatura de filosofía que imparto? Lo que me has dicho, o lo que figura en el informe, no es más que palabrería de gente que se dedica a memorizar sin ni siquiera entender. Los pilares de la fe los sabemos todos, pero no tienen nada que ver con la clase. Sal fuera.

—Yo he venido como amigo. Si fuera otro profesor que no me importara, no me molestaría, ya iría el decano a hablar con él. Pero usted me cae bien y lo aprecio; por

eso he pensado avisarle, para que sepa lo que ocurre y ponerle sobre aviso acerca del informe que han remitido al decano.

—¿Sabes qué estáis haciendo con esos estudiantes? ¿Sabes qué hacéis con sus valores morales? Que escriban informes para un oficial de Seguridad del Estado contra un compañero suyo o contra un profesor. O que graben las clases en beneficio vuestro. Los destrozáis por dentro. Y después os obcecáis en nombrar a alguno profesor ayudante después de haber cancelado todas las convocatorias y haber conseguido que todos los nombramientos sean a base de dinero. Y el desgraciado, después de ser nombrado profesor ayudante, sigue jugando a ese asqueroso juego, con la cabeza cada vez más destrozada. Y después lo mandáis en una misión a un sitio maravilloso y cuando regresa a la universidad continúa con su labor, pero no la docente, claro, sino la de soplón. Al que os gusta lo nombráis para un puesto en el gobierno, o para rector de la universidad, convirtiéndose de esta forma en un zombi. Y al final de todo lo nombráis ministro. Todos los ministros que tenemos ahora o son zombis o son hombres de negocios. Ahmad Matar lo resumió muy bien en dos versos: «La gente ya no tiene seguridad... la gente ya no tiene seguridad... la mitad son policías... y la otra mitad acusados».

—Tenga cuidado con lo que dice, doctor. No es aconsejable que alguien de su educación y con el cargo que ocupa vaya diciendo cosas así.

—¡¿Que tenga cuidado con qué?! ¿Sabes qué es lo peligroso, segurata? Que Egipto sea el país que menos invierte en investigación científica. Estamos a la cola de todo el mundo. Egipto no invierte en investigación ni un 0,2% del PIB, mientras que los países en vías de desarrollo invierten en investigación científica el 1%, o sea que invertimos solo una quinta parte en una cuestión tan importante como esa. Y los países avanzados invierten más del 2%. ¿Y vienes tú a prohibir un coloquio o una conferencia o a tachar nombres de alumnos en las elecciones? ¿O a pagar a unos matones para que den una paliza a los estudiantes que no os gustan? Lo peligroso es que te pases el día entero en la facultad sin oficio ni beneficio. Hay un anuncio en el periódico *Al Wasit* que dice: «Profesor de universidad prepara tesinas y tesis a investigadores de cualquier universidad por un módico precio, con explicaciones y aclaraciones antes de la defensa. Llamar al teléfono...». Anuncios así se publican a diario en los periódicos oficiales, y la Universidad, de la cual forma parte vuestra policía secreta de la Seguridad del Estado, vive en un mundo aparte. Obviamente a vosotros os importa un pimiento que un desgraciado ponga un anuncio en el periódico con su número de teléfono... así, sin rodeos. Siéntate a esperar y veréis cómo acabáis. O mejor aún: no te sientes y márchate fuera.

* * *

Lo que pasó a los pocos días de la discusión es algo que el Dr. Murtada ha borrado de su memoria. Un día como otro cualquiera entró en la universidad a las diez y media

de la mañana y aparcó el coche junto a la facultad. Se le acercó un policía para pedirle que lo cambiara de sitio porque ese estaba reservado para el *basha*, que no era otro que el oficial, claro. Cuando se negó a moverlo, el policía no le dejó marcharse y empezó a empujarlo hacia el coche, para obligarlo a subir. Al final apareció otro policía y acabaron dándole una paliza a plena luz del día y enfrente de sus estudiantes.

Yasin Al Barudi

ERA una noche de verano que alegraba el alma con la brisa perfumada del almizcle que llegaba del lejano norte para bendecir el corazón de un padre que llevaba siglos esperando ese momento. Esa noche el *hag* Ali Al Barudi volvía a ser joven, y bailaba cimbreado la vara delante de su primogénito, que estaba sentado en el sofá con Deborah. Murtada llevaba un traje inglés con una corbata italiana, mientras que Deborah se había puesto una chilaba de campesina decorada con diseños de lentejuelas de oro y plata.

Esta vez eran las carcajadas de Murtada las que resonaban por todo el lugar mientras no paraba de abrazar a su familia, que parecía no tener fin. Deborah, por su parte, observaba el desarrollo de la escena con ojos como platos: ¿era posible que alguien tuviera tantos primos?

El *hag* Ali Al Barudi había insistido en celebrar una fiesta, como si se hubieran casado de verdad ese mismo día. El gran jardín frente al cortijo del alcalde estaba repleto de familiares y allegados, y habían montado una jaima gigantesca con la típica tela de ramadán para que por cada una de las esquinas del jardín entraran fuentes y fuentes de comida. El padre de Murtada había invitado a todas las familias del pueblo, así como a los amigos de Damanhur, Alejandría y El Cairo. También había invitado a grupos de bailarinas. A partir de medianoche Hosni Diyab, el cantante más famoso de Damanhur, se encargó de amenizar la fiesta.

Nada más empezar a cantar, las bailarinas comenzaron a descender por las escaleras agitándose como papagayos empapados, con los trajes de colores vivos con que se habían ataviado. Acompañaban al contorneo el excitante tintineo de los adornos colocados por todo el cuerpo y el tañido de los tamborileros.

Las fuentes de arroz con carne de oveja y las de pato frito se mezclaban con las bandejas de arroz con trigo y manteca, las de oca y las de verduras con tacos de búfalo, junto a muchísimas otras variedades culinarias.

A Richard le costaba parpadear, pues estaba absorbiendo como una esponja todo lo que tenía a su alrededor, con el espíritu de artista que le caracterizaba desde pequeño. Iba de un lado a otro de la fiesta con la cámara de vídeo, maldiciendo su suerte por haberse traído la vieja DV-CAM en vez de la HD que había comprado hacía poco. Estaba maravillado por todo lo que veía. Tanto a él como a su hermana les había sorprendido la suciedad y la pobreza miserables que rodeaban al pueblo, que contrastaban con el evidente lujo de la comida que estaban sirviendo en la fiesta.

«Aquí hay algo que no me cuadra».

Pero lo que no le cuadró fue cuando empezaron a disparar con rifles antiguos de la Segunda Guerra Mundial. Richard, que tenía miedo de que le alcanzara una bala, dio un traspies y se cayó al suelo. Yasin se rio a pleno pulmón al ver a Richard intentando sobreponerse y levantarse de nuevo. Deborah también se asustó y se aferró

a las manos de su marido, que no hacía sino disfrutar al ver a su padre tan feliz, danzando y bailando como el que más. El padre le había prometido que la celebración sería el mayor festejo que hubiera visto el pueblo desde la que ofreciera en ese mismo lugar con motivo de la visita de Mustafa El Nahas Pasha, hacía más de cincuenta años.

Murtada no hacía más que repetirse: «hoy he estado cara a cara con la felicidad, pero no ha sido suficiente para sentirme dichoso».

* * *

Hay algo en Murtada que ha cambiado, pero no sé qué es.

¿Será que cuando uno se casa con una extranjera se vuelve así de frío?

Está presente de cuerpo pero no de mente. Igual no da crédito a que vaya a ser padre con casi sesenta años. O quizá no sean más que imaginaciones mías, del temor que tengo de que no pueda ayudarme.

Tengo miedo de que se marche antes de que pueda planteárselo. Qué bien me vendría que me echara una mano.

Es mi primo mayor, y debo contarle lo que me ha pasado.

Puede que tenga compasión. Mañana, después de la oración de mediodía, hablaré con él.

* * *

Yasin está ansioso por relatar mañana a Murtada lo que le ha ocurrido. Lo que le sucedió pone los pelos de punta, y pocos hay en el mundo que hayan pasado por lo que vivió este hombre en 2005.

Los sucesos de esta historia comenzaron el viernes 15 de octubre de 2004 a las seis de la mañana, cuando Yasin y otros del pueblo se reunieron con Abdel Halim y Yaber, dos de los primos de Yasin, para despedirlos; se marchaban fuera de Egipto. Los acompañaron hasta la estación de Itay Al Barud, en la que no había ningún viajero, como suele ocurrir los viernes por la mañana. Todos estaban al corriente de los detalles relativos a la preparación del viaje; Abdel Halim y Yaber se habían reunido con Ahmad Abu Salama, el que pasaba ilegalmente inmigrantes a Italia, cuatro meses antes en un café en Damanhur. Allí acordaron que cada uno de ellos le pagaría a Abu Salama catorce mil libras, la mitad antes de viajar y la otra justo antes de embarcar en Libia para partir hacia Italia. Consiguieron reunir la cantidad necesaria gracias a un crédito del Banco de Desarrollo y Crecimiento Agrícola.

Pasaron los días y las semanas y el pueblo entero esperaba recibir alguna noticia de Abdel Halim y de Yaber. Por fin, el uno de enero de 2005 Yasin recibió la llamada telefónica que todos ansiaban. Era Abdel Halim. Tras dos días de viaje por tierra habían llegado sanos y salvos a Trípoli; luego se les unieron más grupos y los trasladaron a todos a una ciudad al oeste de la capital. Allí estuvieron esperando diez

días, hasta que finalmente llegó Abu Salama y les pidió a todos que rompieran los pasaportes y que acompañaran a un oficial libio hasta un pequeño puerto. Allí se subieron a una barcaza destartada y partieron hacia Italia. Cuando estaban a escasos metros de la costa italiana, los echaron al mar con flotadores. Fueron rescatados por la Cruz Roja, y tal y como les habían enseñado, dijeron ser refugiados iraquíes que habían huido de la guerra. Finalmente encontraron el momento oportuno para escaparse de la Cruz Roja y entrar en Italia. Ahora están en Nápoles y hacen dos turnos al día en una pizzería; el primero dura desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, luego descansan dos horas y vuelven a trabajar desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche. Cuando Yasin les preguntó por lo que realmente interesaba, Abdel Halim le respondió que cada uno ganaba sesenta euros al día, y que vivían con otros ocho egipcios, todos ellos de Zagagig.

* * *

Cuando colgué no podía creer lo que había oído:

¡Sesenta euros!

¡Unas quinientas libras al día!

O sea, que en un día ganan lo que yo en dos meses; vamos, que en un año ganan lo que yo tardaría en reunir más de sesenta... ¡En cuatro años se embolsarán lo que yo ganaría en más de doscientos cuarenta años!

Tengo que irme de aquí pero ya.

* * *

Yasin Al Barudi, nacido en 1964, se licenció en la facultad de letras de la Universidad de Alejandría en 1987. Antes de celebrar los diez años de su licenciatura, por fin lo nombraron —gracias a sabe Dios cuántos intermediarios—, profesor de ciencias sociales en la famosa escuela Ahmad Mabruk, con un sueldo de ciento cuatro libras egipcias. A finales de 2004, cumplidas las cuarenta primaveras, el sueldo había subido a doscientas sesenta libras.

Yasin se casó con Aisha al mes de ser nombrado profesor, y tuvieron a Hasan y Husein, y más tarde a Zeynab, como colofón.

Aisha, además de ser una esposa perfecta, era una cocinera fabulosa, pues en solo un mes después de casarse había conseguido cebar a Yasin como si quisiera hacer *foie gras*: su marido engordó quince kilos, a un ritmo de medio kilo al día, hasta alcanzar los ciento cuatro kilos de peso. Solían reírse porque cada kilo de su peso equivalía a una libra de su sueldo. Le prometió que en dos meses conseguiría que pesara trescientos, con la esperanza de que el sueldo aumentara en la misma proporción. Sin embargo, nada más nacer los hijos, adelgazó y se quedó en los ochenta kilos a los que estaba acostumbrado.

Yasin tiene cuatro hermanos. El primero desapareció en Iraq y desde la noche en

que Bagdad cayó en manos de las fuerzas norteamericanas, a las cinco de la mañana del jueves 20 de marzo de 2003, nunca más se supo nada de él; solo Dios conoce su paradero. El segundo trabaja como contable en los Emiratos; el tercero, Abd Allah, es también el mejor amigo de Yasin: ni se ha marchado ni se ha casado por culpa de una parálisis infantil. El fracaso absoluto acabó con Muhib, el hermano menor, que murió el año 2000 dejando una viuda y una huérfana, pues Yasmin se había negado a casarse en segundas nupcias.

Los cinco hermanos participaban desde 1992 en una granja de pollos de cuya dirección se encargaba Abd Allah, por ser el primogénito; Muhib, que era el auténtico motor, le ayudaba. La granja vivió años de bonanza, pero en 2001 empezaron a sufrir pérdidas constantes; por un lado, por la virulencia de la competitividad y la crueldad de las empresas que habían entrado en el mercado para hacerse con el monopolio, y por otro por la ausencia del soberbio intelecto de Muhib, que era la verdadera razón del éxito del proyecto. La única forma que encontraron de frenar las pérdidas fue cerrarla, en diciembre de 2004.

La decisión de clausurar la granja le sentó al padre como un jarro de agua fría, pues pasó a ser el único sustento de la familia del hijo que había desaparecido en Iraq, de la del difunto Muhib y de Abd Allah, que no podía valerse por sí mismo. Los beneficios de los once *faddanes*^[9] que tenía no bastaban para cubrir todos esos gastos después de tener que ir vendiendo el terreno poco a poco para costear el tratamiento de Abd Allah.

La ironía le había jugado una mala pasada a Yasin, que era uno de los grandes del pueblo: su abuelo había sido el alcalde del pueblo, su tío era el actual y descendía de una familia de alcaldes que se remontaba a tiempos inmemoriales. Pero su abuelo había sido extremadamente fértil y había traído al mundo a diez vástagos, por lo que los terrenos habían sido desmembrados para repartirlos entre los hijos y los nietos. Ante la nueva situación y la disminución de los beneficios de la agricultura, todos se enfrentaban a una necesidad y a una pobreza inimaginables.

* * *

Plantamos algodón desde hace años, pero llevaremos unos quince sin cubrir gastos. En 1997, por ejemplo, con el algodón no cubrimos ni la mitad de los gastos. Cuando el gobierno encareció el precio del diésel, intentamos plantarnos y decidimos que no salieran ni los coches ni los camiones. Se llevaron a la comisaría a los conductores, les dieron hasta en el carné de identidad, y nada más salir de la comisaría se fueron derechitos a las gasolineras para comprar diésel. Los pobres estaban dispuestos hasta a bebérselo sin rechistar. Además está el problema de que la semilla auténtica del algodón egipcio, la original, ya no hay forma de conseguirla a no ser que sea en Israel o en Sudáfrica; la semilla que nos proporciona ahora el gobierno no tiene nada que ver. Una vez que nos dieron semilla de fibra larga, y después de plantarla, nos dijeron

que no tenía demanda en el mercado internacional y se negaron a comprarnos el algodón... ¿y qué culpa teníamos nosotros?

Lo suyo habría sido que el gobierno asumiera su error, ya que fueron ellos los que nos la dieron en primer lugar.

En los cincuenta y en los sesenta, un quintal de algodón valía cuarenta libras, mientras que el *faddan* costaba cien. ¡Después de la recolecta podías comprarte otros dos! Mi abuelo, que en paz descanse, esperaba a la recolecta para poder casar a alguno de sus hijos; ahora esperamos que sea tiempo de recolectar para que el que quiera divorciarse lo haga y punto.

* * *

En los últimos años Yasin se había planteado en más de una ocasión la idea de emigrar. Primero intentó conseguir el visado para Italia, después el de Francia y luego el de Grecia, pero nunca consiguió ninguno. Los requisitos de los consulados eran inalcanzables para el mundo en el que se movía. La llamada de teléfono de su primo fue como un salvavidas para la situación económica tan desesperada que estaba atravesando, por eso decidió dar un toque a Abu Salama y fijar una reunión para el viernes siete de enero, en la cafetería Al Masiri, en Damanhur.

* * *

No sé cómo lo hizo, pero mi marido consiguió hablar en solo dos días con todos los del pueblo y contarles que el próximo viernes se reuniría con el que maneja el cotarro de la emigración ilegal. Además convenció a Shaker y a Sadeq para que emigraran con él. Hoy, después de comer, me ha preguntado si me alegraría en el caso de que viajara. No he sabido qué contestarle. Tenía miedo de que se enfadara contestara lo que contestase, así que me callé y me metí en la cocina. Pero la verdad es que prefiero que viaje ahora, antes de que los críos crezcan y necesiten que esté a su lado.

Por la noche, mientras nos tomábamos un té, me dijo que quería marcharse y punto. Le contesté que vale, pero que no fueran más de cinco años, que esos eran más que suficientes. Nada más terminarse toda la cena, empezó a pavonearse:

—Aisha, ¿depende de los años o de lo que ahorre? Lo correcto sería regresar después de haber ahorrado la cantidad que acordemos ahora. ¿Con cuánto quieres que vuelva?

En ese momento no le contesté, pero la pregunta me mantuvo en vilo toda la noche.

* * *

La decisión final de viajar que había tomado Yasin satisfizo a todo el mundo salvo a Yasmin, la viuda de Muhib, a quien la noticia pilló totalmente desprevenida. Ya

habían pasado cuatro años desde la muerte de su esposo y quería plantearle a su suegra la posibilidad de casarse con Yasin. Todavía no tenía los veintiocho cumplidos, y los dos últimos años había sido su suegra la que le había planteado el tema de casarse, pues no era lógico que se quedara toda la vida soltera. Yasmin, por su parte, se había opuesto, argumentando que la idea de que su hija creciera con un extraño era inaceptable.

Sin embargo, con el pasar de los años y tras mucho pensarlo, Yasmin decidió que casarse con el hermano de su difunto esposo era la mejor opción para garantizar una buena educación para su pequeña. Evidentemente, era innecesario mencionar lo que en este caso era obvio: que a Yasmin le encantaba Yasin y que solo tenía ojos para él. Intentó quedar con él todos y cada uno de los días de la semana, pero él no había tenido ni valor ni fuerzas para verla. Ella ya no quería seguir estando sola y la decisión de Yasin de viajar la obligó a replantearse su estrategia.

¿Debería hablar con su suegra y que fuera lo que fuese?

Pero, incluso aunque aceptara, menuda suerte la suya, con otro marido ausente.

A raíz de la muerte de Muhib, Yasmin vivía con sus suegros y paulatinamente había empezado a encargarse de las tareas domésticas, pues su suegra estaba ya mayor. Además le tocaba aguantar los problemas inherentes a un hogar envejecido y del que habían desaparecido tanto el primogénito como el benjamín.

Luego de una larga reflexión, Yasmin optó por plantearle la cuestión a Yasin. La tarde del miércoles sería el momento escogido, antes de que él se reuniera con todos los que iban a ver a Abu Salama.

* * *

Quedé con Yasin por la tarde. Salía del huerto y tenía puesta una chilaba blanca tan resplandeciente que la luna a su lado se quedaba corta. No pude resistirme y me acerqué a él, no sin antes mirar y asegurarme de que no había nadie. Le acaricié el pecho y me puse malísima del calentón que me entró. Fui empujándolo suavemente hacia el montón de paja que había junto a la puerta y me dejé caer; bueno, en realidad hice como que me tropezaba para agarrarle de la mano y que cayera sobre mi cuerpo sediento. Cuando se tumbó encima juro que vi cómo me salía humo... pero el muy escurridizo se soltó, se levantó y corrió hacia la puerta.

* * *

Yasmin es como un gajo de luna. Su cuerpo aún lo mejor de esta tierra: es esbelta como una tigresa, tiene una cara celestial, con el pecho esculpido en mármol blanco y el culo respingón como una gacela dispuesta a perseguir a su amante en medio de los chillidos de los monos. Yasin, por su parte, es un armario: alto y ancho de hombros, soberbio y esbelto. Podría ser perfectamente el protagonista del poema *Al-Atlal* al que puso voz Umm Kulzum cuando cantó «¿Dónde está mi arrebatador amor... su vigor,

su grandeza, su pudor?... Anda recto como un rey... demolidor con la excelencia, ansía la soberbia». La única diferencia entre Yamin y Yasin era la letra eme del nombre.

—¿No sabes, Yasin, que hoy me he visto de repente repitiendo «Yasin y Yasmin», «Yasmin y Yasin»... y me he dado cuenta de que los dos nombres suenan casi igual? Venga, repítelos.

—Venga, Yasmin, ¿qué quieres?

—Mira, lo que te estoy proponiendo es que nos casemos. Estoy dispuesta a aceptar ser la segunda esposa y que Aisha sea la primera en todo.

—¿Quieres que te despose, Yasmin?

—Yasin, no hay ninguna mujer a la que le guste hacer lo que estoy haciendo yo, pero lo hago por mi hija. ¿Crees que lo hago por mí? ¡Dios me libre! Lo hago únicamente por ella.

—Me marcho de viaje. Hablaremos cuando vuelva.

* * *

La plaza, amplia y arenosa, da por un lado a un canal de irrigación y por el otro a un callejón alargado y sinuoso, cuyas aceras acogen casas paupérrimas.

El miércoles por la tarde se habían reunido en medio de la plaza muchos de los vecinos del pueblo, que habían acudido a la cafetería Faluha. Empezaron hablando sobre el partido entre el Enppi SC y el Zamalek SC, que había terminado con empate a uno. Aburridos de que todo acabe siempre en empate, la conversación derivó a cómo poder salir de Egipto. Todos los jóvenes que habían acudido anunciaron su disposición a emigrar y entonces fueron al grano: ¿cuánto costaba?, ¿cómo se pagaba? Y lo que era más importante: ¿de dónde iban a sacar todo el dinero necesario para el viaje? En ese momento el *shayj*^[10] Saleh, un hombre entrado en los sesenta, con una voz grave pero suave, idónea para hablar en público, interrumpió la conversación:

—Hoy hemos escuchado muchas cosas, pero nadie ha dicho una palabra sensata. Todos sabemos cuál es la verdad, pero nadie quiere decirla. Bueno, pues esta es: ¡el viaje es el camino de la humillación! Todos los que emigran son humillados, y en Libia la situación es todavía peor. Los dejan en una habitación sin que nadie vaya y sin que puedan ver a nadie, como si fuesen prisioneros en una cárcel de torturas, hasta que llega el momento del viaje, preparado entre un puñado de malnacidos y de ladrones. Una mafia en toda regla. Todos hemos oído, vosotros también, que los canallas vigilan en Libia con armas a los nuestros, y que uno de ellos, cuando vio el mar embravecido, se asustó y no quiso subir al barco. Bueno, pues le dieron una paliza y lo obligaron a hacerlo. Todos sabéis que este es el camino de la muerte... ¿Oís? ¡El camino de la muerte! Y aún así, hoy todas las familias están dispuestas a arriesgar la vida de sus hijos y a empeñar sus tierras. Vuestras familias se van a

endeudar con el banco del pueblo, van a vender los terrenos o el ganado que tienen como sustento para que podáis emigrar... y sabéis perfectamente que al barco en el que os mandarán subiréis más de cincuenta, cuando solo tiene capacidad para veinte. ¡Sabéis perfectamente lo que ocurrirá! ¡Aquel que opte por esa vía está perdido! ¡Perdido!

El *shayj* aparcó el tono de presagio y de su garganta salió una inflexión más cariñosa:

—Hijos, sabed que Dios es más sabio. Tened fe y Él proveerá.

La reunión concluyó con el acuerdo por unanimidad de todos los jóvenes, veinticuatro en total, de acompañar a Yasin el viernes siguiente y hablar con Ahmad Abu Salama. El *shayj* Saleh volvió a casa con el ánimo por los suelos.

* * *

Después de rezar la oración del viernes, salí corriendo hacia la cafetería Al Masiri para ver a Yasin e Ismail; así podría conocer a unos cuantos y pasar una hora explicándoles lo que quería. Había más de cuarenta chicos esperándome. La cafetería, la plaza y la acera estaban a rebosar. Había algunos incluso sentados en la acera de enfrente, otros encima de barriles tirados en la calle... ¡Habían ocupado toda la zona!

Tenía un poco de miedo porque parecía una medio manifestación y no quería acabar en el talego. Además, no me gusta nada hablar con los clientes en grupos numerosos, pero no podía hacer nada.

Había chicos de Nakla El Enab, Eshlima, El Nabira, Gabares, El Sawalem Bahri y El Sawalem Qebli, Dimisina, Kafr Awwana y Kafr Amlit. Cada uno se había traído a su propio ejército; había tantos que podríamos haber ido a la guerra. Me fueron presentando a los chavales y el primero al que saludé me dio un tirón tan fuerte que casi me arranca el brazo. Luego ya no pude saludar a ninguno más, me lo dejó dormido. Era un armario, de nombre Taha, y a su lado estaba sentado Al Tuji. Mientras hablaba no podía apartar la mirada de uno que se llamaba Zaquza; le dije que si se dedicaba al boxeo le iría mucho mejor. Luego me presentaron a Muhammad Shendi, Abdo Al Jarrat, Shaker... eran todos unos sementales. A mí me venía bien que hubiera tanta gente, sobre todo por cómo había aumentado la competencia últimamente.

Les pedí que me prepararan los pasaportes, el certificado del servicio militar y quince mil libras, diez por adelantado y cinco al hablar con la familia antes de subir al barco para tranquilizarles y decirles que todo va bien. Acordamos volver a reunirnos en el mismo sitio exactamente dentro de un mes, en viernes también, para saber cuántos viajarían al final. Dijeron que preferían viajar en verano porque hace mejor tiempo y la mar está en calma, con pocas olas. Así podrían cruzar sin problemas.

* * *

Cuando Abu Salama se reunió a solas con Yasin e Ismail dentro de la cafetería, era plenamente consciente de que hasta el más mínimo detalle que les contara llegaría a oídos de todos. Quería tranquilizarles asegurándoles que había otras opciones en el caso de que no tuvieran los medios económicos necesarios para poder salir de Egipto.

—Sois unos tíos de puta madre y como me caéis bien voy a echaros una mano y a contaros de lo que me he enterado.

—¿De qué se trata, Abu Salama?

—¿Me creeréis si os lo digo?

—Venga, suéltalo.

—Veréis, muchachos: no os sintáis ofendidos, pero para los que no tengan dinero suficiente hay un hospital que necesita donantes de riñones para enfermos. Si no los reciben acabarán muriendo. El hospital paga además todos los gastos del viaje.

—¿Pero tú qué eres?, ¿un carnicero? Vete al infierno.

—No te confundas, Ismail, los carniceros son los otros, los hijos de puta que para conseguirte un visado para Europa te hacen una revisión médica completa, y mientras estás anestesiado te roban lo que les da la gana. ¿No leéis los periódicos? Yo en cambio trabajo con la conciencia tranquila y sin trapos sucios. Yo solo os lo cuento, luego que cada uno se incline por la opción que más le guste.

—El que se quite un riñón no va a poder inclinarse a gusto ni aun queriendo.

Yasin se ríe de su gracia, pero ni Abu Salama ni Ismail la entienden.

—Los que salgáis de aquí conseguiréis la residencia al cabo de los años, y después la nacionalidad. Ni que decir tiene cómo es la asistencia sanitaria allí; pueden implantarte hasta cinco riñones a la vez, en vez de uno. Es otro mundo.

—Bueno, ¿y cualquiera puede donar?

—No, claro que no. Hay análisis, revisiones e historias y al final te dicen si puedes donar o no.

—¿Y las historias esas somos nosotros los que tenemos que pagarlas?

—No, no, no, tampoco hay que pasarse. Todo eso es gratuito; hasta yo estoy pensando en donar, así me hago una revisión completa a su costa: comprobar que la máquina funciona bien y después si les he visto ni me acuerdo.

—¿Y qué le pasa a la máquina?

—Lleva unos días un poco cascada... Es la suspensión, que ya no sube.

—¡Eso nos pasa a todos!

—Decidido, pues. Dios mediante nos veremos el primer viernes del próximo mes.

* * *

Fue una sorpresa que acudiera a la cafetería Wahdan el hijo del *hag* Saleh. Desde que se había licenciado en el Instituto de Comercio no había encontrado trabajo; por eso, y tras varios años infructuosos buscándolo, había decidido montar un proyecto. Después de mucho pensarlo y estudiarlo detenidamente se le ocurrieron varias

opciones, si bien tras el rotundo rechazo de su padre a todas ellas, acabó por hacerle caso y construyó una torre para criar palomas. Así todos los beneficios irían íntegramente para él.

El *hag* Saleh invirtió todo lo que tenía, además de todo lo que a duras penas pudo pedir prestado. Tenía que reunir quince mil libras, trece mil para la construcción de la torre, con capacidad para cinco mil nichos, y otras dos mil libras para las palomas. Era una torre enorme, con una escalera de madera interior para alcanzar cada uno de los nichos; la parte exterior inferior se había recubierto de baldosas de cerámica lisas hasta una altura de dos metros, para evitar que las serpientes y los ratones trepasen. También pusieron especial atención al diseñar el portón de hierro.

Hacía cinco años que Wahdan había terminado de construir la torre, cuya finalización celebró casándose con su prima Haniya. Durante esos cinco años no fueron bendecidos ni con hijos ni con nada digno de mención relativo a la torre. El primer año un búho se coló en ella, y el tercer año una enfermedad ocular afectó a muchas palomas. Ese año, a pesar de haber empezado fenomenal y de que todo marchaba viento en popa, justo antes de empezar a obtener beneficios, una epidemia de enfermedades asoló la torre y acabó con las aves. Fue un golpe del que Wahdan nunca se recuperaría. A veces se encerraba solo en la torre, echaba el cerrojo a la puerta y pasaba las horas sentado, llorando por todo lo que había perdido. En ocasiones su imaginación le hacía oír el batir de las alas de un búho en lo alto de la torre. Estaba tan cerca de perder la cabeza que alguna vez subía por la escalera rebuscando dentro de cada uno de los cinco mil nichos en busca del animal. Cuando le oía graznar le gritaba: «¡Sal, cabrón! ¡Te encontraré aunque te vuelvas invisible!»... Y al final, incapaz de capturarlo, acababa sentándose en medio de la torre, bufando como un toro enfurecido.

Wahdan decidió que su única solución consistía en escapar, con lo que haría lo que muchos otros habían hecho antes que él. Y sobre el hundimiento del que hablaba su padre, por lo que a él respectaba él ya estaba hundido, aunque fuera sin mar y sin olas; hundido dentro de su torre, aguardando a que el maldito búho diera buena cuenta de él. Por eso hoy iba a anunciar en la cafetería y frente a todo el pueblo, incluido su padre, que viajaría con Abu Salama, y que conseguiría el dinero aunque tuviera que robarlo.

* * *

Cuando vi a Wahdan hundirse en mis propias narices, lo primero que pensé fue: «¿Será por culpa de la operación en la que le quitaron un riñón?». De todos los que íbamos en el barco, Wahdan fue el primero que murió. Uno que se aferraba a uno de los bidones que había cerca me dijo: «Ese no ha muerto ahogado, ha muerto de un infarto». El corazón de ese pobre diablo no lo soportó. Dicen que cuando uno se ahoga, a las cuatro horas sube a la superficie. Wahdan estaba flotando en menos de

cinco minutos. Seguro que la dichosa doctora Nevine Adly, cuando le extirpó el riñón, le dejó tocados el cuerpo, el corazón y hasta la fe. Ojalá Dios se apiade de él, le abra las puertas del paraíso y le permita recobrarla. Intenté acercarme para agarrar el cadáver y darle la vuelta, pero no pude. La corriente, que era fortísima y no daba ni un respiro a los restos del naufragio, me hizo dar tantas vueltas en el agua como las que le di yo al tema del hospital y la operación. Todo comenzó en julio, cuando nos encomendamos a Dios y nos marchamos a Libia. Cuando llegamos a Zuwara, Abu Salama nos presentó al contacto libio, que era el que dirigía todo el tinglado. Era un sargento que respondía al nombre de Gamal Aly. Nos quedamos en casa de este oficial desde el lunes hasta el viernes, sin hacer nada y sin poder salir. El viernes por la mañana vino un hombre que nos dijo que nos prepararíamos porque nos marchábamos de inmediato... Ni siquiera nos dio tiempo de rezar. Nos fuimos con él y, de camino, recogimos al sargento Gamal. Cuando llegamos a la playa, que estaba en una zona en la que no había ni un alma, nos estaban esperando otros tres, que tenían unos teléfonos gigantes y no paraban de hacer llamadas. Montamos de ocho en ocho en una zodiac pequeña que se adentró en el mar unos doscientos metros, para que pudiéramos subir al barco. Llegó a cargar a ochenta y seis personas.

El barco era como un bote de pesca pero demacrado. Cuando arrancamos le preguntamos al capitán —ellos le llamaban patrón— a qué velocidad iba, y nos respondió que a unos veinticinco kilómetros por hora, tras convertir de nudos a kilómetros. Nos pusimos en marcha exactamente a la una del mediodía del quince de julio, justo cuando el calor era más fuerte.

Fue un día funesto que no olvidaré mientras viva. Navegamos durante una hora y media, por lo que serían las dos y media cuando empezamos a mojar nos los pies. Cuando avisamos al capitán de que el barco hacía agua, nos dijo que cortáramos el cabo que amarraba los bidones y que achicáramos el agua sobrante. Nos pusimos como locos con los cubos y, cuando llevábamos como un cuarto de hora achicando, de repente una ola enorme nos rompió encima y partió el bote. Gritábamos como locos al capitán para que retrocediera. «¡Volvemos, volvemos!», nos contestó. Y justo cuando el barco viraba, zozobró y volcamos.

El que tenía alguna idea de natación saltó al agua y se alejó del barco unos quince metros. Yo no sé nadar, pero me aferré a uno de los bidones que empezaron a apartarse del barco. Entre el mareo que tenía y el sol abrasador, parecía que el mundo estuviera girando como una peonza. Lo último que recuerdo fue el aletear de unas alas sobre mi cabeza; después me desmayé.

* * *

Había una bandada de gaviotas sobrevolando a Yasin, observando el espectáculo desde arriba, mientras batían furiosas las alas.

¿Podrán algún día recordar esa escena? ¿Habían conseguido por fin borrar del

recuerdo la agonía vivida?

La mayor parte de los hombres eran agricultores que en su vida habían visto el mar con sus propios ojos; lo conocían de películas o de fotografías, pero nunca se habían imaginado cuán fiero podía llegar a ser. Habían escapado huyendo de la horca para acabar en la silla eléctrica. Todos se aferraban a la vida en unos momentos tan duros que sacaban a relucir lo peor de cada uno: Muhammad, quien al igual que muchos otros no sabía nadar, intentó agarrarse a la mano de alguien, pero este le pegó lo más fuerte que pudo en la cabeza para separarlo de él. Cada bidón suponía una lucha a vida o muerte, y quien hubiera tenido armas a su alcance no se lo habría pensado dos veces a la hora de utilizarlas para cargarse a quien intentara quitarle el suyo: suponía la diferencia entre vivir o morir. Por un lado había gente gritando y aullando y por otro estaban los que se rendían ante el destino y se hundían en un insondable abismo. ¡Qué suerte tuvieron los pájaros ese día! Ellos también emigran cada año recorriendo miles de kilómetros y atravesando incontables peligros con el sol, la luna o las estrellas como telón de fondo y un único objetivo: sobrevivir, flirteando con el campo magnético a fin de llegar a su destino. Pero el Señor no ha provisto al hombre de alas que le permitan migrar cuando le sea necesario, por lo que no le queda otra que montar en lo primero que encuentre para huir de la adversidad. Casualmente, fue una gaviota la que, al acariciar con las patas la cabeza de Yasin, le salvó de una muerte segura.

* * *

Cuando me desperté, no sé después de cuánto tiempo, el pobre Wahdan estaba justo enfrente de mí. El cadáver de mi amigo había subido hasta la superficie, y rompí a llorar por su suerte, por la mía y por la de cada uno de los que buscaban cómo salvarse de la muerte.

Zaquza, que estaba subido en el casco del barco, me llamó para que fuera a sentarme a su lado. No me acerqué, a pesar de que, como no fuera en un videojuego, él no sabía nadar. Estuve también buscando a Shaker pero no lo encontré. A los veinte minutos el barco terminó de hundirse: *blop, blop, blop*. Zaquza hizo lo propio y no subió a la superficie; esa fue la última vez que lo vi. Le llamé histérico a gritos, igual que a mi madre, desde lo más profundo de mi ser... ¿Por qué no llamaría también a mi padre?

La única opción que nos quedaba era rezar. Todos nos aferrábamos a cualquier cosa y no oíamos más que plegarias o a alguno que llamaba a su madre y después acababa hundiéndose para no salir más.

A mí la corriente me separó del grupo con el que estaba. Llamé a Taha, a Okasha y a Muhammad... pero lo único que me respondía era mi propia voz, y no para darme buenas noticias precisamente. Las piernas me dolían del peso de las botas, y las pasé canutas hasta que pude quitármelas, porque tenía miedo de que se me resbalara el

bidón. Nada más descalzarme me sentí tan ligero y tan cómodo que también me quité la camisa, que en su momento me costó cara: sesenta libras en la calle Safiyat Zaglul, en Alejandría. Unas seis horas después atardeció, y de vez en cuando escuchaba algún grito lejano.

Al cabo de unas horas ya no podía resistir, no aguantaba más. Tenía todo el cuerpo destrozado del dolor y con el anochecer perdí toda esperanza. No había ni rastro de la costa y la idea de que aparecería un barco para rescatarnos se había esfumado con el último rayo de sol. Estaba tan sediento que no podía ni tragar, y tenía los labios cortados, pero sabía que si me soltaba para beber no podría nadar y, desde luego, no podría volver a agarrarme después.

Juré y perjuré, me encomendé al Altísimo, recité la *fatiha*^[11] y decidí beber del bidón y que fuera lo que Dios quisiera. No paraba de dar vueltas a si lo que estaba a punto de hacer se consideraría un suicidio o no. Opté por lo segundo; no lo era porque lo único que hacía era ponerme en manos del Creador.

Estaba literalmente muriéndome de sed. Cuando lo abrí para echar un trago, ¡imagina qué sorpresa me llevé al ver que estaba lleno de gasolina! Ahí ya me pudo la desesperación más absoluta. Me solté y empecé a hundirme con los ojos abiertos, sin ver nada. No obstante, y a pesar de beber sin querer un poco de agua salada, subí de nuevo a la superficie. El barril seguía donde lo había dejado, esperándome; no me lo podía creer. En ese momento supe a ciencia cierta que sobreviviría y que nuestro Señor, ¡alabado sea!, había sustituido el agua por gasolina y así no tener que darme yo mismo el pésame.

No tengo ni idea de cómo pasé el resto de la noche hasta que amaneció. Supongo que me dormiría abrazado a mi particular almohada.

El mar rebosaba cadáveres. Nos pilló un remolino y no paraba de dar vueltas rodeado de cuerpos, como si se tratara de un baile macabro. De repente el agua se calmó y sentí que me arrastraban hacia fuera.

Estaba hecho polvo. La pierna izquierda la tenía totalmente paralizada, incluida la rodilla. Al rato tuve un ataque de pánico porque la rodilla derecha la tenía igual, tampoco podía moverla. Hubo un momento en que alguien o algo me rozó el pie y me entró otro ataque de histeria; creía que me iba a tragar entero, o que algún remolino me volvería a hundir de una vez por todas. No fue hasta pasado un buen rato cuando fui consciente de que lo que me rozaba el pie era la arena. Cuando alcancé la playa me desmayé.

* * *

Al igual que en las películas egipcias antiguas, en esas escenas en las que los personajes están perdidos en el desierto, apareció un beduino con el rostro cubierto y vestido con una túnica blanca. Se acercó a Yasin, sacó de dentro de la chilaba un odre de cuero y le dio a beber a pequeños tragos. Lo dejó dormir en la playa y se sentó a su

lado, con su camello contemplando el vacío en soledad. Yasin se despertó con unos ruidos horrorosos de los que no distinguía ni su naturaleza ni su origen. No podía ni abrir los ojos. ¿Estaba en el cielo o en el infierno? ¿Volvería a ver a Wahdan, Zaqzuqa, Okasha, Taha o Muhammad? Aunque estaba seguro de que estaba muerto y bien muerto, cuando se convenció de ello fue al elevarse en el aire volando cual ave, con la brisa acariciándole el rostro humedecido. Cuando lo metieron en la ambulancia y escuchó el ruido del motor fue cuando finalmente pudo abrir los ojos y comprendió que había sobrevivido.

Ni durante el trayecto ni después de ingresar en el hospital pronunció palabra alguna. Permaneció congelado, petrificado como una roca sorda a pesar de todas las preguntas que le habían hecho en la ambulancia. Al oír la voz del doctor egipcio que fue a atenderle, todas las emociones acumuladas estallaron en mil pedazos y rompió a llorar.

Una hora después, y tras cerciorarse el oficial libio de que Yasin estaba bien y de que no tenía heridas que revistieran gravedad, lo trasladaron en un coche patrulla a una cárcel de la Guardia Fronteriza. Allí lo encerraron en una celda a oscuras junto a Okasha, que lo recibió con un fuerte abrazo.

En esa celda estaban todos los que se habían salvado de los ochenta y seis que habían embarcado. En total quedaban veintisiete, entre egipcios y marroquíes. A la mañana siguiente, cuando llegaron para interrogarlos y para que reconocieran los cadáveres, Yasin le pidió a un oficial libio que le diera una camisa y unos zapatos, pero tuvo que conformarse con quedarse descalzo y cubrirse solo con su camiseta interior marca *Jil*.

Yasin reconoció los cadáveres de Wahdan, de Shaker y de otros tantos que habían estado con él en la casa del sargento Gamal Aly. Aunque buscó a Zaqzuqa no lo encontró. Luego, empezaron con el interrogatorio.

—¿Nombre?

—¿Nacionalidad?

—¿Quién te ha traído a Libia?

—¿Dónde está tu pasaporte?

—¿Quién te ha ayudado a salir de Libia?

—¿A dónde ibas?

—¿Cuándo llegaste a Libia?

—¿Y cómo?

—¿A qué hora exactamente?

—¿Dónde te alojaste durante esos días en Libia?

—¿Eres consciente de que has cometido un delito?

Después del interrogatorio les trasladaron a todos a la Seguridad Nacional, donde los interrogaron otra vez, repitiéndoles las mismas preguntas. Después fueron puestos a disposición judicial.

Entre la espera agónica que tuvieron que aguantar y el calor insoportable que

hacía, les caían ríos de sudor por la espalda hasta el culo, mezclándose así el olor a podrido con el del agua salada que rezumaban. Siempre les repetían las mismas preguntas. Y siempre respondían las mismas respuestas, de forma que acababan volviendo a sus respectivas y oscuras celdas, ansiosos por disfrutar de la poca libertad que pudieran encontrar en alguna esquina.

* * *

El día después, es decir, el lunes, las autoridades libias empezaron a presionarnos a todos para que nos abstuviéramos de mencionar el nombre del oficial libio. A mí me ofrecieron quince mil dólares para que no dijera ni su nombre ni el de la madre que lo parió.

Nos negamos y nos empecinamos en que reconociera que era culpable de la muerte de los otros. Había metido a ochenta y seis personas en un barco que no daba ni para treinta.

Al final no se lo planteé, pero llegó a pasármeme por la cabeza ofrecerles que en vez de esos quince mil dólares me dieran un par de zapatos y una camisa.

Nos llevaron al juzgado, pero el juez pospuso la sesión una semana. La siguiente sesión volvieron a retrasarla y así estuvimos un mes y medio.

Cuando finalmente nos condenaron, nos cayeron cuatro meses de cárcel y cincuenta libras de multa. Al sargento Gamal, el libio, le condenaron también a cuatro meses y le degradaron de rango. Hasta el juzgado se desplazaron los de la embajada egipcia, que nos preguntaron por nuestro estado y nos pidieron nuestras direcciones en Egipto para avisar a los familiares.

Los días se iban sucediendo lentamente, las semanas pasaban una tras otra y lo único que hacíamos era comernos las uñas de la desesperación. De hecho eso fue todo lo que comimos, nada más. El rancho que nos daban no había quien se lo tragara, y ya parecíamos fantasmas. ¡Cómo echaba de menos a Aisha! ¡Cómo extrañaba lo que solía cocinarme! Fue la espera la que finalmente se aburrió de nosotros; entonces nos llevaron a Trípoli y desde allí al aeropuerto.

Al bajar del coche, enfrente del aeropuerto, había una chavala italiana guapísima acompañada de un hombre que de hombre no tenía nada. Nos estaban esperando para grabarnos. ¡Éramos famosos!

Pero ya sabes, aunque fuéramos famosos en Italia, en Egipto seguíamos siendo unos parias: ¡menudo recibimiento nos dispensaron en cuanto aterrizó el avión en El Cairo! En el aeropuerto, interrogatorio, y de allí al edificio del Mugamma, en Tahrir. Volvieron a tomarnos declaración y de Tahrir nos mandaron a Al Jalifa, donde nos obsequiaron con otros cuatro días en el calabozo. Desde Al Jalifa nos enviaron a Beheira. Nos pusieron las pilas en Seguridad del Estado y ya por fin nos soltaron.

* * *

Cuando llegaron, todo el pueblo estaba de luto. Los protagonistas de la escena fueron el silencio sepulcral, la consternación y la tristeza. Todos anduvieron cabizbajos durante el cortejo fúnebre. Detrás de una de las cortinas estaba Yasmin, buscando a Yasin.

La verdad es que me alegré. Cuando lo vi entrar así decaído me dije: «Chica, esta es tu oportunidad, no la dejes escapar». Mi hija también tiene derecho a criarse con su tío, que además es de su misma sangre. Incluso así, cabizbajo como estaba y con esa barba de náufrago que le llegaba hasta los pies, me volvía loca. Cuando lo vi, el corazón me dio un vuelco. Debió de latir tan fuerte que incluso él lo escuchó, porque a los dos días me cogió por banda. ¡No podía creérmelo! ¿Le habría aclarado las ideas el mar y le habría hecho ver hasta qué punto lo quería?

Lo recibí con los brazos abiertos, pero estaba literalmente cabizbajo no solo arriba, abajo también. ¿No había funcionado con Aisha y venía a probar suerte conmigo? ¡Pues bienvenido!

Mientras me abrazaba, me miré en el espejo y me pregunté: «Si yo soy la primera que puede hacer que vuelva a ser como era, seguro que le haré tilín».

Lo abracé como una lapa, pero el muy escurridizo se soltó y salió escopeteado. Después de eso estuve buscándolo por el pueblo durante semanas, pero siempre me daba esquinazo. Cogí todo el dinero que tenía y le dije al *hag* Amin Al Barudi que quería ir a visitar a Sayyida Zeynab, y que me acompañaría mi hermano Jalifa. Me dio permiso y después de llegar a la estación de El Cairo me fui directamente a Sayyida Zaynab; allí busqué una farmacia y pedí a Jalifa que me esperase fuera.

—Buenas tardes.

—Dígame.

—Eh...

—Hable más alto, no le entiendo nada.

—Es que... es que... verá, mi marido...

—¿Qué le pasa a su marido?

—Es que... verá...

—Veré, veré... ¿veré el qué? ¿Qué es lo que le ocurre?

—Tiene un problema cuando está conmigo...

—Tiene problemas de erección, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Sufre del corazón? ¿Se ha operado?

—No se ha operado de nada; tiene un corazón de hierro.

—¿Cuánto quiere pagar?

—Treinta libras es lo que tengo.

—Tenga estas tres cajetillas de *Virecta*. Que se tome media pastilla una hora antes y todo irá bien.

* * *

¡Vaya si le hizo tilín! Treinta libras nada más le costó a Yasmin que Yasin se casara con ella.

Sin embargo, en cuanto se terminaron las tres cajas, Yasin volvió a buscar cualquier forma de salir de Egipto. La situación no había hecho más que empeorar. El sueldo del colegio, que había comenzado siendo una broma pesada, se había convertido ya en un insulto. En cuanto a Abu Salama, este desapareció de la faz de la tierra y nunca nadie supo nada de él. Que el *hag* Saleh y Husein e Ibrahim, los hermanos de Shaker, le preguntaran si había visto a Abu Salama para vengarse de él, era una pesadilla que le tocaba vivir durante el día; de noche la pesadilla consistía en pasar delante del cibercafé y no ver a Zaquza. La ansiedad que sentía provenía de su angustia existencial: ¿qué otra alternativa tenía? No había nada que le permitiera dar marcha atrás en el tiempo y salvar a sus hijos de un negro futuro. Aquella pregunta le perseguía por el día mientras daba clases a los analfabetos de sus alumnos, y por la noche mientras recibía los puñetazos de Muhammad Ali Clay. Una tarde, a la sombra del sicomoro del patio de la escuela, se acordó de la Dra. Nevine Adly. La buscaría y le ofrecería venderle un riñón para costearse otro viaje.

Nevine Adly

EL sábado 18 de febrero de 2006, Yasin decidió viajar hasta El Cairo para ver a la doctora Nevine. No tenía muy claro del todo lo que debía decirle. Abu Salama se había encargado de organizar el asunto de los voluntarios para donar un riñón. El elegido en el pueblo fue precisamente Wahdan. Había buscado la dirección de la doctora y llamó una semana antes con el fin de reservar una cita para ese sábado a las nueve de la noche. Tras encomendarse a Dios, tomó un microbús a las cuatro de la tarde. Arribó a El Cairo a las siete y cuarto y se dirigió a pie desde la estación de Bab El Hadid hasta la clínica de la calle Sherif, en el centro de la ciudad. Encontró la consulta abarrotada de gente y esperó de pie, desorientado, hasta que el enfermero lo rescató de su aturdimiento y lo llamó. Le dijo su nombre y le entregó con mano temblorosa las cien libras que había pedido prestadas al alcalde. A continuación, se sentó a esperar su turno mientras ojeaba los rostros de las personas que lo rodeaban. Poco a poco, se fue adueñando de él la sensación de desconsuelo que supuraba por los poros de todos los presentes mientras respiraban aquel ambiente cargado que flotaba por la sala de espera. En la estancia no había aire suficiente para llevarse a los pulmones, y una sensación de ahogo comenzó a invadirlo. Intentó, implorante, lograr un poco de oxígeno, pero no le llegaba ni una gota de aire.

Tras una hora de espera, se puso a buscar algo con lo que entretenerse. Vio el periódico *Al-Ahram* en la mesita que tenía delante. Lo estuvo observando con ojos vacilantes y, finalmente, estiró el brazo y lo cogió, mirando a su alrededor y preguntándose si tendría derecho a cogerlo. Echó una ojeada al enfermero que permanecía sentado a lo lejos, detrás de una mesa minúscula, pero el hombre no le prestaba la menor atención. Yasin abrió la sección de deportes. El Zamalek SC había ofrecido 600 000 dólares por Muhammad Fadel, pero el Ismaily SC rechazó el trato y pedía 600 000 euros. Yasin se preguntó si alguien estaría dispuesto a comprarlo a él por 600 000 céntimos. Sacudió la cabeza, a él nadie lo compraría. A continuación se preguntó qué pintaban dólares y euros en un acuerdo entre dos equipos de fútbol egipcios por un jugador egipcio en una noticia publicada en un periódico egipcio. ¡Qué curioso! Aquella noticia reafirmó su convicción de que debía empezar a acostumbrarse a aquellas extrañas divisas, pues no tardaría en marcharse del país. Entonces, se le ocurrió una idea para no tener que irse: presentaría una solicitud al Ministerio de Educación y Enseñanza para que les pagaran los salarios en euros, en cuyo caso cobraría alrededor de 50 euros al mes, cantidad con la que podría...; tras pensárselo un poco, no se le ocurrió qué podría hacer con una suma tan enorme. Cerró el periódico deprimido y asqueado, y se fijó en una noticia de la portada. El gobierno israelí había adoptado la víspera la decisión de eliminar los salvoconductos concedidos a altas personalidades palestinas para viajar entre Cisjordania y la Franja de Gaza. Yasin se rio a mandíbula batiente ante su osadía. Las autoridades y altos

cargos palestinos no podían desplazarse de un lugar a otro dentro de su propio país, y él, un pobre miserable, pretendía ir a Europa y ganar euros como los jugadores del Ismaily SC. ¡Qué atrevimiento! Cualquiera día, los europeos y americanos decidirían impedirle ir a El Cairo y restringirían la circulación de los microbuses a una línea imaginaria alrededor de Itai El-Barud. Igual hasta llegaban a tomar la decisión de prohibirle salir del pueblo. El texto de la ley iría impreso en un lustroso papel blanco procedente de la Casa Blanca y firmado por un hombre blanco: «Se prohíbe a Yasin Al Barudi salir de su dormitorio más allá de una distancia de veinte metros». Y tendría que dar gracias a Dios porque el cuarto de baño de su casa está a menos de esa distancia de su habitación. Por fin, escuchó que el enfermero gritaba su nombre.

* * *

La doctora Nevine Adly era cirujana nefróloga y profesora de Medicina en el hospital Qasr Al-Ainy. Por las mañanas se dedicaba a la enseñanza y recibía pacientes en la consulta externa del hospital, a mediodía realizaba operaciones, por las tardes se ocupaba de sus obligaciones familiares, y al caer la noche se sentaba tras la mesa de madera noble con incrustaciones de marfil y nácar heredada de su padre junto con el resto de la clínica ubicada en el centro de El Cairo. En sus ojos brillaban los reflejos que producía la luz al caer sobre las fotos y los diplomas que dejaron su progenitor y su tío en las paredes de la estancia, cubiertas por marcos de todo tipo: títulos obtenidos en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos; fotografías de familia en sus dos colores favoritos: el blanco y el negro. La más antigua se remontaba a mediados de los años cuarenta, y en ella aparecía su padre rodeado por su promoción de la Facultad de Medicina. Y la más moderna quizás fuese la instantánea de su padre con el presidente Gamal Abdel Naser cuando este último le entregó la medalla del Estado por sus méritos en el campo de la investigación en nefrología. Nevine se refugiaba allí, protegida por los espíritus de la familia que flotaban en el aire, y se dedicaba a recibir pacientes hasta la medianoche. Tenía la convicción mística de que el Señor le había conferido el don de sanar a la gente. Todas las noches, posaba las manos sobre la foto de su padre, que descansaba sobre la mesa en un marco de oro puro, para despedirse de él antes de marcharse. Al regresar a casa la recibía su esposo, Nabil Sharubim, con una fastuosa cena iluminada por velas. Nada más llegar, se acercaba a ver cómo estaban sus tres hijos —Silvia, Michael y Carol—, y luego salía de puntillas para lanzarse en brazos de su esposo.

Nevine era como una máquina alemana con motor japonés, con programación norteamericana usando cableado de Internet francés, pero poseía un alma genuinamente egipcia y copta, enraizada en miles de años de historia.

* * *

«Pocas veces se cruza una con un hombre tan guapo como ese tal Yasin Al Baroudi.

¡Ni Roushdi Abaza en sus tiempos! Podría haber sido perfectamente un galán de cine él también. Cuando se presentó hoy en mi consulta, me acordé de él. No sabía cuándo ni cómo lo había visto, pero lo reconocí en cuanto entró. ¿Un paleta puede ser tan pobre y tan hermoso al mismo tiempo? ¡Con lo clasista que he sido yo siempre para la belleza! Este hombre me he hecho replantearme muchas ideas. Se lo envié al doctor Shandi para que le hiciera unas pruebas e incluirlo en la lista cada día más larga de posibles donantes. Pensé en llamar a Sherif Jeirat para que lo viera, pues igual le daba un papel en alguna película suya. Sin embargo, hoy he conocido una terrible realidad por medio de él: resulta que imaginaba que yo podía comprarle un riñón para pagarse con el dinero un viaje a Europa. Su visita era un asunto de negocios. *Quid pro quo*. Ha sido la primera vez en mi vida que escucho una historia como esa. El hombre parecía desconcertado, pues me aseguró que un amigo suyo había donado un riñón y lo había hecho exactamente así. Nada más operarse, la familia pagó al pasador que lo sacó del país. Antes de abandonar mi consulta me contó que su amigo había muerto ahogado; el 15 de julio del pasado año. Una historia tétrica.

El 15 de julio del verano pasado fue precisamente el mismo día en que nos fuimos toda la familia a Canadá. Le pregunté si era viernes, y me contestó que sí. Me entraron ganas de hacerle mil preguntas: ¿cómo se hundió el barco? ¿Quién fue el responsable de ese crimen? ¿Por qué? ¿Con qué fin? ¿Cómo podía ser? Sin embargo, se me atascaron en la garganta. Me contenté con enterarme del nombre de su amigo. El próximo domingo, escribiré ese nombre en un papelito y lo dejaré como ofrenda en el altar de la iglesia. Señor mío Jesucristo, apiádate de su alma y de todos nosotros».

* * *

Nevine había quedado con su familia en salir antes de la consulta aquel día. Era la última noche antes del comienzo del gran ayuno. Habían decidido ir a cenar al restaurante El Pacha en Zamalek, para devorar sus sabrosos y succulentos platos de carne, con la esperanza de que aguantara en sus estómagos cincuenta y cinco días. Los niños ya llevaban casi una semana engullendo toneladas de chocolate, helado y *pizza*. Pero esa noche tenía un sabor especial, pues era la última, y esa sería su última cena. Nabil y los niños llegaron primero y eligieron una mesa en la terraza, frente al edificio de la Radio y la Televisión y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Nabil anunció con su potente vozarrón que ese día sería capaz de tragarse la torre del Ministerio de Asuntos Exteriores entera, con su cemento, su hierro y su fealdad; y ya de paso podrían aprovechar para devolver la sede del Ministerio al fastuoso palacio ubicado en la plaza de Tahrir, propiedad de su Alteza la Princesa Neamatallah Hanem, esposa del príncipe Kamal Eddin Hussein, hijo del Sultán Hussein Kamel.

La doctora Nevine se retrasó, como de costumbre, y al final se vieron obligados a

llamarla para saber qué quería pedir, pues el gusanillo del hambre empezaba a cosquillear en sus estómagos. Su esposo no sabía que Nevine tenía el corazón desgarrado y estaba sumida en la amargura debido a la historia de Wahdan.

Cuando Nevine entró a la terraza, John Lahoud empezó a cantar, molesto al ver que la doctora daba un gran beso en la boca a Nabil. El cantante jamás podría olvidar que Nevine fue el primer amor de su vida. Le dedicó la canción *Que je t'aime*, del cantante francés Johnny Hallyday, del año 1969, que tanto gustaba a Nevine en su juventud.

La cuestión del ayuno dividía a la familia. Los hombres solo ayunaban el primer día y la última semana, y Silvia los imitaba, mientras que Nevine y Carol observaban el ayuno de un modo estricto. Michael, como su padre, iba a misa una vez cada tres meses y ayunaba pocos días, e incluso esos escasos días no podía evitar tomar leche por la tarde, algo que consideraba una excepción que Dios le permitiría sin lugar a dudas. Nevine y Carol realizaban un ayuno riguroso durante el periodo del gran ayuno. Sin embargo, todos esperaban el domingo de Resurrección con ilusión sincera, así como la excursión que realizaban todos los años durante esa semana para visitar al padre Estefanos, mentor espiritual de la familia, que vivía en el monasterio de San Antonios. El padre Estefanos había sido compañero de clase de Nabil y, a pesar de sus hondas diferencias, a ambos les unía una profunda amistad. Como Nabil siempre decía: «*Tout se passe, tout se casse, sauf les amis de la classe*^[12]». Nevine no recordaba haber contravenido nunca las opiniones del padre Estefanos, pues era su confesor y tenía en gran estima su sabiduría. Solo había un tema, discutido por ambos durante su visita del año anterior, en el que no estaba de acuerdo: su deseo de emigrar a Canadá. Nevine recordaba perfectamente sus palabras:

—Padre, no hay esperanzas en este país. No quiero que mis hijos vivan como extraños, no puedo imaginar que sean extranjeros en su propio país.

—Nevine, ¿puedes pasarme el vaso que tienes a tu lado?

—Se lo lleno, padre. No queda más que un culín de agua.

—Hija mía, esa poca agua puede quitar la sed al sediento. Si siempre piensas que debes tener el vaso lleno hasta el borde, al cabo de poco no te bastará con un vaso y buscarás una botella, y después necesitarás un grifo siempre abierto. Ese sentimiento no tiene fin. Conténtate con el agua que hay en tu vaso, igual que tus hijos se pueden contentar con la vida en su país. No sabemos si el agua de la botella del extranjero será pura o no. ¿Y si resulta que es atractiva por fuera, pero luego está envenenada por dentro? Bebe, hija mía, un poco del agua de tu vaso.

Nevine alzó el vaso y bebió pausadamente, como si se tratara de un cántaro entero. Se sació como nunca antes lo había hecho. Sintió una paz espiritual maravillosa, como si fuera su alma la que se saciaba, ese agujero gélido en su pecho que todos los días le provocaba un estado de ansiedad permanente ante lo que le depararía el destino. Se sintió en paz consigo misma y no volvió a mirar hacia esa agua abundante, embotellada y helada, que se llamaba Canadá. Pero a los pocos días

de volver del monasterio de San Antonius, a su hija le sucedió algo inesperado.

Lo que le pasó a Silvia a la una y cinco minutos del veinticinco de mayo de 2005 provocó que la doctora Nevine acelerara los trámites para conseguir que su familia pudiera emigrar a Canadá. Aquel día, Layla Sharubim, periodista en la agencia Associated Press, acompañó a su prima Silvia y su amiga Souad Hussein al centro de la ciudad para seguir el desarrollo del referéndum para la reforma del artículo 76 de la Constitución Egipcia, propuesto por el partido en el gobierno. Las calles de El Cairo se habían convertido, como de costumbre en ese tipo de situaciones, en algo parecido a un acuartelamiento militar debido al despliegue policial, incluidos agentes de paisano. Comenzaron los cacheos indiscriminados de las fuerzas de seguridad a cualquier ciudadano cuya mala fortuna le hiciera pasar por aquella zona. Pero resultó que en la calle Abdel-Khaleq Zarwat no había ni un solo agente cuando las tres jóvenes pasaron frente a una pajarería que estaba cerrada y fueron atacadas por una pandilla de chavales que empezaron a acosarlas sexualmente.

Uno de ellos se sacó el miembro, se acercó a Silvia y comenzó a masturbarse delante de ella, mirando fijamente su cara de espanto. Otro atacó a Layla, lanzando las manos a sus pechos entre jadeos, para luego arrancarle la cruz que llevaba al cuello. Un tercero inmovilizó a Souad por detrás, le arrancó el velo y se puso a manosearla por debajo del vestido. El que estaba masturbándose empezó a acercarse a Silvia, que se agarraba a la mano de Layla. El muchacho le gritó un insulto delante de su cara, soltó su pene y levantó la mano para acariciar el rostro de la chica. Silvia cerró los ojos, apretó el botón que encendía su Ipod y, con los nervios a flor de piel, escuchó la canción de Metallica *St. Anger round my neck*.

* * *

«Lo que sucedió aquel día no podré olvidarlo hasta que muera. Estaba aterrada por Silvia, mi primita querida. ¿Cuántos años tendría? No más de 16. No sabía cómo podría acabar aquello. Una panda de matones, pagados por la policía para molestarnos y acosarnos, a nosotras y a cualquiera que saliera a manifestarse. Lo terrible es que esos matones son capaces de lo peor. Podrían habernos hecho cualquier cosa. Una vez en casa, tras calmarme y pensarlo un poco, me pareció un método innovador y original. Sinceramente, se merecen que el Ministerio de Cultura les conceda el premio a la creatividad. El acoso sexual como estrategia para disolver manifestaciones. De verdad, una idea maestra. En el pasado, el estado prendía fuego a El Cairo y, tras unos meses, se desataba una revolución. Así que han pensado: “Si hacemos que la ciudad arda, igual la gente se levanta. Vamos a probar esta vez con besitos, manoseos y guarrerías”. Un arma nueva, para meternos con vaselina y mucho cariño la reforma constitucional, todo por el bien del niño de papá^[13]. Cuando llegamos a casa, Silvia se encontraba en estado de *shock*, muy afectada. No era capaz de llorar ni de dormir, pues tenía los ojos secos. La miré y parecía un cristal rayado.

La dejé con la tía Nevine. Creo que iba a inyectarle un tranquilizante».

* * *

Justo al día siguiente, el 26 de mayo de 2005, Nabil y Nevine presentaron la solicitud de emigración a Canadá en el despacho de un consejero jurídico de emigración. La noche de aquella funesta jornada se dedicaron a reunir incontables documentos: certificados de nacimiento, títulos universitarios, actas de matrimonio, declaraciones de empleo e ingresos, vida laboral... Nabil fue juntando todos sus documentos desde que nacieron hasta el último papelajo emitido por una instancia oficial o semioficial en la historia de sus vidas. ¡Solo faltaban las hojas del papel higiénico! Le dijo al consejero que también se las podía traer, que eran de color azul y marca francesa, pero el hombre no estaba para chistes. Le pidió cuatro mil dólares canadienses como minuta por sus servicios en caso de que admitieran su solicitud, y les informó de que tendrían que pagar una cifra similar de forma oficial a la embajada canadiense, además de los billetes de avión y los gastos para una estancia mínima de dos semanas mientras conseguían los permisos de residencia o de nacionalidad en caso de resultar victoriosos y contar con el favor de los cielos. Tras recibir el cheque con el primer pago, el consejero abandonó la lujosa sala de reuniones en la que se encontraban para recibir a otra familia que esperaba en una habitación contigua. A continuación, entró una mujer atractiva vestida sobriamente pero cuya ropa denotaba señas de ostentación. Tras echar un rápido vistazo a los documentos, les aseguró que las posibilidades de que aceptaran su solicitud eran muy altas, sobre todo teniendo en cuenta que tenían tres hijos en edad escolar y que contaban con familiares en primer grado en Canadá. Reunían suficientes puntos para obtener un visado de trabajo. Sobre un total de ciento treinta y dos, los matrimonios debían obtener al menos sesenta y siete puntos. Luego les aclaró que, de entrada, perderían dieciocho puntos por la edad, pues Nabil ya superaba los cuarenta y un años, y otros diez por no contar con una oferta previa de trabajo en Canadá. Nabil se preguntó cómo se podría conseguir una oferta de trabajo y guardarla en la nevera durante dos años. De todos modos no quería preocuparse demasiado por los detalles, así que pagaría por los servicios del consejero. Sin embargo, realizaría las sumas, restas y divisiones preceptivas, siguiendo las sólidas leyes canadienses.

* * *

«Desde hace años, cada vez que avanzo un paso, retrocedo dos. Mi hermana está en Quebec, y dos hermanas de Nabil, una en Houston y la otra en Ontario. Hace ya tiempo que hablamos de si realmente podremos aguantar en Egipto. Una pregunta dolorosa, como un cuchillo clavado en el cuello. Por muchos motivos. La sociedad, en líneas generales, se dirige hacia la islamización en contra de las libertades ciudadanas. ¿Quién financia todo este proceso cuyo fin es la islamización de todo?»

Nadie lo sabe. ¿Cómo ha logrado el Estado en apenas treinta años cambiar las costumbres del ciudadano de a pie? No lo sabemos. Lo extraño es que la gente ya ni se acuerda de cómo vivían hace treinta años. No se trata solo del velo y el *niqab*, sino de cientos de pequeños detalles. Los ejemplos son innumerables. Por ejemplo, hace diez o quince años, ¿Egyptair ponía versículos del Corán en los aviones antes de despegar? No, claro que no. Lo gracioso es que ponen una aleya que contiene la palabra “*munqalibun*”, una palabra que me da pavor, porque en árabe tiene el mismo origen que la palabra “accidente”. ¿Hace dos o tres años, cuando pedíamos una cerveza en el mes de Ramadán, te pedían el pasaporte porque solo se permite beber a los extranjeros? No, claro que no. Han olvidado que en este país también vivimos cristianos. Ya sé que son pequeños detalles, pero al final son esos detalles los que conforman la vida. El resultado de todo esto es que ahora hay escuelas solo para cristianos, y hospitales en los que la mayoría son cristianos, y otros en los que la mayoría son musulmanes. Mi marido me dijo algo que me extrañó mucho: que los futbolistas cristianos en Egipto se pueden contar con los dedos de una mano. ¿Por qué? Porque los entrenadores son todos musulmanes y no ponen a jugadores cristianos en los equipos. Hay discriminación religiosa en todas partes, y esto no sucedía hace treinta años. Lo temible, de lo que hablamos Nabil y yo todo el rato, es que mañana, o pasado mañana, los Hermanos Musulmanes se harán con el gobierno e implantarán la *yizia*^[14], y entonces seremos ciudadanos de tercera, o de cuarta. Nos tratarán como en los países del Golfo Pérsico, donde se divide a los ciudadanos en clases».

* * *

La doctora Nevine estaba sentada sola en el club el viernes por la mañana, tomando un zumo de guayaba con leche. A su alrededor había sillas completamente vacías, pues el lugar empieza a llenarse justo antes de la oración del viernes, momento en que los miembros comienzan a llegar para rezar. Al concluir la plegaria, legiones de personas invaden el club, por lo que encontrar una mesa y algunas sillas se torna tarea imposible. La doctora Nevine pidió al camarero un batido de plátano y se terminó el zumo de guayaba de un trago.

«Mis hijos, antes de que los metiéramos en escuelas internacionales, inglesas o norteamericanas, estaban obligados a ver textos islámicos en las asignaturas de Lengua Árabe y Ciencias Sociales. No me refiero a historia islámica, algo que me parece natural y necesario. Me refiero a religión islámica, a enormes cantidades de larguísimas aleyas coránicas, y nadie puede abrir la boca. Todos los profesores de árabe se empeñan en pedirles redacciones sobre religión islámica. Cuando cambiaron de profesores y vimos que se repetía el problema, pensamos que debía tratarse de directrices. La última redacción que escribí con Michael fue la historia de la aparición del arcángel Gabriel al profeta Mahoma durante el mes de Ramadán. ¡Para la

asignatura de lengua árabe! Además, a pesar del montón de programas religiosos islámicos en la televisión, los programas cristianos son totalmente inexistentes. Por supuesto, tampoco se ofrece enseñanza cristiana en las escuelas. Preguntar por el motivo es imposible.

El sonido de los altavoces de las mezquitas nos produce jaquecas a diario, y no solo a los cristianos, también a muchos amigos musulmanes, pero tampoco pueden protestar. Yousef Idris^[15], antes de morir, se plantó contra esta situación y escribió artículos incendiarios en periódicos, y como él, muchos otros. Creo que el columnista Ahmed Baha el-Din hizo lo mismo, pero hoy es muy difícil encontrar a alguien que abra la boca a este respecto, a excepción de una minoría de musulmanes disidentes.

A mi hija le da miedo andar por la calle con el pelo sin cubrir y con una cruz en el pecho. Ya se hace extraño ver a una chica cristiana por la calle, como si no perteneciéramos a este país. En el club y en la calle oímos cómo nos vituperan durante los sermones de la oración de los viernes, en voz bien alta. ¿Hasta dónde vamos a llegar?

Por supuesto, muchos me dicen: “Pues márchate ya”. Pero este es mi país, aquí están mis raíces desde hace miles de años. ¿Cómo voy a arrancarme de aquí?».

* * *

El 15 de julio de 2005, mientras la familia aguardaba la salida del avión en el Aeropuerto Internacional de El Cairo, Nabil leyó que el Gran Muftí de Arabia Saudita, Abdelaziz Ibn Abdallah al-Sheikh, condenaba en sendos comunicados los atentados que acababan de sacudir la capital británica provocando decenas de víctimas inocentes. Al mismo tiempo, condenaba también el asesinato del jefe de la misión diplomática egipcia en Bagdad, el embajador Ihab Sherif, el día 2 de ese mismo mes. El Gran Muftí consideraba ambas acciones reprobables asesinatos de inocentes, cometidos en nombre del Islam por medio de falsedades y calumnias. Afirmaba que los asesinatos individuales o colectivos, las explosiones, la destrucción de propiedades, el terrorismo, constituyen crímenes contra la humanidad, algo prohibido por el Islam, que no es responsable de ellos. Esta condena tranquilizó a Nabil Sharubin antes de tomar el vuelo de Air France a las dos y cuarto de la madrugada con destino a París para, de allí, volar a Montreal en visita para echar un primer vistazo a la vida en Canadá, y en especial a las universidades y escuelas para sus hijos. Pero aquel día la prensa no publicó, y no lo haría ningún otro, la noticia del hundimiento de un barco en aguas del Mediterráneo, en el que murieron otros egipcios que huían del infierno.

* * *

Si existía algo sagrado en la vida de Nabil Sharubin era, sin lugar a dudas, sus citas

para jugar al tenis, que respetaba de manera férrea. Jugaba tres veces por semana con su pandilla de toda la vida, que no había cambiado desde hacía más de veinte años. Aquello era su principal prioridad en la vida. En segundo lugar vendría su observancia, menos estricta, de abrir la farmacia a las ocho y media de la mañana todos los días. Heredó esa costumbre de su padre, que la abría a la misma hora durante toda su vida, incansablemente, hasta que murió. Su lema era: «Si no fuera farmacéutico, desearía ser farmacéutico». Nabil, que no amaba tanto la farmacopea como su padre, decidió ser un buen comerciante, y a fe que lo era. La farmacia estaba pocos metros de su casa, ambas heredadas de su progenitor. Insistió a sus tres hijos, Silvia, Michael y Carol, para que se convirtieran en tenistas destacados del club, pero entre ellos sobresalía Carol por su compromiso natural. Llegó a ser una de las jugadoras más importantes de su edad en Egipto. Debido al gran número de horas que dedicaba a entrenar, su padre decidió que estudiara en un modelo norteamericano, y no británico como Silvia o Michael. A Nabil siempre le gustaba contar la historia de su pasión por el deporte de la raqueta, y narraba a quien quisiera escucharla la anécdota de la única época en que dejó el tenis:

«El año 1980 fui a París a realizar estudios superiores, y nada más poner los pies en suelo francés, busqué al instante unas pistas de tenis. Desde el primer día me dediqué a entrenar. Un buen día, fui al café Les Deux Magots, en la rue Saint Germain del barrio Latino, en el centro de París, para tomar un helado y un sándwich *Croque Madame*, y allí me esperaba mi destino. La señorita Nevine en persona se encontraba sentada delante de mí, sujetando con elegancia las gafas en su mano derecha y un libro en la izquierda. Menuda y morena, en su cuerpo no había ni un gramo de carne; de rasgos dulces, la nariz y la boca asomaban con dificultad en su cara de lo pequeñas que eran. Llevaba un vestido de color neutro, entre el gris y el beige, un tono apagado como un uniforme de escuela deprimente. Tomaba una taza de té. ¿Qué fue lo que provocó que aquel día perdiera la cabeza por ella? ¿Por qué desde entonces me dedico a orbitar alrededor de su amor? Lo desconozco. Intenté acercarme pero ella levantó un muro de seriedad, hasta que apareció Madeleine, una amiga común, para romper el hielo. Y dejé el tenis, desde aquel instante hasta que volvimos de París seis años más tarde».

* * *

La familia llegó a Montreal, donde les aguardaba una sorpresa nada adecuada para la ropa que vestían. La temperatura era alta y había una humedad asfixiante, así que empezaron a desprenderse de las capas de ropa que llevaban puestas como una armadura. Mary, la hermana de Nevine, les había reservado unas habitaciones en el Hotel París, en el centro de Montreal, un edificio histórico levantado en 1865, a escasos pasos del maravilloso parque de La Fontaine, no muy lejos del barrio antiguo. El primer día no pudieron moverse debido al cansancio del viaje.

Habían llegado al aeropuerto de El Cairo a las doce de la noche, y el avión despegó con algo de retraso, tiempo que pasaron leyendo la prensa en la sala de espera. Luego, comenzó el vuelo de El Cairo a París, que duró cuatro horas y media. En París tuvieron una espera mortal de cinco horas hasta la salida de su avión. Después, el vuelo hasta Canadá, de siete horas y media de duración. Una paliza. Nevine se había llevado varios libros para leer en el avión, mientras que Nabil, al igual que Carol, se contentaba con la Play Station. Él jugaba al *Pro Evolution Soccer* y ella, al *Little Aid*. Michael se pasó casi todo el viaje durmiendo, y despertándose solo para comer. Silvia, hermosa y soñadora, estuvo escuchando las canciones de amor que acababa de añadir a los veinte gigas de música y canciones que llevaba en su Ipod, mientras soñaba con su queridísimo Taymur.

Al día siguiente se despertaron temprano y salieron a descubrir Canadá. Su primera visita fue a la Universidad McGill, que no quedaba muy lejos del hotel en el que se alojaban. Fueron andando. McGill es una universidad que imparte clases en inglés en el corazón de la Montreal francófona. La fundó en 1821 un comerciante escocés llamado James McGill. Se quedaron boquiabiertos al cruzar la puerta histórica que daba a un jardín enorme. La universidad consistía en palacetes diseminados por jardines verdes. Entraron en uno de esos antiguos caserones y los recibió una empleada de rasgos chinos, que les explicó algunos datos sobre la universidad: el presupuesto de investigación para el curso 2005/2006 alcanzaba los 397 millones de dólares. Este presupuesto generaba alrededor de cien descubrimientos anuales. Ese año, la universidad contaba con alumnos procedentes de 140 países distintos. Se estudiaban trescientas especialidades académicas y científicas, y contaba con profesores del más alto nivel a escala mundial, con una participación activa en el desarrollo científico del estado canadiense. A continuación, los acompañó en un paseo para conocer los distintos sectores de la institución y sus diversas facultades.

* * *

«¡Da rabia! En concreto, la Facultad de Medicina da mucha rabia. Pero ¿adónde hemos llegado? Mi padre me juraba y perjuraba que, en su época, Qasr el Ayni era mejor que la universidad inglesa en la que él terminó la carrera. Recuerdo la primera vez que viajé a Francia, en 1975. El precio de un billete de ida y vuelta era de aproximadamente ciento cuarenta libras. Visité Marsella, que era cien veces más fea que Alejandría. Luego estuve en Italia, un país pobre; Egipto estaba mejor. Y no hablemos de Grecia. Estuve allí el año 76 y, en comparación, éramos una gran potencia. Hoy, Grecia nos saca todo un mundo de ventaja. Como dice la canción de Umm Kulzum, ni en toda una vida les superamos.

Lo que me ha sorprendido de Canadá es que en ningún momento me he sentido extranjera. La gente por la calle es de todas las creencias y colores. No viste ni

conservador ni provocativo, ni crucifijos ni velos, nadie mira a nadie. Me monté en el metro, que estaba lleno. Llevaba ropa corta para vengarme de lo que me sucede en Egipto. Nadie se puso a soltarme un sermón sobre el recato en el vestir. Y tampoco me sentí extranjera. Hay muchos egipcios, indios, marroquíes, griegos, libaneses, sirios, iraquíes, hispanos de América Central y del Sur. Todos se nos parecen. En París, por ejemplo, o en Londres, o en Roma, me siento extranjera, morena y de ojos oscuros, hasta el punto de sentirme excluida. Aquí no. Aquí hay todos los tonos de piel oscura».

* * *

La familia regresó de Canadá a principios del mes de agosto, maravillados con lo que habían visto. A continuación se fueron un par de semanas a su chalet en una nueva urbanización turística para diplomáticos en la costa norte. Volvieron más morenos y dispuestos a afrontar el nuevo curso de los hijos y a recobrar el orden de la vida familiar. Todos se olvidaron de la historia de emigrar a Canadá. Los trámites de la embajada canadiense siempre se prolongan, pudiendo llegar a los tres años. Nevine, poco a poco, fue aceptando la opinión del padre Estefanos de que no tenía sentido abandonar el país. Pero también pensaba como Nabil, quien desde el comienzo afirmaba que tener un permiso de residencia en Canadá era algo indispensable para ellos, para estar preparados para la huida en caso de desastre; aunque lo más realista era quedarse en Egipto si todo iba bien.

* * *

«Hussein Yosri fue el primero de mi cuadrilla de tenis en trazar un plan de huida en caso de catástrofe. Corría el año 1988, después de que Mubarak anunciara un nuevo mandato, aunque tras su llegada al poder en el año 1981 hubiera anunciado que solo gobernaría durante una legislatura. Al poco, Hussein nos sorprendió presentando una solicitud de emigración para Nueva Zelanda. Nos dijo con tono teatrero: “Me voy a la isla de los sueños. La tierra de la felicidad y la alegría; y os dejo aquí, en la tierra de la infelicidad y el mal humor”.

»Los trámites burocráticos se dilataron y nos dedicamos a repasar con él los puntos que sumaba por sus estudios, trabajo e hijos. A sus espaldas, nos reíamos bastante de él, pues nos sentíamos como críos de nuevo, contando los puntos que nos ponían los profesores, como quien reparte pedazos de su propia carne. Pero, finalmente, Hussein reunió puntos más que suficientes y consiguió su visado. A continuación tuvo que viajar hasta allá para completar todo el papeleo. ¡Hasta la otra punta del mundo! Veintiocho horas de vuelo. Y no sé por qué, eligió ir a una ciudad llamada Christ Church, es decir, “Iglesia de Cristo”. Primero llegó a la capital, Wellington, y de allí a Christ Church. Regresó a las tres semanas y nos dijo: “Todo genial, muchachos. Hay carne a porrillo, no se van a morir de hambre. En Nueva

Zelanda hay alrededor de cuarenta millones de cabezas de ganado y unos tres millones de humanos. Vamos, que podríamos meter a todos sus habitantes en el barrio de Shubra y zamparnos sus corderos. Lo malo es que tengo que ir allí una vez al año para fichar, como un funcionario”.

»Evidentemente, Hussein no tenía ningún deseo de emigrar más que en caso de desgracia: si los Hermanos Musulmanes se hacían con el poder, si se producían revueltas por la hambruna, si los saudíes volvían a invadirnos... Vamos, en caso de catástrofe. A día de hoy sigue apuntado al club con su pasaporte neozelandés. Por supuesto, nos estuvimos riendo a costa de la historia de Nueva Zelanda años y años, y él nos replicaba: “*A plan B is a must for us*^[16], vosotros sois los tontos”.

»Diez años más tarde, nos dimos cuenta de lo tontos que fuimos. Maged Karlos fue el segundo. Consiguió la nacionalidad americana. Younes Fadel se casó con una marroquí que tenía nacionalidad francesa, obtuvo él también la nacionalidad y ahora va todo orgulloso con su pasaporte color granate. George Mikhail solicitó Nueva Zelanda, y también lo consiguió. Mi amigo Talaat Dhohni, por su parte, tiene también una historia que merece ser contada aparte. A día de hoy, toda mi cuadrilla tiene una nacionalidad de reserva. Están con un pie en el país y el otro en el aeropuerto. En cuanto estalle la primera bomba, saldrán pitando. Todos, con la única excepción de un servidor. Yo fui el último tonto. No sé por qué. Creo que por pereza, por desengaño, o porque me gusta jugar al filo de la navaja. Sin embargo, finalmente hemos llegado al límite. Me he visto obligado a empezar con los trámites para emigrar a Canadá, aunque solo sea como plan B, nada más».

* * *

—Hola, Taymur, ¿qué tal?

—¿Te has vuelto loca? ¡Son las dos de la madrugada! ¿Cómo vas a ir mañana a clase? Te he dicho cien veces que tienes que acostarte pronto.

—Entonces, ¿por qué no has apagado el móvil?

—Esperaba tu llamada.

—Claro, claro... No me podía dormir. Y se me ocurrió llamarte.

—Silvia, se me olvidó decirte que mañana, después de clase, tengo partido de squash en el barrio de Maadi. Empezamos a las seis de la tarde. ¿Te apetece venir?

—¿Y qué excusa voy a poner para ir hasta Maadi? Además, mañana es martes y el chófer está con Michael porque tiene clases en la academia de la calle Siria.

—Te quiero.

—¡Qué atrevido! Se nota que estabas dormido, ¿eh?

—¡Si tú me dices que me quieres cien veces al día!

—Ya, pero yo soy la loca y tú el cuerdo.

—Bueno, el cuerdo también puede enloquecer a las dos de la madrugada. Pero no esperes que esto se repita demasiado.

Taymur, desde bien pequeño, fue un niño tranquilo, educado y alegre. Dormía siempre a su hora y sin interrupción, hasta el punto de que sus padres se preguntaban por qué se quejaba todo el mundo de los bebés. Desde que entró en la escuela, destacó como el mejor alumno de su clase, honor que conservó sin ceder el testigo a ningún otro compañero durante toda su vida estudiantil, con la excepción del último curso de primaria. Aquel año, su padre se trasladó a Qatar por motivos de trabajo, y parte de la energía de su hijo se marchó en aquel avión con destino a Doha que llevaba a su progenitor en busca de la estabilidad económica mientras construía la prosperidad qatarí. Pero desde que Taymur empezó los estudios de secundaria en el Instituto Británico, sacó sobresalientes en todas las asignaturas.

Cuando empezaron el último curso, Silvia y Taymur, tras años de amarse en silencio y a escondidas, decidieron por fin manifestar su amor. Silvia fue la primera en sacar el tema y declararse. Pero Taymur, desde el primer momento, estableció unas estrictas bases racionales para la relación. Rechazó los intentos de la alocada de Silvia por inducirlo a cualquier aventura que se saliese del ámbito de estricta corrección en el que él habitaba. La detuvo con determinación aquella noche que ella intentó besarle en el club, mientras corrían por la pista de atletismo para mantenerse en forma. Taymur le explicó, con mucho cariño, que aún no podían hacer esas cosas. Silvia intentó convencerlo de que no hay que dejar para mañana lo que se siente hoy, como nos enseñan los piadosos ancestros. Taymur no se doblegó ante esa interpretación de las enseñanzas de los antepasados, pues era un muchacho de fuertes convicciones. La línea que separaba el bien del mal estaba muy clara para él; se la habían delimitado sus padres y profesores, y jamás la cruzaba. Excepto en su historia de amor con Silvia.

Taymur, constantemente, día y noche, se preguntaba si tenía derecho a amar. Y cuando su corazón se sacudía y le respondía afirmativamente, al instante le asaltaba la siguiente pregunta: ¿tengo derecho a amar a una chica cristiana? Esta última cuestión le martirizaba la vida y le quitaba el sueño, sobre todo porque no quería plantear esa cuestión a su madre, y encontrarse con miles de suspiros e imprecaciones hacia su padre, que no estaba cuando más se le necesitaba. Pensó en contárselo por Internet a su padre, pues todos los días se conectaban al Skype y charlaban un ratito en videoconferencia. Sin embargo, la frialdad de la pantalla que los separaba caía con toda su gelidez sobre su corazón y su lengua, impidiéndole ser natural del todo.

* * *

«Taymur es, sin exagerar, el mejor chico del mundo. Educado, guapo, listo y deportista. Tiene un cuerpo precioso, un pelo precioso, y encima saca matrícula en todas las asignaturas. Mi amiga Nada me dijo un día que Logan Huntzberger, el novio de Rory Gilmore, de la serie *Las Chicas Gilmore*, es el hombre más guapo del mundo con su pelo rubio y sus ojos negros, y que Taymur no le llega ni a la suela de los

zapatos. Que es “*everything you could ever want in a guy*”. Le contesté que, aunque me encanta esa serie, Taymur es cien mil veces más guapo. Ayer discutimos, me dijo que estaba ciega, y yo le contesté que era una burra. Después, nos echamos a reír. Luego, nos pusimos serias cuando Nada sacó el tema de si yo estaría dispuesta a convertirme al Islam para casarme con él. Además, me contó que su madre y la madre de Taymur iban juntas a clases de religión, y que si se enteraban de que el muchacho tenía una novia cristiana, les daría algo.

»La verdad es que no sé cómo voy a hacerlo. No puedo convertirme al Islam, eso seguro. Pero ¿de dónde voy a sacar un novio cristiano? ¿Acaso el amor se elige a la carta? En mi clase, la mayoría de los chicos son musulmanes, en el club, tres cuartos de lo mismo, y los cristianos que conozco en las catequesis de los domingos y en las excursiones de los *scouts* son unos pesados, y aunque no lo fuesen, da igual; la cuestión es que no me gusta ninguno. Me gusta Taymur, y punto. Estoy metida en un berenjenal, y no sé qué hacer. Pero el amor es más importante que cualquier berenjenal. El amor es lo más importante del mundo».

* * *

Dado que para Silvia el amor era más importante que la presión social y que la reacción violenta y predecible de sus padres, logró convencer a Michael para que fuera en el coche de Hussein, su compañero de clase, a la academia Basmala, pues ambos acudían una vez por semana a dicho centro a la clase de Química con un profesor reputado en la materia. De ese modo, Silvia pudo disponer del coche para dirigirse al Club de Maadi y poder ver a Taymur jugando al squash. Hoy se enfrentaba a un campeón del mundo sub-18, y Silvia decidió ir pues sentía que a él le apetecía que estuviera allí. Y aquello era algo que no sucedía con frecuencia, dada la personalidad conservadora del muchacho. Silvia entró en su habitación y cerró la puerta con llave, y a continuación probó a abrirla dos veces seguidas para asegurarse de que estaba cerrada. Tras asegurarse de que nadie podría invadir su intimidad, aspiró hondo, a pleno pulmón, y abrió su armario de par en par. Decidió ponerse un chándal de color carmesí que se había comprado en Montreal seis meses atrás. Recordaba lo que le había dicho la vendedora de origen indio cuando le entregó la bolsa: «Con este chándal puedes ir a una boda y ser la invitada más guapa». Pero después de ponérselo decidió probarse un pantalón vaquero femenino del que colgaban unas cadenas de perlas que había comprado en Florencia, junto con una camiseta de Mango que le regalaron sus amigas el día de su cumpleaños. Sin embargo, tras estudiarse con detenimiento ante el espejo, no le terminó de convencer. Al cabo de media hora había vaciado por completo su armario y dejado toda su ropa tirada por el suelo de la habitación, conformando una alfombra multicolor. Finalmente, tras mirar su reloj, volvió a ponerse con premura el chándal carmesí y se puso brillo de labios. Con las prisas no recordó cuál era el perfume preferido de

Taymur cuando se le acercaba furtivamente, así que se llevó varios frasquitos de colonia. Tardó bastante en elegir un bolso a juego con su atuendo y, al no encontrarlo, decidió que compraría uno rápidamente de camino a Maadi. Salió corriendo, pues debía pasar por la farmacia a pedir cien libras a su padre para comprar el bolso. Sin prestar atención a sus hermanos sentados frente al televisor, salió de casa con las mismas prisas con las que había salido por la puerta de su cuarto. Michael bajó la pierna que tenía sobre la mesa para poder volverse y ver de dónde provenía el ruido. Vio la mano de su hermana al cerrar la puerta. Bajó el volumen del televisor con el mando a distancia que nunca soltaba cuando estaba en el salón, y lanzó una mirada de reprobación a su hermana.

—Se lo pienso decir a mamá. La tonta se piensa que nadie lo sabe.

—Si se lo cuentas a mamá te mato.

—Lo que hace Silvia está mal, muy mal. Y ella lo sabe perfectamente.

—Pues como ya lo sabe, deja que solucione ella sus problemas.

—Por lo menos debemos contarle a mamá que lo sabemos. Todo el club está al corriente de esa estúpida historia.

—Por favor, Michael, déjala tranquila. Estoy segura de que sabrá resolver el problema.

* * *

Silvia llegó a la puerta del club de Maadi a las seis y media de la tarde, cuando la noche comenzaba su plomiza victoria de todos los días sobre los rayos de un sol en su ocaso. Se bajó con prisas, pues llegaba media hora tarde a la cita con su querido. El chófer le dijo que volvería al cabo de una hora, tras cambiar el aceite y echar gasolina, y que la esperaría frente al Club. Silvia se encaminó hacia la entrada, donde el portero le pidió el carné de miembro. Silvia le contó su historia, aunque sin detallar cómo latía su corazón por uno de los jugadores. Sin embargo, el hombre no le permitió pasar. Silvia le preguntó entonces si podía comprar un billete de entrada, y en ese momento se dio cuenta de que había olvidado su bolso nuevo en el coche, con los frascos de perfume dentro. Buscó al chófer, pero ya había desaparecido. Pensó en pedir prestado un teléfono a alguna de las personas que rondaban por allí para llamar al conductor, pero intentó sin éxito recordar el número de teléfono. ¿Será posible que no se supiera el teléfono de su chófer, al que llamaba veinte veces al día? Decidió rodear el club y buscar otra puerta. Recorrió la calle del club, con el muro a su izquierda, y a los pocos minutos de paseo fue como si se hubiera trasladado a otro mundo. La plaza del Club era un hervidero de gente, estrépito y coches, pero donde estaba ahora, no había nadie. Al instante la angustia se apoderó de ella, y de repente tres chavales surgieron de la nada. Uno de ellos no perdió el tiempo y le dio un pellizco en el trasero. Silvia comenzó a gritar, y en cuestión de segundos apareció un coche de policía que los llevó a todos a la comisaría.

* * *

«Si bajase un ángel del cielo y me preguntara por mi peor pesadilla, o por lo más terrible que pudiese sucederme, seguramente no hubiera sido capaz de imaginarme una desgracia como esta. Toda mi vida me he preguntado qué significa eso de la gota que colma el vaso. Justo ahora comprendí que yo soy el vaso, y que la catástrofe de este amor es la gota. Me siento desbordada. Silvia me ha partido el alma del todo. Hoy es el primer día de toda mi vida en que no acudo a la clínica. Mientras iba hacia la comisaría, la voz de Michael resonaba en mis oídos como una cinta: “Verás, mamá, es que Silvia está enamorada de un chico musulmán de su clase, así que igual por eso está en comisaría”. Intenté llamar a mi señor esposo. Cómo no, mi señor esposo estaba jugando al tenis como de costumbre y tenía el móvil apagado, así arda Roma. Lo importante es que su alteza esté a gusto, y que no pierda el juego. ¡Se acabó! Me muero si vivo un minuto más en este país. Hace apenas una semana, cuando aquel paleta vino y me contó lo de esa gente que había muerto en el naufragio de una patera, no me podía creer que alguien llegara a hacerse tanto daño a uno mismo. Me parecían unos locos, pero a veces el clasismo que heredé de mi madre me nubla la vista. Sin embargo, ahora estaría dispuesta a morir con Silvia a bordo de una patera, con tal de llevarla a tierra segura».

* * *

Tras regresar de la comisaría de Maadi, Nevine anotó en su agenda la fecha del miércoles 28 de febrero de 2006 como la jornada clave en la que decidió marcharse inmediatamente de Egipto y emigrar a Canadá. Tras posar el bolígrafo sobre la almohada de su esposo, que todavía no había regresado, telefoneó a sus parientes en Canadá para buscar una solución práctica que permitiera enviar a su hija allá sin más dilación, de modo que hiciera los exámenes de fin de curso en Canadá. Se devanó los sesos para conseguir sacar a su hija de aquella desgracia que les estaba sucediendo. Nabil regresó a casa completamente despreocupado, y Nevine cayó sobre él con una lluvia de lava volcánica que brotaba de su pecho. Para él, todo aquello era muy normal, Silvia todavía era una adolescente y se enamoraría una y otra vez. Los corazones de las chicas de su edad son como una alcachofa, con cada amanecer, pierden otra hoja.

La calma de su esposo alimentó el fuego de su ira. El fragor de la batalla se extendió desde el dormitorio hasta Michael y Carol, que se encontraban agazapados como erizos en la sala de estar. Permanecían sentados en silencio, como dos estatuas de cera a punto de fundirse de tanto pavor, entre el griterío que les llegaba de su izquierda y el llanto que provenía de su derecha. Carol intentó levantarse en más de una ocasión para ir a consolar a su querida hermana, pero se acordaba de que era una estatua y las estatuas no podían moverse. Cuál fue su sorpresa al ver que Silvia abría

la puerta de su cuarto y se dirigía hacia ella, encajando su cuerpo menudo en el escaso espacio vacío que quedaba en el sofá. Silvia estaba aterrada; había revivido la escena del 25 de mayo de 2005, cuando un grupo de chavales la acosó en el centro de El Cairo y se sintió como una gacela justo antes de que las hienas se lancen sobre su cuello. Su madre no se percató del terror que habitaba en sus pupilas.

* * *

Michael la miró y le habló con la mirada:

«Silvia, ya sé que soy un tonto. Todo el mundo me lo dice. Me mato a estudiar como un burro y solo consigo aprobados raspados. En clase, soy el último en entender las explicaciones del profesor. El señor Abdel Rasul me dijo que solo me falta rebuznar para ser un burro con todas las de la ley. Pero hoy ha sido la primera vez que he descubierto en serio lo bobo que soy. Carol me dijo que no le contase nada a mamá, pero me he ido de la lengua y le he contado lo de Taymur. Cuando llamaron de la comisaría, temí por ti y pensé: seguro que la han detenido por esa historia. Ahora que ya estás aquí, Silvia, no me sale la voz. No me miras a la cara y te niegas a hablarme. Solo quiero decirte que estaba preocupado por ti, pero no me salen las palabras».

* * *

Fue una noche crucial en la vida de la familia. Nabil y Nevine, tras calmar un poco los ánimos, decidieron que Silvia se quedase en Egipto hasta terminar los próximos exámenes. Después, se iría directamente a Canadá o a Estados Unidos, para empezar allí la universidad. Y hasta la fecha de su partida, quedaría bajo la estricta vigilancia de sus padres. Debía ir a diario a la iglesia, aunque solo fuera un cuarto de hora, para que la fe entrara en su corazón. También decidieron que el viernes siguiente irían todos a visitar al padre Estefanos para confesarse y pedir perdón por sus pecados. Rogarían al cura que rezara por ellos para que el Señor les ayudase a elegir lo mejor para la familia y para Silvia, y guiara los pasos de su hija. Aquella noche la familia no durmió. Nabil se dedicó a llamar a todos sus amigos en los Estados Unidos y en Canadá, buscando información práctica sobre las universidades.

Entonces, le vino a la mente su amigo Talaat Dhohni, que llevaba más de seis años en los Estados Unidos. Era el único que estaba ocioso y no sabía qué hacer con todos los minutos y horas que Dios le concedía a diario. Le hubiera gustado poder ahorrar todo ese tiempo en un banco para poder gastarlo cuando volviera a Egipto. Nabil recordó que había visto a su esposa y sus hijos en el Club hacía unos días, y había apuntado su número de teléfono en los Estados Unidos.

Talaat Dhahni era una excelente idea.

* * *

Talaat no solo era un buen amigo, libre y algo pendenciero, sin trabajo conocido. Más importante que todo eso, era un experto de las relaciones públicas. Conocía a medio mundo. Solo lleva unos seis años en América, pero ya casi se conoce a los trescientos millones que habitan allí. Todo eso, después de hacerse amigo y caer bien a los setenta millones de egipcios, uno a uno. Aquí solo se estaba entrenando antes de saltar sobre el pueblo norteamericano. Que Dios nos pille confesados si después le da por conquistar a los chinos. Talaat es un fiero en esto de las relaciones sociales y humanas. Si llamo a mi hermana que vive en Houston, no sabrá qué hacer. Se pasa todo el día trabajando y la noche durmiendo. ¡La pobre! Pero Talaat, no me extrañaría que fuera amigo íntimo de la rectora de la Universidad de Harvard. La llamaría por teléfono y le diría: «Anda, amiga Drew, méteme a Silvia en tu universidad, por favor», y Drew Faust le contestaría: «Como tú mandes, querido Talaat». También podrá buscarle un marido copto, con nacionalidad americana, millonario, guapo y que se muera de amor por ella. Talaat sabe apañárselas. Apagamos la luz y fingimos que dormíamos. Pero los dos, Nevine y yo, seguíamos despiertos en la más completa oscuridad. Y todo por ti, mi querida Silvia.

Talaat Dhohni

«¡MENUDO sorpresón! Estaba yo con una chavalita nueva, una china que ni me acuerdo de cómo se llamaba. La chica acababa de quitarse el sujetador y se disponía a bailar para mí *Enta Omri*, y de repente me suena el móvil. ¡Ni más ni menos que Nabil Sharubim! Le eché la bronca, dando tales voces al teléfono que la muchacha pensó que me había vuelto loco. Le dije que me había pillado con una tía cañón en la cama, pero Nabil estaba muy serio, y comprendí que tenía a la parienta al lado. Luego, me enteré del problema.

»Lo que más me chocó no fue que Silvia se hubiera enamorado de un musulmán, sino el hecho de que se hubiera enamorado. Cuando me marché de Egipto, era una niña de diez años que aparentaba como mucho siete. Con una cara súper infantil. Recuerdo el día en que nació como si fuera ayer. Fue un 1 de febrero. Decidí que no podía ir a visitarlos con las manos vacías, así que me recorrí las tiendas del barrio de Zamalek tiritando de frío. Al final, le compré un abrigo de los buenos. Se burlaron de mí por lo grande que era. Nabil me dijo: “Este abrigo le valdrá para cuando se case, dentro de muchos años”. ¿Tan rápido han pasado esos “muchos años”? La chiquitaja ya se nos ha enamorado. Madre mía, ¡qué mayores nos estamos haciendo!».

* * *

Talaat se acercó al espejo para contemplar las arrugas que habían comenzado a surcar la zona alrededor de sus ojos. Las canas, hace tiempo que aparecieron, se propagaron y estaban bien asentadas. ¡Cómo se había deteriorado su cuerpo estos últimos años! Nunca se le había ocurrido que la vejez pudiera llamar algún día a su puerta. Seguía practicando deporte con asiduidad: dos horas diarias de tenis y otro par de horas más en el gimnasio, entre tablas de ejercicios y sesiones de sauna. Pero la pérfida decadencia no se contentó con llamar a su puerta, sino que había entrado en casa, había tomado asiento y se había puesto cómoda. Talaat había vivido a toda prisa y todavía no había pasado la barrera de los cincuenta, pero se negaba a admitir la edad que tenía. Gritaba, el solo frente al espejo: «¡Estoy en plena forma!». Observó a la muchacha china en el espejo, tumbada en el sofá que ocupaba un tercio de la sala de estar, sorbiendo un vaso de güisqui mientras contemplaba en silencio una película pornográfica sin voz en la pantalla LCD de sesenta pulgadas que ocupaba otro tercio de la estancia, mientras que en el tercio restante había una gran mesa rectangular entre el sofá y el televisor. Talaat había perdido por completo el interés por la chica y por aquel lugar. Gritó: «¡Joder! ¡Qué morriña! ¡Maldito exilio!». Pagó veinte dinares a la muchacha y le pidió que se marchara. La chica se levantó, se vistió, le dio un beso en su coronilla sin pelo, y se fue. Talaat apagó el DVD, cogió el Ipod y puso una canción de Abdel Wahab. A continuación, se sentó totalmente ebrio y medio desnudo a escuchar la canción:

*Mi querida patria, mi gran país.
Día tras día crece su gloria,
Las victorias colman su existencia.*

* * *

Talaat Dhohni no le había contado a su íntimo amigo Nabil que se había mudado de los Estados Unidos a Kuwait hacía ya unas semanas. Había pospuesto contar ese asunto a su familia y amigos hasta asegurarse de que la decisión era acertada y de que sería capaz de vivir allí. Jamás se le pasó por la cabeza ir a Kuwait, ni siquiera de turismo. Sin embargo, la insistencia de su amigo iraquí Shawkat Zair terminó por convencerlo para cruzar el Atlántico.

Shawkat Zair estuvo viviendo unos años en Egipto, donde trabajaba en el Banco Islámico Faysal, en el mismo departamento que Talaat. Durante aquel periodo se forjó la amistad entre ambos, pues por el día compartían nueve horas de despacho y por la noche hachís y mujeres. Después, Shawkat regresó a Iraq, y se vio obligado a huir de las locuras de Saddam. Le concedieron asilo político en Holanda, donde trabajó en el sector bancario casi quince años. Terminó por obtener la nacionalidad holandesa y, en uno de esos felices golpes de suerte que nos reserva el destino, le hicieron una oferta que no podía rechazar: ser director de un banco en Kuwait, gracias a su condición de ciudadano holandés que habla árabe. Durante todo ese tiempo, Shawkat y Talaat se mantuvieron en contacto. Al enterarse Shawkat de la situación de su amigo en los Estados Unidos, se le ocurrió que sería la persona adecuada para ofrecerle participar en una empresa con un socio kuwaití. La condición era que Talaat solo pondría su firma y Shawkat el capital, pues este último, debido a su condición de director del banco que financiaría la empresa, no podía aparecer oficialmente como socio. Talaat aceptó a regañadientes, tras unos contactos que se prolongaron más de un mes.

* * *

«Lo recibí en el aeropuerto de Kuwait con los brazos abiertos, soltando vítores de alegría por la boca. Sin embargo, lo encontré como lo había dejado, hacía un año, en los Estados Unidos: en un estado lamentable. Las arrugas formaban una letra M permanente sobre sus cejas, confiriéndole un aspecto inconfundible de depresión. No he conocido en mi vida a nadie tan enamorado de su país como este Talaat. A todos nos alegra salir al extranjero, pero él, desde que abandonó El Cairo, no hace otra cosa que esperar el instante de poder regresar. El refrán “El que ha bebido del agua del Nilo siempre vuelve” me parecía de un patriotismo absurdo, hasta que comprobé con mis propios ojos que no existe otra agua en este mundo que pueda saciar la sed de

Talaat. Por eso, el pobre se encontraba siempre sediento de noticias de su amada El Cairo. Y se pasaba casi todo el día metido en Internet, buscando las últimas novedades de la capital egipcia. Cuando lo conocí en el banco Faysal, no imaginaba que fuese tan romántico. Ayer vino a cenar a mi casa y le llamó por teléfono un amigo cairota. Le contó que la calle Abaas el-Aqqad había estado cortada al tráfico durante horas por un accidente. Al colgar el teléfono, Talaat estaba muy irritado. ¿Cómo no se había enterado de esa noticia el día anterior? Quiere vivir como si no hubiera salido de El Cairo ni un solo instante de su vida. Y encima el pobre no puede volver después de seis años sin pisar suelo egipcio.

»Su llegada a Kuwait me alegró muchísimo, pues me cae realmente bien. Estoy convencido de que vivir en un país árabe le animará, a pesar de las muchas dudas que albergaba antes de tomar la decisión de venirse a Kuwait».

* * *

«Me vine a Kuwait porque no aguantaba más en América. Me marché de *Egypt* con la idea de quedarme como mucho 3 *months*, y volver. Jamás me consideré residente allí. Por ese motivo, reagrupé mis oraciones. El Islam permite hacer todas las plegarias del día en una sola a quien se encuentra de viaje. Y así estoy yo desde entonces. Además, la vida en los *US* se ha vuelto demasiado cara para mí. Al principio vivía en Manhattan, porque allí está el Liceo Francés, donde estudian mis hijos en Egipto. La idea era que se vinieran conmigo para terminar el curso, y luego en verano nos volveríamos todos juntos. Ellos regresaron, pero yo me quedé en el exilio. La vida en Manhattan es increíblemente cara. El alquiler me cuesta 5000 dólares *USA* al *month*, por dos habitaciones sin armarios. Los armarios están en el *living*. Una caja de cerillas, vamos. Y es lo más barato que puedes encontrar en Manhattan. Si te vas a las afueras, ni te cuento la gracia que hacen los atascos matutinos. Los niños tenían que salir de casa dos horas y media antes para llegar al colegio. Un coche venía a buscarlos a las cinco de la mañana, con un tiempo de perros. Un frío helador, y los chicos todavía son pequeños.

Cuando los niños y su madre se volvieron a Egipto, me trasladé a Santa Cruz, en California, donde vivía mi socio Anwar Ramadán. Está muy lejos, pero es un sitio precioso y, por supuesto, mucho más barato que Manhattan. Pero lo más importante: allí el clima se parece mucho al de Alejandría, la ciudad de mis padres.

¡Dios, me muero de ganas de verlos!».

* * *

Eran tres socios: Talaat Dhohni, Gamal Salem y Anwar Ramadán. Gamal fue el primero en salir del país. A continuación lo hizo Anwar. Talaat se resistió cuatro meses más, pero finalmente se vio obligado a unirse al arca de Noé.

Gamal se instaló en Londres en solitario, después de divorciarse por sorpresa justo un día antes de partir, proclamando su ruptura definitiva con cualquier vínculo que lo uniera a esta desgraciada región geográfica. Anwar se trasladó con su familia al completo, pues además de su esposa y sus hijos se llevó a su madre, su tía, su chófer y la criada.

Ninguno de los tres olvidará el comienzo de su aventura, aquella reunión el 1 de septiembre de 1999, día en que su empresa, la Compañía Fagr de Importación y Exportación cumplía una década de existencia. Aquel día anunciaron la disolución de la empresa, debido al golpe de gracia que le había asestado por la espalda el gobierno egipcio, representado por su brillante Ministro de Economía. Llegaron a aquella reunión vestidos de luto, sabiendo cada uno de antemano que, quisieran o no, debían preparar sus maletas. La otra opción que tenían era salir de casa sin equipaje, pues los reclusos no necesitan más que un uniforme azul que les proporciona gustosamente el Estado.

Tomaron asiento en una gran sala de reuniones que daba al Nilo, con unas vistas fascinantes que embriagaban la mente. A la derecha, el puente de la Universidad, y más lejos, el puente Abbas, donde se produjo la masacre de los estudiantes. A la izquierda, la magnífica fuente en mitad del río, frente a la isla de Zamalek, donde se reunió el consejo de oficiales que lideró la Revolución de 1952. A sus espaldas, colgada en la pared y con un ostentoso marco dorado, la foto de la inauguración de la empresa, el 1 de septiembre de 1989, en la que aparecían sonrientes los tres, sosteniendo un enorme cuchillo, dispuestos a cortar una gran tarta con la forma del globo terráqueo.

* * *

«El cierre de la empresa y nuestra salida —o mejor dicho, nuestra huida— de Egipto se debieron a una decisión gubernamental anunciada en marzo de 1999. Me costará olvidar ese año, 1999. Sin previo aviso, el Ministerio de Economía nos sorprendió a todos con un decreto que obligaba a los bancos a no conceder más créditos ni líneas de financiación.

»¡Tócate las narices! ¡No más créditos! Así, de golpe y porrazo, nos daban una colleja y nos decían con toda alegría: «*Surprise!*».

En cualquier otra parte del mundo, una medida que tiene tantas repercusiones para los ciudadanos se anuncia con un par de años de antelación, se estudia y se debate en público. De ese modo, se da tiempo al contribuyente para prepararse. Pero en nuestro país, no. El proyecto de ley se mantiene oculto como si fuera el secreto de la bomba atómica, y una vez que se promulga es de aplicación instantánea. Lo más extraño y curioso de todo es que tenemos unos ministros con la mejor preparación. ¿Cómo puede ser?

Nosotros, en nuestra condición de importadores, ganamos en relación al volumen

facturado. Los verdaderos beneficios se los llevan los mayoristas y minoristas. Llevamos años funcionando con este sistema, basado en un reparto de responsabilidades. Los bancos establecían un calendario de pagos escalonados, y nosotros saldábamos nuestras deudas contando con las ganancias de las mercancías aún por venir. Como todo el mundo, teníamos varias letras, impagos a algunos mayoristas, retrasos en los pagos de las empresas públicas y sobornos que dejar aquí y allá. Los intereses aumentaban y jugábamos con fuego, pero las cosas funcionaban. Teníamos un gran volumen de negocio, y cuando manejas unos activos de quinientos millones de libras, el Estado no puede venir y ponerlo todo patas arriba sin previo aviso, ni carraspear, ni pedir permiso.

Y por si fuera poco, aquello sucedía a comienzos de 1999, coincidiendo con el inicio del desplome de la economía egipcia, que desde entonces cayó en picado. Las ganancias eran escasas. ¡Qué digo escasas! Eran una mierda. Los clientes no te pagaban. Y les daba igual ir a la cárcel antes que pagarte, porque, para empezar, las mercancías no se vendían. No había dinero en el país para comprar los artículos que llenaban los almacenes de Egipto de norte a sur.

Los lerdos del gobierno y sus bancos habían apoyado a los importadores que compraban como locos del sureste asiático tras la devaluación de sus monedas. Empresarios que trabajaban con países como Malasia, Indonesia o Taiwán, y lograron convencer a los bancos para que les financiaran. Compraban productos por una libra y, si sabían moverlos en Egipto, cuadruplicaban su valor. Así que importaron a lo bestia, sin realizar ningún estudio previo de mercado, y los bancos continuaron prestándoles dinero hasta agotar las reservas de dólares del país, de modo que las mercancías se acumulaban y nadie conseguía vender.

En definitiva, hicieron la jugada más estúpida de la historia. Dilapidaron las reservas de divisas del país para comprar mercancías que no se podían vender, en vez de usar ese dinero para financiar proyectos productivos. Exactamente lo mismo que sucedió con la burbuja inmobiliaria de la Costa Mediterránea, donde se gastaron millones en cemento y acero en vez de destinar el capital a proyectos de inversión que generaran empleo. Dieron salida al cemento, el hierro y el sector de la construcción durante unos años, y luego se acabó. Las viviendas quedaron vacías y detrás no vino nada. Se cerró el ciclo económico.

En aquel momento y en aquella reunión, calculamos que la empresa tenía unas deudas de entre quince y veinte millones de libras. Así que cuando nos vinieron con la historia de que no había más crédito bancario, fue como estrellarse contra una pared a veinte millones de kilómetros por hora.

El 1 de mayo era la fecha para renovar las líneas de financiación de los bancos. Nosotros pagábamos entre un millón y millón y medio de libras al mes de intereses. Evidentemente, con la nueva regulación, ¿cómo íbamos a pagar nuestras deudas?

Encima, los bancos decidieron terminar con los pagos escalonados. Órdenes del gobierno, y los bancos, a servir. Aquello fue una sentencia de muerte. Todo iba bien

y, de repente, había que cerrar. ¿Cómo demonios íbamos a pagar decenas de millones de libras sin poder realizar ninguna actividad?

Aquel día, Gamal Saleh dijo en la reunión: «Como el Estado ha agotado sus reservas de dólares, el gobierno ha tomado una decisión que hará perder a los empresarios millones de dólares, al no poder devolver los préstamos concedidos por los bancos. La solución es huir del país, y yo pienso ser el primero».

Y eso fue lo que sucedió. Hubo una auténtica desbandada de empresarios que abandonaron la nación. La prensa comenzó a tacharlos de traidores y saqueadores de bancos que se escapaban del país con su dinero. Pero nadie se preguntó por qué de repente todos se escapaban a la vez. ¿Por qué se marcha esta gente de Egipto, si aquí viven a cuerpo de rey? Nadie se preguntó por qué el Estado había tomado decisiones tan estúpidas. Yo mismo aún no sé si todo estaba planeado o simplemente se debió a que nos gobernaban unos inútiles.

* * *

A finales de mayo de 1999 la empresa entró en concurso de acreedores, y el 1 de septiembre de ese mismo año ya había liquidado el 100% del préstamo inicial y el 30% de los intereses. Solo quedaban unos activos imposibles de liquidar debido a la crisis. Se dio orden a los socios de que se presentaran ante la Fiscalía. Gamal se marchó a Londres el 3 de septiembre y Anwar se trasladó con su familia a los Estados Unidos el viernes siguiente. Talaat se quedó solo en El Cairo.

* * *

Llévame a mi querido país.

Muero de amor y la distancia me quema.

Abdel Latif Awad cantó con su voz penetrante la canción de Umm Kulzum para Talaat, Shawkat y sus tres socios kuwaitíes. El eco de los aplausos resonó en la pequeña estancia en cuanto concluyó su interpretación. Acto seguido, se retiró a la cocina para dar los últimos toques a la cena. Talaat anunció con sumo orgullo que «Tifo», como llamaba con cariño a Abdel Latif, les había preparado el guiso de pato más sabroso que iban a probar en su vida.

Talaat se consideraba un hombre afortunado por tener a Tifo como cocinero en Kuwait. Lo conoció en casa de Akram Al Mungi, y al instante tomó una decisión de la que no se arrepentiría ni un ápice. Y es que durante aquella cena en casa de Akram, con quien le une una amistad que se remonta a casi veinte años, tras disfrutar de la deliciosa comida, Akram anunció que aquella sería la última cena preparada por el anciano cocinero, pues al día siguiente tenía pensado despedirlo.

—Pues mira, Akram, si quieres echarlo, me lo quedo yo.

—Amigo mío, búscate mejor una filipina. Este se piensa que es un funcionario de

cocinas y al final te acabará reclamando su derecho de manifestación.

—Estoy buscando a alguien egipcio.

—Eres como mi hija, que solo quiere comida egipcia.

—¿Y a ti qué más te da? Tráelo para que hable con él. Le convenceré.

—Mira, Talaat, quiero contarte algo importante. Desde que estoy en América, he descubierto que aquí la gente es más elegante que nosotros. No te ofendas, pero es la verdad. Es cuestión de raza y cultura. Su raza es más inteligente y mejor. Nosotros estamos en el escalón más bajo, el peor. Pero eso no es algo que daba molestarnos si lo aceptamos con resignación.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Hasta la raza amarilla es mejor que nosotros. Mira lo que producen los japoneses o los chinos, y míranos a nosotros. Coge, por ejemplo, a una criada egipcia y a otra filipina y verás cuánta diferencia. Las dos son pobres, venidas del campo. La amarilla es más paliducha, sí, pero es limpia, ordenada y organizada. Han sido creados así. Sin embargo, la egipcia es sucia y asquerosa; te pasas años intentando educarla y no sirve de nada; al final te traicionará y se largará. Una mala raza, hazme caso... Si quieres mi más sincera opinión, búscate una amarilla.

—Pues si quieres mi más sincera opinión, vete al infierno con tu coleguita Hitler. Yo, viejo amigo, quiero a ese Tifo tuyo.

—Si apuestas por egipcios acabarás perdiendo, Talaat.

Pero Talaat no perdió, como predijo Akram Al Mungi. Tifo, desde que empezó a trabajar para él, se mostró merecedor del apodo «hombre multiusos», o como dicen en América, un *Jack-of-all-trades*. Era cocinero, criado, chófer, payaso, cantante y, sobre todo, una oreja siempre dispuesta a escuchar sus cambios de humor. Talaat Dhohni encontró en Tifo la esencia del típico hombre egipcio, y por eso lo trataba con todo el cariño que sentía por su país. Abdel Latif le respondía con una entrega aún mayor. Era la niña de sus ojos, como si fuera de su propia familia.

Después de que los nuevos socios de la empresa kuwaití devoraran el pato hasta relamerse los dedos, escucharon de nuevo a Abdel Latif interpretando a Umm Kulzum. Todos los presentes, embriagados, decidieron buscar un profesor de canto para que enseñara a Tifo técnicas musicales, a cambio de que les ofreciera una velada por semana de canciones orientales antiguas en el diwan del *sheij* Saleh. Shawkat Zair puso una condición: «Pero tiene que aprender canciones de Nazem el Ghazali».

* * *

«Ayer fue un día increíble. Un día de ensueño. No se me olvidará nunca. Domingo, 5 de marzo de 2006. El señor Emil, un palestino, vino a verme con un laúd antiguo y me pidió que le cantara algo de la señora Kukthum. Yo le canté el *Odio Israel*, de Shaaban. Pensaba que le haría gracia escuchar algo de música popular, pero no le gustó. Así que pasé a Umm Kulzum. Antes de marcharse, me dijo que yo valía para

cantar, y que mi voz tenía personalidad. Me gustó mucho esa frase, porque yo no tengo mucha personalidad. Se ve que mi voz me la ha robado toda, la muy rastrera y cobarde.

Cuando el hombre se marchó, me fui a llamar a Ayman Sobhi en América, pues el 5 de marzo era el aniversario de su boda con Hagar. Ya hace un año, pero es como si hubiera pasado un día. Fue una boda inolvidable, con tanta flor, y esa comida. Él también se portó como un hombre. Desde el día en que lo dejé, siempre pregunta por mí y me llama como si no lo hubiera dejado. El día en que me vine a Kuwait intenté llamarlo para darle la enhorabuena por el bebé. Me enteré de que había tenido una niña y le había puesto de nombre Zeynab. Pero tenía el teléfono apagado, cosa rara en él. En fin, que lo llamé ayer, pero ojalá no lo hubiera hecho».

* * *

Talaat se reunió con un abogado y su gestor, y anunció que lucharía solo contra los molinos de viento. No tenía intención de escapar, como los cobardes de sus socios. Si Egipto le daba la espalda, su obligación era agarrarla por la cintura, darle la vuelta y abrazarla con amor. Esto sucedió a finales de septiembre de 1999. Empezó a trabajar con el abogado y el gestor día y noche, revisando y evaluando los activos, públicos y privados. Después, estableció un calendario de pagos para saldar sus deudas. Durante ese periodo intentó llevar a cabo algunas operaciones para reflotar sus arcas, pero los bancos se opusieron rotundamente. A pesar de todo, en octubre comenzó a cumplir con el calendario de pagos que había elaborado.

En aquella época, su esposa Hind le demostró toda su nobleza. Se había casado con ella por amor, y ella le abrió las puertas de la cueva de Alí Babá, llena de pasión, cariño y auténtica ternura. Con pronunciar «Ábrete Sésamo», le abrió las puertas de un paraíso desconocido hasta entonces para él. Pero, en los momentos de angustia, Talaat siempre se preguntaba por qué se había casado con una muchacha tan tremendamente malcriada, que había vivido rodeada de criados desde que nació. ¿Cómo iba a suponer él que Hind, ese ser tan dulce, podría transformarse en acero, más dura que la diosa Bastet cuando se tragó el calor de Ra? Hind vendió todas sus posesiones para ayudar a su marido, sin comprender por qué Talaat le daba tanto valor a un gesto completamente lógico. Gracias a eso consiguieron sobrevivir en noviembre; pero a principios de diciembre vino el gran golpe.

* * *

«Un día del todo aciago, la espada del destino cayó sobre mi cabeza y la partió en dos. A la hora de la oración de mediodía, dos inspectores de Hacienda entraron en mi despacho. Traían una factura de compra de mercancías por valor de 45 millones de libras, y decían que tenía que pagar el IVA. Les dije la verdad: “Mi empresa no tiene

nada que ver con esa factura”. Tras una larga discusión, les pedí que verificaran si yo había recibido realmente esa mercancía. “Comprobadlo con la autoridad portuaria y con aduanas. Vamos a ver si esa mercancía ha entrado de verdad o no. Hay muchas formas de confirmarlo. No estamos hablando de mercancías por valor de un millón. ¡Son 45 millones! O mejor, no. Vamos a mirar en los bancos. ¿Acaso he pedido créditos por esa cantidad? Por cierto, un crédito difícil de obtener”.

»Me respondieron diciendo que querían cobrar el IVA de esa factura. “A ver, señores, un poquito de calma. Este *invoice* es una falsificación hecha por un contable del tres al cuarto. Hasta la letra está borrosa. No sé ni de dónde ha salido ni de qué va”. Por supuesto, se enfrentaron a mí con su asquerosa lógica gubernamental: “¡Pague usted, y después presente una queja!”.

»Estoy seguro de que venían enviados por alguien. No quiero ser malpensado, pero podría ser que mis antiguos socios desearan que me fuera del país, porque les había hecho quedar fatal. Ellos se habían largado, mientras que yo había negociado con los bancos y con la fiscalía, había relanzado los proyectos, saldado las deudas y comenzado a trabajar con otros bancos. Pero de lo que estoy convencido, sin ninguna duda, es de que los inspectores venían untados. ¿Por qué? Pues porque se negaron por completo a aceptar ningún soborno. Y eso solo puede significar que ya venían sobornados.

»En fin, que cuando se marcharon llamé a unos cuantos abogados, todos gente de peso, y me dijeron que era un lío muy gordo, y que fulano y mengano habían acabado en la cárcel por el tema del IVA.

»Me aseguraron que detrás de todo aquello estaría algún empresario de la competencia que contaba con el apoyo del gobierno, o que el propio Estado quería participar en el negocio y acabar con todos los competidores. También me recordaron que un amigo que se dedicaba a la distribución de aparatos de aire acondicionado estaba imputado por un asunto de evasión de impuestos».

* * *

Hind no imaginaba que recibiría noticias de su esposo en el oasis de El Fayum, adonde había ido con tres amigas y sus hijos para pasar un día de relax, sin hombres, en la localidad de Tunis. Se encontraban tumbadas junto a la piscina, en casa de una de esas amigas, rodeadas por una vegetación exuberante. Hacía una temperatura ideal, que Hind definió como la temperatura del Paraíso.

Hind llamó a la madre de Abdel Latif para que les trajera unos patos y unos lenguados. Había empezado a relacionarse con esa mujer desde que Tifo empezó a trabajar para su esposo Talaat. Incluso le había regalado un teléfono móvil para que su hijo —y también ella— pudiera llamarla. La madre de Abdel Latif llegó y le contó una noticia que explotó como una bomba para reventar la paz de aquel día: «¡El señor Talaat y Abdel Latif llevan casi dos meses en Kuwait!».

* * *

«Cuando volví a casa y me calmé un poco, descubrí que lo que más me molestaba era que Talaat me hubiera puesto en ridículo delante de mis amigas. No quería pasar por una estúpida que no sabe dónde vive su marido. Es algo muy desagradable y humillante.

Siempre encuentro alguna excusa que poner, pero no esta vez. Sin embargo, estaba segura de que en esta ocasión Talaat había actuado de buena fe, pues no quería preocuparme con su nuevo proyecto laboral. Siempre intenta protegerme de sus aventuras profesionales. Le da miedo que me pierda y desaparezca. La última vez que lo visité, vi sus ojos asustados al salir del aeropuerto. Le comprendo. Yo tampoco me reconozco cuando me miro en el espejo. Pero, a pesar de todo, no debería haberme puesto en una situación tan desagradable. ¡Es posible, Talaat, que sea la mujer que prepara los patos la que me diga en qué país vive mi marido!

Quiero pensar que a veces es necesario contarnos alguna mentira para proteger al otro. Supongo que sí. Porque la sinceridad a veces es como un cuchillo. Le mandé un SMS a Talaat para informarle de que sabía que llevaba tiempo en Kuwait. No quise decirle que me había enterado por la madre de Abdel Latif para que no la tomara con el pobre hombre. ¡Hala, yo también ocultando cosas! La verdad, ya no sé distinguir el bien del mal. Dejémoslo. El mundo está fatal».

* * *

Talaat abrió los ojos, pesados por los litros de alcohol que había ingerido la víspera. Tenía una jaqueca que casi le reventaba la cabeza. Encendió el teléfono móvil y vio que eran casi las cuatro de la tarde. Se levantó excitado, tras pasar una noche loca, rodeado del mayor número de prostitutas que había visto en su vida. Estuvo a punto de llamar al señor Guinness para que certificara el récord mundial de prostitutas por metro cuadrado. Lo terrible era que estaba tan atolondrado que, cuando las mujeres se marcharon, se olvidó de aliviar su fogosidad como de costumbre. Además, el día anterior no había realizado sus dos horas obligatorias de gimnasio, pues tenía una cita con un importador kuwaití con quien podría montar un negocio.

Entonces oyó dos pitidos seguidos en el teléfono, anunciando que había recibido dos mensajes que acabaron con la excitación y la jaqueca. El primero traía una noticia de lo más extraña: habían detenido a su socio Anwar, acusado de tener una empleada menor de edad como empleada del hogar y sin salario. La esposa de Anwar requería su ayuda, y en el mensaje le pedía que llamara cuanto antes a alguno de sus amigos abogados. El segundo SMS le comunicaba el gran enfado de su esposa por no haberle informado de su traslado a Kuwait.

Hizo venir a Abdel Latif y, tras un breve interrogatorio, comprendió que el cocinero había sido el origen del problema. Le mandó salir de malos modos de su

dormitorio. Luego, lo llamó para pedirle perdón y que le preparara unos huevos fritos con *basterma*^[17]. Se desplomó en el cómodo sillón que había comprado un par de días atrás a un comerciante indio y dirigió su vista a la ventana junto a su cama. Allí vio la cara de su esposa. Acercó la vista y se fijó en los detalles de sus cejas negras y espesas, dibujadas sobre una piel muy blanca. A continuación miró sus ojos, se sumergió en sus profundidades y comenzó a llorar. Sus sentimientos brotaron como una cascada. Lloró hasta quedarse sin lágrimas, sumido en una honda sensación de tristeza, estupidez e injusticia. Si colocaba el mundo en la mano derecha y a Hind en la izquierda, la balanza se inclinaría a la izquierda sin ninguna duda. El mundo era amargo e injusto, y no debía hacérselo pagar a Hind. Ella le había entregado todo lo que poseía sin pensárselo. ¿Cómo podía él hacerle daño? Si pudiera montarse en una alfombra mágica y llegar hasta ella para postrarse a sus pies y pedirle perdón, no lo dudaría. Estaba pensando en la lámpara de Aladino cuando Abdel Latif entró en el dormitorio con sus huevos con *basterma*. Al comérselos, no sacó el sabor por culpa de las lágrimas.

Llamó a Hind y le dijo que estaba tirado en un sillón indio de color de sangre de gacela. Se pusieron a llorar juntos, como dos tiernos pajaritos del Paraíso. Tras colgar, se quedó sentado en silencio durante una hora.

Cuando se recuperó, recordó que debía llamar cuanto antes a Zeynab, la esposa de Anwar. Ella también rompió a llorar. Talaat pensó que veía otro *tsunami*.

* * *

«Ayúdanos Talaat, estamos perdidos, se acabó. Vengo de ver a ese abogado, el tal David, y me ha dicho que al parecer no hay solución. Van a meter a Anwar en la cárcel, Talaat. Ahora está detenido y no puedo hacer nada. ¡Ay, mi difunto padre, si siguieras vivo esto no habría sucedido jamás! El destino es el destino. Nos fuimos de Egipto huyendo de la cárcel y acaban encerrándolo aquí. ¡Qué desastre, Dios mío! Todo por culpa de esa hija de perra de Gannat, juro que la mataré. La sacamos de Kom Hamada. Parecía una gatita inocente y muerta de hambre, pero engordó y ahora se cree una faraona. ¡Maldita sea la raza egipcia!

Nos la trajimos a América. No te imaginas, ahora habla inglés por los codos, como los americanos. Y se hace llamar Jane. Imagínate, después de lo que hicimos por ella, va y nos hace esto por la espalda. Y nos lanza su veneno de mala víbora. Se ha liado con un chaval, un repartidor de *pizza*. Una historia de sexo, guarradas e indecencias. Nosotros no teníamos ni idea. Y resultó que el muchacho era alcohólico y drogata. No sé si para librarse de nosotros o para qué, tramó un plan con el chaval y su padre. Fueron a comisaría, les contaron un cuento y han detenido a mi Anwar. ¿Qué voy a hacer, Talaat? Estoy perdida».

* * *

Talaat recuerda muy bien a Gannat. La primera vez que la vio en Santa Cruz le atrajo la inteligencia de su mirada. La muchachita tendría nueve o diez años, y se le acercó con la bandeja del té. Sus ojos poseían un brillo extraño cuando le dijo con una voz muy madura para su edad: «Aquí está su té, señor Talaat». Así que Gannat había crecido y aprendido a hablar sobre explotación infantil y laboral en una lengua extranjera. ¿Por qué no hablar en su lengua, si todos somos sus esclavos? Ahora vas a pasar de estar al servicio de Anwar a encontrarte sola en medio de la jungla americana. Te arrepentirás cuando sea demasiado tarde. Tu inteligencia no te servirá de nada frente a la maquinaria norteamericana, darás vueltas en una noria que vaciará tu alma de ternura.

Talaat se sentó frente al ordenador y se puso a escribir correos electrónicos a varios amigos abogados. Aprovechó la ocasión para mandar algún mensaje a amigos profesores de universidad, pidiéndoles información para Silvia. Por segundo día consecutivo se olvidó de su cita con el gimnasio. Decidió no salir y quedarse a escuchar la clase de canto de Tifo. Pidió a Emil que tocara al laúd *A mis brazos* para que cantara Tifo, pues estaba tenso y quería recordar su patria en las cuerdas de Emil, ese mestizo palestino-jordano-kuwaití que estaba condenado al destierro de por vida.

* * *

*A mis brazos, a mis brazos
Ven a mis brazos, mi hermoso país
Tus hijos acuden a la cita.
Volverán las fiestas a nuestro país
El ausente no soportará estar lejos
Vuelve a mis brazos.*

Un mes después de que Tifo comenzara las clases de canto, Shawkat Zair llamó a Talaat y acordaron reunirse esa noche en el diwan de su socio Ahmed. Abdel Latif animaría la velada. Tifo se preparó a conciencia. Por primera vez, pese a los muchos años que llevaba cantando, se sintió en la piel de un cantante de verdad. Esa sensación provocó que se le acelerara la respiración, hasta el punto de que su cerebro tenía que concentrarse para llevar a cabo las operaciones de inhalar y espirar el aire que salía de sus pobres pulmones. Respiraba como si estuviera aprendiendo a hacerlo por primera vez en su vida. Pensó que se había convertido en un *jack-of-nothing* en lugar de un *jack-of-all-trades*.

Abdel Latif se puso sus mejores galas y esperó a Talaat frente a la casa que daba al golfo Pérsico, intentando controlar su respiración. Sin embargo, no se calmó hasta después de tomarse una taza de café solo que le sirvió Nabry en la cocina anexa al diwan. Nabry posó una mano sobre su cabeza y recitó unos versos de la azora *Ya-sin*:

¿No ve el hombre que le hemos creado de una gota? Pues ¡ahí le tienes, porfiador declarado! / Nos propone una parábola y se olvida de su propia creación. Dice: «¿Quién dará vida a los huesos, estando podridos?»^[18].

Desde el instante en que la mano de Nabry y la cabeza de Tifo se tocaron, los destinos de sus vidas se entrelazaron hasta confundirse la una con la otra. Y es que ambos eran dueños absolutos de su tiempo y hacían lo que les venía en gana con los muchos segundos que les concedía el día. La única tarea de Nabry era servir el café por las noches en el diwan. Abdel Latif, igualmente, solo trabajaba de noche, pues Talaat, al llegar a Kuwait, descubrió que los días eran como años, y los meses como siglos, así que nunca se levantaba de la cama antes del mediodía, esperando a un Godot que nunca llegaba.

Los dos nuevos amigos salían todas las mañanas en el coche de Talaat con el objetivo de buscar a Abdel Hamid, un primo de Nabry del que llevaba más de un año sin recibir noticias. Tifo podía conducir siempre que quisiera gracias a su permiso de conducir estadounidense. Durante aquella búsqueda de una aguja en un pajar, conocieron a cientos de emigrantes egipcios. Comenzaron sus recorridos visitando la asociación Casa Nubia en Kuwait y la Unión Nubia de Kuwait. Descubrieron que muchos egipcios habían fallecido en Kuwait, y rezaron la *fatiha* por los que habían recibido sepultura lejos de su tierra.

* * *

Talaat se despertó, vio que llovía a mares, y le entraron ganas de salir a hacer deporte bajo la lluvia. Se puso el chándal, dio un beso a su mujer y a sus hijos y salió de la maravillosa casita que había alquilado para pasar las vacaciones con ellos en aquella localidad de la costa de cuyo nombre no se acordaba, en el extremo occidental de los Estados Unidos. Aquello fue más o menos un año antes de irse a Kuwait.

Nada más salir, el frío se le coló hasta los huesos, pero no le importó. Respiró hondo un aire que le congeló la tráquea y empezó a correr sin rumbo por aquella ciudad cuyas calles desconocía. Cuando se desorientó por completo, se encontró pasando ante una gigantesca puerta de hierro forjado, con adornos en forma de tulipán. Miró a su alrededor y descubrió un jardín que se extendía hasta el infinito, rodeado de una vegetación que relucía como el cristal por las gotitas de agua caídas. Por todas partes surgían árboles altísimos que llegaban hasta las nubes y les hacían cosquillas con sus ramas. Senderos de tierra subían y bajaban entre las verdes colinas, flanqueadas por estatuas romanas de mármol blanco.

La lluvia se detuvo, como si la nube hubiera descubierto de repente que se había quedado sin agua o que las ramas de los árboles habían dejado de acariciarla. La niebla empezó a amainar poco a poco, y justo entonces Talaat descubrió que estaba en un cementerio, y que se encontraba rodeado por todas partes de tumbas de hombres y mujeres fallecidos el siglo pasado.

Siguió corriendo hasta que vislumbró a lo lejos una media luna que relucía bajo la luz del cielo, y luego otra, y otra más. Al acercarse, vio que su número no acababa. Cada media luna era una lápida, y debajo había nombres escritos en un idioma que le era familiar.

Dejó de correr y caminó sobre aquel césped immaculado. Se acercó a una lápida y encontró a un tocayo suyo: «Talaat Dhohni, fallecido el 18 de marzo de 1958». A punto estuvo de parársele el corazón. Le temblaron las rodillas y se sentó entre las lápidas del cementerio. Nombres árabes, iraníes e indios sobre el mármol decorado con motivos islámicos. Algunos escritos con todos los colores del arco iris, y otros grabados sobre el mármol blanco de Carrara. Miró justo a su izquierda y vio que su vecino de tumba había nacido en El Cairo y muerto allí, en 2005. Por primera vez pensó que él también podría morir en tierra extraña. Podría ser allí mismo, sentado solo, como de costumbre. Azrael se llevaría su alma y acabaría enterrado en un lugar hermoso, frío y distante, como donde se encontraba en ese momento. No podía soportarlo. ¿Cómo enterraron a ese Talaat aquí en el 58? ¿Por qué enterraron a Ibrahim aquí y no en el Cairo, donde nació? ¿Sería su destino quedarse para toda la eternidad en una tierra extraña? Intentó moverse, pero no pudo. La morriña lo tenía paralizado.

* * *

Cuando Talaat comprendió que su socio Anwar no soportaría la vida en una cárcel americana y que moriría de pena en prisión, decidió poner el mayor empeño en intentar ayudarlo. Comenzó por tomar una decisión muy complicada: llamar a su tercer socio, el maldito Gamal, que llevaba más de cinco años desaparecido. Y es que el padre de Gamal era la persona más indicada del mundo para echar una mano a Anwar.

Gamal se encontraba tumbado en una hamaca que le había costado dos libras esterlinas, a orillas de un lago en Hyde Park, en el corazón de Londres. Llevaba una cámara que era como su tercera mano, pues jamás la soltaba. Había venido a sacar fotos de una manifestación contra Robert Mugabe, el presidente de Zimbabue. Mientras esperaba, leía en un pasquín que habían repartido las cómicas declaraciones de Mugabe del 15 de septiembre de 2005, en las que afirmaba que su pueblo vivía en la más absoluta felicidad. En Zimbabue nadie se moría de hambre, el problema era que la población no quería cambiar su régimen alimenticio. El Estado tenía excedentes de maíz y patatas, pero a los ciudadanos no les gustaban las patatas.

Cuando sonó su teléfono móvil, un extraño pájaro se posó al borde del lago, justo delante de él. Tuvo un instante de duda: ¿contesto al teléfono o le saco una foto a este ave, que no había visto desde que estoy en Londres? Pero zanjó sus dudas y pulsó el botón verde, temeroso de que hubieran cancelado la manifestación.

—Gamal, ¿cómo estás?

—¿Quién es Gamal? Yo me llamo Jimmy. Mira, Talaat, tu voz me trae recuerdos muy violentos del pasado. Mi cerebro se niega a retroceder a fechas anteriores a la sagrada migración.

—¿Te refieres a la hégira del Profeta a Medina?

—No, me refiero a la migración del pueblo egipcio.

—Pero si todavía no han emigrado todos.

—Tiempo al tiempo, ya lo verás. Algún día todos los egipcios habrán cambiado de color, de fe, de nombre, de trabajo y de vida, como hice yo. Bueno, recuérdame, ¿quién eres?

—Van a meter a Anwar a la cárcel.

—¡Pero será gilipollas! ¿Cuándo ha vuelto a Egipto?

—No ha vuelto.

—Entonces, ¿está detenido en América?

—La criada lo denunció por obligarla a trabajar contra su voluntad. Está acusado de explotación laboral de menores.

—¿Y por qué? ¿No le pagaba?

—Tío, concéntrate. Ese no es el problema. Pues claro que le pagaba a la muy condenada. En fin, ¿qué hacemos con Anwar?

—¿Hacemos?

* * *

Gamal había decidido no malgastar su tiempo por nadie en este mundo. No por egoísmo, sino por una decisión puramente racional. «Quiero pasar diez años apartado de todo». No quería oír hablar de su esposa ni de sus hijos, ni, por supuesto, de su padre. Algún día, cuando pasaran esos diez años, los sorprendería a todos regresando como un hombre diferente, un hombre más lúcido y seguro de sí mismo, con más sabiduría para transmitir a sus descendientes. Ya había malgastado media vida en aquella existencia que las convenciones sociales le obligaron a llevar, arrastrándose de continuo y persiguiendo una sombra a la que jamás alcanzaba. Ahora, por primera vez, era su sombra la que lo seguía a él.

Su padre, una persona con dinero y contactos, le había impuesto una carrera de hombre de negocios. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero él siempre se interesó más por las causas que provocaban el ocaso de unas familias y el éxito de otras, la caída de unos estados y el despuntar de otras naciones. Un profesor de Historia le explicó que el motivo era la indolencia a la que se abandonaban los dirigentes, que vivían rodeados de lujos. Por lo general, el nieto del rey que había alcanzado la gloria solía ser quien dilapidaba la conquistada por su abuelo. Sin embargo, en su vida pasada, Gamal descubrió que el problema no residía en la indolencia, sino en los valores científicos y principios morales adoptados por los gobernantes. Para ganar en esta vida hay que ser inculto, grosero, violento y sanguinario. Hay que estar dispuesto a

renunciar a los principios morales.

Gamal siempre tiene presente la frase de Adel Adham en la película *Supermarket*: «Ramzi, para triunfar tienes que olvidarte de tus principios». Gamal recuerda perfectamente cómo entonaba el actor esa sentencia, marcando un poco la pronunciación de las erres. Esa renuncia a los principios que no quedaba muy clara en la película, Gamal la comprendía perfectamente. Para triunfar hay que ser un inmoral y un sucio. Más vale ser un rufián y un ignorante. Es conveniente airear tus hazañas sexuales con mujeres de una hermosura nunca vista, las más retorcidas. Por lo que respecta a los negocios, se deben hacer con una sonrisa, un soborno y, luego, una puñalada traperera por la espalda. Hay que usar estas armas: un sobre lleno, contactos con los poderosos, una esposa tranquila o de clase baja, una película porno y un cuchillo para amenazar, asustar o matar si fuera necesario.

Una vez, Talaat y Gamal fueron a ver a un funcionario corrupto para cerrar un trato. Gamal se había imaginado que sería como en las películas: le ofrecerían un soborno, él se haría de rogar un poco, ellos aumentarían un poco la cantidad y finalmente el hombre aceptaría a regañadientes, diciendo que lo hacía por el aprecio que les tenía y asegurando que él no vería ni un céntimo de esa cantidad porque se lo gastaría todo en pagar a los intermediarios. Pero la película fue diferente, más parecida a un combate de boxeo. El contendiente pidió una cantidad determinada mostrando sus dientes negros con una sonrisa. Talaat le respondió con un directo a la cara y Gamal se sentó a observar el espectáculo mientras la sangre corría a su alrededor. «Si Mohamed Alí en sus mejores tiempos hubiera estado allí, ese par de bestias lo habrían dejado KO al primer asalto». Justo entonces, se sintió indispuerto y acabó la velada en el cuarto de baño, vaciando su vientre.

Gamal todavía estaba en el instituto cuando un amigo de su padre, oficial del ejército, le dijo con un vozarrón que hizo temblar el comedor y quebró una copa de cristal: «¡Gamal, hijo! ¡Para triunfar hay que ser un sinvergüenza!». ¿Cómo un hombre que llevaba una vida desahogada podía llegar a ese grado tan humillante de crueldad? Lo más lógico sería que él se perdiera al transitar por esas sendas. Su abuelo turco siempre estaba dispuestto a partirse la cara con cualquiera. Talaat se le parecía mucho por su constitución de boxeador y su predisposición a pelearse con quien fuera, día y noche.

Finalmente, Gamal se negó vehementemente a llamar a su padre para pedirle que ayudara a Anwar, pues tras saldar las incontables deudas que tenía con su progenitor había decidido no volver a pedirle nada nunca más.

Talaat no sabía que Gamal se había convertido en fotógrafo profesional. Como tampoco sabía que había roto por completo con su mundo anterior. Había pasado página y tenía ante sí una hoja en blanco en la que escribir unas letras que no había probado antes. Tras vaciarse de sus amarguras, se había dedicado a exprimir sus capacidades artísticas. La conversación telefónica terminó de un modo extraño, con un diálogo sobre Mugabe, del que Talaat no había oído hablar nunca. Luego, de

repente y sin preámbulos, Gamal gritó enfadado: «Recuerda, Talaat, lo que nos hizo Egipto, así que pasa página de una vez para siempre».

Y colgó súbitamente, poniendo fin a la conversación.

* * *

«Todos hemos recibido muchos golpes, Gamal, pero un hombre digno de ser llamado así es el que sabe encajarlos y seguir adelante. ¿Cómo voy a olvidar las cicatrices que produjeron en mi cuerpo los golpes que acabaron con nuestra vida y me alejaron de mis hijos, mi esposa y mi país?

Fueron muchos, pero el que mejor recuerdo y que jamás podré olvidar fue el día en que la Unión de Fabricantes emitió una nueva ley que concedía el monopolio de la importación de hierro a una sola empresa. Se estableció que cada barra de 150 centímetros de hierro debía llevar el sello del fabricante. Así comenzó el monopolio del hierro en Egipto, con una decisión de iluminados cuyo resultado fue que el hierro sin sello tenía prohibida su entrada en el puerto. Por supuesto, todas las siderúrgicas del mundo con las que trabajábamos cancelaron las exportaciones a nuestro país. Eran productores muy solicitados y no tenían problema alguno para vender en otros mercados. No te esperaban, vamos. No podías pedirles que te hicieran el hierro a medida, provocando cambios en su línea de producción, dado que el mercado egipcio era insignificante para ellos. Cuando el gobierno tomó la decisión de imponer el sello de fábrica cada 150 centímetros, sabían muy bien que nadie podría importar con esas condiciones.

En aquel entonces, habíamos pedido un crédito para traer un cargamento de hierro. Se promulgó el decreto y nos tuvimos que comer con patatas todas las barras de hierro. Aunque el golpe fue terrible, recorrimos un montón de fábricas hasta dar con una dispuesta a proveernos con hierro de acuerdo a las nuevas exigencias. Entonces, el gobierno prohibió la importación de hierro. ¡Toma colleja! Más adelante revocaron la decisión, pero nosotros habíamos decidido dedicarnos un poco a la chapa. Entonces, va el Estado y se saca de la manga un *dumping* para que no importemos de determinados países porque sus precios son mucho más bajos que los nuestros. Es decir, que nos obligaban a pagar unos impuestos adicionales por introducir la mercancía, coincidiendo con el comienzo de la producción de chapa local en las fábricas de Dakhila. De modo que, de pagar un 5% de IVA, de repente pasamos a un 30%. Antes de esas reformas, empresas como la nuestra vendían hierro en Egipto y todo iba viento en popa. Tras las nuevas leyes, y sobre todo con ese genial invento del sello, calculo que al menos quinientas empresas egipcias dedicadas a la importación de hierro y chapa quebraron o se largaron al extranjero, gracias a esas sabias políticas del país. ¡Bienvenido sea el monopolio!».

* * *

«Hoy es fiesta. El mejor día de mi vida. Siento que estoy en las nubes, y que el aire fresco entra en mis pulmones y me inunda de fuerza. Hemos conseguido saldar una vez más nuestras deudas con el banco. Ya solo nos queda por pagar una pequeña cantidad de IVA y habremos acabado con la pesadilla que pendía sobre nuestras cabezas.

El precio del suelo urbanizable en la zona Seis de Octubre ha subido muchísimo y conseguimos vender unos terrenos que me compró mi padre. El hombre ha vendido todo lo que tenía, pero sigue fuerte y sonriente como la colina de Moqatam.

La vida es bella y hermosa. Ya no queda nada para que vuelvas, amor mío. Talaat me ha pedido que le consiga el número del padre de Gamal en Abu Dabi. Acabo de hacerlo. La verdad es que cuando la vida te sonrío, lo hace con fuerza. Estaba en el club, esperando que los chicos terminaran sus clases de tenis. Me encontré con la doctora Nevine y su hija Silvia, y también con Raimunda y Passant. Esta última me dijo que había estado con el señor Salem Hussein en una conferencia en Dubai. Salté como un resorte y le pedí su número de teléfono. No hay nada más útil en el mundo que una reunión de señoras en el club, ponemos a parir a todo el país. Cuando terminamos nuestras reuniones, a medio mundo le pitan los oídos. Estoy tan feliz que voy a reventar».

* * *

Nadie pudo salvar a Anwar de ir la cárcel; actualmente es el recluso número 007 en una celda del penal de Santa Cruz. Nabry y Tifo no encontraron a Abdel Hamid, aquel nubio perdido. La empresa por la cual Talaat se había trasladado a Kuwait se fue al traste. El tiempo se congeló y luego se dilató por efecto del calor. Las mañanas se volvieron como noches, y los días como semanas. A pesar del fracaso del proyecto que lo había traído a Kuwait hacía más de un año, Talaat reconoció a Shakwat Zayr que su estancia allí había abierto su espíritu a nuevos horizontes profesionales. Por el contrario, su periodo en América se había caracterizado por un estado de pereza e indolencia que le hacía sentir que no había esperanza en el mañana. Envejeció prematuramente, sin saber por qué. ¿Sería por el temor a morir lejos de su patria? Aquel deprimente periodo dejó unas sombras negras en su vida que todavía perduraban, pero ahora sentía que se había liberado y que pronto saldría volando.

Talaat decidió empezar su despegue con un proyecto genial de turismo termal en Asuán. Encontró socios kuwaitíes, emiratíes e iraquíes. Este negocio se le ocurrió tras una conversación con Nabry, que le contó que se había curado de una enfermedad crónica con un tratamiento de arenas calientes en Asuán. Tras investigar un poco, Talaat descubrió que Asuán destaca por recibir un alto grado de rayos ultravioletas, y por poseer una baja humedad. La presencia de rayos del sol durante todo el año, combinada con la sequedad, constituye un clima ideal para el tratamiento de enfermedades como el reumatismo, la bronquitis, el asma y afecciones renales y de la

piel.

Tras recabar esa información, Nabry le aconsejó que se pusiera en contacto con su hermano Hassuna, que trabajaba en el sector turístico en Asuán. Le pediría que le buscara cuanto antes unos terrenos para construir un balneario.

Eso fue el 3 de julio de 2007, mientras los gobiernos árabes celebraban con mucho amor el día de la independencia norteamericana.

Hassuna Sabry

HASSUNA contestó al teléfono móvil e intentó saber quién lo llamaba. «Un proyecto turístico, terrenos, tú te llevas una comisión». ¿Qué tenía él que ver con toda esa historia? No comprendió nada de lo que le dijo Talaat. Lo único que entendió es que le llamaba de parte de su hermano en Kuwait. Confundido, decidió telefonar más tarde a su hermano para enterarse del motivo de esa llamada.

Hassuna Sabry se encontraba en el aeropuerto de Asuán, rodeado de su familia al completo y de decenas de otros nubios, esperando la llegada del féretro de su tío Osman Mohamed, que venía acompañado por su hijo desde Milán. Durante más de veinte años, Osman había sido el jefe de cocina del club de la Fiat, Fabbrica Italiana Automobili Torino.

La muchedumbre congregada en el aeropuerto se correspondía con lo esperado para honrar a un gran patriarca nubio. El difunto había sido el responsable de que decenas de nubios fueran contratados por la Fiat y sus empresas asociadas, como el club de tenis en el que él trabajaba, y todo gracias a su amistad directa con Gianni Agnelli, ex presidente de la empresa y nieto de Giovanni Agnelli, fundador de Fiat en 1899. Siempre que visitaba el club, Don Agnelli se dirigía en persona a saludar al chef para alabar sus exquisitos platos. En concreto, adoraba la *mulujeya*^[19] con conejo, que el difunto hacía traer de Egipto expresamente para el señor Agnelli. En esas ocasiones, Osman le pedía con voz tímida que contratara a algún nubio que lo estaba pasando mal en Egipto. De ese modo, año tras año y contrato tras contrato, el chef Osman adquirió la categoría de héroe nacional nubio.

Aquel 4 de julio, la temperatura en Asuán se asemejaba a la que imaginó Dante para su infierno, mientras escribía la *Divina Comedia* sentado delante de una estufa. Sin embargo, la escasa humedad hacía que el tiempo fuera más soportable en comparación con el que sufría Talaat en Kuwait. Allí el clima no se parecía al del infierno de Dante, sino al del infierno de verdad.

Todos los nubios que esperaban en el aeropuerto vestían chilabas blancas ligeramente transparentes con cuadraditos bordados, y por debajo unos zaragüelles también blancos. Coronaban su cabeza con una *taqiyya* blanca bordada, para protegerse de la feroz canícula. Ansioso, el director del aeropuerto se paseaba por la sala de espera dispuesto a recibir el féretro como correspondía a su importancia, pues quería rendir un pequeño homenaje a los servicios prestados por el difunto, sobre todo desde que le encontró un buen trabajo en Turín a su hijo.

Cuando se desvaneció la sombra de quienes esperaban, el avión aterrizó y el féretro salió del interior del aeropuerto. Todo el mundo se arremolinó para tener el honor de llevar a hombros el ataúd. Un Peugeot 504 verde modelo 1979 los esperaba para trasladar al difunto, y arrancó por la calle Abbas Farid en dirección a la mezquita de Tabiya, donde tendría lugar la oración por el fallecido. Fue un día memorable, en

el que las mujeres de la familia derramaron sus lágrimas. Por la tarde, los hombres se reunieron ante la casa del padre del difunto, en la isla frente a Asuán en la que habitan los nubios, para presentar sus condolencias y escuchar a los salmodiadores recitando aleyas coránicas y hadices del Profeta. Todo el mundo tenía buenas palabras para el difunto, y nadie parecía acordarse del día en que partió para Italia, en 1985.

Hassuna se atolondró de escuchar tantas historias cuyos hilos se entrelazaban y se retiró en silencio del velatorio. Se dirigió en solitario hacia el Nilo a través de un tupido palmeral. Se quitó la ropa y la dejó con mimo sobre una roca de granito rojo como la sangre que brotaba entre la arena. Hacía ya mucho tiempo que cargaba en su pecho con un bloque de granito igual de pesado. Se zambulló en el agua, que estaba helada a pesar del calor. Comenzó a nadar con fuerza hacia el sur, en sentido contrario a la corriente, que discurría con vigor hacia el norte. Parecía un cocodrilo. Con cada brazada ahuyentaba a los demonios que atormentaban su espíritu, esos demonios que lanzaban sus despreciables lenguas de fuego abrasador sobre su pobre mente. Deseó encontrarse con uno de esos cocodrilos que pululaban por allí para entablar una batalla a vida o muerte con él y descargar así la cólera contenida, cuyo origen desconocía. Se apiadó del cocodrilo que osara enfrentarse a su ira. Vivía atormentado por la pobreza. Además, la derrota del Zamalek SC ante el Al-Ahly SC por tres a cuatro en la final de Copa empeoraba las cosas. Y además, Nabry no le había enviado la cantidad convenida para poder salir del país y reunirse con él.

Mientras nadaba, decidió no regresar esa noche junto a su esposa Fátima hasta pasada la oración del alba, ya que al día siguiente no tenía nada que hacer, y al siguiente tampoco. Era verano, temporada baja, en la que nadie se dirigía al tórrido sur.

Hassuna se despertó temprano, cuando un ligero vientecillo acarició su rostro. Dejó a su familia, todavía sumida en un plácido sueño, y siguió la brisa hasta llegar al río. Aquel aire era bueno para las falúas. En el embarcadero privado del hotel Cataract vio acercarse a dos hombres de cresta roja, acompañados por un egipcio de piel morena con aspecto de labriego. Los abordó e intercambió unas palabras con su paisano, ofreciéndole un paseo por el Nilo en su barca que no olvidarían jamás.

Hassuna evaluó al egipcio. ¿Sería un guía turístico, o un advenedizo que intentaba sacar algo de dinero a aquellos guiris? ¿O sería acaso un turista como ellos? Al comprobar, pasados unos instantes, que en efecto se trataba de un turista más, esbozó una sonrisa de alegría que dejó ver sus blancos dientes. Podía oler el aroma de los billetes nadando hacia su red.

Hassuna saltó como un macaco de una falúa a otra, pues todos los barcos se encontraban pegados unos a otros con gran mimo. Algunos marinos medio dormidos lo ayudaron a acercar rápidamente su embarcación a los turistas, no fuera a ser que cambiaran de opinión.

Humedeció una toalla en las aguas del Nilo y la colocó junto a la escalerilla de

acceso a cubierta, para que se limpiaran los zapatos antes de entrar en su sacrosanta falúa. Después, sacó unos cojines con fundas de algodón verde y los colocó sobre los bancos corridos a ambos costados de la embarcación. Cuando los clientes estuvieron sentados, escurrió la toalla y la extendió al final de la cubierta, para que se secara bajo los rayos del sol. Levó el ancla y alzó la vela, alta como las montañas.

* * *

El doctor Murtada Al Barudi y su esposa Deborah se sentaron a la izquierda de Hassuna. Richard, el hermano de Deborah, se acomodó al fondo de la falúa y sacó un gran bloc de dibujo. Contempló fascinado el paisaje que los rodeaba, jugueteando con el lapicero que llevaba detrás de la oreja e imitando a un profesor de dibujo cuyo nombre ya no recordaba, un compañero de Yasin en la escuela de al-Barudi que por casualidad se sentó en su mesa en la boda de su hermana. Se presentaron y descubrieron que los dos se dedicaban al dibujo, aunque con una ligera diferencia en sus salarios. El profesor ganaba treinta libras esterlinas al mes, mientras que él se dedicaba al diseño y cobraba cerca de tres mil quinientas libras esterlinas mensuales.

Los tres acababan de llegar en tren a Asuán ese mismo día, procedentes de Luxor. Deborah se negó en rotundo a coger un crucero por el Nilo y prefirió quedarse una semana en el Winter Palace de Luxor antes de continuar viaje hasta Asuán e instalarse en el Old Cataract. Todos se enamoraron de esa mágica localidad. Richard anunció, acariciando su lápiz, que era la ciudad más hermosa en la que se habían posado sus ojos. Su hermana le respondió que no olvidase la decisión del sultán Mohamed Shah Aga Khan III, quien de entre todas las ciudades del mundo, eligió Asuán como su última morada. Murtada se lamentaba de que su adorado padre no hubiera querido acompañarlos, sobre todo a sabiendas de que se irían a Londres nada más regresar a El Cairo. Había intentado convencerlo por todos los medios, pero su respuesta fue muy simple: «El día de tu boda me empaché de felicidad, y ya no hay nada en este mundo que pueda alegrarme más».

Al entrar al hotel, Murtada no pudo evitar pensar en Suad. «Murtada, quiero que pasemos nuestra luna de miel en el Old Cataract de Asuán. Es mi sueño desde que iba al instituto».

«Pues aquí estoy, Suad, en ese hotel, pero con otra mujer. ¿Puede haber mayor traición que la que estoy cometiendo? Tengo la misma sensación que experimentó Judas al vender a Cristo. Se me parte el alma».

A los pocos minutos de tenerlos en la falúa, Hassuna comprendió que habían llegado a Asuán por libre, sin la compañía de un guía. Su corazón se inundó de alegría. Incapaz de permanecer sentado, se incorporó de un salto y se quitó la chilaba, quedándose en pantalón corto y chaleco. Se cimbreaba feliz, pensando en el pavo que se iba a merendar tan ricamente. Richard aprovechó para coger rápidamente su cámara y sacarle una foto. Después, se deleitó contemplando sus rasgos en la

pantallita de la cámara: rostro rectangular; rasgos marcados esculpidos en arcilla cocida en un antiquísimo horno; grandes ojos negros cuyas pupilas estaban impregnadas de tonos anaranjados, como si acabara de beberse una botella de vino añejo; alto pero no espigado; robusto pero no al modo de un boxeador; una gran cicatriz en el brazo. Observándola con el *zoom* de su cámara, Richard le preguntó cómo se había hecho la herida.

—Un cocodrilo bizco me confundió con un perro; de repente saltó del Nilo, se lanzó sobre mi brazo y me mordió, pero conseguí soltarme.

—¿Por qué imaginas que te confundió con un perro?

—El perro es el enemigo acérrimo del cocodrilo. Como el ratón y el gato. Por eso aquí los perros nunca se acercan a la orilla del Nilo, temerosos de que les ataque uno.

—Nunca había oído hablar de esa enemistad.

—Hay una leyenda que explica la causa de esa aversión histórica. Hace mucho tiempo, un perro le pidió a un cocodrilo que le prestara su boca para ir a una fiesta en la que se reunirían todas las criaturas del Nilo. Quería presumir de labia para conseguir más comida. El cocodrilo aceptó y se la prestó, pero el perro jamás volvió y el cocodrilo todavía sigue esperando que le devuelvan su boca. La rabia le corroe las entrañas. Por ese motivo, imagino que el cocodrilo me atacó porque pensaba que yo tenía su boca.

Murtada tranquilizó a su esposa asegurándole que ya no había cocodrilos al norte de la Presa de Asuán y que era imposible que llegaran hasta esa zona. Hassuna se rio a mandíbula batiente y replicó que el Nilo estaba lleno de cocodrilos, en especial en Asuán. Los cocodrilos pasaban con la corriente por las compuertas de la presa sin ningún problema.

—En Asuán mismo hay carteles avisando de que la zona está llena de cocodrilos. Y en El Cairo, las autoridades están buscando un cocodrilo que apareció hace solo un par de meses, ni más ni menos que en el barrio de Maadi, frente al hotel Sofitel. Dicen que medía seis metros, aunque Magued George, el ministro de Medio Ambiente, aseguró en una rueda de prensa que no superaba los dos metros, a pesar de que no encontraron ni rastro del reptil. El ministro hablaba como si lo hubiera visto con sus propios ojos y se hubiera dado un baño con él la víspera, entre las suaves olas del Nilo.

A continuación, Hassuna anunció para calmar a todos:

—Pero los cocodrilos habitan en el fondo del río. Nunca atacan a las personas y no hay que tenerles miedo.

Richard, sonriendo, le respondió:

—Menos a los cocodrilos miopes, claro está.

Hassuna se rio, se puso la chilaba y anunció con voz profunda y tranquila:

—Voy a enseñaros el gran país de Nubia.

Richard, casi sin aliento, le hizo otra foto.

* * *

«Seguramente este Hassuna desciende de los reyes que gobernaron esta región y el mundo. ¿Cómo, si no, iba a moverse con tal gracia y naturalidad? Sus miradas, sus gestos, sus silencios de rey coronado, su voz, el tono de su timbre, sus brazos, su nariz y sus cejas... Es como un príncipe educado por un genio para convertirse en sultán de la humanidad. La reina Isabel, a su lado, parece una camarera. Cuando Murtada le pagó, cogió el dinero sin mirarlo ni pedir más, sin regatear, como si mi cuñado fuera un esclavo pagando el tributo a su amo. ¡Y qué limpio es! El barco reluce bajo los rayos del sol como una joya. Esa también es una característica de reyes. En el pueblo de Murtada, la suciedad es la única realidad, como es de esperar en un país pobre como Egipto. Pero comparado con Asuán, Londres es un estercolero. Mañana tengo que preguntar a Murtada si conoce de dónde proceden sus orígenes. Podría descender de la mismísima Nefertari, como poco. Pero me da miedo que me pregunte por mis raíces británicas, y verme obligado a reconocer que mi antepasado era un pirata tuerto».

* * *

Murtada y su esposa se fueron a su habitación con vistas al Nilo y Richard salió del hotel en busca de una tienda donde imprimir las fotos. Encontró una en la Corniche, no muy lejos del hotel. Sacó unos cuantos billetes egipcios con su tarjeta de crédito y reveló varias fotos de Hassuna. Regresó apresurado a su habitación y se sentó en el escritorio. Sacó papel y lápiz, colocó las fotos delante y empezó a dibujar la cara de Hassuna con gran pasión.

* * *

Hassuna volvió a casa canturreando con su hermosa voz. Su mujer Fátima dejó al bebé sobre el colchón y le dijo con amor:

—¿Ya se te ha pasado el mal humor? ¡Que Dios nos pille confesados la próxima vez!

Hassuna le sacó seis billetes de diez libras y sonrió feliz.

—Eso es, sonrío, y deja que el mundo nos sonrío.

Fátima había aprendido con los años a apartarse cuando soplaban los vientos, porque eran capaces de derribar las más altas fortalezas. ¿Qué no harían con su corazón? Su casa era un chamizo anexo a la vivienda del abuelo de Hassuna, en mitad de sus tierras. Se componía de un recibidor y un solo dormitorio, y el pasillo entre ambos lo usaban a modo de sala de estar, de comedor y para que jugasen los niños. Ese pasillo también era el lugar preferido de Fátima para sentarse, justo debajo del agujero para airear, tapado con una red metálica para que no entraran insectos y

reptiles. El pasillo estaba cubierto por esterillas de palma coloreadas y cojines de distintos tamaños, y allí se podía ver la única foto colgada en toda la casa, un tesoro que la mayoría de los nubios no poseen. Era una fotografía de la casa de la familia de Fátima en el pueblo, hundido ahora bajo las aguas de la Gran Presa. Su abuelo trabajaba en el periódico *Misbah el Nuba* en 1937, y un compañero fotógrafo le sacó la foto. El abuelo y tres hijos aparecen de pie a la izquierda de la imagen, y detrás de ellos se ve una gran casa tradicional nubia. Un mundo que desapareció, como si le hubiera caído una bomba encima.

* * *

Al día siguiente, mientras esperaba en la recepción del hotel, a Hassuna le estallaron dos bombas en plena cara, una sola de las cuales habría bastado para hacer saltar su vida por los aires. «¿Por qué estas catástrofes me quieren tanto?», se preguntó.

La primera desgracia era compartida, pues afectaría a las vidas de muchos como él: el hotel Old Cataract iba a cerrar sus puertas en unos meses, por un periodo de dos años como mínimo. ¡Qué terrible desgracia! ¿Qué iba a hacer ahora? ¿De qué iban a vivir él y su familia? Su único medio para ganarse el pan se encontraba en ese hotel y sus clientes. No podría buscar otro lugar, pues todos los embarcaderos estaban ya ocupados. Cuando el Oberoi cerró por las obras de renovación, las falúas de su embarcadero se arruinaron. Intentaron negociar con los barqueros del Cataract, pero estos se negaron.

«La rueda ha girado, y ahora nos toca a nosotros bajar a los infiernos».

La segunda desgracia recaía solo sobre él: Nabry le llamó para decirle que no podría enviarle las 5000 libras con las que pretendía realizar el segundo pago de las 30 000 que debía al pasador desde principios de septiembre. ¿Qué le iba a decir a su padre, que se había comprometido a devolver el préstamo para mediados de julio? Eso supondría que no podría marcharse de Egipto antes de un año, por lo menos.

Las desgracias nunca vienen solas, y llegan dispuestas a arrasarlo todo. Hassuna no se fijó en la presencia del arquitecto italiano y su esposa en su grupito hasta que Murtada le dio una palmadita en el hombro. Acordaron que los llevaría en su falúa al poblado nubio al oeste de Suhail, y una vez allí decidieron alquilar un coche que los llevara a los templos de Kalabsha y Philae.

Al día siguiente, los llevó en la falúa a visitar las tumbas faraónicas al oeste de Asuán. Luego continuaron su excursión hacia el sur, en dirección al monte Taqout, donde se encuentra Madinat Nasser. Pasaron junto a numerosas islas clasificadas como Reserva Natural, y después Hassuna les indicó la casa de Mohamed Munir a su izquierda, explicándoles en su inglés —parecido al de los trujamanes de las pirámides de Guiza— que se trataba de uno de los cantantes más famosos de Egipto, de origen nubio. También les habló de su hermano Munir, taxista en El Cairo desde hacía años, cuya voz se parece a la del cantante.

La embarcación entró en un violento remolino. Las aguas giraban a toda velocidad, como si se hubieran metido en una batidora de un millón de voltios. Se levantó un viento del norte. Deborah se sorprendió al ver que su marido, por primera vez, se mostraba afectuoso ante la hermosura de la creación. La abrazó y le plantó un beso en los ojos.

Del Nilo surgían tantos islotes de roca como estrellas hay en el firmamento. Las aguas del río poseían el azul de los ojos de Deborah. En la orilla aparecía un árbol por aquí, una palmera por allá, y arenas finas que se confundían con el horizonte. El negro de las rocas, el azul del Nilo, el verde de los campos y el amarillo de la arena componían un cuadro celestial que olía a almizcle. El pobre Richard estaba en éxtasis. Se sentía como un artista dentro de un lienzo que jamás imaginó encontrar en la tierra. Kurosawa, en su película *Los Sueños*, intentó sumergirse en las ensoñaciones de Van Gogh. Ahora, él se encontraba dentro de los sueños de Dios.

Hassuna se entretuvo a lo largo del día observando las diferencias entre los ingleses y los italianos, intentando contener la risa. Chiara, la italiana, no paraba de gritar y de llevarse las manos a las mejillas ante tanta hermosura. Su esposo se dedicaba a sacar fotos a todo lo que ella le señalaba entre suspiros. El rostro de Deborah, la británica, no traslucía ninguna reacción, a pesar de que se encontraba ebria por la belleza de los colores. Murtada era el único que en aquellos instantes disfrutaba del mundo con su sentido del olfato, el más desarrollado en él. Había un olor nuevo que lo inundaba por completo, aroma a trigo con miel negra, que lo condujo a un estado de arrobamiento místico. Por primera vez en su vida, tuvo la sensación de encontrarse en su patria. Sintió que formaba parte de todo aquello en lo que se posaban sus ojos. ¡Qué sensación de abundancia inundó la fortaleza de su pecho! En su pueblo, todo era extranjero: las máquinas, los coches, el cemento, el hierro, la ropa... Pero esa barca en la que ahora se encontraba había sido inventada en época de los faraones. La vestimenta de Hassuna era la misma que tejían los egipcios miles de años atrás. Aquellas islas nuestras, igual que el Nilo y las casas nubias de las orillas, viviendas construidas al estilo tradicional con piedras de la zona. Nosotros habíamos fabricado los tintes, las cuerdas y hasta las babuchas que llevaba Hassuna. Todo lo que le rodeaba era egipcio y desprendía un aroma a trigo egipcio. Nunca antes había experimentado aquella sensación, ni se imaginaba que pudiera vivirla antes de la muerte. «Y es que vivimos como parásitos de otra civilización, pero aquí la civilización somos nosotros», pensó.

Murtada confió sus pensamientos a Hassuna y este le contestó afirmando que el pueblo nubio es una de las razas más puras del mundo. Le habían contado que hasta en la Cámara de los Comunes británica había una escultura de un personaje nubio, con esa frase tallada en la base.

—Sin embargo, doctor Murtada, lamentándolo mucho, eso no significa que lo que nos rodea sea nuestro. A eso lo llamamos el sueño del gato negro. Las islas nubias que quedaron después de que inundaran la mayor parte de nuestro territorio fueron

siendo vendidas una tras otra. Luego nos dijeron que eran reservas naturales, y después pasaron de reservas a complejos turísticos. Oímos decir que hombres poderosos estuvieron implicados en la venta de esas islas. Esa gente tiene tanto dinero que pueden hacer cualquier cosa. Chasquean los dedos y aparecen unos matones para defender sus intereses. Y lo peor es que los actuales propietarios pueden venderlas mañana a quien les plazca, y el mercado está lleno de compradores adinerados. Por eso los nubios no somos dueños de nada de lo que nos rodea. En el pasado, cada nubio poseía una casa grande y cinco *faddanes* de terreno. Sepultaron nuestras tierras y nos enviaron al corredor de la muerte. Los nubios se ganaban el pan de cada día con la agricultura. Pero ahora, vivimos de las migajas que caen de las mesas. Somos un pueblo de agricultores, pero el presidente Sadat decidió transformarnos en trabajadores del sector turístico. Pero ¿acaso somos dueños de nuestra nueva profesión? Claro que no. Las agencias de viajes y los guías se entrometen en la única fuente de ingresos que nos queda. Antes, los barqueros organizábamos excursiones a las islas y pueblos nubios, como hago yo con vosotros. Llevábamos a la gente a bodas nubias y ofrecíamos nuestra hospitalidad al visitante en bandeja de plata. Vendíamos abalorios en los barcos y aceptábamos lo que nos ofrecía el turista. Los nubios son honrados, pacíficos y nobles, y se preocupan por el bienestar de quien visita sus tierras. Hay un proverbio sobre la hospitalidad del pueblo nubio: «Quien entra en Nubia a lo largo se sienta a lo ancho». Por eso verás que siempre dejamos un recuerdo agradable en los turistas.

Pero ahora las agencias de viajes nos tratan como limones a los que exprimir hasta la última gota. No sabemos cómo ganarnos el pan ante la avidez de esos dinosaurios, que no se saciarán hasta que se extingan. Hoy, las agencias pagan a los barqueros entre cincuenta y cien libras por una excursión de dos horas por el Nilo con un grupo completo de turistas. Y ellos cobran a cada turista la misma cantidad o más. Y la mayoría de los guías no nos permiten que vendamos nuestra artesanía en las falúas, el único modo que nos queda de ganar dinero, pues están compinchados con los dueños de los bazares. Muchos se niegan a dar propinas a los barqueros, poniendo como excusa que la agencia había pactado el precio total de la excursión. Los guías nos tratan como si viviéramos en la opulencia, mientras que ellos chupan la sangre a los turistas llevándose unas comisiones exageradas. Las agencias de viajes extranjeras y egipcias se llevan cada céntimo que sale del bolsillo del turista, y la mayoría de esas ganancias van a parar a cuentas bancarias fuera de Egipto. En los libros del colegio nos enseñaban que Mohamed Ali Pasha fue el único agricultor e industrial de Egipto. Hoy en día, en el sector turístico, un reducido grupito de corruptos es el dueño de todos los barcos, de todas las tiendas y agencias de viajes.

La voz de Hassuna se alzó sin perder su tono profundo:

—Nos han dejado con el agua al cuello. Corremos riesgo de desaparecer. ¿Por qué aguantamos los nubios toda esta humillación? ¿Hasta cuándo podremos soportar el hambre? ¿Hasta cuándo podremos aceptar alimentarnos de migajas? La única

solución es enfrentarse a los dinosaurios antes de morir. Decirles que los templos de Abu Simbel, Philae y Kalabsha están en nuestras tierras, y que todas las riquezas de la provincia de Asuán nos pertenecen a los nubios.

* * *

Sabry Nabry, el padre de Hassuna, se encontraba tendido en la cama, rendido a un perezoso estado de somnolencia, como es costumbre en los hijos de países de sol generoso, cuando llegó su hijo trayendo las dos malas noticias. Sabry era un hombre de baja estatura, de cuerpo enjuto, rostro fino y voz dulce. Una persona afable que no llamaba demasiado la atención. Todo lo contrario que Hassuna, quien había heredado de su abuelo materno sus rasgos carismáticos, su presencia imponente y su voz vasta. Sabry recibió la noticia con la calma propia del hombre acostumbrado a escuchar calamidades. Aspiró una profunda calada de su narguile y, con una dulce sonrisa, le preguntó por sus hijos. Charlaron un rato, y Sabry contó a Hassuna las últimas noticias de su hermano Saleh, que llevaba más de treinta años en El Cairo, donde trabajaba en la pastelería Groppi de la calle Adly, y las novedades de Radi, su hermano mayor, que vivía en Jartum. Finalmente, Hassuna confesó a su padre que se estaba pensando ir a buscar trabajo a Sudán. Ese mismo día había telefoneado a Radi, quien le había prometido conseguirle un empleo de cocinero en Jartum. No hace mucho, la libra egipcia se cambiaba por más de 30 libras sudanesas, pero hoy una libra sudanesa equivale a más de cuatro libras egipcias. Eso suponía que Hassuna podría reunir en poco tiempo la cantidad necesaria para emigrar.

Se cansaron de hablar y permanecieron sentados en silencio, contemplando un rayito de luz que entraba. Recorrieron los pasadizos de su interior, quejándose en silencio por la dificultad de la marcha. En más de una ocasión se vieron forzados a suspirar profundamente para poner algo de luz en sus cavernas, buscando algo que los liberase de su tormento.

* * *

Aquella noche, Deborah soñó que era la nieta de Isis, divinidad de la naturaleza y fuente del tiempo. Se vio a sí misma caminando con un atuendo faraónico y el disco de la luna llena sobre su cabeza, iluminando el templo de Philae. A su izquierda, Hatshepsut le ofrecía una flor de loto.

Avanzaba con una tripa de nueve meses. Isis, la diosa de la maternidad, la acompañó hasta llegar al sanctasanctórum. Se quitó la ropa con ayuda de Hatshepsut y se sentó en la mesa de partos. Isis palpó su vagina y dijo: «Querida nieta, vas a parir un niño que llevará el nombre de Osiris, y que traerá el bien a la tierra. Su corazón no albergará ni una sola gota de la maldad de Seth». A continuación, introdujo su mano sagrada en su útero, y el sanctasanctórum se iluminó con una luz divina que cegaba la vista. Apareció el pequeño Osiris, quien dio las gracias con voz clara a la diosa de la

luna. Luego, la luz se fue apagando poco a poco y Deborah vio que Hashepsut lloraba, compungida y temerosa.

Deborah se despertó y se palpó el vientre. Notó un ligero movimiento, como si la mano de su bebé quisiera tocar la suya. Despertó a Murtada de su sueño y le dio la noticia.

—Estoy segura de que provengo de la estirpe de Isis, de que mis raíces están en Egipto y que mis antepasados emigraron a Inglaterra por algún motivo que ignoro. Por fin he vuelto a mi patria.

Murtada siguió durmiendo sin comentar nada, pues su mujer estaba embarazada y sabía que en ese estado se dicen muchas tonterías. Pero durante el desayuno, Deborah seguía convencida de ser egipcia, y de que tenía un vínculo de parentesco con Hatshepsut. Murtada le preguntó entre risas:

—¿No será que tienes un vínculo de parentesco con Cachipúm?

Se preguntó si solo las inglesas tendrían ese tipo de antojos, o si todas las mujeres del mundo perderían la chaveta tan fácilmente.

Richard, por su parte, terminó de dibujar a Hassuna a las dos de la mañana. Al repasar su frente, sumergirse en sus cejas y difuminar sus labios con el lápiz, se terminó de convencer de que aquel hombre descendía de los grandes reyes egipcios. Por ese motivo, no le extrañaron demasiado las palabras de su hermana. Aquello sembró de dudas a Murtada, pues eran mayoría.

* * *

Los nubios del sur de Asuán, como Fátima la esposa de Hassuna, reciben el nombre de Fadika. Viven en los pueblos de Dika, Kosht Mamlach, Gota, Kalabsha, Debot, Ambarkaf, Dihimmit, Gerf Hussein y Toshka. Hablan un dialecto llamado fagika. Por su parte, los nubios de Asuán como Hassuna son conocidos como Matoki o Kunuz, y hablan el dialecto kenzi. Hassuna hablaba kenzi con su familia y la gente de su tribu, y no aprendió árabe hasta los seis años, cuando entró en la escuela. Si te fijabas bien en su pronunciación, se notaba que el árabe no era su lengua materna. El profesor Henry Higgins de *My Fair Lady* se habría percatado de ello con solo escucharle pronunciar una letra. Sin embargo, Hassuna era el que mejor hablaba árabe de su familia. Su hermano Nabry lo hablaba con la timidez de quien estudia un idioma nuevo, y si a eso añadimos la suave vocecita heredada de su padre, costaba entenderle.

Hassuna era de la opinión de que la lengua nubia iba a desaparecer en Asuán en cuestión de décadas. «En la actualidad, muchos niños nubios no hablan kenzi. Sus padres les hablan en árabe para facilitarles el acceso a la escuela, después de haber sufrido en sus carnes la crudeza y el castigo de los profesores por no hablar árabe».

Tres niños que no pasarían de los seis años se acercaron a la falúa. Iban apretujados sobre una caja de madera que a duras penas flotaba bajo el peso de sus

cuerpecitos. Remaban con sus escuálidos brazos y se quedaron mirando a Richard y a Deborah con ojos suplicantes para que les dieran una limosna. Hassuna, para confirmar su afirmación, se puso a hablar con los críos en nubio y estos le contestaron en árabe. Solo uno de los tres hablaba nubio. Hassuna les aseguró que solo un tercio de los menores de seis años hablaba nubio hoy en día, y que dentro de cincuenta años ya no lo haría nadie. Con una voz afectada por la amargura, como si hablara consigo mismo, añadió: «Tenemos que hacer algo cuanto antes, o la cultura nubia se perderá para siempre».

* * *

Llegaron a las tumbas faraónicas del oeste de Asuán. Hassuna hubiera preferido esperarlos en el barco, pero Richard se empeñó en que los acompañara. Al final, Hassuna cedió ante su insistencia e hizo de guía. El grupo caminó tras él hasta la taquilla. Murtada miró hacia lo alto, preocupado. Las escaleras, sin fin, parecían abrazar las nubes del cielo. ¿Cómo iba a subir su mujer embarazada aquella montaña, que nacía a orillas del río y parecía no acabar nunca? Deborah lo tranquilizó, recordándole que Isis la protegía y no dejaría que le sucediera nada malo. Además, su hijo estaba bajo la protección de Osiris, dios de la fecundidad y apodado el Señor de los Habitantes de la orilla occidental. Pero cuando Deborah propuso montar en camello para ir hasta el mausoleo del Aga Khan, que se encontraba en mitad del desierto, más allá de la montaña, Murtada vociferó: «¡A la mierda con Osiris e Isis! ¿Estás loca? ¡Vamos a perder al bebé!».

Comenzaron a escalar el monte. Murtada caminaba detrás de Deborah para sostenerla, y pidió a los demás que hicieran una pausa a mitad de camino. Finalmente llegaron a las tumbas faraónicas excavadas en la montaña de la orilla occidental de Asuán. Hassuna, que parecía un experto en el tema, les explicó que todas las tumbas pertenecían a nubios que gobernaron la isla de Asuán. Antiguamente, los habitantes de la ciudad vivían solo en la isla. Asuán es una palabra nubia que se pronuncia «assi wang» y que quiere decir «agua pura». Pero ahora la isla recibe el nombre de Elefantina, palabra inglesa que hace referencia al parecido de las rocas con cabezas de elefante. El estado egipcio decidió conservar esa herencia colonial y cambió el nombre de Elefantina, olvidando el nombre nubio de Assi Wang. Hassuna continuó con su explicación: «La mayoría de los nombres en nuestro país son de origen nubio. Egipto en árabe se dice *Misr*, que viene de la palabra nubia *missi*, con doble ese, que significa hermoso. Es decir, que Egipto es la tierra de la hermosura y la belleza. Aunque parezca increíble, casi nadie sabe de dónde proviene el nombre de *Misr* ni desde cuándo se utiliza. Una vez más, se olvidaron por completo de que la lengua y la civilización nubias forman el sustrato principal sobre el que se construyó el Antiguo Egipto. Hasta el nombre de Luxor es una palabra nubia que se pronuncia *Uq Sir*, que significa “collar”, debido a la situación geográfica de la ciudad. Quienes afirman que

Luxor viene de la palabra árabe *al-qusur*, que significa “castillos”, desconocen la historia. Es una teoría sin ningún fundamento, basada en el desprecio y la ignorancia de la cultura nubia. Todo el mundo ha manipulado la Historia para borrar nuestra presencia».

Tras visitar unas cuantas tumbas, llegaron a la de Sarenpout II, gobernador de la isla de Asuán durante la dinastía XII. Vivió bajo el reinado de Amenemhat II. En la primera sala no hay ninguna pintura, pero está excavada en un impresionante bloque de roca. A continuación, avanzaron por un corredor pintado de blanco con estatuas alineadas a su izquierda, que los condujo a una sala de columnas decoradas. A la izquierda había nichos llenos de huesos y un maravilloso fresco decoraba la pared del fondo. Los colores eran tan vivos que cabría jurar que lo acababan de pintar la víspera. Richard se quedó embelesado contemplando la pintura, hasta que escuchó la voz del vigilante, que le indicaba la entrada a una cripta cerrada por alambre de espino. El hombre les dijo que ese túnel se extendía a lo largo de cientos de kilómetros por la ribera occidental del Nilo y que llegaba hasta las tumbas de la orilla oeste de Luxor. La UNESCO decidió cerrarlo. A continuación, el vigilante añadió con su voz metálica: «Todos los que han entrado en ese túnel han desaparecido para siempre, atrapados por la maldición eterna».

* * *

«Yo sí que estoy metido en un túnel del que no se sale nunca. La maldición nubia me ha atrapado y he perdido el alma. Sería capaz de sacrificar mi vida por este hombre. Jamás pensé que a los cuarenta y ocho años podría enamorarme con tanta pasión. Estaba convencido de que ya se me había pasado la edad de perder la cabeza por amor, de que había entrado en la edad de la cordura y mi corazón no volvería a latir de manera acelerada en mi pecho. Pero he perdido la cordura. Él y yo no tenemos nada en común, pertenecemos a dos mundos distintos y vivimos bajo dos cielos lejanos, pero estoy atrapado en su cripta y ya no veo otra cosa que no sea él. Cierro los ojos y veo los rasgos de su rostro. Me tapo los oídos y escucho el timbre de su voz. ¿Qué me está pasando? Lo único que espero de este mundo es estar a su lado. Estoy seguro de que a él no le gustan los hombres pero ¿qué hacer con la agitación de mi alma? Tengo la impresión de que me posee y domina por completo todos mis actos. ¿Qué voy a hacer con mis sentimientos? ¿Alguien puede darme una respuesta que sacie mi sed?».

* * *

Al volver a casa, Hassuna se encontró a su padre sentado frente a la puerta en compañía de dos miembros de su gran familia, dispersa por todos los rincones del planeta. Tomaban una infusión de menta mientras estudiaban el mejor medio para

llegar a Sudán. Abdel Nabi, el primo de la madre de Hassuna, aseguraba que ahora resultaba muy complicado encontrar trabajo en Jartum, pues había una gran afluencia de emigrantes procedentes del sur de Egipto, y también de Eritrea y Chad. Los sueldos en Sudán eran tan apetitosos como una bailarina de *striptease*. El salario medio era cinco veces mayor que en Egipto. Mahmoud contó que un pariente suyo, profesor en la Universidad de El Cairo, realizó una visita de trabajo a la Universidad de Jartum y se enteró de que un asistente en aquella institución pública ganaba 750 dólares, y un profesor podía llegar a los 1400. Él, sin embargo, con sus veinticinco años de antigüedad, apenas cobraba la mitad que un asistente recién licenciado en Sudán. Por ese motivo, resultaba muy complicado conseguir un trabajo. Sudán se había convertido en un sueño inalcanzable.

Estas palabras frustrantes no doblegaron la determinación de Sabry, que replicó: «¿Y a nosotros qué nos importan los profesores de universidad?». Su mayor esperanza era conseguir un empleo como cocinero para algún embajador, cónsul o alto dignatario. Radi le había prometido que le encontraría trabajo rápidamente. Era algo imprescindible, pues Hassuna necesitaba dinero para viajar a Italia, sobre todo ahora que tras el cierre del hotel Old Cataract se iba a quedar sin ingresos.

—Hay que encontrar un modo de emigrar a Sudán cuanto antes.

* * *

El plan de Hassuna para escapar a Italia era sencillo: primero se marcharía de Asuán y se instalaría en Alejandría; en segundo lugar, crearía una empresa dedicada al comercio de electrodomésticos o pieles y la inscribiría en el registro mercantil; en tercer lugar, se renovarían el carnet de identidad, marcando en letras muy brillantes «Profesión: empresario». A continuación abriría una cuenta bancaria a nombre de esa empresa ficticia. Varias personas se habían ofrecido a prestarle dinero durante un par de días, hasta que obtuviera un justificante del banco. Y, finalmente, se sacaría un pasaporte conforme a su nuevo carnet de identidad. Después se presentaría en el consulado de Italia en Alejandría y solicitaría un visado de una semana de duración para reunirse con fabricantes de electrodomésticos, o para visitar fábricas de piel en Italia, en su condición de apasionado por el aroma del cuero curtido.

Este plan le había funcionado a su amigo Harbi, que ahora trabajaba de cocinero en un restaurante de Génova, y cuya familia vivía en la isla de Asuán cómodamente gracias al dinero que les enviaba. Hassuna no mencionó a su padre ni a su familia que Harbi se había visto obligado a mantener relaciones sexuales con una funcionaria de la embajada italiana de cincuenta años. Sus artes como gigoló le ayudaron bastante para obtener el visado. Pero en la mayoría de los casos no bastaba con el sexo, era necesario también inventarse esas historias ficticias que tanto agradan a los funcionarios de los consulados europeos. En el caso de Harbi también le costó la cantidad de veinte mil libras, y lo más triste es que ni con esas lo tenía seguro al cien

por cien.

Hassuna les dejó que siguieran con sus planes para emigrar y se dirigió a ver a su esposa para darle la recaudación del día. Nada más entrar al pasillo de la casa, escuchó los gritos de su padre. Fátima y él corrieron espantados hacia el patio.

* * *

Murtada, su mujer y Richard se reunieron como de costumbre para cenar en el hotel. Richard esperó a terminar el segundo plato para anunciarles que no volvería con ellos y se quedaría unos días más en Asuán para explorar ese túnel en la tumba de Sarenpout II, pues quería comprobar si era cierto que aquella galería llegaba hasta la orilla occidental de Luxor. Les contó que Carter, el famoso descubridor de la tumba de Tutankamón, era un amante de las aventuras extravagantes, como él, y que se hizo famoso por hacer caso a las leyendas de los nativos. Deborah mostró gran alegría ante la decisión de su hermano y Murtada pensó que se había emparentado con una familia de locos. Al levantarse para ir a lavarse las manos, Richard reconoció a su hermana que estaba perdidamente enamorado de Hassuna, y que le resultaba imposible abandonarlo. Había llamado a la editorial y había convencido al director para mandarles su trabajo por correo electrónico. También le pidió que no contara nada de aquello a su esposo, pues ni lo entendería ni podría entenderlo.

* * *

Al salir al patio, Hassuna y Fátima se encontraron con Nabry en carne y hueso, acompañado por su esposa e hijos. Talaat Dhohni le había pagado el viaje desde Kuwait a Asuán, aprovechando que la familia kuwaití en cuya casa servía estaba de vacaciones en los Estados Unidos. Había venido con el encargo de buscar los terrenos adecuados para el negocio del balneario de Talaat. Nabry solo disponía de una semana en Asuán antes de regresar a Kuwait con los terrenos ya adquiridos. Él se llevaría una comisión de un 1% del valor de la compra.

¿Quién podría ayudarles? ¡Comprar un terreno para un negocio de ese tamaño precisaba de una red de contactos más grande que la de Yahoo! Fátima, que trabajaba en la compañía eléctrica, propuso ir a hablar con una compañera cuya hermana era agricultora y seguro que conocía de alguna tierra que estuviera en venta.

—Pero serán tierras de cultivo. Para este negocio buscamos terrenos junto al Nilo en los que se pueda edificar un proyecto turístico.

—Seguro que ella sabe algo. No tengo ninguna duda.

—Anda, Fátima, calla un poco.

Finalmente, Sabry aconsejó a su hijo que fuera a ver a Salim Ramadán. Por muy alto que hubiera llegado, seguía siendo del pueblo. No se atrevería a dejarlos tirados.

* * *

Salim Ramadán era un nubio del sur de Asuán. La historia de su vida es el sueño de todo nubio. Del mismo modo que todo niño que juega al fútbol sueña con ser como Pelé, la Perla Negra, el chaval pobre y miserable que llega a convertirse en una estrella a nivel mundial, todo nubio de Asuán sueña con ser como Salim Ramadán. Este hombre es la prueba fehaciente de que a veces los sueños se hacen realidad, y lo que le sucedió a él le podría pasar a cualquiera.

Salim era un barquero de veinte años cuando tuvo lugar el milagro. Su leyenda arranca durante una excursión en falúa por el Nilo para visitar un poblado nubio, poco antes de la puesta de sol. Salim llevaba a un grupo de turistas alemanes, y una mujer rubia y extremadamente delgada se le acercó. Sus rasgos más destacables eran sus enormes ojos, que daban miedo, su gran nariz y un mentón prominente que confería un aspecto triangular a su cara. Tenía cuarenta y cinco años. Charlaron un poco. Él, con su inglés chapucero; ella, con la fluidez de Shakespeare. Cuando la mujer se inclinó un poco para aspirar el aroma de su piel, Salim tuvo la impresión de que sus pestañas crecían unos milímetros. Algo estaba pasando. Al día siguiente, la alemana realizó otra excursión por el Nilo en la falúa de Salim y consiguió su número de teléfono. Esa misma noche, regresó con el grupo a su país.

En menos de dos semanas, la mujer estaba de vuelta en Asuán, en esa ocasión, sola. Pasó dos semanas con Salim. Ella le brindó la experiencia que le proporcionaba la edad, a cambio de que él le entregara la fogosidad de su juventud impoluta. La mujer regresó a Alemania, pero la historia no acabó ahí. Salim había imaginado que, tras su partida, todo habría terminado, pero ella seguía apareciendo en sus sueños. A los cuatro meses, ella respondió a la presión de sus sueños volviendo para casarse con él. A continuación se lo llevó a Alemania, donde Salim descubrió que aquella mujer delgaducha de prodigiosa nariz poseía una fortuna colosal. ¡Podría comprarse la Tierra, Venus y Júpiter si quisiera!

Salim vivió cinco años en Alemania en la más absoluta opulencia, y luego pidió a su esposa que le permitiera regresar a Asuán para comprarse un barco. Ella le dio un «poquito» de dinero, que habría sido suficiente para comprar toda Nubia. Con el paso de los años, Salim se convirtió en una de las personas más ricas de Asuán y alrededores.

* * *

—No voy a pedirle que nos ayude, solo quiero información sobre terrenos que estén en venta.

—Por mucho que viva en el séptimo cielo, sigue siendo un nubio.

—Mañana mismo iré a verle.

Seguían pasando los vasos de té.

—Cuéntanos qué tal en Kuwait.

—Se vive bien, muy tranquilo. Pronto obtendré mis frutos.

—Ya sabes que aquí se han secado todas nuestras fuentes de ingresos. ¿Qué voy a hacer? ¿Me has encontrado algún trabajo en Kuwait?

—Aún no, pero hoy he hablado con Mabruk Al Minufi.

—¿Tiene algo nuevo para mí?

—No lo sé, pero le llamé esta tarde y me dijo que mañana por la mañana estaría de visita en Asuán.

—Por favor, ve a verlo antes de regresar a Kuwait. Necesito llamar a todas las puertas. Nunca se sabe.

—Lo veré, seguro. ¿Sabes que esta mañana he pagado un plazo de 5000 libras a *hag Ibrahim*?

—Un peso que nos quitamos de encima.

* * *

Todo el mundo se levantó para marcharse. Hassuna y Nabry se dirigieron solos hacia la orilla del Nilo. Los dos hermanos caminaban cogidos de la mano.

—Hassuna... Ahora que no estoy aquí, mi familia... Bueno, quería agradecerte todo lo que haces por mis hijos y...

Una lluvia de sopapos cayó por sorpresa sobre Nabry, seguidos de un puñetazo en la boca del estómago. El intercambio de golpes entre los hermanos terminó como de costumbre: se quitaron la ropa y se lanzaron a las aguas del Nilo para echar una encarnizada carrera a nado hasta la Isla de las Plantas, que quedaba frente a su casa. La corriente discurría con fuerza hacia el norte, pero las poderosas brazadas de los muchachos evitaban que los arrastrara. Sus hombros casi se rozaban. Ambos realizaban un gran esfuerzo por dejar atrás a su rival, determinados a vencer. A unos pocos metros de alcanzar la orilla, Hassuna dio un acelerón y terminó ganando como siempre. La diferencia de edad entre los hermanos era de diez meses. Los dos habían nacido el mismo año. Físicamente eran muy distintos, pero en el carácter se parecían como gemelos. Ambos eran dulces y nobles como piedras preciosas. Regresaron a su isla, avanzando con gracia sobre las aguas, como dos niños de diez años.

* * *

Murtada abrió la puerta de su habitación a Richard y continuó intentando cerrar su maleta. Richard se sentó en una silla de madera y contempló la estancia, que parecía mucho más grande que la suya. Tenía suelos de madera que crujían al andar. Hasta el último detalle de aquella habitación estaba impregnado del aroma de la historia y el olor a recuerdos. Deborah estaba en pie en la terraza, apoyada en una silla. Le dolían las rodillas del esfuerzo que había realizado al preparar el equipaje. Se dejaba llevar por la serenidad de espíritu que le insuflaba la diosa Isis para despedirse del cautivador paisaje del Nilo y la cadena de islotes rocosos que se extendían ante ella hasta el infinito. Soplaban un viento cálido y seco que le calentaba el rostro. El mismo

aire seco que creó esa civilización, o para ser más exactos, que la preservó y la preservaría para siempre. Respiró hondo y pidió a Osiris que ese aire de sus ancestros aguantara en sus pulmones hasta que llegaran a Heathrow. Deborah se acercó a Richard, lo abrazó y le dio unas palmaditas con cariño en la cabeza. La ternura propia de los egipcios se imponía sobre su frialdad británica. Murtada se rio y comentó:

—¿Y esta demostración de amor? ¿Quieres reconciliarte con tu hermano antes de que se convierta en un famoso egiptólogo? Espero que incluyas nuestros nombres en la lista de exploradores cuando seas el primero en llegar a Luxor desde Asuán por el túnel histórico.

Richard le prometió que así lo haría, y que comenzaría su aventura con un bautismo en las aguas del Nilo. Iba a ir con Hassuna a una playa cerca de la primera catarata. Con una gran sonrisa, explicó:

—Ese lavado espiritual me servirá para comenzar una nueva página en mi vida como descubridor de monumentos egipcios morenos de ojos negros.

Deborah se marchó locamente enamorada de Egipto. La pobre había caído prisionera de una pasión insaciable. Se sentía mil veces más enamorada de Murtada que nunca.

* * *

«Recuerdo que cuando estaba en la escuela, al oeste de Londres, estudiábamos las cataratas del Nilo: desde la primera, al sur de Asuán, hasta la sexta, al norte de Jartum. Todavía puedo ver el rostro bonachón surcado de arrugas de nuestro profesor, Mister Howard, enseñándonos un mapa del Nilo, creador de la civilización más fabulosa de la Tierra. ¿Cómo han podido pasar los años tan rápido? Casi no recuerdo nada de mi vida pasada. ¿Es cierto que estoy al borde de la cincuentena? No lo puedo creer.

»Seguro que un demonio travieso ha apretado el botón de “avance rápido” en la cinta de mi vida. Bien podría darle ahora al botón de “rebobinar”, para permitirme contemplar todas las etapas por las que he pasado y saborearlas con calma. Me gustaría poder detenerme en cada instante y pintarlo con tonos esmeralda y rubí. Ojalá pudiera congelar este preciso instante, en que me encuentro con Hassuna en la primera catarata del Nilo y él se ha quitado la ropa para zambullirse en estas aguas eternas. Me gustaría apretar ahora el botón de “pausa” para poder contemplar con detalle su cuerpo. Esos músculos fornidos, el color de esa piel reluciente de tanto sol, los rasgos de su gran nariz principesca. Me gustaría esculpirlo en arcilla e insuflarle algo de mi espíritu, pegarle, vivo y desbordante, a mi cuerpo. Sin duda, la mejor solución para que esta imagen se quede conmigo para siempre sería que Dios me llevase ahora mismo. Me haría feliz. Moriría viendo la imagen de esta playa que surge de un desierto anaranjado, acurrucada en el regazo de un río fogoso salpicado de islas rocosas, en las que brotan árboles majestuosos. Y en medio de esta

exuberante belleza, aparece el cuerpo de Hassuna, extendiéndose desde el Lago Victoria al Mediterráneo. Pero no, no quiero morir. Quiero que el diablo me convierta en una roca delante de esta catarata».

—¿Qué vas a hacer cuando cierre el hotel?

—La única salida es marcharme de Egipto y buscar fortuna en estos mundos de Dios.

—¿Dónde?

—En Italia, me gustaría.

—¿Y por qué no en Inglaterra? Tú hablas inglés, no italiano.

—Es casi imposible conseguir un visado para Inglaterra. Además, hay muchas formas de llegar a Italia, por mar o por tierra desde el Este. Pero Inglaterra queda muy lejos.

—Yo podría ayudarte.

—¿Lo dices en serio?

—Si tú quisieras, haría cualquier cosa por ti.

Su mirada desbordaba cariño, deseo y amor.

Hassuna se dio la vuelta y saltó de la playa a la falúa. Se puso la chilaba y comenzó a limpiar su embarcación por millonésima vez. Richard lo siguió y le pidió que hiciera de modelo para él. Quería dibujar a un nubio y él sería perfecto. Le pagaría lo que quisiera. Lo esperaría al día siguiente en su habitación, a las cinco de la tarde, para dibujarlo. Añadió que le conseguiría un visado para Inglaterra. Hassuna no contestó y el barco zarpó.

* * *

Entre tres palmeras, en la oscuridad de la noche en la isla, más de veinte nubios se reunieron en asamblea alrededor de Nabry y Hassuna. Habían acudido para enterarse de cómo estaban las cosas en Kuwait y aspirar el olor a petróleo. Nabry se explayó largamente. Se sentía a sus anchas, hablando por fin en nubio. Las historias y las copas circularon con profusión, dejando a todo el mundo un regusto amargo. Hassuna recordó el derecho de los nubios a retornar a sus tierras, una vez que el nivel de las aguas de la Gran Presa se había estabilizado. «¿Adónde han ido a parar los mil trescientos millones de dólares que donó la FAO a Egipto para realojar a los nubios? La reconstrucción de los pueblos nubios a orillas de la presa es un derecho irrenunciable». Alguien añadió: «¿Cómo puede ser que hagan oídos sordos a una demanda tan simple como la de cambiar el nombre de la provincia de Asuán por el de provincia de Nubia? Asuán permanecería como nombre de la capital. Pero claro, jamás ha habido un nubio entre los miembros del Consejo Consultivo, que designa directamente el Presidente de la República». Un hombre de unos cincuenta años se levantó, empezó a pasear entre ellos y dijo con gran amargura: «¿Qué podemos hacer para recuperar el nombre de Nubia? Hemos solicitado que cambien el nombre del

Lago Nasser por el de Lago Nubia, pero nadie nos escuchó porque nuestra voz es como un susurro. Todos nuestros esfuerzos por que se enseñe historia y lengua nubias en las escuelas han sido en vano. Nuestro idioma camina hacia la desaparición, mientras en otros países se afanan por revivir lenguas muertas». Un hombre que trabajaba en el Canal 8 de televisión se incorporó y gritó: «Han abierto un canal de televisión local en Asuán. Lo menos que podríamos esperar es que fuera en nubio. Pero no. Al gobierno no le basta con ignorarnos como si fuéramos cucarachas, sino que nos ha declarado la guerra para que no tengamos representación parlamentaria. En el sur de Egipto han unido la circunscripción electoral de Nasr el-Nuba, de población nubia, con la de Kom Ombo, cuyos habitantes no lo son. De ese modo, los nubios perdemos dos escaños en el parlamento y el senado».

Nabry comentó: «¿Por qué os centráis en cuestiones políticas? Empecemos mejor por asuntos básicos que se nos niegan. Por ejemplo, no se promociona el deporte entre nuestra juventud, a pesar de la potente energía de los muchachos nubios. La anatomía nubia puede proporcionar atletas más resistentes que los keniatas. Fijaos, por ejemplo, en cómo nada Hassuna. Nadie puede vencerle. Como los cocodrilos, somos hijos del Nilo, nacimos entre sus aguas. Sin embargo, no existe ni un solo centro de entrenamiento de natación. ¿Quién podría ganarnos a remar, a nosotros, que pasamos más tiempo en nuestros barcos que en nuestras casas? Pero tampoco tenemos un solo club profesional de remo. Podríamos haber ganado unas cuantas medallas olímpicas de oro para Egipto, en lugar de los habituales fracasos deportivos del país. ¿Qué solución hay para nuestros jóvenes, sino una revolución?».

La voz profunda de Hassuna puso fin al diálogo: «Poseemos una civilización fascinante, de las más grandes y antiguas del mundo. Somos el origen de la civilización faraónica, estábamos antes que ellos, y perduramos en el tiempo. Están ignorando a un pueblo de entre cuatro y seis millones de personas. No sabemos con precisión cuántos somos porque el Estado se niega a admitirlo. Antes de que construyeran la presa de Asuán, la Nubia original se extendía 350 kilómetros hacia el norte de Asuán y 150 hacia el sur. Pero ¿cómo van a oír nuestras demandas, si nos han desposeído de nuestra riqueza y nuestra fuerza? La solución es emigrar al extranjero, reunir dinero y volver fortalecidos, para que nuestra voz llegue hasta El Cairo».

* * *

Fátima no daba crédito a lo que oía cuando Hassuna le contó lo que le había pasado con aquel caballero inglés, aunque ya había escuchado muchas historias semejantes. Un profesor alemán de la Universidad de Hamburgo dio tanto dinero a un barquero nubio que se compró dos microbuses. Un médico holandés se enamoró de un camellero y le envió una carta de invitación para visitar su país y el dinero para el billete de avión. Ahora el camellero vivía en Ámsterdam. Pero que algo así le

sucediera a Hassuna era inconcebible. Cerró los ojos y comenzó a llorar. Lo más curioso es que no le parecía mal ni bien. Solo expresaba su pesar al ver que las penurias económicas podían convertir al amo en esclavo, y al rey en mendigo.

* * *

De camino a su cita con Selim Ramadán, que había aceptado verlo a regañadientes después del rezo del mediodía, Nabry se encontró con Mabruk Al Minufi, el pasador de fronteras. Estaba en una cafetería frente a la oficina de Selim. Mabruk había venido a Asuán en un rápido viaje de negocios para pactar con veintitrés muchachos su entrada en España, y luego regresaría a su pueblo de Tala, la provincia de Minufiya.

Nabry quería enterarse de todos los detalles para transmitírselos punto por punto a Hassuna. Le preguntó también por la posibilidad de colarse en Italia, los caminos más seguros en la actualidad y el coste de sus servicios. Mabruk empezó a darle una serie de explicaciones con tono aburrido. Cuando Nabry oyó la llamada a la oración del mediodía, se levantó apresuradamente y le dijo a Mabruk que hablaría con Hassuna del asunto.

Nabry corrió hacia la oficina de Selim pensando en el caso de Hassuna. ¿Cómo podría sacarlo del país? El segundero se detuvo en el reloj cuando un microbús impactó contra su cuerpo larguirucho. Su voz suave brotó por última vez, al expirar con un gemido.

Mabruk Al Minufi

«SALÍ corriendo hacia Nabry. El conductor del microbús le buscaba el pulso.

»Estaba muerto. Su alma cándida y hermosa salió volando, así de fácil. Está claro que en este país solo sobreviven los cabrones y los hijos de perra, como yo. Dos veces he estado a punto de espicharla. Una vez me atropelló un Fiat 132, y la otra un camión. Pero como soy un cabronazo, aquí sigo, en este mundo.

»En cuestión de segundos un montón de gente se juntó alrededor del cadáver. Salían nubios de debajo de las piedras, y la mayoría eran parientes de Nabry. Me aparté y me fui a un oratorio cercano para rezar la oración del mediodía y pedir por el alma del difunto, ¡que Dios lo tenga en su gloria!

»Verá usted, aquí me conocen como “el cónsul”. No es por fardar, pero bien sabe Dios que soy el pasador de fronteras más famoso de este país. Y toco madera. He sacado de Egipto a más de seis mil personas en los últimos quince años. Como puede ver, siempre llevo un amuleto azul porque temo el mal de ojo, ya sabe.

»Soy de Mit Abul-Komb, pero vivo en Tila desde que cometí el error de casarme. Vamos, que soy un Minufi, y orgulloso de serlo.

»¿Quiere saber cómo he llegado hasta aquí? Pues verá, para empezar, todo ha sido gracias a Dios. Y luego, modestia aparte, tengo que reconocer que soy un artista. Porque alguien capaz de sacar gente al extranjero, por fuerza tiene que ser imaginativo. Cada día, una idea nueva.

»¿Por qué, me pregunta? Pues porque cada vez que encuentro una ruta y la despejo, vienen esos hijos de Satanás y la descubren. Así que, ¿qué hago? Me invento otra ruta y la despejo. ¿No le digo que hace falta imaginación para dedicarse a esto?

»Antes que nada, me gustaría dejar clara una cosa. Algunos dicen de mí que soy un traficante, un hijo de perra que mata a la gente. Esos periodistas, desde sus despachos con aire acondicionado, escriben que soy un Drácula que chupa la sangre de nuestros jóvenes; que les robo el dinero y les vendo humo. ¡Chorradas!

»Dese una vuelta, désela, y pregunte a los jóvenes de este país. Ellos le dirán lo que soy. ¿Sabe qué le dirán? Que no soy un santo, pero que nunca les he timado. Me limito a ofrecer mis servicios al prójimo, para que luego recen por mi alma. Ellos ganan una vida en el extranjero y yo me gano sus oraciones.

»Yo realizo un gran servicio a la patria. Si soy un traficante, como dicen, pues entonces ese oficio es la profesión más honrada que existe hoy día en Egipto. Este país vive del dinero que envían los emigrantes. La provincia de Minufiya entera sobrevive de las transferencias que mandan los que están en Europa y el Golfo Pérsico. Y yo, con la ayuda de Dios, saco a los jóvenes del país sanos y salvos. Nunca ha muerto ninguno por mi culpa. ¿Y cuánta gente muere dentro de Egipto? ¿Cuántos? Me gustaría saberlo. Hoy en cada patera viajan veinte o treinta personas, a veces hasta cincuenta. ¿Cuántas pateras se han hundido en los últimos años? ¿Veinte?,

¿treinta?, ¿cuarenta? Es decir, a lo sumo mil o dos mil muertos. Son muchos, de acuerdo. Pero vayamos a lo importante: ¿cuántos otros han llegado a su destino? Cientos de miles. ¿Cuál es el porcentaje de pérdidas? Casi nada. En el ejército, las pérdidas son de un 25%, mientras que entre los pasajeros del Arca de Noé no llegan al 1%. Y, sinceramente, hoy en día salir de Egipto es un deber mucho más importante que la mili. La emigración es lo único que sostiene este país. Lo único, ¿no lo sabré yo? Puede fiarse de mí.

»La economía sumergida es la base de este país. Si nos ajustáramos a la legalidad habríamos muerto todos de hambre hace mucho. ¿Y por qué seguimos vivos? Pues porque yo, y otros como yo, nos dedicamos a sacar a la gente del país, con la bendición de Dios.

»¿No conoce la historia del experto alemán que trajeron a Egipto para buscar soluciones a la crisis económica y poner un poco de orden en el país? El hombre estudió el caso, se devanó los sesos, y finalmente fue a ver al ministro y le dijo: “Su Excelencia, vuestro país está hundido, pero la gente sigue viviendo. No me explico cómo lo consiguen. Lo mejor es que sigáis como hasta ahora, funcionando con vuestro sistema, y os olvidéis de poner orden, reglas y tal”.

»Aquí no hay sistema que valga. El hombre se marchó a su país con el rabo entre las piernas. Lo que aquel experto no sabía era que los emigrantes no envían sus remesas de dinero a través de bancos, sino usando personas. Y el dinero, una vez en Egipto, no se guarda en cuentas bancarias, sino que la gente se lo gasta de golpe o lo guarda debajo del colchón. Hasta en Europa nos pagan bajo manga, porque trabajamos en negro. ¿Cómo iba a calcular ese pobre experto los capitales que se mueven en Egipto?».

* * *

Estaba oscureciendo y empezó a soplar una brisa nocturna que suavizó un poco la sensación de humedad asfixiante. Me sequé el sudor con un pañuelo perfumado con aroma de violeta para poder soportar el olor a estiércol que invadía el jardín en el que estábamos sentados.

Mi historia...

Mi historia es bastante larga. Empieza en 1988. El que prepara un veneno ha de probarlo él primero. Yo era uno más de los millones de egipcios sin futuro en este país. La vida era dura y agobiante. No había trabajo, y si encontrabas uno, te pagaban una miseria que te daba más hambre todavía. Nuestro país se había convertido en un cadáver sin alma, actividad ni movimiento. ¿Qué podíamos hacer? ¿Dónde íbamos a encontrar trabajo? El país estaba muerto del todo. La situación nos obligaba a tomar medidas excepcionales. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Morirnos de hambre? ¡Claro que no! Había que buscar una solución. Desde pequeños habíamos visto que los que emigraban volvían del todo orgullosos, mirando a los demás por encima del hombro.

Gente honrada que cuando regresaba del extranjero se dedicaba a presumir. Me acuerdo muy bien de uno de nuestro pueblo que te lo podías encontrar en pleno agosto, con un calor infernal, con traje y corbata. Cosas así, sin lógica. Claro está, eso despertaba los celos y la rabia de los chavales, que también querían llegar a ser alguien. Todo el mundo quería emigrar, si podía ser hoy, mejor que mañana. A todos les apetecía poder llevar corbata.

¿Cuándo me fui? Estábamos en los ochenta y la moda era o a Iraq o al Golfo. Yo me marché a Iraq. En aquella época se decía que había tres millones de egipcios en Iraq, solo Dios sabe si era verdad o mentira. Cuando yo fui, toda la gente me decía: «Llegas tarde, bonito, se acabó el pastel». Nada más llegar yo, va Sadam y se pone a invadir Kuwait. Las cosas se pusieron feas. Un servidor fue de los primeros en salir pitando. Me escapé a Jordania, cogí el *ferry* de Nuweiba y volví al pueblo. A mi regreso, descubrí que las cosas estaban peor que antes. No había de donde rascar.

En aquel entonces todavía resultaba sencillo obtener un visado, y me quedaba algo de la pasta que hice en Iraq. Conseguí un visado para Polonia, que me costó mil cien libras de aquel entonces. Fui a Varsovia y allí conocí a unos polacos que se dedicaban a pasar gente a Alemania por poco dinero. Todavía recuerdo lo que pagué: doscientos dólares. En apenas una noche estaba en Alemania. Me dejaron en una estación de tren y me dijeron: «Tío, elige a qué ciudad quieres ir. Desde esta estación puedes coger un tren a cualquier sitio de Alemania».

Había oído que en Hamburgo había trabajo, así que para allá me fui. Nada más salir de la estación me di de morros con un egipcio, fíjese qué cosas tiene la vida. Y se preguntará usted cómo supe que era egipcio. ¡Por los zapatos! Llevaba unos Batta, esa marca de mierda egipcia que blanqueábamos con polvo de talco. Me abalancé sobre él: «¡A mis brazos, paisano mío!». Me dejó quedarme a dormir en su casa. Vivía con otros cinco egipcios de Gharbiya. Le dije: «Por muy paisano mío que seas, déjame que te pague el alquiler por adelantado». En cuanto vio los billetes respiró aliviado. Me pasé un mes de acá para allá, buscando trabajo como un loco, pero nada. Hasta que finalmente, gracias a Dios, encontré un empleo en una imprenta. Trabajaba de mozo, o porteador, según se mire. Era un curro de esclavos. Seguro que los esclavos trabajaban menos que yo. Los libros no paraban de salir de una cinta, y yo tenía que cargar con 30 kilos de libros cada vez y dejarlos en un palé. Y esa maldita cinta no paraba. Noche y día. No lo soporté.

Después de aquello, curré en una escuela de minusválidos. Me encargaba de la limpieza. Pero era un empleo temporal, trabajaba una semana y descansaba dos. En fin, que me pasé un año sin realizar muchos progresos, aparte de aprender cuatro palabras de alemán en la calle. Comprendí que Alemania no estaba hecha para mí. Entonces, me enteré de que el gobierno italiano estaba regularizando a los sin papeles. Decidí irme cuanto antes a Italia. Busqué a alguien que me llevara en coche, pero no lo encontré. Como estaba quemado del todo, decidí ir en tren porque la policía no hacía controles a diario.

La historia entrañaba sus riesgos, pero merecía la pena. Me acompañaron dos egipcios que iban por el mismo motivo. Montamos en el tren y viajamos acojonados. En cuanto había un ruido o movimiento sospechoso, se nos ponían las orejas de punta como a un bulldog. Hasta que cruzamos la frontera de Austria. En la primera ciudad austriaca se montó con nosotros un chico tunecino que había conseguido la nacionalidad alemana tras casarse con una prostituta. Viajaba con su hermano, que vivía en Austria sin papeles, y todos nos dirigíamos a Italia. En menos de una hora nos hicimos amigos.

¿Quiere saber usted cómo es posible? Pues porque en las situaciones difíciles la gente se une con gran rapidez. Y como me he pasado toda la vida en la cuerda floja, toda la gente a la que he conocido se ha convertido en amigos y colegas. A lo que íbamos: poco antes de la frontera italiana, un montón de policías se suben al tren. Sin pensárnoslo dos veces, nos bajamos todos. No teníamos ni idea de dónde estábamos. Serían alrededor de las dos de la madrugada, y haría unos veinte grados bajo cero. Para morirse congelado, oiga. No sabíamos qué hacer, pero vimos que había una parada de taxis. Corrimos para allá tiritando de frío. Les contamos nuestra historia a los taxistas. Les dijimos que queríamos entrar en Italia y que éramos buena gente. No hubo manera, nos tomaron por unos malhechores y pasaron de nosotros. Al final apareció un taxista turco que aceptó llevarnos a cambio de 400 marcos. Le habríamos dado hasta nuestra ropa si la hubiera pedido. Nos subimos al taxi y en la carretera, antes de llegar a la frontera, en mitad de los Alpes, al tío le entró el pánico. Nos pidió que nos bajáramos e hiciéramos el resto del camino a pie, que no nos pasaría nada. Me bajé el primero y vi que no podía cerrar los puños del frío. Estaríamos a treinta bajo cero. Me volví a subir al vehículo y le dije que nos íbamos a morir congelados. Intenté asustarle diciendo que acabaría en el calabozo cuando la policía descubriera nuestros cadáveres. Todo el mundo nos había visto subir a su taxi en la parada. «Si tienes miedo, da la vuelta y llévanos a Austria, pero no te vamos a pagar». Se lo pensó un poco, y al final decidió devolvernos a Austria.

¿Conoce usted este viejo chiste egipcio? En la época de la ocupación otomana, un turco entra en un restaurante y pide una cabeza de cordero asada. El camarero grita en voz alta al cocinero: «¡Una cabeza de cordero egipcio bien hecha!». Y va el turco y le corrige: «No, no. Yo quiero una cabeza de cordero turco». Entonces el camarero grita a la cocina: «¡Y sin cerebro, por favor!». Pues así era aquel taxista, un tipo sin cerebro. ¿Qué hizo? Al volver para Austria se confundió de carretera y nos llevó a Italia sin darse cuenta. Le dijimos: «Vale, tío, bájanos aquí y ya seguimos nosotros», y le pagamos lo convenido.

Me instalé en Italia y solicité el permiso de residencia, pero la cosa tardaba lo suyo, por lo menos un año. Me dije: «un año no es tanto». Pero un día llamé a mis amigos de Hamburgo y me dijeron: «Vente corriendo. Hay un curro para ti, muy bien pagado. Ven volando». Me lo pensé un poco. ¡Precisamente ahora que había conseguido entrar en Italia! Si me marchaba, no sabía qué pasaría con mis papeles.

Pero como soy un loco, cogí el tren y que fuera lo que Dios quisiera. Reservé un coche cama para hacerme el dormido por si había algún control de policía.

En el coche cama, los revisores del tren se quedaban con los pasaportes de los viajeros y se los enseñaban ellos a la policía. Hablé con la encargada del asunto, una chica griega, y le dije que no tenía papeles. Le conté una historia bien larga. Al principio no quería ayudarme, pero solté un par de lágrimas de cocodrilo y aceptó. Había elegido viajar en Nochevieja porque igual había menos controles. La griega me dijo lo mismo. En fin, que en el compartimento estábamos cinco italianos y yo. Había seis camas y yo cogí la del fondo. Hice buenas migas con uno de ellos y le conté mi historia. Le expliqué que si venía la policía me escondería debajo de la cama, y él me dijo: «Los italianos somos buena gente, no preocupes. Si viene la poli y preguntan, les despistaré y les soltaré un rollo que no sabrán ni dónde están». Al poco, el grupo de italianos se puso a festejar el año nuevo. Sacaron de una mochila botellas de vino y empezaron a beber. Se emborracharon y se pusieron a cantar. ¡Santo Dios!, se bebieron un mar de vino. Al final cayeron rendidos y se quedaron dormidos con la ropa puesta, entre ronquidos.

En la frontera entre Italia y Austria, me metí debajo de la cama. Me sentía a salvo. La revisora había prometido ayudarme. Los griegos y los egipcios somos pueblos hermanos. Pero entonces oí que la muy hija de perra le decía a la policía que había un egipcio sin papeles en el tren. Un morlaco de dos metros entró en el compartimento y comenzó a despertar a los borrachos, pensando que uno de ellos sería el egipcio. Los italianos se parecen bastante a nosotros. A todo esto, yo debajo de la cama. Los italianos roncaban. Entonces llegó la maldita griega y le dijo: «No, esos son italianos». El tío se empeñó en despertarlos y pedirles los papeles. Luego, le preguntó a la chica: «¿Dónde está?». «Seguramente se haya bajado en la última parada», respondió ella. Me salvó el hecho de que el tío era enorme y no cabía en el compartimento, así que no pudo verme. Y así fue cómo volví a entrar en Alemania. ¡Ya ve usted, qué aventuras! Llegué a Hamburgo y conseguí un trabajo fabuloso.

Y se preguntará usted, ¿por qué volví a Egipto?

* * *

Se detuvo la brilla, y con ella, el murmullo de las hojas de los árboles. No se escuchaba otra cosa que la potente voz de Mabruk Al Minufi.

«Pues volví a Egipto debido a Sherif Abdel Tawab, un chaval de mi pueblo. Su padre le había enviado un casete en el que le decía: “Escúchame bien, hijo mío: no se te ocurra volver a Egipto antes de reunir 15 000 marcos”. Al escuchar la cinta con él, me di cuenta de que yo había ahorrado bastante más que eso. Me dije: “Con esto ya es más que suficiente”. Di gracias a Dios por ello y me volví a Egipto, con la idea de casarme rondándome la cabeza.

»No perdí el tiempo. En un mes encontré novia. Leímos la *fatiha*, nos prometimos

y nos casamos a toda prisa. Todo el dinero que tantos años me había costado ahorrar se esfumó entre los gastos de la dote, los muebles para el piso y otras cosas que usted se podrá imaginar. ¡Ay, Minufi! ¿Qué vas a hacer ahora? Pensé en emigrar otra vez, pero en esta ocasión a París, porque allí estaba Shaker, uno de mis mejores amigos en este mundo. Pero ¿cómo vas a llegar a París, Minufi? Aquí es donde entra la imaginación.

»En aquella época, Marruecos, país árabe y hermano nuestro, no nos pedía visado como ahora. Me compré un billete de avión Cairo-Casablanca con la compañía Iberia, que hacía escala en Barcelona. Con la ayuda de un amigo, conseguí un billete con una escala de 72 horas en España. Llegué a Barcelona y, tras pasar los controles y todo eso, me escapé de la zona de tránsito y me dirigí a la estación de tren. Me compré un billete y llegué a una ciudad que se llama Figueras, antes de la frontera francesa. Vaya usted a saber por qué, pero allí me encontré con un montón de árabes.

»Me dieron un millón de consejos para pasar a Francia. Hice lo que me dijeron: coger un tren para Burdeos y bajarme antes de llegar a la frontera. Allí cerca hay un túnel que comunica España con Francia. A la hora que me habían explicado, me subí al último vagón de un tren que entraba en ese túnel. El tren se puso en marcha. Era de esos que paran en todas las estaciones. En cuestión de minutos estaba en Francia, en un tren que iba hacia Burdeos. Y de allí, a París. Busqué a Shaker, pero descubrí que le habían expulsado del país la noche anterior a mi llegada.

»¿Qué había pasado? Pues que un argelino había denunciado al dueño del piso en el que se quedaba mi amigo, por acoger en su casa a sin papeles.

»¡Menudo bajón! Era invierno, estaba todo gris y me entró una depresión de caballo. Total, que regresé a Egipto. A los veinte días compré dos billetes, uno para mí y otro para Shaker. Volvimos a París por el mismo camino: billete a Marruecos con parada en España. Esta vez no hacíamos escala, pero nos escapamos del aeropuerto de Barcelona. De allí a Figueras, al túnel, a Burdeos y, finalmente, a París. Mejor no le cuento lo que le hicimos a aquel argelino. Le hicimos pagar bien por lo que nos había hecho.

»Shaker ha tenido mucha suerte en la vida, y Dios le ha colmado de bienes. Acaba de construir un edificio de cuatro pisos en nuestro pueblo. Así fue como empecé yo mi exitosa carrera de pasador. Al llegar a París, mucha gente me pidió que ayudara a parientes suyos a entrar en Francia. Organicé un grupo y me los traje por la misma ruta. Les dije que se deshicieran del billete de vuelta nada más llegar, para que no los pudieran echar si los detenía la policía. En cuanto al tema de los pasaportes, yo se los recogía al salir del aeropuerto y luego se los enviaba por medio de un viajero que tuviera residencia legal en Francia. Otra opción era que denunciaran haberlo perdido y se hicieran uno nuevo en el consulado de Egipto en París. Con la ayuda de Dios, todas las operaciones salieron a la perfección.

»Desde entonces hago como Ibn Battuta, viajar sin descanso. Dejo a un grupo y me vuelvo para coger otro. Unto a los policías del aeropuerto y saco a todo el mundo,

como le dije.

»Soy consciente de que mis pintas me ayudan mucho en este trabajo. La gente dice que tengo cara de tonto y ojos de rata muerta. Por eso los polis de los controles me ven y piensan: este lerdo no puede causar problemas. Lo que no saben es que soy más avisado que la madre que los parió.

»A todos los que viajan conmigo les pido que solo traigan una maleta pequeña con un poco de ropa ligera y sandalias. Intento prepararles para que conozcan todos los peligros que pueden afrontar antes de llegar a buen puerto. A los que tienen estudios les dibujo un plano del aeropuerto con sus salidas, o el túnel, y lo pillan a la primera. Esos me preocupan menos que los analfabetos.

»Una vez, estaba metiendo en Francia a un chaval, por el túnel del tren. Le expliqué que tenía que bajarse del tren por el lado de la derecha. En dos ocasiones se bajó por la izquierda, directamente al andén. Vamos, que solo le faltaba decirle a los polis: “Aquí estoy, tíos, podéis cogermé”. Y claro, lo pillaban y lo devolvían a España. Teníamos acordado que, en caso de que fallara el plan, volveríamos a juntarnos en un café de Figueras que era mi central de operaciones. Al final le eché la bronca: “La próxima vez te voy a poner una piedrecita en la mano para que distingas la izquierda de la derecha. Concéntrate un poco, majo, que ya está bien. A la tercera, no te van a soltar. Descubrirán nuestra historia y tus compañeros no podrán pasar a Francia”. Los pasaba de uno en uno. Como usted sabrá, no conviene llevar todos los huevos en la misma cesta, ¿verdad? De este modo puedes perder uno, pero no todos.

»Evidentemente, me dedicaba a variar los itinerarios. Una vez, billete para Marruecos; otra, para Senegal. Cuando Marruecos comenzó a pedir visado probé con Ecuador, pues los egipcios no necesitaban visado. Además, el vuelo era con Iberia y, como siempre, yo me escapaba del aeropuerto durante la escala en España.

»Además del túnel entre España y Francia, también estaba la autopista. Camiones frigoríficos conducidos por marroquíes que te pasaban la frontera a 100 dólares por cabeza. Era más directo, sencillo y seguro que el tren».

Mabruk se dio un fuerte puñetazo sobre la rodilla derecha, abrió los ojos como platos, y exclamó: «¡Para este curro hace falta tener unos nervios de acero! Te llenas de canas muy pronto», mientras se atusaba el pelo de la cabeza, completamente blanco.

«Hay que manejar con mano de hierro una gran red de contactos y controlar a toda la gente que paso. Esos chavales son responsabilidad mía, y debo asegurarme de que realmente llegan todos a Francia. En cuanto lo compruebo, vuelvo a Egipto para coger al siguiente grupo. Pero la vida es como un río traidor. Un día las aguas bajan calmas, y al siguiente hay una riada. No te puedes confiar. Me encontraba yo un día pasando a diez personas por el aeropuerto de Barcelona, y resulta que habían cerrado el pasillo por el que nos escapábamos, porque había obras. ¿Qué podía hacer? Yo sé lo que le cuesta a la gente reunir el dinero para el viaje. Tienen que pedir un préstamo al banco, o vender sus tierras. Vamos, que el viaje les cuesta sangre, sudor y lágrimas.

Por eso, yo estaba dispuesto a dar mi vida para que todo saliera bien. En fin, que rápidamente busqué a un marroquí que trabajaba en el aeropuerto, negocié con él y le pagué un buen soborno que me arruinó, pero lo importante es que pasamos».

Había que ponerse a buscar nuevas ideas. Ya lo dije antes y lo repito: la imaginación y nada más que la imaginación es lo que hace progresar al hombre, en el trabajo y en la vida. ¿Qué le vamos a hacer? Soy un gran artista.

De modo que empecé a trabajar en una ruta para entrar a Alemania desde Polonia. Y una vez dentro de la Unión Europea, podías ir a cualquier país sin controles. Alemania había sido mi primer destino en Europa, así que pisaba terreno conocido. También me puse a estudiar otra combinación: conseguir un visado para Ucrania y de allí en tren a cualquier país del Este que fuera miembro de la Unión Europea. Son rutas controladas por unas mafias de la repera, capaces de meter a todo el pueblo egipcio en Europa.

Desde aquel problema en el aeropuerto de Barcelona, he procurado diversificar al máximo mis rutas. Por las noches se me ocurren en sueños innumerables ideas para seguir ayudando a mi familia y mi gente. El hombre, cuando discurre, siempre encuentra soluciones a los problemas.

Una vez pasé a un grupo gracias a un cantante famoso. A día de hoy, todavía no sé si el hombre se enteró o no. El acuerdo lo hice con la gente que trabajaba para él. El músico iba a Francia para rodar un videoclip, e hice que le acompañaran siete personas haciéndose pasar por cámaras, técnicos de iluminación, etc. Les concedieron el visado a todos y viajaron como reyes. Los muy suertudos siguen allí y les va muy bien.

En otra ocasión, me aproveché de una empresa que organizaba una exposición internacional en Alemania. Y otra vez, saqué del país a un grupo haciéndose pasar por miembros de la delegación de Al-Ahram que acudía a la feria de Varsovia. Como la historia del videoclip me gustó y vi que funcionaba, me hice un pasaporte nuevo como si fuera el dueño de una productora artística que quería ir a rodar a Italia. Por supuesto, me tenía que llevar a mi equipo de técnicos y operarios; ¿cómo si no iba a grabar los videoclips?

Me cambiaba de pasaporte cada doce viajes, porque viajaba con demasiada frecuencia. Cada vez, escribía mi nombre con letras latinas de un modo distinto, y cambiaba mi dirección.

Un día, en el aeropuerto de El Cairo, me paró un oficial de policía que me había visto pasar un montón de veces, y me preguntó: «Minufi, ¿a qué te dedicas exactamente?». Le dije que ayudaba a la gente a salir del país para que pudieran trabajar en el extranjero, ganarse el pan y enviar dinero a Egipto. Y me dijo: «¡Eres un hombre valiente! Que Dios te acompañe».

Nunca he llevado a nadie por vía marítima. Me da miedo que les pueda pasar algo. Hasta el punto de que si me viene un chavalín pidiéndome que le lleve a Europa, le digo que venga su padre o algún adulto de la familia a hablar conmigo. Me

encargo de asegurar a las familias que sus hijos tendrán una buena vida en el extranjero, o que por lo menos se los devolveré sanos y salvos. Todo el mundo sabía que había riesgos, pero económicos, no físicos. A algunos los pillaban y los devolvían, es algo que pasa en las mejores familias. Pero te juro que al poco los volvía a sacar del país. Soy una persona con un gran sentido del deber, y esto es importante para la gente. Me siento responsable de los chavales de mi país.

Para que veas, antes del despegue de las rutas de pateras, que comenzó hace seis años, solo murieron dos personas del pueblo intentando entrar en Europa. Yo mismo estuve una vez a punto de espicharla, pero Dios no lo quiso. Cosas del destino.

El primero que la palmó era un bobo que se llamaba Abdel Hamid, que Dios lo tenga en su gloria. Jamás lo olvidaré, estaba en la flor de la juventud. Era alto y fortachón, pero muy simpático. En aquel entonces, la ruta por España era imposible, pues tenían cerrado el aeropuerto a cal y canto. Abdel Hamid se fue solo hasta Hungría, y de allí pasó a Austria. En la última localidad austriaca se bajó del tren y mis contactos le explicaron con todo detalle lo que debía hacer en el tren entre Austria e Italia. Pero al muchacho le entró miedo y dijo: «Me van a pillar. Se me ve en la cara que estoy cagado». En fin, que decidió cruzar el túnel corriendo y llegar a Italia sin que nadie lo viera.

«El túnel es muy largo, Abdel Hamid. Está muy oscuro y es peligroso».

«Me da igual. Es mejor que cruzar la frontera en tren o en coche».

«Es muy estrecho, Abdel Hamid. Si viene un tren, ya te puedes ir despidiendo de este mundo».

«No te preocupes. Pasaré corriendo antes de que llegue un tren».

Total, que se metió en el túnel y no le dio tiempo a llegar al final, porque un tren se lo llevó por delante.

Después de la historia de Abdel Hamid, me puse a discurrir hasta que di con un plan bueno de verdad. Metemos a nuestro hombre en un vagón de un tren de mercancías, con las herramientas necesarias. El jefe de estación está compinchado. La distancia entre la estación húngara y la italiana es de doce horas. Durante las primeras cuatro horas tiene tiempo de comer, beber y hacer sus necesidades. Luego, debe ir al final del vagón y pasar las siguientes ocho horas abriendo un boquete en los tabloncillos del suelo. Cuando el convoy reduce la velocidad, salta por el agujero y ya está en Italia.

La segunda historia trágica fue la de Abdel Malak. Fue cosa del destino. Formaba parte de un grupo grande al que había montado en un contenedor frigorífico de carne que iba para Italia. Todos llegaron sanos y salvos, excepto Abdel Malak, que murió congelado. Debía de estar enfermo, desde niño había sido muy debilucho. Su voz apenas le salía de la garganta. Estaba destinado a morir. Dios lo tenga en su seno. El muy loco no abrió la boca antes de morir. El pueblo estaba conmocionado, pero tuve la valentía de presentarme ante su padre y contarle cara a cara lo que había pasado. El hombre lo comprendió y más adelante llevé a Europa a otro hijo suyo, a mitad de

precio y a crédito. Luego, este chaval me pagó para que pasara a su hermano pequeño.

En cuanto a mi historia con la muerte, fue en Yugoslavia. Ya sé que ahora se ha dividido y tal, pero es algo que no entiendo. Un lío de cojones. Para mí seguirá siendo Yugoslavia hasta que me muera. Ni ellos comprenden lo que pasa allí.

A lo que íbamos, que fui en viaje de exploración para abrir una nueva ruta. Me quedé dos semanas y conocí a una mafia que se dedicaba a cruzar fronteras. Montamos en un coche hasta el último pueblo yugoslavo y nos bajamos. Dijeron que caminaríamos por el monte durante seis horas, que todo era seguro. Llevábamos un guía. Nos dijo que tras seis horas estaríamos en un pueblo junto a la frontera italiana. Allí nos montaríamos en un coche que estaría esperándonos y nos llevaría como unos señores al primer pueblo italiano con estación de tren. Parecía todo coser y cantar. Pero la sorpresa fue que el guía parecía necesitar él también un guía.

Salimos a las diez de la noche. El tío se perdió y estuvimos dando vueltas hasta que salió el sol. La noche fue mala, pero por el día las pasamos canutas. Se nos acabó la bebida porque no habían traído agua suficiente. Nos peleábamos por un sorbo de la cantimplora. Pensé que había llegado mi hora. El ángel de la muerte rondaba detrás de mí en los montes de Yugoslavia.

* * *

Miró a su alrededor, observando al grupo de paisanos que se había reunido en el jardín. Alzó la vista para seguir con los ojos el vuelo de un gran pájaro antes de pronunciar sus últimas palabras, añadiéndoles un toque de sabiduría ancestral: «Los tiempos han cambiado, y con ellos la historia de los países. Todo aquello ya pertenece al pasado. Ahora, los mapas son completamente distintos. Hoy se cruza de Austria a Italia sin que nadie pueda abrir la boca. Sin embargo, los visados para la Europa del este se han vuelto casi imposibles. Los billetes con escala en España que antes conseguía tan fácilmente, hoy ya ni los huelo. Y un visado Schengen es más que imposible de obtener. Las nuevas rutas que fui abriendo se han vuelto demasiado caras y costosas. Ahora todo el mundo lo intenta por mar, y muchos se pierden entre las olas. Yo hice todo lo que pude por ayudar a mi país, gracias a Dios. Venga, Ogro, cuéntanos tú algo».

* * *

Ogro sonrió y se llevó la mano al pecho, como si fuera un cantante dando las gracias a su público. Tenía una voz cavernosa que brotaba de lo más profundo de su interior. Por ese motivo lo llaman el Ogro, a pesar de su rostro hermoso y sus rasgos armoniosos.

«Nuestro amigo Mabruk es una bendición para este país. En verdad os digo que, sin él, no sé qué habría sido de este pueblo. Gracias a su valentía y hombría, aquí se

han construido casas, abierto tiendas y realizado bodas. Hasta el último céntimo que ha entrado en este pueblo se lo debemos a él.

»La agricultura apenas nos da para comer. Casi todo el dinero que circula por el pueblo es fruto de la gente que Minufi sacó al extranjero. No tenemos que irnos muy lejos para encontrar un ejemplo: aquí lo tenéis, un servidor.

»Cuando me saqué el graduado escolar, mi padre murió. Como yo era el hermano mayor, mi madre me dijo: “Ogro, no puedes marcharte. Ahora eres el responsable de la familia”. Encontré un curro en Sharm El Sheij, en la piscina de un hotel. Trabajaba un mes y descansaba otro, aquí en el pueblo. Lo que ganaba en Sharm, me lo gastaba aquí. Todos los chavales que conocía, tras terminar los estudios, se quedaban en el paro esperando a que Minufi les arreglara las cosas. La vida era dura. Si encontrabas trabajo, como en mi caso, el sueldo no te llegaba ni para cubrir las necesidades básicas. Así que le dije a mi madre: “Madre, tú eres buena y me comprenderás. Esta carga es demasiado pesada para mí. Necesito salir al extranjero. Minufi se encargará de todo”. Dicho y hecho, fui a verle y le dije que le pagaría cuando estuviera trabajando. Aceptó y me dijo: “Te llevaré a Francia, muchacho”. Y así fue, llegué a Francia pasando por España, con un billete para Marruecos. Éramos siete. Salimos del aeropuerto de El Cairo en un vuelo Barcelona-Málaga-Casablanca. El plan que había dispuesto Minufi consistía en escaparnos del aeropuerto de Málaga, porque en el de Barcelona tenían controladas todas las salidas. Como se dice vulgarmente, estaba “chapado”. Durante la escala en Barcelona, entre pitos y flautas, me paró la policía. ¡Maldita sea mi suerte!

»Un agente me cogió y me llevó a un despacho. Me salvó el llevar un visado para Marruecos en el pasaporte. El policía vio que estaba de tránsito. “¿Adónde viaja?”. “A Casablanca”. Me preguntó si iba solo en el avión, y le dije que sí.

»Cuando me dejé ir, salí a buscar al grupo, pero no había ni rastro de ellos. Después me enteré de que aprovecharon que la policía estaba entretenida conmigo para escapar de la sala de tránsito del aeropuerto. Me quedé solo, pensando qué podría hacer para salir de esa desgracia. Me dije: “Hay que salir de esta como sea”. Me monté en un vuelo interno de Barcelona a Málaga. En el avión, vi unos folletos turísticos sobre España con un mapa del país. Lo recorté y me lo guardé, pues me pareció que podría serme útil.

»Llegué a Málaga. Mabruk Al Minufi nos había explicado exactamente qué hacer en ese aeropuerto, y me lo había dibujado palmo a palmo. Seguí sus indicaciones al pie de la letra. La tripulación del avión tenía mucha prisa porque el vuelo iba con retraso y en Málaga tenía que subirse gente antes de continuar el vuelo rumbo a Casablanca. Vi una mujer alta y rubia que se dirigía hacia a la salida, y me puse a caminar detrás de ella. Minufi me había dicho que si un policía me preguntaba algo, le dijera que no entendía ni jota. Pensaba que habría que pasar por un control de pasaportes, pero de repente me encontraba detrás de la rubia, en plena calle. No me lo creía. Me acerqué a un conductor de autobús y le dije que quería ir a la estación de

tren. Me señaló la acera de enfrente, donde había un autobús muy moderno. Me monté, pero recordé que solo llevaba encima dólares. No tenía la moneda local, que en aquella época se llamaba peseta. Regresé al aeropuerto a cambiar dinero, pero dejé la maleta en la escalera del autobús para que el conductor no se fuera sin mí. Cuando volví, me instalé en un asiento.

»Llegué a la estación de Málaga a las dos de la tarde. Entré a una sala grande para reservar el billete. Allí, lo normal es que cuando vas a la taquilla, cojas un papelito de una máquina con tu turno. Pero, claro está, yo no lo sabía. Me quedé allí de pie mientras los números salían en la pantalla. Yo me acercaba de vez en cuando a la ventanilla, pero el hombre me gritaba y yo no entendía nada. Y otra vez a la cola. Cuando por fin comprendí lo que había que hacer y cogí mi turno, ya no quedaban plazas en el tren y tenía que esperar al día siguiente. ¿Qué iba a hacer?

»Salí de la estación y vi a un par de árabes fumando un pitillo. Me presenté, hablamos un poco, y me dijeron que ellos podían llevarme hasta Francia. Yo tenía en mente el plan que había acordado con Minufi: volver a Barcelona y desde allí coger un tren a Burdeos. Pero me dije que esos árabes parecían conocer bien la región e igual podían ayudarme. Les di dinero para los billetes y compraron tres. Luego cogieron mi maleta, la guardaron en la consigna de la estación y se quedaron ellos con la llave. Nos sentamos en un jardín enfrente de la estación. Me puse a contarles chistes y nos echamos unas risas. Al rato, se acercaron unos chavales que vendían hachís. Les compraron algo y empezaron a liar porros y a fumar.

»De repente, me empecé a cabrear. Todavía no había visto los billetes y ni siquiera me habían dicho adónde íbamos. Les pedí que me dejaran ver mi billete, levantando la voz. Me lo enseñaron, pero vi que no era para Barcelona. Me enfadé y les quité las llaves de la consigna para recoger mi maleta. Estaba amaneciendo, eran las seis de la mañana. Cogí mi maleta y cuando volví, los chavales estaban con una chica marroquí. Me explicaron que ella también iba a Burdeos, y que podía ir con ella. Me monté al tren con la chica y, a las tres horas de viaje, le enseñé el mapa que había recortado en el avión. Entonces, la muchacha me dice que ella no iba a Burdeos en Francia, sino a una ciudad con un nombre parecido cerca de la frontera con Portugal. Me juró por el Corán que ella creía que íbamos a la misma ciudad. Me bajé en la primera estación, que se llamaba Sevilla, a 3 horas de Málaga en dirección Portugal. Antes de bajarme, la muchacha me plantó un beso para que no me enfadara.

»Me guardé el beso y bajé a comprar un billete para Barcelona. Ya no me tenía en pie. Me quité las deportivas y me puse unas sandalias. Me acerqué a un guarda de seguridad y le pregunté de qué andén salía mi tren. El hombre, al oler mi peste a pies y ver mis sandalias, me pidió el pasaporte. Intenté hacerle entender que era egipcio, que no tenía pasaporte y le conté que había venido a ver una corrida de toros, pero acabó llevándome a la comisaría de la estación. Se puso a escribir a máquina una serie de documentos y llamó a la policía de la ciudad para que vinieran a recogerme. Yo ya pensaba que se había acabado todo, que me devolverían a Egipto.

»En la comisaría de Sevilla me metieron en una celda en la que estaba todo el continente de África entero. Yo era el único blanco, si es que se me puede llamar así. El olor de una pocilga sería colonia comparado con el de aquella celda. Yo, que me he pasado la vida entre ganado, me mareé del olor. Pregunté si había alguien entre los detenidos que hablase inglés. Todos hablaban francés menos uno, que chapurreaba inglés como un servidor. Entre las cuatro palabras que me sé y algo de mímica, le pregunté: “¿Qué van a hacerme?”. “Pues devolvete a Egipto, guapo”, me respondió. Me puse a darme palmadas en la cara como una mujer.

»Al día siguiente me llevaron al juzgado. Una intérprete preciosa vino para traducir mis palabras al juez. Revisaron mi historial y vieron que no tenía antecedentes. Les conté que había venido de vacaciones con mi hermano, que mi pasaporte lo tenía él, y que había conocido a una chica y entonces... El juez me hizo firmar una hoja en la que me comprometía a salir de España en un máximo de tres días y a no volver a poner un pie allí en tres años. Abierto el cajón, convidado está el ladrón. Firmé el papel y me dieron un salvoconducto de tres días para abandonar el país. ¡Qué mundo de locos!».

* * *

Mabruk Al Minufi le interrumpió con otra historia: «No, no es un mundo de locos. Yo tengo otra opinión. Una vez, en uno de mis muchos viajes, me pillaron y hubo juicio y todo ese rollo. En fin, no voy a entrar en detalles. Al final, decretaron mi expulsión inmediata. Me devolvieron a comisaría y me sorprendí al ver que me hacían firmar un papel en el que decía que abandonaba la comisaría para ir al aeropuerto y marcharme a mi país. Firmé y esperé a que me trasladaran al aeropuerto, pero resulta que me soltaron en la puerta de la comisaría y me dijeron: “Vete derecho al aeropuerto y coge un avión para el Cairo, ¿¿entendido??”. Salí dando palmas de alegría. Me fui directamente al restaurante en el que curraba y seguí con mi trabajo como si nada.

»Sinceramente, creo que los gobiernos europeos no son tontos. Saben perfectamente que hay redes dedicadas a introducir inmigrantes ilegales, pero no les importa. Necesitan gente y trabajadores, pues su población envejece cada vez más. Pero, al mismo tiempo, les conviene que traer mano de obra barata y asustada, para no concederles ningún derecho y que no les cueste nada. Además, así pueden deshacerse de ellos cuando les dé la gana con una patada en el culo. Después de exprimir a los inmigrantes en pro de sus economías, escuchas a los europeos quejándose de que hordas de salvajes los invaden. ¡Qué injusticia! ¡Pobrecitos, ellos! Pero vamos a ver, ¿quién se va a creer que no sean capaces de controlar sus aeropuertos y sus fronteras? Nadie. Yo, personalmente, estoy encantado porque me va de maravilla. Vivo muy tranquilo, porque sé muy bien que en Europa no pueden prescindir de mis servicios. Somos la gasolina de su economía.

»Pero perdona, Ogro, que te he interrumpido. Estabas contando que saliste del juzgado en Sevilla y luego...».

* * *

«Pues sí, me llevaron del juzgado a comisaría, y de allí, a la calle. Pero, eso sí, como un señor. Con un salvoconducto que podía enseñar a cualquiera. Me dirigí a la estación de autobuses y me paró un policía en plena calle. Me pidió el pasaporte y le dije que no llevaba, pero le saqué el papel del juzgado y me dijo: “Que tenga usted un buen día”.

»Me pregunté por qué me paraba a mí precisamente la policía. Entonces, miré mis sandalias y el jersey que llevaba puesto. ¡Claro! Estas putas sandalias de plástico eran la causa de todos mis problemas. Me las quité y me puse las zapatillas deportivas. Sentí que de repente era un hombre respetable.

»Me fui a la taquilla de la estación para comprarme un billete a Barcelona. Resulta que costaba 7000 pesetas y solo me quedaban 3000 de las que había cambiado. Les pregunté: “¿Aceptan dólares? ¿No? Bueno, entonces deme un billete hasta donde llegue con 3000 pesetas”. Me monté en el autobús porque necesitaba salir de aquella ciudad de mal agüero como fuese. Ahora que llevaba las zapatillas en vez de las sandalias, nadie me pararía.

»Aquel autobús tenía una gran ventaja. Cada cuatro horas cambiaban de conductor. El nuevo contaba los asientos que quedaban vacíos y arrancaba. Yo me quedaba sentado, dispuesto a no bajarme hasta que me echasen. Al amanecer, saqué el mapa que había recortado y le pregunté al hombre que iba a mi lado cuánto quedaba para Barcelona. Me contestó que media hora como mucho. En cuanto llegamos a Barcelona, me bajé corriendo. Tenía miedo de que me fueran a pedir el billete.

»Me fui derecho a la estación de tren. El de la taquilla no me entendía. Le repetí varias veces que quería un billete para Burdeos, pero no hubo forma. El amigo Minufi me había enseñado la palabra *Cerbère*, la primera localidad del lado francés de la frontera. Esa sí que la entendió el de la taquilla, y me dio un billete para *Cerbère*. Mientras esperaba en la estación, conocí a un marroquí. Nos pusimos a hablar y le conté que quería entrar en Francia pero no tenía pasaporte. Me dijo que estaba loco. Un par de tunecinos con pinta de yonquis oyeron nuestra conversación y me dijeron que ellos me pasarían. Se subieron conmigo al tren, pero en cuanto apareció el revisor, se esfumaron. Pensé que seguramente serían ladrones.

»A lo que íbamos: al llegar a *Cerbère* había que bajar al andén y entrar en una sala donde realizaban el control de pasaportes. ¿Qué debía hacer? Minufi también nos lo había explicado: “Chavales, en *Cerbère* la gente se apelocona con las maletas en la puerta del tren. Vosotros tenéis que bajaros por el otro lado. Veréis que la puerta al principio se resiste un poco, pero al final se abre. Bajáis y por ahí y ya está, habréis

evitado el control”. Cuando me bajé en el otro andén, al principio no supe qué hacer. Me encontré de morros con el mismo marroquí al que le había contado que quería entrar en Francia sin pasaporte y me había tomado por loco. Le pedí que me comprara un billete porque me daba miedo cruzar la vía. Cogió el dinero y me compró un billete. Me dijo: “Ya has pasado la frontera, no hay problema. ¿De qué tienes miedo?”. Nos quedamos juntos un rato. Él iba a Holanda. Cuando se marchó, yo cogí el tren que salía a las 20.30 de Cerbère y llegaba a París a las ocho de la mañana. Ya en la capital, paré un taxi y fui a la dirección que me habían dado para unirme a la gente de mi pueblo.

»Estuve siete años en París, trabajando de pintor. Aprendí rápido, porque allí teníamos todo el material necesario. La vida es cómoda y la gente es amable y simpática. Todo está bien organizado. Gané bastante, y me traje a mis hermanos. El pequeño todavía vive allí. Y los otros tres estuvieron en Francia, pero ya han regresado a Egipto. No me saqué la nacionalidad porque no quería liarme con una francesa, aunque solo fuera para labrarme un futuro allí. El matrimonio entre un oriental y una europea es algo muy complicado. Por ejemplo, tengo un tío que trabajaba con Mabruk en Alemania y se casó con una alemana. Vive allí y aunque la tía se ha convertido al Islam, el hombre ya no la aguanta. Está desesperado y no puede más. Ese, o acaba suicidándose, o se divorcia y vuelve a Egipto. Mi hermano también se casó con una francesa, consiguió la nacionalidad y tuvo hijos con ella, pero al final la tía lo dejó, se llevó a los niños y ahora el pobre no puede ver a sus críos. Los ejemplos son incontables. No he visto ni un solo caso de matrimonio con una guiri que funcione.

»Sinceramente, la vida en Europa es muy aburrida. Por ejemplo, si se muere uno en su casa, nadie viene a preguntar por él. ¡Es una cabronada! En nuestro país, la gente todavía se preocupa por sus vecinos. Pero allí, el que vive sin papeles y no conoce el idioma, está jodido.

»En cuanto ahorré una buena cantidad, me volví. Pensé que ya era hora de regresar a casa y buscarme una novia. Me metí en unos cuantos negocios en Egipto y perdí todo el dinero que había ahorrado. Aquí el Estado nos pone todo tipo de trabas. La gente del campo les importamos un pimiento. Creo que tendré que volver. ¿Tú qué dices, Mabruk?».

* * *

«¿Volver para qué? Esta vez te llevaré a América, y todo gracias al *hag* Abd el-Aziz.

»¡Vaya! Por fin llegó el kebab. ¡Venga, por Dios! Traed pan y todos a comer en honor de la señora. Y, por el Profeta, que no vea yo que dejáis nada en el plato. Cuéntanos, *hag* Abd el-Aziz, que Dios te bendiga a ti también. Tú nos vas a abrir las puertas de América con la ayuda de tu sobrina la señora Hagar, esa gran abogada. Aquí está el té. A su salud, señora».

Hag Abdel Aziz hablaba más con sus gestos que con la boca.

—La provincia de Minoufiya entera está de enhorabuena. Hoy es la primera vez que nos reunimos en el jardín de Mabruk, en esta mansión tan bonita. Antes solo lo veíamos en su piso de Tila. Sé muy bien que nuestro querido amigo teme el mal de ojo y no quiere que nuestras miradas envidiosas traigan un virus a sus árboles de mango. Bien sabe Dios, hermano Mabrouk, que poco puedo hacer yo en el tema de América. Ya te pasé el número de Hagar, el de su casa y el del móvil. Ya has hablado con ella, es cosa tuya. Haz tu parte, y que Dios lleve a buen puerto vuestros negocios. Te conozco bien, y sé que no la dejarás escapar. Mabruk nunca para quieto, se mueve desde Asuán hasta Ras el-Tin. Es un culo inquieto. ¿Conocéis la historia de Kissinger y sus viajes relámpago? Al Minufi es igual, siempre corriendo de un lado para otro. Cada mañana, cuando ve las pintas de su mujer, dice: «Me las piro». Esa es la única ventaja del matrimonio. Las naciones avanzan gracias a los maridos que huyen de sus casas.

—¡Cuánta razón tienes, hermano Abd el-Aziz! Ya sabéis que cuando me instalé aquí, hace tres años, hice caso del refrán que dice: «Elige a tu vecino antes de elegir casa». Conocí a Abd el-Aziz y pensé: «¡Este será un buen vecino!». Dicho y hecho, me compré un piso enfrente del suyo. Puerta con puerta, vamos. Y desde entonces, ha sido un hermano y un amigo para mí. Su mujer y el bicho que tengo en casa son como uña y carne. El hermano de Abd el-Aziz es un gran profesor de universidad. Un hombre importante, de los gordos. Tiene una hija monísima, que se casó en los Estados Unidos y vive en Nueva Jersey. Así que le dije a mi amigo Abd el-Aziz: «Es el momento de abrir una ruta a América, en vez de todos estos naufragios que estamos sufriendo y que no me gustan nada. Primero trabajé con Europa, y después me dediqué al Golfo Pérsico. Con la ayuda de Dios, me he convertido en especialista en Kuwait y Emiratos Árabes Unidos. Entrar es muy sencillo, y allí la gente se gana de sobra el pan. Es cierto que gano menos que con Europa, pero al menos es una ruta que no resulta mortal.

»He llamado unas cuantas veces a la señora Hagar, pero no la he visto muy receptiva. Está metida en un montón de líos y fregados. ¡Que Dios la asista! La última vez que hablé con ella, hace un par de días, me contó que el cabrón de su marido le pegaba. Había ido un par de veces a comisaría a quejarse, y le puso una denuncia. Ganó el juicio y ha conseguido el divorcio.

»Me dijo que tenía que pedirme una cosa y, si Dios proveía, seguro que me ayudaría con mi historia. Una hora después me llamó y me dijo que había conseguido el divorcio y quería localizar a su primer novio. Me ha dado su dirección y me ha dicho que me las arregle. “Si das con él y lo traes a América, te pagaré el doble de lo que me pidas. Tengo un regalo esperándolo desde hace mucho tiempo”. Si Dios me ayuda, lo encontraré y comenzaré a invadir América. ¿Alguien quiere más té?».

—¡Bueno, bueno! ¡Pero mira quién está aquí! ¡Bienvenido! Mire, señora, este es el presidente del consejo popular local, *hag* Safwan Al Morsi. ¡Un gran hombre! Marchando otro plato de kebab, rápido.

—No te molestes, acabo de comer. Un té sí que me tomaré. Dinos, Minufi, ¿vas a encontrar una solución para la mujer del grupo que se perdió?

—¡Que Dios nos asista! Las mujeres más bellas siempre guardan los más grandes secretos.

—Verá, señora. Ahora en Egipto vivimos un desgobierno total. Han abolido la reforma agraria y devuelto las tierras a los ricos, como quien no quiere la cosa. Los pobres estamos condenados. Todo el pueblo está herido de muerte. Nuestra única forma de subsistir pasa por la muerte: morir ahogados en el inmenso mar, de camino a países donde haya trabajo y posibilidades. Aquí solo hay muerte y más muerte. La gente está cansada y no sabe qué hacer. Hágame caso, vamos de Guatemala a Guatepeor.

»Veinticuatro chavales, todos ellos con estudios, salieron del país hace nueve meses con destino a Italia. Pasaron a Libia y se dirigieron a la ciudad de Zuara con intención de tomar un barco por la noche. En Zuara se les perdió la pista y no sabemos si están vivos o muertos. Algunos dicen que están presos en la cárcel libia de Husan Aswad, acusados de robar una lancha militar de la marina libia. Otros cuentan que subieron a una patera que naufragó, que los salvaron y que ahora están detenidos en Malta. Hay quien dice que están muertos y que descansen en paz. Hemos pasado por la policía, la fiscalía, el Ministerio de Asuntos Exteriores... ¡Hasta enviamos un telegrama firmado por las madres a la Primera Dama, Doña Suzanne Mubarak! Pero como si nada. Uno de esos muchachos es mi hermano pequeño. Yo le dije: “Ahmed, el Dios de aquí es el mismo que el de allí”, y me respondió: “No, el Dios de allí es mejor”.

»Queremos saber qué ha sido de nuestros hijos. Se marcharon para ganarse la vida, en busca de un trabajo que no encontraban en su país. Jóvenes que querían labrarse un futuro, casarse y fundar una familia algún día. En definitiva, vivir. Pero el destino ha querido que cayeran en manos de un estafador. Ya no podemos más, nuestras familias están agotadas, nuestras madres sufren por sus hijos. Mi madre, por ejemplo, da lástima. La enfermedad se apodera de ella y corroe su cuerpo. No sabe si su hijo está vivo o muerto. Deberían tener compasión con estas mujeres. No es justo, no es justo.

»Seguro que alguien dirá: “En vez de gastarse 15 000 libras para llegar a Europa, los chavales deberían invertir ese dinero en montar un negocio aquí”. Pero la cuestión es qué se puede hacer en este país. Estos muchachos no tienen ninguna experiencia. El país está estancado, y el que intenta hacer algo, sale escaldado. Al final, los mismos peces gordos de siempre se te comen y acabas perdiendo todo tu dinero. Solo

se puede emigrar y aceptar cualquier empleo en el extranjero. El que se queda aquí, ni encuentra trabajo, ni puede abrir un negocio, ni ganarse la vida. Por eso los jóvenes se la juegan.

»Una vez, un diputado vino de visita al pueblo y nos dijo que en la escuela solo se ofrece cultura a nuestros niños, nada más. Que no se les prepara para la vida laboral. Imagínese, señora. Hay chavales que se sacaron la carrera de Derecho y llevan veinte años de camareros en el café del pueblo. El sueldo no les llega ni para diez días al mes. Hubo uno que se suicidó hace un par de meses.

»Esto es como estar en guerra. Pero esta vez no luchamos contra Israel, sino contra el hambre. La gente sale a combatir sin formación y sin armas. Es mucho peor que la Guerra del 67. Algunos mueren, otros desaparecen, otros acaban en cárceles de Libia, Malta o Europa... Ya solo falta que el gobierno les conceda condecoraciones y les declare mártires cuyo destino es el Paraíso.

* * *

Mabruk Al Minufi intervino:

—Y lo peor es que se trata de una guerra en la que los generales pertenecen todos a las mafias que trafican con inmigrantes. Es un negocio muy gordo que no existe solo en Egipto, sino a escala internacional. Están implicados países pobres y otros muy ricos. Habrá unos doscientos países pobres dedicados a exportar muchachos. Unos los venden, otros los despiezan y los ofrecen como piezas de recambio. Las fábricas de montaje se han multiplicado por todo el mundo. Si esto sigue así, no habrá revueltas en países que pasan hambre, sino luchas de liberación en países ocupados. Ya veréis, dentro de cincuenta años seremos muchísimos allí y le daremos la vuelta a la tortilla. Correrá la sangre para hacerles pagar lo que nos han hecho todos estos años. Durante el mundial de fútbol de Corea, yo estaba en París. El partido inaugural era entre Francia y Senegal. Ganaron los senegaleses. Bajé a la calle después del partido y me encontré una barbaridad de gente: árabes, africanos y personas de todos los orígenes, celebrando la victoria de Senegal. Supuse que me encontraba en un barrio de africanos, pero me fui a otro barrio, y luego a otro, y después a los Campos Elíseos. Por todas partes había enormes manifestaciones de alegría. Seguro que en Dakar no había tanta gente. Aquel día, pensé: «Se acerca la hora».

Por eso, señora, le pido que nos consiga un visado para Francia o Holanda, y haré lo que usted quiera.

Sanaa Mahran

EN la larga carrera de Mabruk Al Minufi como pasador de fronteras, Sanaa fue la única persona a la que no cobró ni una sola piastra por introducirla en los Emiratos Árabes Unidos. Y eso que Minufi trataba al dinero con el mismo celo que una madre a su hijo gravemente enfermo. Siempre se hacía pasar por pobre, pues tenía la teoría de que el ser humano solo es dueño de su dinero cuando se lo gasta, y no cuando lo guarda. Para él, aquello tenía su lógica: el dinero en el bolsillo te lo pueden robar o se puede perder. Y teniendo en cuenta que él solo gastaba en lo estrictamente necesario, de acuerdo a su teoría se podría pensar que no tenía ni un chavo.

Una vez que el avión de Egyptair en el que viajaba Sanaa Mahran aterrizó en Dubai, Minufi comprendió que se había hecho mayor y empezaba a chochar. ¡Se acabó lo que se daba! ¿Acaso es lógico que por unos cuantos revolcones y por disfrutar del cuerpo de esta mujer durante apenas un par de meses, haya terminado hincando la rodilla y accediendo a llevarla gratis? Sin embargo, al recordar con deleite el cuerpo de la muchacha, Minufi se decía que hasta el último céntimo que gastó en ella había merecido la pena. Esa Sanaa era como un tarro de nata y miel con perfume de azahar.

Mabruk Al Minufi había conocido a muchísimas prostitutas profesionales a lo largo de su vida, pero Sanaa era otra cosa. Poseía la frescura de las vírgenes y las artes de las expertas. Cada vez que se acostaban juntos, Sanaa le hacía sentir que era su primer hombre. Su cuerpecillo se aferraba con tanta fuerza a él, triturándolo, que le costaba soltarse. Cada vez que le hacía el amor, tenía la sensación de que para ella era su primera vez.

Su primer encuentro fue una clara representación del carácter y las maneras excéntricas de Sanaa. Un día, su esposa lo despertó de la siesta y, entre sus protestas, le anunció: «Ha venido a verte una mujer». Minufi salió medio dormido al salón y se encontró con una mujer vestida de negro de los pies a la cabeza y con un *niqab* que no dejaba ver más que el blanco de sus ojos. La extraña le dijo con voz baja y tímida: «Unas buenas personas me aconsejaron que acudiera a usted». Le pidió que la ayudara a entrar en los Emiratos Árabes Unidos, y aseguró que tenía dinero de sobra. Minufi se dejó engañar por sus pulseras de oro. La mujer abrió el bolso y le ofreció pagarle una cantidad por adelantado, pero él se negó. En aquel entonces no sabía que estaba enredándose en una red de la que le costaría salir.

El archivo de documentos oficiales que poseía Sanaa estaba más limpio que una bandeja de porcelana china lavada con jabón alemán del caro. El único documento oficial que tenía en su poder era una partida de nacimiento en la que aparecían los nombres de su padre, Said Mahran, de profesión portero, y de su madre, Nabawiya Suleimán. Aparte de eso, no tenía más papeles. Cuando Minufi le preguntó si tenía documento nacional de identidad, ella le replicó sorprendida: «¿Para qué enredarme con la administración? ¿Acaso no es mejor tenerlos lejos?».

Minufi jamás supo cómo había llegado aquella mujer hasta su casa ni cómo, viviendo en El Cairo, se había enterado de su existencia. Sanaa se guardó el secreto hasta el final.

* * *

«Me habían dicho: “Ten cuidado con ese Minufi. Te comerá viva, y luego te dejara tirada y acabarás lamentándote”. Pero, como siempre digo, en la vida hay que arriesgarse. El que no se arriesga no avanza, y se queda parado entre el polvo y el barro. También sé que, para ganar, conviene apostar a caballo viejo. He conocido a tantos hombres como colores hay en el arcoíris, y he comprobado que da igual que sean de Gharbia, de Alejandría o de Damanhur. Todos se creen Antara^[20] blandiendo su espada, pero les da pánico verla declinar. Para mí todos son iguales; lo único que los diferencia es la edad. Cada edad tiene sus reglas.

»Mabruk estaba en una edad en la que el hombre responde a cualquier llamada. Así que llamé a su puerta siguiendo los consejos de Shalabia. La misma Nur me enseñó una cosa y me dijo que jamás la olvidara: “Sanaa, bonita, sé generosa con los hombres. Entrégate a fondo, hasta la última gota de sudor. Fuéstrate a disfrutar del acto. Guárdate dentro tus alegrías y tristezas, no las saques al exterior. Sé generosa, pues es la cualidad de la gente de bien. Créeme, hija, cuando das, al final recibes”. He seguido al pie de la letra los consejos de Shalabia. He sido generosa y le he entregado todo, sin escatimar nada. Y Minufi me lo ha devuelto con creces».

* * *

Sanaa había heredado de su padre los ojos almendrados, que irradiaban inteligencia y una malicia típicamente egipcia, el cabello negro rizado y una colección de libros que Nur guardaba como si fueran el tesoro de Alí Babá. Como Nur no sabía leer ni escribir, les rendía culto y los veneraba casi como si se tratara del sagrado Corán.

Aquel hatillo de libros cerrado con una cuerda raída era lo único que le había legado su padre. Por ese motivo, Sanaa los devoraba con la avidez y la pasión de una hija que buscaba entre aquellas líneas lo que su padre habría querido decirle en vida. Pero poco a poco fue dejándolos de lado y cayó presa de la poesía. Poseía una capacidad prodigiosa para memorizar versos. Nada más leer un poema, se almacenaba en una estantería de oro dentro de su cabecita. Aunque no entendiera ni una palabra, le parecía escuchar una música que ya conocía. Entre los libros que le había dejado su padre estaban las obras completas de poetas como Salah Yahine, Fouad Haddad, Bayram Al Tonsi, Omar Jayam, Abu Nuwas y Al-Mutanabbi. La mayoría de esos volúmenes llevaban un sello azul en la primera página en el que se leía «Rauf Alwan», con caligrafía magrebí.

Sanaa estaba orgullosa de su padre, al que conservaba en su riñón izquierdo y al

que saludaba todas las mañanas con extremo cariño: «Buenos días, hermoso». ¿Cómo no estar orgullosa de él? Gracias a su sonrisa y su astucia se había burlado del Ministerio del Interior y los servicios secretos del Estado, que iban tras él. Había puesto en evidencia su incompetencia y se ganó la simpatía de la gente que detestaba el poder. Cierto que había matado y robado, pero la intención es lo que cuenta, y él atacaba a los corruptos y robaba a los ladrones.

Abdel Halim Hafez había cantado en honor a Adham el-Sharqawi, quien en su época fue considerado un criminal asesino y murió degollado sin piedad. Mañana, algún cantante de voz sin igual cantará a su padre y todos lo admirarán. Estaba segura de que terminaría triunfando la justicia y los malos se llevarían su merecido. La zorra de su madre, que se echó de amante a Elish Sedra, uno de los perros que traicionaron a su padre y lo vendieron al Ministerio del Interior, ahora quería casarse con el muy asqueroso. Pero la vida te da sorpresas, y Elish, cual hiena asquerosa en busca de más carroña, la engañó con otra mujer tras adueñarse de todo el dinero que reunió Said Mahran. Nabawiya reconoció su error a su hija, y cuando se enteró de que Elish tenía planeado robarla, lo denunció igual que había hecho antes con su marido. Pero Elish consiguió escapar de la policía y regresó rabioso a buscarla. Sin embargo, hubo una venganza divina. Elish la atacó en la cocina y la emprendió a tortas con ella. Nabawiya le clavó el cuchillo que llevaba en la mano, atravesando el corazón del maldito y mandando su alma al fuego eterno. El verdugo también recibió con los brazos abiertos a Nabawiya.

* * *

¿Por qué le daba a Sanaa por acordarse de esas historias justo ahora, tirada en un deprimente calabozo de Dubai en compañía de dos jóvenes rusas, una filipina y otra marroquí? ¿Sería porque las dos rusas le daban la espalda y hablaban sin parar en su lengua? Sanaa había intentado hablar con la marroquí, la única con la que podía mantener un diálogo, pero la muchacha se había tragado unas pastillas que solo Dios sabe qué serían. Parecía sumida en un sueño entrecortado, del que se despertaba para volver a dormirse. La filipina, por su parte, guardaba un silencio absoluto, como si sus extrañas creencias le impusieran un voto de silencio. Sanaa se dedicó a repasar su vida, segundo a segundo, rumiando con calma su soledad en aquella celda.

* * *

Me cago en tus muertos, Daria, allá donde estés. ¡Que la cólera de Dios caiga sobre ti! Tú tienes la culpa de que esté aquí encerrada. Nos conocimos en un barco en el Nilo. Estaba yo con un cliente y ella con el capitán del barco. Le debí de caer bien y me dio su número. Esperé dos semanas para llamarla, pues no quería precipitarme. Le dije: «Soy Sanaa, nos conocimos en...». Y me soltó: «Me acuerdo muy bien de ti, querida. Eres demasiado guapa para olvidarte». Hablaba árabe como si hubiera

nacido aquí aunque solo llevaba cinco años en Egipto. ¿Cómo es posible? No lo sé. Una tía con muchos recursos.

La historia consistía en que en el barrio de Maadi había una clínica de medicina natural que cerró y se convirtió en un salón de masajes privados. Daria era la encargada. Ella negociaba con los clientes y conseguía a las chicas. Los clientes se desnudaban, los bañaban, les frotaban todo el cuerpo con un guante y luego los untaban con algas negras y verdes. Después los limpiaban con agua con mucha dulzura, ya sin guantes. A continuación venía un masaje con aceites esenciales importados del extranjero. El masaje solo duraba una hora. Todas las chicas eran rusas, como ella. Daria me dijo: «Ven con nosotras. Algunos clientes prefieren el masaje al estilo egipcio».

Yo entraba los últimos cinco minutos del masaje con el hombre que me indicaba Daria, y como mucho en diez minutos ya había acabado. La verdad sea dicha, me abrió un nuevo mundo en mi vida. Les gusté a muchos clientes, y me pedían citas. Me pensé mucho si contárselo a Daria, y al final lo hice. Me pediría una comisión, pero a fin de cuentas era ella la que me los conseguía. Me dije: «No agaches la cabeza, mira siempre al frente». Lo curioso es que fui la única egipcia que trabajó para Daria. Me enseñó cosas que Nur jamás supo explicarme. Me convirtió en una mujer de negocios, a mí, que era una negada.

«Sanaa, tienes que entender que esto es un negocio, y muy serio. Eres una mujer de negocios. Hay unas reglas y requiere una formación técnica y psicológica importante. Tu cuerpo es tu capital, tienes que dedicar al menos dos horas diarias a cuidarlo, limpiarlo, exfoliarlo, ponerle aceites y esencias. Sanaa, debes amar tu cuerpo, enamorarte hasta del último centímetro cuadrado, besarlo como si amaras por primera vez. Tu cuerpo, Sanaa, tiene que ser tu primer y último amor. Tras esas dos horas, tienes que practicar los gemidos que emplearás con cada hombre. Cada sonido tiene su significado. Si quieres acabar rápido, hay una entonación concreta para lograrlo. Si quieres que dure, hay otro tipo de gemidos. Si un cliente está cansado o no se empalma y quieres ayudarlo, hay unos sonidos muy útiles. Se trata de toda una ciencia que debes practicar. Después, hay que ejercitar los músculos de los muslos y el perineo. Así, muy bien. Es un movimiento fabuloso. Tienes que sentirlo al final de la columna. ¿Lo notas? Es necesario realizar al menos una hora al día estos ejercicios. Querida, esto es toda una ciencia, la “follología”. No basta con abrirse de piernas sin más».

Para mí, era como una segunda madre después de Shalabiya. Me apreciaba y, por primera vez, me hizo sentir que yo era alguien. Ahora yo era una mujer de negocios, como cualquier empresario. Empecé a amar mi cuerpo y a quererme a mí misma.

Crecí, me hice más alta, con más curvas, más hermosa. Antes siempre tenía miedo, como en estos versos de Salah Yahin: «*Quien se queda sin padre / se convierte en presa de los lobos*». Veía lobos por todas partes. Shalabiya, que es una pobre mujer, me había enseñado eso. Pero ahora, gracias a Daria, siento que el lobo

soy yo.

Seguí al pie de la letra sus consignas. Fingía que cada hombre era el único de mi vida, y que estaba perdidamente enamorada de él. Como me decía Daria: «Aunque no te crea cuando le digas que lo quieres, a él le hará gracia. Los hombres son como niños, les gusta que les den coba y los halaguen».

Estuve cuatro años con ella. Vamos, que fue como una licenciatura. Pero la muy perra me traicionó antes de terminar el máster. Un día, al salir de la clínica con Tatiana, me encontré las sandalias de Daria dadas la vuelta. Me asusté y las puse del derecho. Luego encontré unas tijeras abiertas en la repisa de mármol frente a la puerta. Algo malo iba a pasar. Y en efecto, al día siguiente Daria me llamó por teléfono y me dijo:

—Me voy a Dubai.

—No nos dejes, Daria.

—Ya está decidido. Tengo el billete.

—¿Y el trabajo en la clínica?

—Se acabó.

—¿Y los clientes?

—Tatiana se encargará de eso.

—Esa chica no me traga.

En efecto, una semana después de que se fuera Daria, Tatiana me llamó y me dijo que a partir de ese instante solo trabajaría con chicas rusas. A los dos meses, Daria me llamó desde Dubai: «Sanaa, vente a Dubai, necesitamos chicas egipcias. En dos años aquí, ganarás lo mismo que en veinte en Egipto». Revolví cielo y tierra para poder ir, y el mismo día que llegué a los Emiratos, a Daria se le muere la madre, se marcha a Moscú y me deja colgada.

* * *

Sanaa apenas llevaba dos días en Dubai cuando la policía la arrestó en plena calle y la trasladó a una prisión de Sharjah, vigilada por mujeres vestidas de negro, con velo. La informaron de que pronto la conducirían ante los tribunales. Temió que la condenaran a muerte y la fusilaran.

Una de las rusas que estaban sentadas a su lado se acercó al ver sus lágrimas desesperadas. Charlaron un poco y, cuando salió el nombre de Daria, fue como si se hubieran abierto las puertas del Paraíso para poner fin a la crisis de Sanaa. La muchacha era kazaja y se llamaba Diana. Semanas más tarde, en la ciudad de Tiflis, Sanaa descubriría que su verdadero nombre era Risala. No había cumplido los veintiuno cuando llegó a Dubai, hacía ya casi año y medio, procedente de Almaty, la principal ciudad de Kazajistán y antigua capital del país. Su padre, conductor, había muerto en una absurda pelea con una pandilla de chavales delante de su casa, cuando ella apenas tenía trece años. Su hermano mayor era un borrachazo que, tras la muerte

del padre, se dedicó profesionalmente al robo y en menos de un año dio con sus huesos en la cárcel, con una condena a cinco años de trabajos forzados. Cuando Risala cumplió los dieciséis, su madre, de origen tártaro, organizó una pequeña fiesta alrededor de una tarta minúscula e invitó a un hombre de sesenta años al que Risala no había visto antes. Su madre le explicó que debía acostarse con él y, a cambio, se ocuparía de los gastos del hogar. Lo que la madre no sabía era que aquel hombre obligaría a Risala a trabajar en un restaurante de su propiedad y que la muchacha tendría que abandonar sus estudios.

Diana detestaba el lloriqueo de Sanaa, pues odiaba la debilidad en el ser humano y la consideraba una vergüenza imperdonable. Sin embargo, debido a la devoción que sentía por Daria, llamó a Galina, su jefa, quien a su vez telefoneó a Daria en Moscú. Decidieron sacarla de la cárcel y ponerla a trabajar con Galina y no con Maria, a quien iba a unirse en un principio.

La otra rusa, que no se separaba de Diana, parecía gitana. No era china, ni eslava, ni árabe, ni selyucida, ni persa ni tártara, aunque tenía rasgos de todos esos pueblos, junto a un gran pecho y un rostro infantil. Se llamaba Anfisa y su nombre de guerra era Nadija. Parecía que la hubieran arrancado la vispera de brazos de su madre en su pueblo de Majachkalá, capital de Daguestán.

Galina sacó a las tres muchachas del calabozo y las reunió en una sala pequeña de techos bajos, alrededor de una mesa con forma oval. Ella se sentó en el extremo más estrecho, donde les gustaba cascar los huevos en Liliput.

—Chicas, como habéis estado detenidas ya no podéis permanecer en Dubai. Nuestros contactos no conseguirían volver a sacaros de la cárcel la próxima vez.

Con un árabe pésimo, se dirigió a Sanaa:

—Tú habías acordado con Daria hacerte cargo de los gastos del viaje a Dubai, así que a ti no te debemos nada.

Luego siguió hablando en ruso:

—Vosotras dos os tendréis que marchar antes de saldar vuestras deudas. ¿O pensabais que venir hasta aquí era gratis? De cualquier modo, creo que ya sabéis la suerte que corren las que intentan escapar. Acaban en la cárcel, o volviendo con nosotros. Hacedme caso, todas las que se fugan terminan cayendo, por muy lejos que huyan. Necesitáis de nuestra protección, no lo olvidéis. Nosotros os proporcionamos pasaportes, visados, permisos de residencia, protección y clientes. Y os lo damos todo por adelantado. ¿Qué más queréis, malditas arpías? Pero en el fondo os compadezco. Aún estáis verdes, es fácil manipularos y meteros cosas en vuestras cabecitas. Hemos decidido olvidar el pasado, pasar página y empezar de nuevo.

A continuación, pasó del ruso a algo parecido al árabe, mezclado con palabras inglesas, rusas y daguestanas:

—Escúchame bien, Sanaa, y vosotras también. Debéis tomar una decisión. Volver a vuestras casas o trabajar para nosotros. En tal caso, nos encargaremos de sacaros de aquí. Luego, os haremos unos pasaportes nuevos con nombres distintos y

nacionalidades nuevas, y os traeremos de vuelta a Dubai. Eso os costará quince mil dólares. Nosotros nos quedaremos con la mitad de lo que ganéis. Como sabéis, podéis hacer entre cien y doscientos dólares al día, con lo cual os cobraremos entre cincuenta y cien dólares diarios. Echad cuentas. Podréis pagar vuestra deuda en doscientos días de trabajo, ni más ni menos.

Las tres chicas no se lo pensaron mucho y contestaron al unísono:

—¿Cuándo nos vamos? ¿Adónde?

* * *

Todo en esta vida es cuestión de proponérselo. Diana —o mejor dicho, Risala— regresó a su ciudad natal, Almaty. Al día siguiente, Nadija —o mejor dicho, Anfisa— viajó a Majatchkalá, ciudad de grandioso pasado cuyo nombre tiene origen árabe: *mohah qalaa*, que significa la fortaleza de Mohah. Una vez allí, se sorprendió al no encontrar a ninguna de sus compañeras, pues el casino en el que trabajaban había cerrado. Y es que el 1 de abril de 2006 el ayuntamiento de la capital de Daguestán decretó el cierre de todos los locales de juegos de la ciudad. El 2 de noviembre de 2007, tres días después de la partida de Nadija, despertaron a Sanaa de un profundo sueño y le dijeron que se marchaba a Tiflis, capital en la Edad Media del reino del Gorgestán, conocido hoy en día como Georgia.

Antes de dejar su piso en Dubai, Galina la tranquilizó: «En el aeropuerto te estará esperando una mujer llamada Azfir. Llevará tu nombre escrito en un cartel. Ella se encargará de devolvete aquí sana y salva cuanto antes. No te preocupes».

Nada más subir al Boeing 747, le pareció ver el rostro de su amado. Cerró los ojos y, al volver a abrirlos, no era él ni nadie parecido. Dos pasos más adelante, de nuevo creyó verlo, pero al fijarse mejor en el rostro del hombre, comprobó que solo compartían la tez morena. Cuando al fin llegó a su asiento y se sentó, estaba muy alterada y le temblaban los músculos de la cara. Cerró los ojos y escuchó la hermosa voz de su novio interpretando una canción de Karem Mahmoud:

*Por favor, querido,
protégeme de tu amor.
Mi corazón está enfermo,
y tú eres su remedio.*

Cerró los ojos y se sumergió en la negrura de los ojos de su amado, dejándose llevar por su voz, sintiendo que volaba entre las olas de sus palabras. Sus sentimientos por él consiguieron calmarla. Munir había sido su primer amor, y el segundo, y el siguiente, y el último por siempre jamás. Cuando paró aquel taxi, subió a su lado y lo miró, la flecha de Cupido la atravesó. Fue incapaz de responder cuando él le preguntó adónde iba. Su voz le pareció más hermosa que la Abdel Halim Hafez,

el cantante al que tanto adoraba Nur. Se le saltaron las lágrimas ante aquel rostro tan hermoso, sus ojos, el arco que formaban sus cejas...

Shalabiya se burlaba de ella. «Tienes un gusto horrendo, ya te podía gustar uno blanco. Pero no, vas y te enamoras de un negro. Y yo que soñaba que te casarías con uno blanco, como el corazón de un rábano».

Munir era un nubio que había venido de Asuán, dejando allí a su hermano Hassuna con una falúa que apenas le daba para comer. Habían heredado el barco de su otro hermano, Nabry, que emigró a Kuwait. Munir se instaló en El Cairo y se dedicaba a conducir el taxi de un conocido nubio.

«Al barrio de Muhandisin, calle Batal Ahmed Abdelaziz». «¿Por qué has tardado tanto en responder?». «Estoy cansada, Munir». «¿Qué te pasa?». Sanaa se sentó a su lado y las lágrimas empezaron a caerle en silencio. «Por esas lágrimas sería capaz de quedarme aquí toda la vida. Es como estar delante de nuestra señora Aisha». «Por ti, Munir, sería capaz de suicidarme ahora mismo».

La chica demostró que había salido al padre. Consiguió encandilarlo con un par de citas, unas miradas dulces y algunas promesas. Munir jamás supo a qué se dedicaba. Era mucho más lista que él y le convenció de que era enfermera en una clínica de medicina natural en Maadi. Pero aunque lo intentó con todas sus fuerzas, no fue capaz de llevárselo a la cama para comérselo a besos. Él siempre se negaba y la rechazaba con dignidad. «La paciencia es la llave de la felicidad».

Ahora, Sanaa cree que él jamás la amó. Probablemente solo hubo amor por una parte, pero a pesar de eso llenó su vida. Cuando le confesó que deseaba escapar de aquel infierno e irse a los Emiratos Árabes Unidos, Munir la condujo en su taxi a ver a Mabruk Al Minufi, el pasador que llevó a su hermano a Kuwait a cambio de miles de libras. En el camino le dijo: «Este país tampoco tiene nada que envidiar a los demás».

Si, aunque solo hubiera sido una vez, Munir hubiera estirado sus brazos para abrazarla, ella se habría quedado pegada a él como una sombra hasta que Dios quisiera. Pero Munir permaneció de brazos cruzados, limitándose a contemplar el mundo. Ahora recuerda que nunca la llevó gratis en su taxi. Siempre repetía que el vehículo no era suyo. «Debo ser fiel a quien me lo presta». Incluso cuando la llevó al aeropuerto, tuvo que abrazarlo a la fuerza. Él se mostró molesto y agobiado, pero al final le cobró la carrera hasta el último céntimo. La única vez que pasó todo el día con ella y se negó a cobrarle una sola piastra, e incluso se hizo cargo de algunos gastos, fue el día del entierro de Nur.

Al recordar aquella noche, cálidas lágrimas brotaron de sus ojos. El joven georgiano que viajaba a su lado en el avión se preocupó y le ofreció un pañuelo perfumado que extrajo del bolsillo, y aprovechó para darle su número de teléfono en Tiflis.

* * *

Azfir era una mujer tan femenina como Mike Tyson. Más ancha que alta, poseía un ligero bigote que le confería un toque de respeto y de virilidad. Resultaba evidente que no le faltaba el cromosoma masculino. Tenía poco pelo en la cabeza y lo cubría bajo un pañuelo de color carmesí para recordar que era una mujer, aunque vestía ropa militar de color caqui.

Al verla en el aeropuerto sosteniendo el cartelito con su nombre, Sanaa pensó que era la carcelera de alguna mazmorra subterránea del KGB que había venido a llevársela para probar con ella una nueva máquina de tortura recién inventada por algún sádico sudafricano blanco. Pero en la vida no todo es lo que parece. Azfir era una mujer extremadamente atenta. En el taxi que las conducía a casa, ya demostró su bondad entregando a Sanaa cincuenta laris y diciéndole: «Guárdatelos por si los necesitaras». Luego le dio un papel en el que había anotado varios números de teléfono y la dirección de su casa. Conversaron en un inglés mezclado con gestos, pues ambas sabían tanto inglés como un adolescente de sexo. Sin embargo, aquello les bastó para intercambiar información básica. Cuando entraron en el piso —o mejor dicho, en la habitación— de Azfir, le señaló un desvencijado sillón y le dijo: «Ahí vas a dormir».

* * *

La primera vez que Munir vino a visitarnos a casa, lo pasé fatal. Quería quedar bien delante de él, pero ¿cómo hacerlo? Nuestro edificio lleva cincuenta años cayéndose. Se mantiene en pie a duras penas al final de la calle Negm el-Din, junto al cementerio al-Naser. Para subir a nuestra casa en el primer piso, hay más escalones rotos que en buen estado. Y los que están sanos tienen mordiscos de un monstruo de dientes enormes que se alimenta de las escaleras de nuestro portal.

Nuestra casa consiste en un recibidor que comunica con un dormitorio con vistas al cementerio. Pero, la verdad sea dicha, es muy fresco. Es como si los espíritus de los muertos hicieran circular un aire sano que limpia nuestros pulmones. Por eso pienso que voy a vivir más de cien años, para compensar la vida de mi padre, que se truncó demasiado pronto.

Si Shalabiya siguiera viva, me diría: «Pobre hombre, no quiero ni imaginar cómo será su casa de Asuán. Seguro que la familia de Munir vive en una azotea, en el cuarto de lavar la ropa».

Antes de empezar a trabajar no había reparado en lo pequeño que era nuestro piso. A mí me parecía un palacio. Pero el trabajo me permitió conocer palacios de verdad, y comprendí que era una ratita presumida que vivía en un agujero. Mi padre, Dios lo tenga en su gloria, solía decir: «Los agujeros para los ratones; yo soy un león, mi sitio está en lo alto del monte».

Munir también era un león. Era muy generoso conmigo. En cierta ocasión, se sentó en el salón y me dijo: «Un día tienes que venir a tomar té a nuestra casa en la

isla de Asuán». Me contó que su casa estaba abierta al cielo, a orillas del Nilo, y abrió sus brazos como queriendo abarcar el mundo entero. Sin embargo, allí ya solo quedaban mujeres, pues su padre marchó a Sudán tras la muerte de Nabry y su hermano emigró a Inglaterra. Munir adoraba a su hermano mayor Hassuna, pero no sé por qué se negó a verlo cuando vino a El Cairo para coger el avión, una semana antes de que yo me fuera.

¡Cuánto me hubiera gustado que me dijese: «Un día tienes que venir a brindar a nuestra casa»! Pero siempre lo mismo, té y más té. ¡Ya estaba bien con tanto té! ¿No era bastante con las cantidades que nos bebíamos en la cafetería Groppi del centro, donde trabajaba su tío?

El piso de Azfir me hizo cambiar de opinión respecto a nuestra casa. Yo había vivido en un palacio o un lujoso chalet de playa, comparado con aquel cuchitril. Para entrar tenías que ponerte de costado. Si estirabas los brazos, tocabas las dos paredes y te sobraba. Miré el sillón en el que tendría que dormir. La verdad es que la cárcel de Sharjah estaba mejor.

* * *

Sanaa no disfrutó de un instante de tranquilidad durante su primera noche en Tiflis. Intentó atraer a los angelitos del sueño mandándoles besitos, con la esperanza de que la visitaran, pero no se presentaron. Se levantó a mirar por la ventana y comprendió la causa de su insomnio. La luna, aun sin estar llena, iluminaba la noche con su claridad. Aquella extraña luz celestial la golpeó en el rostro. Sanaa sabía que los angelitos del sueño no bajan a la Tierra cuando la luna la inunda con sus rayos. Contempló de nuevo la luna y vio la cara de Munir en la circunferencia del astro.

Por la mañana salió con Azfir a dar un paseo, pero el pueblo georgiano quiso que regresaran a casa de inmediato. Y es que si algún día el pueblo quisiera interponerse en el camino de Sanaa, el destino debe responder a su llamada^[21]. Cerca de cincuenta mil personas se manifestaron contra la pobreza en las calles de la capital georgiana. Congregados frente al parlamento, pedían la dimisión del presidente Mikhail Saakachvili y la convocatoria de elecciones anticipadas. En medio de aquel ambiente revuelto y cubierto de nubarrones, Sanaa se vio obligada a recluirse en el castillo de Azfir dos días, el sábado y el domingo, a la espera de una solución a la crisis. Solo la inminente llegada de Diana y Nadija, cuyas caras apenas recordaba, le hacía ilusionarse y sonreír. La mañana del lunes recibió la visita de un joven calvo y bajito que la acompañó a un fotógrafo cercano a hacerse unas fotos para el pasaporte. Le dijo que habían elegido para ella el nombre de Asia, porque les pareció sencillo de recordar. ¿Quién podría olvidarse de Asia, el mayor de los continentes?

* * *

«Mi padre me protege. Me dice: “Estoy contento contigo, hija, y te comprendo. Estoy contigo, y te veo”. Me envía mensajes desde allá arriba. Son en inglés y solo entiendo una palabra de cada cincuenta. Me los envía a través de un muchacho calvo y extranjero a quien apenas conozco. Pero la primera vez que me llamó Asia, todo mi cuerpo se estremeció. Era el título de la única novela extranjera que heredé de mi padre. Me dejó libros de política, poesía y economía, pero solo una novela. En el lomo verde, rasgado por un costado, se leía en grandes letras: *Asia*, y debajo, con letra más pequeña, *Aguas Primaverales*. El autor era un ruso. No me acuerdo de cómo se llamaba, Ivan no sé qué. Todos los días pasaba por delante del libro y leía la palabra *Asia*. No me lo leí entero, solo una parte, hasta que el protagonista se enamora de Asia y luego ella desaparece. Recuerdo que pensé: “Menuda idiota, deja escapar a un hombre. ¡Con lo difícil que es encontrar a alguien que te quiera!”.

»Mi padre sabía que me acordaría muy bien del nombre de Asia. ¿Por qué ese libro era precisamente el que estaba en lo alto de su pila? ¿Y por qué esa pila era la más visible? No existen las casualidades. Ni la suerte. No creo en esas cosas. Todo tiene su causa. Ese libro estuvo toda mi vida ahí para que mi padre tuviera la ocasión de decirme: “Sanaa, hijita mía, yo cuido de ti”. No me dejó esa herencia por casualidad, era un código secreto entre él y yo. Cuando quisiera decirme algo, me enviaría un mensaje a través del título del libro. ¡Serás tonta, Sanaa! ¿Por qué no te has traído los libros?

»Tengo que volver a por ellos».

* * *

Nadija, Diana y Asia se reunieron por fin bajo el techo de la casa de Azfir. Se les unió una chica nueva que se llamaba Sonia, de la ciudad de Neftsala, en la costa de Azerbaiyán. No había sitio para que se sentaran todas, pues la casa estaba pensada solo para una persona —siempre que no pesara más de cincuenta kilos—, así que las cinco mujeres se tiraron en el suelo, con la cabeza hacia el noreste, porque si apuntaban hacia otra dirección se darían con una pared. Azfir les contó que sus pasaportes iban a retrasarse un poco. Protestaron con amargura, pero no les quedaba más remedio que hacer tiempo, así que se dedicaron a contarse sus historias, pues escuchar las penas de otros suaviza un poco las propias.

Decidieron contar cada una su primera experiencia sexual. Sonia no hablaba ni una palabra de inglés ni de árabe. Diana se ofreció a hacer de traductora del árabe al ruso y viceversa, pues era la única que conocía las reglas gramaticales del árabe. Sanaa comenzó con su historia:

—Mi madre era directora de una escuela y mi padre, un periodista y escritor famoso, pero murió joven debido a un extraño accidente. Un día, salía del periódico en el que trabajaba y en la misma puerta fue atacado por un ladrón sobre el que había escrito un artículo. El tipo sacó una pistola y pum, pum. Mi padre murió cuando yo

todavía no había empezado el colegio. Mi madre fue la que me crio. Se llamaba Nur —que significa «luz» en árabe— y realmente iluminaba la escuela con su luz. Yo, claro está, estudiaba en su escuela. Era muy buena estudiante, sobre todo en poesía. Escribía versos que gustaban mucho a mis profesores. En tercero, mi madre se jubiló. Yo entré en un instituto cuyo director odiaba a mi madre. Las matemáticas se me daban mal, y todos los meses sacaba unas notas horribles. Penosas. Mal, *very bad*. Hasta que el profesor, que estaba en su primer año, me preguntó: «Sanaa, ¿quieres aprobar este curso?». «Claro», le respondí. «Entonces tendrás que coger clases particulares». Se lo pedí a mi madre, pero se negó porque estaba en contra de las clases particulares. Entonces, el profesor me dijo que me daría clases gratis sin que mi madre se enterara. Decidí ir a la dirección que me dio. «Adelante. Pasa, pasa. ¿Qué quieres tomar? ¿Un té?». «Esto no está bien». Entonces, me dijo: «Mira, Sanaa, tu nivel es muy bajo. Pero podría aprobarte sin necesidad de clases ni de que estudies. El año que viene puedes ir por la rama de letras y te ahorrarás tener que repetir un curso». Alargó el brazo y empezó a desabrocharme los botones de la blusa. Le rechacé, pero saltó sobre mí y me agarró. «Voy a gritar», le dije. «Eso espero», me respondió. No recuerdo muy bien cómo fue, pero lo que sí recuerdo es que sangré mucho. Y así, chicas, fue mi primera vez, pero no la última.

A las muchachas no les gustó demasiado el relato, porque la historia del profesor y la alumna está demasiado vista y no es nada nuevo. Sonia empezó con su historia:

—Mi padre era pescador en el mar Caspio, pescaban los peces de los que se saca el caviar. La pesca disminuía todos los años y las cosas fueron a peor. Una noche, mi padre volvió a casa furioso. Pegó a mi madre y luego vino a por mí y...

Sanaa gritó y Diana tradujo:

—No me digas que tu padre te violó.

—Sí, él fue el primero que me violó.

—No puede ser. Estás mintiendo.

—No. ¿Por qué iba a mentir?

Diana no tuvo tiempo de traducir, pues Sanaa saltó como una salvaje sobre Sonia, dispuesta a matarla. Sonia se defendió e intercambiaron golpes. Gritos, porrazos y tortazos que hicieron pensar a Diana y Nadija que una de las dos moriría esa misma noche.

* * *

El viernes 9 de noviembre de 2007, el parlamento georgiano declaró el estado de emergencia en el país tras varios días de manifestaciones y disturbios violentos, pero esos acontecimientos no impidieron que las cuatro muchachas obtuvieran sus pasaportes. Sanaa consiguió uno con nacionalidad georgiana y el nombre de Asia Tasajurdiá. Le aconsejaron que se hiciera la sordomuda al salir del aeropuerto de Tiflis. Luego empezaron los trámites para conseguir un visado de los Emiratos

Árabes Unidos con los datos del nuevo pasaporte. A pesar de sus puntos en común, la relación entre Sanaa y Sonia era peor que la que mantenía Rusia con Georgia. Todas se aprendieron su nuevo nombre y el número del pasaporte, esperando el día del viaje a Dubai para comenzar a devolver la deuda que habían contraído con su nueva patria.

Desde la primera línea

Hoy es mi cumpleaños. Ya tengo cuarenta años. Cuarenta. Pensaba que esta palabra sería como un alfiler perforándome los tímpanos.

Me he despertado a las siete de la mañana, proclamando en una voz alta y clara que retumbó por todos los rincones de mi habitación: «Estoy en la quinta década de mi vida». La vibración de mi voz rebotó en la pared izquierda y luego en la derecha, pero no me impidió levantarme de la cama. Podía caminar con normalidad, sin cojear, ni caerme, ni vacilar. Con paso firme, llegué hasta la cocina y me preparé una taza de café con leche. Luego me acerqué al cuarto de baño, me desvestí y me miré con atención al espejo. ¡Qué guapa soy! Me sorprendió no haber cambiado nada con respecto a la víspera. Mi cabello rubio seguía cayendo desordenado sobre mis hombros. No se ha vuelto gris, como suponía. Todavía evoca las crines de un caballo, lisas y con raya al medio, lo cual confiere a mis pasos un sonido parecido al relincho.

«La suerte siempre acompaña a quienes tienen el pelo rizado».

No he encontrado arrugas nuevas bajo mis ojos azules, aunque sí la misma mirada insulsa de siempre. Me acerqué al espejo. Mi piel tiene un color blanco translúcido, a pesar de mis múltiples intentos por broncearme bajo este sol espléndido que tenemos.

«El blanco, para las paredes. La piel morena es la mitad de la belleza».

Cuánto hubiera deseado tener los ojos negros y el cabello oscuro como la noche misteriosa. Un pelo bien rizado para que Dios me concediera suerte, como dicen los refranes populares. Sin embargo, he salido igualita a mi madre, como mandan las leyes de la genética; esas que algunos científicos siguen empeñados en descifrar para abrir una nueva página en la historia de la humanidad. ¡Quiera Dios que no tengamos que arrepentirnos de ello! De mi padre no heredé más que mi nariz chata.

Por ese motivo, en mi vida no he podido disfrutar de la copa de oro de la fortuna, cuyo contenido nos eleva hasta el cielo. Yo solo he podido contemplarla como espectadora desde los asientos de este gran circo.

Ayer rechacé todas las proposiciones que me hicieron para celebrar el Año Nuevo y mi cumpleaños. Quedé con mi hija a las siete de la tarde. Su rostro irradiaba tal felicidad, que me guardé un poco en el fondo de mi pecho. Nos tomamos un zumo y después ella volvió a casa de su padre. A las diez de la noche caí en un profundo sueño. Siempre he deseado pasar la Nochevieja y el día de mi cumpleaños tomándome un buen plato de arroz con leche con los angelitos, pero todos los años acababa cediendo ante la presión social y terminaba tomando tarta de manzana con otras personas, la mayoría desconocidas. Sin embargo, llegada a esta edad de madurez, puedo tomar la difícil decisión de enfrentarme al mundo y gritar como el abogado Muhammad Abdel Razeq Afifi, cuyo eslogan aparece en pegatinas en todos los medios de transporte público: «¿Quién quiere nadar contra corriente conmigo?». Tenía diez años cuando vi las pegatinas de ese abogado en el autobús número 13 que

llevaba de Bab el-Luq al barrio de Zamalek. Mi casa quedaba a pocos metros de la extinta parada de la línea 13, que fue suprimida, como muchas otras cosas queridas por mí. Hasta hoy no sé quién era ese abogado. ¿Se llamaba así, o me traiciona la memoria? ¿Y qué sería esa corriente contra la que quería que nadásemos? ¿Por qué ponía tanto empeño en que nadáramos con él? Me hubiera gustado preguntárselo a mi padre, o por lo menos haberle pedido un bañador nuevo, pero murió súbitamente en plena flor de la juventud, dejándonos solas a mi madre y a mí. Hoy, después de treinta años, he podido finalmente seguir el consejo de ese abogado: nadar contra corriente como él y dormir como un tronco.

Hoy me he tomado el día de vacaciones y he decidido no dar mi lección de piano. Tenía una cita con una alumna nueva en Zamalek a las seis de la tarde, pero cancelé la clase hace una semana. Lo que realmente quería era pasar el día sola. Dedicarme a vagar sin rumbo por las calles, ir adonde el viento le apeteciera llevarme. Di un beso a mi abuela y salí de mi casa, en la calle Hoda Sharawi. Caminé hasta el cruce con la calle Soleimán Pacha. Allí me detuve un momento, pues no corría ni una leve brisa que me llevase ni para la izquierda ni para la derecha.

* * *

Mi padre me agarró con fuerza de los brazos y me levantó hasta que mis ojos quedaron justo frente a los suyos. Luego, acercó su cara a la mía y me dijo que ahí estaba el límite que jamás debía cruzar. Podía andar por la calle Hoda Sharawi, pero la calle Soleimán Pacha estaba totalmente prohibida. Los coches circulaban a una velocidad alocada, así que no debía llegar al final de nuestra calle. Me bastaba con ir hasta el restaurante Felfela y luego volver a casa. Después me aupó sobre sus grandes hombros y contemplé el mundo desde las nubes. Mi madre me dio la mano y entramos en la zona prohibida. Pasamos por un callejón con baldosas hasta el restaurante en el que solíamos comer. Allí nos encontramos con Vladimir, un buen amigo de mi padre, que estaba con su hija. Me parecía muy pequeña, vista desde las alturas de los hombros de mi padre.

¡Ay, padre querido! Desde que me dejaste caer de tus alturas, vivo con el cuello partido. Ya no me acuerdo del nombre de aquella niña. De hecho, no recuerdo ningún nombre. Solo el de mi padre, que llevo a mis espaldas igual que él me llevaba a mí. Natural de Alejandría, llegó a El Cairo en 1962 para trabajar como ingeniero en la construcción de la presa de Asuán. Allí se enamoró perdidamente de la grandiosa y milenaria civilización egipcia. Jamás pudo escapar de ella tras descubrirla, al levantar por primera vez la vista de los libros de ingeniería. Ahí están mis orígenes. Es raro que un ingeniero sea también poeta. Muchos afirman que son dos profesiones contrapuestas, pero mi padre era ambas cosas. Su mitad ingeniera adoraba la Gran Presa, y su mitad poeta adoraba Egipto. Se conocía el país de norte a sur, sobre todo el sur, pues fue uno de los constructores de la presa de Asuán. Pero de ahí partió,

despacito y con calma, a descubrir todos los rincones de la nación más hermosa sobre la faz de la tierra, como él decía. Y en su discurrir, posó los ojos en mi madre, Helena, en el templo de Hatshepsut.

Fue un amor a primera vista. Un flechazo con la bendición de Senenmut. Sin embargo, hoy yo, como ya he dicho, entro en mi quinta década de existencia sin haber conocido el amor a primera vista. ¿Me mentirían mis padres al contarme la historia de su amor? ¿Ese sueño es accesible al común de los mortales? ¿O será que el destino me niega esa gracia por no haber heredado el pelo rizado de mi padre? Llevo toda mi vida esperando ese regalo del cielo. Pero ya me he convencido de que todavía me queda mucho por vivir y que los días por venir serán más hermosos que los ya vividos. Las divinas palabras de Nazem Hekmat se cumplirán en mí, o de lo contrario me veré obligada a arreglar cuentas con él.

Hasta ahora, mi corazón impetuoso no ha tomado nunca una decisión razonable. Sin embargo, hoy me siento colmada por un resplandor extraordinario. Mi corazón ha madurado tras pasar por unos fuegos que estuvieron a punto de chamuscarlo. El pobre ha conseguido salir adelante entre golpes, puñaladas y escupitajos. Es cierto que está lleno de cicatrices, algunas profundas, otras superficiales. Cierto es también que siempre consideró que el dolor y la felicidad son las dos caras de una misma moneda. Pero ahora está más que preparado para aceptar el amor a primera vista, a tercera vista, o lo que sea.

Hatshepsut era hija de Hathor, diosa de la maternidad y la infancia, del cielo y de la tierra. Se enamoró perdidamente de Senenmut, natural de Armant. Juntos alzaron el estandarte del arte sobre la humanidad. Cada detalle de su vida se ha convertido en leyenda en la nuestra. Hatshepsut, con la fuerza que le concedió su madre Hathor, veló por el amor de mis padres. Ella fue quien se apareció en los sueños de mi madre mientras dormía en su casa de Lublin, en la lejana Polonia. Una mujer soberbia e imponente, de gran feminidad, que brillaba como si llevara un collar de estrellas. Miró a mi madre con sus ojos negros alcoholados: «Helena Kavadeska, habitante de Lublin, te pido que te presentes en el templo de Deir el-Bahari». Mi madre tenía entonces dieciocho años y, después de aquel sueño, decidió estudiar egiptología en la Universidad de Varsovia. Mi abuela, Yadevka, pensó que su hija se había vuelto loca de remate, pero como su bondad no tenía límites, terminó por aceptar que su hija se marchara a la capital a estudiar. Mi madre estaba convencida de que su destino final estaba en Egipto. Y, en efecto, formó parte de un equipo de arqueólogos polacos enviado por la Universidad de Varsovia al templo de Hatshepsut, en Luxor.

Una vez le pregunté qué relación había entre Polonia y la orilla occidental de Luxor, y me respondió que la misma que entre el sol y la luna. Todos giramos en el mismo sentido. Luego le pedí que me hablase del romance entre Hatshepsut y Senenmut. Me respondió que no había evidencias arqueológicas que confirmasen esa historia. Me enfadé y me fui a mi cuarto. ¿Por qué siempre los historiadores se enfrentaban al amor? Cuando todo se podría explicar con una mirada de deseo, ellos

sacan la bandera de la ciencia y piden pruebas materiales y argumentos concluyentes. Estos mismos historiadores no cesan de regalarnos verdades sin ningún tipo de confirmación, siempre que no traten sobre asuntos de amor. Y yo me pregunto, ¿acaso los genes franceses de mi madre no podrían despertar en ella algo de interés por el corazón de Hatshepsut? Pues aunque mi madre no hablaba ni una palabra de francés, mi abuelo era de Francia.

Desde jovencita, Yadevka era astuta como una liebre y hermosa como una gacela. Olivier conoció a mi abuela una vez que el destino lo llevó de viaje a Polonia. Se enamoró y allí se quedó. Pero el frío gélido congeló su pasión y oyó una voz lejana que le ordenaba ir a Asuán para buscar a Isis en las islas alrededor del templo de Filae. De modo que abandonó a mi abuela antes de que naciera Helena, que no era más que un feto en el vientre de su madre.

Cuando mi madre llegó al templo de Hatshepsut, le pidió a Hathor que le diera la mano y la condujera junto a su padre, arrebatado de su lado años atrás por el canto de una sirena egipcia. Sin embargo, jamás lo encontró, y murió antes de que naciera la gran araña que con su red sacó al ternero del útero de su madre. Una vez le pregunté a mi abuela Yadevka, que ahora vive conmigo en Bab el-Luq: «¿Quieres que busque al abuelo?». Ella sonrió con maldad y unos ojos de muchacha de dieciséis años. «Ya ni me acuerdo de su cara. Déjale vivir con Isis, y mejor búscame un hombre más joven».

* * *

Cogí hacia la derecha, en dirección a la plaza Soleyman Pacha, ese Soleyman francés, nacido como Joseph Sève en Lyon, la misma ciudad francesa en la que nació mi abuelo. Vino a Egipto con una recomendación especial y Mohamed Ali le encargó la misión de organizar el primer círculo de oficiales que se haría cargo de la formación de los soldados egipcios. El lugar de entrenamiento era la ciudad de Asuán. Mi abuela Yadevka siempre asegura que mi abuelo era descendiente de Soleyman, pues se llamaba Olivier Sève. ¿Qué extraño vínculo une a mi familia con Asuán? Primero, Soleyman; después, mi abuelo, que desapareció allí dejando a la hermosa Yadevka en Polonia; luego, mi padre. Lo curioso es que Soleyman Pacha es el abuelo de la Reina Nazly, esposa del rey Ahmad Fuad y madre del rey Faruq. En consecuencia, estoy emparentada con la monarquía. Yo, la hija de una polaca apasionada por Hatshepsut y de un gallardo alejandrino que murió asegurando, para tranquilizarme, que el pueblo terminaría por tomar el poder, si no en este siglo, en el siguiente, y que reinaría la justicia. Pero, antes que cualquier otra cosa, soy hija de El Cairo, la ciudad de las mil caras y los mil minaretes, y tuve la suerte de conocer en vida a Umm Kulzum.

Como muchos otros, comencé a adorar a la cantante cuando perdí el corazón y comenzó a latir alocadamente. Acababa de empezar mis estudios de alemán en la Facultad de Idiomas de la Universidad de Ain Shams. Lo conocí en una obra de

teatro universitaria. Se llamaba Ihab Yosri y era tremendamente alto —no como yo, que no heredé la talla de mi padre— y tan delgado que su pecho se confundía con su espalda. Tenía una nariz tan grande como la de Kamal Ahmad Abdel Gawad^[22]. Venía de una familia de artistas y estaba terminando un máster. Lo primero que me atrajo de él fue su voz, profunda, que conjuntaba varios tonos con armonía y estilo. Cuando la escuché por primera vez, me pareció que poseía la elegancia de la del cantante Abdel Mottaleb.

Juntos, descubrimos el mundo. Íbamos a todas las manifestaciones artísticas de El Cairo: teatro, ¿por qué no? Teníamos que estar al corriente de las artes escénicas. ¿Exposiciones de pintura? Era la pasión de mi amor, que nació para ser pintor como su padre. ¿Cine? Fue una pena que la Academia de Artes Cinematográficas no contara con unos alumnos tan brillantes como nosotros. ¿Conciertos? Los dos éramos como una orquesta, pues yo tocaba el piano y el violín y le enseñé a dominar la percusión. Mezclábamos la música de Sayyed Darwish con el *Fausto* de Charles Gounod, y *Las sillas* de Eugène Ionesco con los lienzos de Sandro Botticelli. Con todo aquello, hacíamos un producto típicamente egipcio con aroma a especias. «Apolo, concédeme la inspiración de la musa Euterpe».

Vivíamos entre las nubes, y contemplábamos el paisaje desde las alturas. Sin embargo, no veíamos nada con tanta contaminación, por lo que decidimos bajar a la tierra y tomar parte en el proceso de limpieza de nuestro querido Cairo. Participamos en todas las manifestaciones, alzamos nuestra voz por Egipto, llevamos su bandera, gritamos juntos no al despotismo, sí a las reformas. El partido del Tagammu estaba cerca de nuestras posiciones, los naseristas nos resultaban demasiado contestatarios, el Wafd no nos gustaba. Buscábamos nuestro asiento en el vehículo, pero todos los motores tenían graves problemas mecánicos.

Ihab estaba a punto de defender su tesis. Su amor por mí, como solía decirme, le hacía dibujar sin parar: en pañuelos, en cuadernos, en las manos y los pies. Pintaba incontables cuadros. Le gustaba dibujar tuercas de motores pegadas a cuerpos desnudos. Un día me confesó que no podía librarse de la influencia del maldito Salvador Dalí y que le gustaría matarlo con un pincel untado de rojo sangre, pero no encontró el modo.

Mi corazón palpitaba mientras asistía a la defensa de la tesis de Ihab. Tres profesores le formularon preguntas despiadadas. El doctor Murtada el-Barudi fue su director de tesis, que le llevó tres años. Ihab vestía una majestuosa toga negra y los rasgos duros de su rostro y su voz hicieron temblar la sala. La velada acabó bien y mi amor terminó su doctorado. En aquel entonces, yo estaba en tercero de carrera, el año en que me concentré en mi piano y dejé que mi amor se sumiera en la ciencia del doctor Murtada.

* * *

Corté por la calle Sabry Abu Alam, crucé la calle Qasr el Nil y llegué frente a la pastelería Lappas. Si juntáramos todas las bolas de helado que había tomado allí con mi padre, nos saldría una montaña más alta que la colina de Moqattam. A los pocos meses de nacer yo, mi padre decidió dejar su trabajo en la gran presa y continuar su vida en El Cairo, abandonando Alejandría para siempre. Lo contrataron en la Sociedad de Tractores e Ingeniería, cuya sede estaba en un enorme edificio semicircular en Bab el-Luq que abarca toda la plaza y da a las dos calles principales, Al-Bostan y Tahrir. Mi padre trabajaba desde las ocho hasta las tres y pasaba las tardes con nosotros. Por las noches, se iba a jugar al ajedrez al café al-Hurriya de Bab el-Luq. Era toda una estrella.

Después de comer, yo lo llamaba lloriqueando y él me subía a hombros. En un par de sus enormes zancadas nos plantábamos en la puerta de Lappas, justo en el lugar donde estoy ahora. Ya no es el mismo sitio, solo una sombra de lo que fue. Miré hacia el otro lado buscando a Charlie, al que siempre veía cuando salía con mi cucurucho en la mano. La primera vez que lo vi, grité de alegría: «¡Es Charlie Chaplin!», y la bola de helado de fresa se me cayó sobre la cabeza de mi padre. Charlie se rio y se acercó con sus gestos mecánicos, su bastón y su traje negro desgastado por el tiempo. Me lanzó un beso con su boca desdentada, alzando su bigote cuadrado hasta tocar su nariz.

* * *

Cuando abandoné el hogar conyugal, regresé a casa de mis padres. Fue como si el destino girara las puertas del tiempo con su sabiduría eterna. Mi abuela enfermó de repente y nadie podía ocuparse de ella desde la muerte de su único hijo, que vivía en Lublin. Me fui a Polonia y me la traje aquí a vivir conmigo. Era la primera vez que mi abuela abandonaba su ciudad. Ni siquiera salió cuando Hitler la redujo a escombros. Fueron pasando el comunismo, el caos, el capitalismo y el ingreso en la Unión Europea, pero mi abuela no se movió de su sitio. Me miraba apenada, como una niña a la que arrancase de su hogar familiar.

En cuanto llegamos a Egipto, decidí ir con mi abuela a pasar una semana en el oasis de El Fayum, a casa de unos amigos que viven en el pueblo de Tunis. El clima de esa región sería el mejor remedio para ella. Como me esperaba, mejoró mucho. Se pasaba el día sentada, disfrutando del paisaje del lago Qarun. El Fayum era mi segundo hogar después de El Cairo, pues de pequeña siempre íbamos allí con mi padre y mi madre a comer pato y platijas. Más tarde, mi madre trabajó una temporada en el oasis.

Un buen día, mi abuela se zampó dos enormes patos que nos preparó la madre de Abdel Latif, y la sangre volvió a correr densa por sus venas. A partir de ahí me tranquilicé y volvimos a El Cairo. Mi abuela se adueñó del piso con su proverbial vigor polaco, hasta el punto de que los vecinos de abajo protestaron por sus fuertes

pisadas. Pero al regreso a la casa de Bab el-Luq recibí la triste noticia de que nuestra vecina de toda la vida, la señora Amal, esposa del difunto contable Walid Sobhi, había fallecido aquel mismo día. La conocíamos desde siempre, pues vivíamos puerta con puerta y en nuestro edificio solo hay dos viviendas por planta. «¿Nos presta un tomate, señora?», «¿Nos podría dejar seis copas porque tenemos invitados?». Lloré como una magdalena. Fragmentos de la historia de mi vida se marchaban para no volver. Ya había perdido a mi padre y a mi madre, y recuerdo el llanto desconsolado de la señora Amal cuando vio el enorme ataúd de mi padre saliendo por la puerta de casa. Ahora, me dejaba sola en el tercer piso.

Al día siguiente, su único hijo, Ayman, vino de los Estados Unidos en estado de gran conmoción. Lo abracé y lloró en mi hombro como un niño. Yo siempre cuidaba de él cuando sus padres salían por la noche. Volvía a ser un niño que daba su último adiós a su madre. Antes de regresar a los Estados Unidos me dio su número y su dirección y me invitó a visitarlo en Nueva Jersey. Me contó que las cosas habían mejorado y que su restaurante Aladino iba bastante bien, aunque con su matrimonio no había tenido tanta suerte. Le prometí que lo intentaría, aunque era consciente de que jamás podría ir a los Estados Unidos.

Tras divorciarme, me instalé en mi casa familiar, que se había convertido en un nido de ratas. Desde que me casé y la muerte de mi madre, solo habitaban aquel piso las arañas y legiones de hormigas y cucarachas que, por desgracia, no se preocupaban por la limpieza del piso ni por las montañas de polvo que se acumulaban como nubes encima de todas las superficies. Encontré el viejo piano esperándome en el lugar de siempre, lanzándome esa mirada que conocía tan bien cuando pasaba mucho tiempo alejada de él. Sin embargo, esa vez me había excedido un poco, así que antes de poner mis manos en cualquier otra cosa de la casa, me puse a desempolvarlo con cariño. Limpié hasta su última pieza, que me conocía de memoria. Cuando terminé, parecía un muchachito en la flor de la juventud. Como si la caprichosa rueda del tiempo hubiera girado hacia atrás. Aquel Bösendorfer me hablaba y me confiaba sus alegrías y penas.

* * *

En 1828 falleció en Viena el músico Franz Schubert. Al grandioso funeral asistió Ignaz Bösendorfer, que salió muy apenado del funeral. Tal era su aflicción que decidió hacer algo por la música que tanto amaba y al día siguiente se dirigió a obtener los permisos que necesitaba para fabricar un piano. Aquel fue el principio del fin del maestro en aquel campo, Brodmann.

Franz Listz, prodigioso pianista, buscaba un piano que pudiera soportar sus innovaciones en el arte de la interpretación musical, y un buen día conoció un piano Bösendorfer. Fue un encuentro sonado en el teatro imperial austriaco.

Cuentan que aquel piano no soportaba el frío de Austria y que, tras pensárselo

mucho, se embarcó rumbo a Alejandría, donde acabó en casa de una familia numerosa con más de diez hijos. Las manos de aquellos pequeños faraones fueron inclementes con sus teclas de marfil traído del sur de Kenia. El piano buscó por todos los medios una salida a aquel tormento, hasta que encontró a Helena mirándolo admirada. Poco después, llegó a nuestra casa con su fastuosa presencia imperial. Desde que está con nosotros, no me ha dejado pasar ni un solo día sin tocar sus cuerdas. Hasta los días en que doy varias clases de piano seguidas, me llama y me pide que me siente ante él a conversar. Recuerdo que nada más instalarnos en nuestro modesto piso, mi madre Helena —o Halima, como la llamaban los vecinos— se sentó a mi lado y me dio mi primera lección de piano. La voz de Halima dándome instrucciones severas todavía resuena en mis oídos. Mi madre era un ángel sonriente, excepto cuando andaban de por medio Hatsehsut o la música, pues ambas descendían de la divina Hathor. Mi padre colocó sobre el piano una estatuilla de Bastet, diosa de la música y el baile. La verdad es que jamás supe si esa diosa cuya cara siempre me miraba se llamaba Bastet o Basti. Mi madre la llamaba Basti cuando la música que yo tocaba le agradaba, pero si estaba de mal humor la llamaba Bastet. Nunca supe por qué tenía dos nombres para aquella diosa. Siempre quise preguntárselo, pero murió antes de que ese día llegara. Mi padre, por su parte, se sentaba detrás de mí en su cómodo sillón de asiento bajo y respaldo muy alto a escuchar mis primeros y torpes intentos con el piano.

* * *

Ojalá mis días en la universidad hubieran durado para siempre, pero concluyeron en un abrir y cerrar de ojos. Al volver a abrirlos, los años habían pasado como un relámpago. Salí con mi título de licenciada en la mano derecha y, en la izquierda, una elegante carta de Ihab que oficializaba nuestra separación.

Con Ihab viví el sueño de un mañana de horizontes amplios, con la esperanza de que aquello durara hasta el siglo venidero. Separarnos fue como arrancar el alma del cuerpo. Estábamos el uno frente al otro, separados por una pared transparente que su grave voz no podía quebrar. Ya había reservado un billete para Canadá, tras obtener una beca para realizar el doctorado en la Universidad McGill de Montreal. Antes de partir, pegó la cara al cristal hasta que su gran nariz lo atravesó y, con un nuevo tono de voz que jamás le había escuchado, me dijo que no volvería nunca.

* * *

Continué mi paseo por la calle Qasr el-Nil y pasé cerca de la calle Borsa, cuyo pavimento acababa de ser renovado, junto con el de las calles aledañas que conducen a la calle Sherif, detrás del Banco Al-Ahli, convirtiendo la zona en un área peatonal. Como suele suceder, las calles se transformaron rápidamente en zona de cafeterías, que extendieron las sillas de sus terrazas por todas partes, hasta que se hizo imposible

caminar con tranquilidad. Había que sentarse, pedir y pagar. Al principio no reparé en un muchacho que me hacía gestos invitándome a sentarme en una silla. No tendría ni veinte años, era delgado como una palmera y su rostro manifestaba una anemia aguda. Me acerqué, le di una libra, le dije que se tomara un zumo y seguí mi camino. Llegué al cruce de las calles Qasr el-Nil y Sherif, me detuve ante una zapatería y repasé con la mirada el fascinante número de zapatos de distintas formas y estilos.

Cerrando los ojos de felicidad, me vi cogida de la mano de mi madre, que me acariciaba con ternura el pelo. El escaparate de la librería estaba lleno de volúmenes. Mis ojos se posaron en uno enorme, de color azul, en cuya portada aparecían innumerables signos de interrogación, cada uno de un tamaño y color distintos. Entramos y mi madre me lo compró. Ese libro me ha acompañado toda mi vida, y ahora luce con orgullo en la estantería de mi hija. «Tienes que prometerme que lo leerás, pues los libros se ponen tristes y se mueren si nadie los lee. Pero si los leen, viven para siempre». Le prometí que lo haría, y que me leería todos los libros que teníamos en casa. Recuerdo perfectamente el rostro de la mujer que nos lo vendió, una señora de cuarenta años con ojos almendrados que sonreían detrás de unas gafas rectangulares, hasta casi salirse del marco de sus mejillas. Llevaba un vestido azul con rayas grises que parecía una bata escolar. Antes de marcharnos, me regaló un cuadernito y me dijo que escribiera mi diario en sus páginas de color rosa.

Cuando regrese a casa tengo que buscarlo. En una de las páginas rosas de aquel cuaderno escribí mi primera historia de amor, en tercero de primaria. Mi novio, Magued, desapareció, igual que la librería, que cerró en los años setenta. Ahora en su lugar tenemos zapatos, más elegantes y modernos que los libros. Mi madre lloró al enterarse de que la librería se había convertido en una tienda que vendía objetos de piel. Aquel día regresó a casa sin traernos un nuevo libro. En su lugar traía una enorme tristeza y una depresión que la acompañó durante mucho tiempo.

Una semana después de que Ihab se marchase a Canadá, conseguí a duras penas salir de la cama. Aún con lágrimas en el rostro, empecé a pensar seriamente en mi futuro por primera vez. Mientras mi espíritu estuvo ocupado con sueños, había descuidado sobremanera mi porvenir. Alcé la cabeza, cerrando con fuerza los ojos para retener las lágrimas detrás de mis párpados, decidí buscar trabajo en una librería. Adoro el olor a polvo que habita entre las páginas de los libros. Sin embargo, encontré empleo, sin esperarlo, en una asociación para el desarrollo de la mujer. A las pocas semanas de empezar a trabajar, exclamé: «¡Eureka! Esto es lo que quiero hacer con mi vida». Dentro de las diversas actividades de la asociación, yo me encargaba de que las mujeres se sacaran el carnet de identidad. Sin él, las mujeres no pueden hacer uso de sus derechos más elementales, entre los que se encuentra poder divorciarse de un marido que ha desaparecido, emigrado o se ha esfumado hace años. Otro de los proyectos que teníamos consistía en ofrecer pequeños préstamos a mujeres que deseaban comenzar una actividad comercial para ganarse la vida. Trabajábamos en zonas geográficas concretas y en determinadas ciudades. Yo me

encargaba del barrio de Manshiat Naser, en El Cairo. Estaba muy lejos y el trayecto se nos hacía interminable. A menudo teníamos que empezar desde la nada, pues cientos y cientos de mujeres no tenían ni partida de nacimiento. Conocí a mujeres casadas, divorciadas, profesionales de la prostitución y niños de la calle, todo lo cual me permitió conocerme mejor a mí misma.

* * *

Antes de llegar a la calle Gawad Hosni, me detuve ante una pastelería de la calle Qasr el-Nil. Contemplé las bandejas de *basbusa* expuestas delante de mí, y mi estómago protestó de hambre pidiéndome un trocito de aquel dulce, susurrando: «Y no te olvides de poner un poco de nata». Entré en la tienda y devoré con los ojos aquellos pasteles: dedos de Zeynab, *Balah el-Sham*, *Konafa* con crema, *aish el-saraya* con frutos secos... Mi estómago empezó a reclamar su parte. Pedí un trozo de *basbusa* sin nata y decidí degustar con la vista aquello a lo que no podía hincar el diente. El dependiente tendría sesenta años, una calva reluciente, la sonrisa tan dulce como la *kunafa*, el rostro triangular como la península del Sinaí y el mentón prominente como el cabo de Ras Mohamed. Me pasó el plato y los recuerdos amargos abrieron su boca para tragarse la tienda, con el dependiente dentro.

Conocí al hombre que terminaría siendo mi esposo en la boda de Farah, una compañera de clase. Pertenece al mundo de las finanzas y los negocios, pues trabajaba en el Banco Islámico Faysal. Era conservador, tranquilo y poco hablador. Como los pescadores, me lanzó su red y no fui capaz de escapar. Éramos dos líneas paralelas que, contraviniendo las leyes de la geometría y la lógica, se cruzaban.

Fue el matrimonio más rápido del siglo veinte. A los dos meses de conocernos ya compartíamos lecho conyugal. Era diez años mayor que yo, y cuando lo conocí tenía prisa por casarse. Jamás olvidaré que en nuestra primera cita ya me habló de prometernos. Me dijo que no le faltaba de nada, y luego añadió con orgullo: «En el piso en que viviremos hay de todo; hasta los platos para el pescado tienen su cajón reservado». Yo tenía la esperanza de que me besase aunque solo fuera una vez antes de casarnos, para oler su aroma y tranquilizarme, pero él no pensaba más que en los preparativos de la boda. No le culpo, pues él siempre fue así. Es algo que he comprobado después de todos estos años. Lo aprecio enormemente, pero nunca he sido yo misma con él, un error que jamás podré perdonarme. Intenté ver el mundo con sus ojos, pero no quería que él lo viera ni una sola vez con los míos. Mientras estuvimos casados no fuimos jamás al teatro, ni pisamos la ópera. Me gustaba sentarme por la noche en casa, compartiendo el silencio, respirando juntos el tiempo que nos unía. Pero él insistía en que nos uniéramos a las caravanas que llamaban a las puertas de restaurantes desconocidos en noches frías. No parábamos juntos ni un solo instante, pues nuestro destino era correr. La tierra podía temblar a su alrededor, que a él solo le interesaban los tipos de cambio. Un día, propuse ir a una exposición y

acabamos en una sala de fiestas. Soñaba con hacerle partícipe de mis sueños y mi compromiso con mi país, pero las palabras se perdían en el vacío antes de llegar a sus oídos. Viví la vida que él deseaba y perdí la conciencia, hasta el punto de que ya no recordaba las cosas que me gustaban.

Cuando lo conocí en la boda de Farah, estaba en uno de los periodos más dinámicos de mi vida. Recuerdo que vivía en un estado de euforia permanente por los éxitos que teníamos en la asociación, ayudando a cientos de mujeres en Manshiat Nasser. Aquello me hacía sentir que cumplía con un grandioso deber patrio. Me acostaba con una sonrisa de oreja a oreja, satisfecha conmigo misma, llena de orgullo, y me decía que un viaje de mil millas comienza con un paso. Todos los días aprendía una nueva lección. Esas mujeres cargaban con grandes penas y enfermedades, pero gozaban de una sagacidad divina, de valor y determinación para vivir, y poseían una capacidad infinita para sonreír. Aquello fue una verdadera escuela que me proporcionó una paciencia sin límites que me permitía aguantar a cualquier persona hasta el día del juicio final.

Así es como me explico hoy lo estúpida que fui soportando a mi marido. A veces me parece un sinsentido haber aceptado aquel mundo totalmente ajeno a mí, pero integrándome en él con felicidad. Durante nuestro noviazgo, salíamos a diario, sin descansar ni un día. Suponía que mi esposo celebraba conmigo el habernos conocido, pero luego descubrí que él no puede vivir sin salir a diario. Pasaba con sus amigos más tiempo que conmigo. En aquella época, su gran amigo y compañero de trabajo era Talaat Dhohni. Su mujer Hind me caía muy bien y nos veíamos todos los días. A veces también salía con nosotros su compañero de colegio Nabil Sharubim, él solo, porque su esposa Nevine atendía en su clínica a sus pacientes.

* * *

Llegué a la plaza Mostafa Kamel. Su estatua me miró, majestuosa, y yo le dije: «Si no viviera en El Cairo, desearía vivir en El Cairo^[23]». Me sonrió, contento con mi elocuencia, y me soltó otra de sus famosas citas: «La nación que no se alimenta de lo que siembra ni se viste con las ropas que fabrica, es una nación condenada a la dependencia y la desaparición». Me quedé mirándolo, con su elegante chaleco y toda la pompa que rodea su nombre y su historia, y me pregunté cómo era posible que ese hombre hubiera muerto a los treinta y cuatro años.

La plaza estaba igual que cuando la conocí, con la excepción de algunos cambios insignificantes en los nombres de algunos locales. Solía venir aquí con mi madre a las casas de subastas. «*A la une, a la due, a la tre.* Enhorabuena, señora Halima, se ha llevado un jarrón de cristal de Sévres original por 28 libras». En las subastas de esa plaza compramos un montón de objetos que decoraban nuestro hogar. El profesor Maurice, el director de la subasta, siempre vestía traje negro y corbata roja. Llamaba por teléfono a mi madre antes de las subastas para que viniera a ver si había algo que

quisiera comprar, o para fijar de antemano un precio, algo que solo sucedió con la estatuilla del dios Bastet, que mi madre compró antes de que empezara la puja.

En aquella plaza también reservamos los billetes de barco para Novorosisk en una compañía naviera turca. El crucero partía de Alejandría e iba a Atenas, Estambul y luego a Novorosisk. De allí continuamos en tren hasta Volgogrado, donde nos esperaba el primo de mi madre. Nos recibió con los brazos abiertos y nos condujo hasta Samara, donde vivía. Su hijo me cayó muy bien. No le veo desde aquella fecha lejana, pero recuerdo perfectamente su aspecto. Fue un viaje que jamás olvidaré, a bordo del *Karadeniz*, que significa «Mar Negro», como me explicaron los marineros turcos.

Me pasé todo el crucero en la piscina, una piscinita metálica con una cubierta de chapa con grandes candados a cada lado. Durante aquel viaje me asaltaron unas pesadillas que jamás se borrarán de mi memoria: estaba nadando en la piscina, y de repente me encuentro sola en el agua. Entonces, los marineros empiezan a cubrir la piscina con la plancha de chapa. Se hace la oscuridad y escucho el ruido de los candados al cerrarse, el chirrido del hierro al chocar contra hierro. El nivel del agua empieza a subir poco a poco. Intento respirar, hasta que el agua toca el techo de chapa. Grito, pero nadie responde.

* * *

Mi marido pidió el divorcio después de que nuestra relación muriera lentamente. Asistí a su lenta agonía durante años, incapaz de salvarla, pues no había estudiado medicina sino filología alemana y me dedicaba al mundo del trabajo social, lo cual no me capacitaba para entrar en la sala de reanimación mientras veía nuestro matrimonio tumbado en la cama blanca, exhalando su último aliento. El aire había abandonado nuestra casa sin hacer ruido. Cada día, un puñadito de oxígeno se escapaba por un ventanuco invisible, hasta que una mañana nos despertamos y no podíamos respirar.

Cuando Nadia vino al mundo, dejé de trabajar en la asociación, pero emprendí uno de los pasos más importantes de mi vida. Empecé a escribir mis memorias. A registrar cada gesto, cada mirada, cada atisbo de sonrisa que se dibujaba en los labios de Nadia. Mi hija se convirtió en el centro de mi vida, cada movimiento de su naricita me permitía abrir una ventana al mundo a través de mis líneas. Ahora contemplaba el mundo con ojos renovados. Me dediqué a registrar su generosidad y su avaricia hasta que se me agotaron las páginas amarillentas. Estuve escribiendo a diario hasta convertirme en una adicta a mis apasionadas citas con el lápiz.

A pesar de que era consciente de estar viviendo los últimos días de mi matrimonio y de que esperaba recibir el golpe de gracia que pusiera fin a mi vida con mi marido, eso no impidió que la separación me supiera amarga. Fue durante una tranquila conversación por teléfono. Resulta curioso que habláramos por primera vez con franqueza de nuestra separación a través de los hilos telefónicos. ¿Tan complicado

resultaba afrontar eso para dos personas que han compartido cama durante más de una década?

Nada más colgar, empecé a sentir un hormigueo en el dedo de mi mano derecha que acababa de presionar el botón rojo para poner fin a la llamada. El picor fue subiendo por la muñeca hasta mi brazo, lentamente, y llegó al hombro, las mejillas, la frente, los ojos. Una nube negra y oscura se extendió ante mí y me quedé sumida en la penumbra. Intenté abrir los ojos, pero descubrí que ya los tenía abiertos. Se hizo la oscuridad y me rendí a ella, y cuando noté la presión en mi pecho, el hormigueo se extendió rápidamente por todo mi cuerpo. La sangre se espesó en mis venas y dejé de sentir mis extremidades, tras notar un dolor debido a la presión de aquel hormigueo en mis nervios. Mis pulmones tenían que hacer un gran esfuerzo para coger aire. Coloqué las manos bajo mi trasero con la esperanza de sentir las, pero era como si un cirujano experto me las hubiera amputado. Salí a buscar el cielo, llevando en la mano mis diarios. En la calle, un coche enorme me golpeó y, prendado de mí, me llevó al hospital. Allí, soñé por primera vez con Ihab en su gélido exilio, y mi cuerpo tembló de placer.

Lo más probable es que la sangre tártara que corre por mis venas, herencia de mi abuela, fuese lo que me salvó. Mi abuela afirmó en una ocasión que yo descendía del Imperio de la Horda de Oro. El médico que me examinó no encontró fracturas ni heridas. Algunas contusiones, sin más. No me ha quedado ninguna secuela, puedo caminar perfectamente, como hago ahora mismo en dirección a la calle Abd el-Jaleq Zarwat. Sin embargo, jamás podré superar la tristeza de haber perdido mis diarios. Es como si me hubieran arrancado varios años de mi vida. Cuando el coche me golpeó por detrás, yo salí volando por los aires y mis cuadernos salieron despedidos, cayendo en la misma alcantarilla en la que se perdió la moneda de Fayrouz y Anwar Wagdi en una película.

Por fin, decidí ir a la cafetería Groppi de la calle Adly y llamar a mi hija para que viniera a tomar algo conmigo. Fui a un locutorio y, a pesar del cartel de «Hables usted a sus anchas», el dueño no me dejó marcar a mí, así que tuve que dictarle el número para que marcara él.

—Voy al Groppi de la calle Adly, en el centro. ¿Qué haces?

—Mamá, es tu cumpleaños. Tendría que estar contigo desde esta mañana. Te he llamado a casa y te dejé un mensaje. Ahora mismo voy.

La enorme puerta de cristal de Groppi de la calle Adly estaba adornada en el pasado con unas espléndidas barras de hierro forjado negro y a continuación había una puerta giratoria de madera que mi padre empujaba para que entrásemos mi madre y yo, y luego pasaba él. Esa puerta daba a la calle Abd el-Jaleq Zarwat, donde hay un supermercado y una tienda de dulces. Nada más entrar, sentí el frío del aire acondicionado. El lugar estaba a rebosar. Un gran número de clientes esperaba delante del mostrador de bombones, y un grupo aún mayor frente al de pasteles y tartas, justo enfrente. Había camareros en todas partes, con sus uniformes azules de

botones relucientes, ajustados en el pecho y anchos por debajo, como faldones. Se parecían un poco a la ropa que llevan los derviches cuando se dedican a dar vueltas sin parar alrededor del Ser. Mientras mi madre iba al supermercado a comprar el queso kashkaval que tanto nos gustaba a todos, mi padre y yo nos sentábamos en la terraza que daba al jardín. El sol relucía como de costumbre. Sus rayos me proporcionaron un poco del calor que necesitaba tras el frío del aire acondicionado. No había sitio, pues todas las mesas estaban ocupadas. Ammo^[24] Saleh, el camarero nubio que tanto me quería, se acercó rápidamente. Le dijo a mi padre que Amin Bey estaba a punto de pagar la cuenta y en unos minutos podríamos sentarnos. Ammo Saleh puso en mi mano un caramelo de menta que sabía que me encantaba. Miré rápidamente a mi padre para asegurarme de que no lo había visto y luego me dediqué a observar a Amin Bey. Era un hombre de setenta años más elegante que Mostafa Kamel con su traje gris. Del bolsillo de su chaleco asomaba la cadena de oro de su reloj.

* * *

Cuando entré en la sede de la asociación por primera vez tras muchos años de ausencia, se me hizo un nudo en la garganta. Mi experiencia en esta asociación comenzó a los pocos meses de su nacimiento. Juntas, recorrimos el camino de salida del útero, nos formamos juntas y los días que pasamos juntas forjaron nuestra personalidad, así que nos parecíamos. Luego, la abandoné. Ahí está ella ahora, rebosante de vitalidad juvenil. Yo, por el contrario, sigo con los estragos del divorcio todavía grabados en mi cuerpo. En su nueva sede, que yo no conocía, me encontré grandes carteles con imágenes de mujeres desconocidas para mí. Una muchacha de veinte años me miraba desde un cartel con sus enormes ojos. Llevaba una chilaba y un velo negro, y encima de su cabeza se leía: «La existencia jurídica de las mujeres». Una secretaria a la que tampoco conocía me preguntó, como si fuera una extraña, qué quería. Le conté quien era y me dio la bienvenida. Luego, me condujo ante la presidenta de la asociación. Al día siguiente empecé a trabajar con ellos y volví a la vida. El lugar era ahora un hervidero de jóvenes, muchos de ellos abogados recién licenciados. Hice buenas migas con dos: Howaida Saad y Ahmad Izz El Din. Gracias a esos muchachos, empecé a ver el mundo de un modo distinto.

Antes de ayer salimos un grupo grande de compañeros de trabajo y nos sentamos en la terraza de un café en un callejón que sale de la calle Sherif, en el centro. Me senté al lado de Ahmad Izz El Din, quien me abrió su corazón. Me habló del amor de su vida, Hager, y a medida que me iba contando su historia me quedé de piedra. ¡Se trataba de la misma muchacha que se casó con mi vecino de toda la vida, Ayman Sobhi! Le pregunté:

—¿No estás contento con nosotros en la asociación? Aquí puedes usar tus conocimientos de Derecho para permitir a las mujeres tener la posibilidad de llevar

una vida mejor.

—Sí, estoy muy contento.

—Entonces, si tan contento estás y lo dices con esa sonrisa tan bonita, ¿por qué te empeñas en emigrar? Me han contado que te vas a América.

—Sí, voy a reunirme con Hagar. Nos vamos a casar en los Estados Unidos.

—¿No te das cuenta de que aquí están tus raíces, de que esta es tu tierra? Si te vas a América, como tienes pensado, serás un extranjero toda tu vida.

—No veo ninguna esperanza de futuro en este país. Allí tendremos hijos, y la posibilidad de que reciban una educación y vivan bien. Aquí, con lo que gano no me da para vivir. Tú ya sabes cómo están las cosas. Pídele a tu amiga que nos pague un sueldo digno.

—¿Tu problema es una cuestión de dinero?

—¿Qué pasa? ¿Está mal tener problemas materiales? Sí, señora, mi principal problema es una cuestión material. No solo por el dinero, sino por todas las cosas materiales más elementales que este país nos niega.

* * *

Hoy vivo gracias a mi padre. Él me enseñó a cerrar los ojos a todo lo que no es necesario en la vida. Tras el divorcio, me negué a recibir ni un céntimo de mi marido. Habíamos intentado una vida juntos y no funcionó. No me convenció para aceptar una pensión. Él me la ofrecía de buena fe. «Han sido quince años de matrimonio, eres una parte de mi vida y tengo la obligación de cuidarla». No voy a negar que su oferta era generosa. Sé que muchos divorcios terminan en batallas campales, como se ve en la película *La guerra de los Rose*. Las clases de piano y el exiguo sueldo que recibo de la asociación me bastaban para vivir, pero para poder ser dueña de mi propia vida he tenido que alejarme de ese mundo consumista con el que nos llenan la cabeza. Me negué a tener un teléfono móvil, pues el contestador que compró mi madre hace diez años funcionaba a la perfección. Si alguien quería dejarme un mensaje, lo grababa y ya está. Rechacé también obedecer a todos esos anuncios que por medio del sexo y la pornografía intentan despertar al monstruo que todos llevamos dentro. No tengo coche, ni avión, ni moto; ni siquiera bicicleta. Los pies son el mejor medio de transporte para llegar a buen puerto. El zapatero de al lado de casa me repara el calzado y me lo devuelve siempre mejor que como estaba. Mañana y tarde, tocaba la canción, «Apriétate bien el cinturón, pues otra cosa no vale^[25]».

Un día, mi amigo Adel, un exitoso hombre de negocios, me dijo que apretarse el cinturón era el único medio para que nuestro país se recuperase. En su empresa, le interesaba recortar gastos tanto o más que aumentar ventas. Por desgracia, nuestro país va en la dirección contraria; nos hemos aflojado el cinturón al máximo, para engordar y tumbarnos a la bartola, sin movernos. Cuando puse en práctica las palabras de la canción de Sayed Darwish, descubrí que poseía el bien más preciado

que un ser humano puede tener: mi libertad. Un poco de lechuga y pepino, una lata de atún, un montón de Bach y Brahms, y la vida es bella.

* * *

Las palabras de Ahmad Izz El Din y las de otros muchachos de su edad que trabajaban en la asociación me afectaron enormemente. Con el paso de los días comprendí que pertenecíamos a mundos completamente diferentes. Mi primer acercamiento a este nuevo mundo se produjo con el nacimiento de mi hija Nadia, en 1993.

Cuando, a los cinco años, Nadia entró al colegio, comencé una nueva experiencia en mi vida. Me introduje en el mundo de su clase y lo que vi y padecí me resultó muy extraño, como si no hubiera vivido en El Cairo desde que nací hasta aquel instante.

Durante mis años como estudiante, ningún compañero de clase se marchó de Egipto, ni llegó al colegio ningún compañero que volviese del extranjero. El único caso que se podría considerar como emigración fue el de una alumna de mi clase que era de Port Said y se había mudado a El Cairo. Todavía resuena en mis oídos el eco de nuestras conversaciones con ella sobre la guerra, mezclado con los estallidos de las bombas. Noha fue la única compañera que nos dejó para irse a vivir al extranjero, y tenía buenos motivos para marcharse, pues su padre trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando empezamos la primaria, se fue con su padre a Zaire. Que yo recuerde, fue la única emigrante que conocí en mi aula.

Sin embargo, en la clase de mi hija, de veinticinco alumnos, hay veinte que se han ido o han vuelto del extranjero. Un número tan elevado debería ir acompañado de efectos sonoros, pero por desgracia aún no se ha inventado un método para que el papel produzca sonidos cuando tus ojos se posan en una palabra concreta. Leyla, la mejor amiga de mi hija, se marchó con su familia a Kuwait cuando su padre encontró trabajo allí. Seyf, otro compañero de clase, se fue a los Estados Unidos con su familia. Mohammed, a Canadá. El padre de Muhanad se fue a los Estados Unidos y su hijo se irá con él el año que viene. Germaine, nuestra vecina y compañera de mi hija desde la guardería, se marchó a Canadá con sus padres. Sherin se fue a Kuwait con cuatro años y regresó a los doce con su madre por unos problemas legales con su casa de El Cairo. Dejaron al padre y la hermana en Kuwait. Cuando solucionaron los problemas del piso ya había empezado el curso, así que decidieron que estudiara ese año en El Cairo. Volvió a la clase de mi hija, pero durante aquel año tuvo que viajar a Kuwait para renovar el permiso de residencia y visitar a su padre y hermana. Sherif, Mohammed y Mirna obtuvieron la nacionalidad canadiense con sus familias y están listos para marcharse. Salwa regresó temporalmente de los Estados Unidos tras pasarse toda la vida allí y entró en la clase de mi hija, pero se volverá a ir en cuanto termine la secundaria. Ahmed vive en los Emiratos Árabes con su familia y viene los veranos a hacer cursos de verano. Coincidió con mi hija en un curso. Ahora va a

entrar en la Universidad de Abu Dhabi.

Por lo que respecta a sus compañeros de la escuela británica internacional de enseñanza secundaria, mi hija me asegura que uno de cada cuatro alumnos tiene a su familia en el extranjero. Cree que solo ella y otros dos no tienen pensado emigrar cuando terminen la universidad. Excepto ellos, todos sus compañeros de clase sin excepción sueñan y planean marcharse al extranjero.

* * *

Estaba chupando el caramelo que me había dado *ammo* Saleh a espaldas de mi padre cuando sentí que una mano me acariciaba la espalda desde detrás. Era mi hija Nadia, que me abrazó con cariño. «Feliz cumpleaños a la madre más guapa del mundo», gritó. Se me humedecieron los ojos de alegría al verla. Estaba hecha toda una mujercita. No había heredado nada de mí. Era una copia de su padre, con ese moreno espléndido y ese hermoso pelo rizado.

Llamé a *ammo* Saleh, cuyo rostro se resistía a cubrirse de arrugas pese al paso del tiempo. Intercambiamos algunos recuerdos y, tras vacilar un poco, me preguntó si podría buscarle un trabajo a su sobrino Munir, conductor de taxi. Le di la dirección de la asociación y le dije que el muchacho nos viniera a ver a la mañana siguiente en la sede. A continuación, *ammo* Saleh fue a traernos un zumo de limón.

Los ojos de mi hija despedían un brillo extraño. Hablaba muy deprisa y con un exagerado entusiasmo, y no tardó en confesarme que estaba enamorada. Un tal Hussein, hermoso como una luna llena. Su voz cambió, al igual que el color de sus ojos. En un instante, se transformó de la niña que conocía en una mujer cuya voz, llena de ternura, derretía su habitual mirada intensa.

—Me enamoré nada más verlo. Hace tres días Leyla me invitó a cenar a su casa. Allí lo conocí y fue como un imán, nos atraíamos. Igual que en las películas, mamá. Quería llamarte para contártelo, pero pensé: ¿qué le voy a decir? ¿Que acabo de conocer a un chico alto, guapísimo, de pelo largo y negro? Pero estos tres días me han servido para confirmarme que lo amo de verdad.

Me contó que era un brillante arquitecto que había estudiado en la Universidad Americana de Londres. Había vuelto a Egipto después de mucho tiempo y se estaba preparando para irse a trabajar a Dubai.

Dubai...

* * *

Los sonidos, colores y sensaciones se entremezclaron y las palabras se perdieron entre las ranuras que separaban las baldosas que se extendían por el suelo. Me refugié en mi interior y ya no oía más que los latidos de mi corazón, inquieto por mi hija.

Los senderos de mi vida en mi querido Cairo siempre terminaban cruzándose con otros caminos y canales que desembocaban en el mar para salir huyendo del diluvio

que nos cae encima. La historia de mi novela comenzó en mi vientre, pues del vientre surgen siempre todas las historias y relatos. Los hilos finos como la seda y duros como el acero se entrelazan y enroscan sobre mi hombro, controlando el movimiento de mis dedos, obligándome a anotar en papel las historias de este éxodo.

Mi hija me miró a los ojos y decidí escribir sobre las vidas de quienes se subieron al arca de Noé, o de quienes se preparan para hacerlo, comenzando por Ahmad Izz El Din, a quien voy a ver mañana.

El arca de Noé se me apareció flotando sobre las olas de este diluvio que anegó nuestra árida tierra. La veo como si fuera un huevo esperando a eclosionar. Como un punto dispuesto a crear un mundo nuevo y desconocido, cuya naturaleza no podemos predecir. Ante mis ojos, el barco se parece a la letra árabe *nun*, un semicírculo por abajo con un sol radiante por encima. El círculo se completa con otro semicírculo más arriba: el arcoíris. Juntos conforman un nuevo planeta nacido tras la explosión del anterior. El arca de Noé tiene forma de pirámide y su punta es como una antorcha sobre la cubierta del barco del éxodo. Una llama que se dirige hacia países lejanos.

En mi imaginación, el barco tiene la forma de un corazón que late con un ritmo distinto, para reconstruir el mundo.

Notas

[1] Traducción libre del poema *Orly* que Jacques Brel escribió en 1977. El nombre del aeropuerto de Orly, que da título al poema, se ha sustituido por el del parque del Orman. <<

[2] *La protegida* (por Dios) es un epíteto de algunas ciudades, entre ellas El Cairo. (N. de los TT.). <<

[3] Radwan es el guardián del paraíso en la tradición islámica. (N. de los TT). <<

[4] Título de cortesía. (N. de los TT.). <<

[5] Título de cortesía. (N. de los TT.). <<

[6] Título honorífico de quien ha hecho la peregrinación mayor a La Meca. (N. de los TT.). <<

[7] El Corán, 81²⁹. Trad. de Julio Cortés. (N. de los TT.). <<

[8] El Corán, 2²⁹. Trad. de Julio Cortés. (N. de los TT.). <<

[9] Medida de superficie equivalente a 4200 m² (N. de los TT.). <<

[10] Patriarca (fig.). (N. de los TT.). <<

[11] Primera azora del Corán, que se recita al cerrar pactos comerciales, compromisos de matrimonio, por el alma de un difunto, etc. (N. de los TT.). <<

[12] «Todo pasa, todo se rompe, menos los amigos de clase». En francés en el original (N. de los TT). <<

[13] Se refiere a Gamal Mubarak, hijo del presidente Hosni Mubarak, cuya carrera política se vio beneficiada por la reforma constitucional de 2005 (N. de los TT.). <<

[14] Impuesto o capitulación que se imponía en los antiguos estados musulmanes a las minorías religiosas de cristianos y judíos (N. de los TT.). <<

[15] Dramaturgo y novelista egipcio (1927-1991). <<

[16] «Para nosotros es imprescindible un plan B», en inglés en el original (N. de los TT.). <<

[17] Embutido a base de carne de vaca curada (N. de los TT.) <<

[18] El Corán, 36⁷⁷⁻⁷⁸. Trad. de Julio Cortés (N. de los TT.). <<

[19] Sopa hecha a base de hojas de la planta *Corchorus olitorius* (N. de los TT). <<

[20] Poeta preislámico del siglo VI, símbolo del aventurero caballeresco en el mundo árabe (N. de los TT). <<

[21] En referencia al verso del poeta tunecino Abul Qasem el Shabi: Si algún día el pueblo quisiera la vida, el destino debe responder a su llamada (N. de los TT). <<

[22] Personaje de las novelas de Naguib Mahfouz (N. de los TT). <<

[23] Referencia a la conocida cita de Mostafa Kamel: «Si no fuera egipcio, desearía ser egipcio». (N. de los TT). <<

[24] Literalmente, «tío», apelativo cariñoso empleado para referirse a personas mayores. (N. de los TT). <<

[25] Famosa canción de Sayed Darwish (N. de los TT). <<